

LOLES LÓPEZ

AHORA O  
NUNCA...  
*¡Bésame!*



zafiro♥

## Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Cita	
Prólogo. Aitana	
1. Aitana	
2. Aitana	
3. Aitana	
4. Logan	
5. Aitana	
6. Aitana	
7. Aitana	
8. Logan	
9. Aitana	
10. Logan	
11. Aitana	
12. Aitana	
13. Aitana	
14. Logan	
15. Aitana	
16. Aitana	
17. Aitana	
18. Aitana	
19. Aitana	
20. Logan	
21. Aitana	
22. Logan	
23. Logan	
24. Aitana	
25. Aitana	
26. Aitana	

27. Logan

28. Logan

Epílogo. Aitana

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

El primer beso siempre suele ser especial, menos para Aitana, ya que cometió el error de besar a Logan, el arrogante hermano de su mejor amiga. Menuda manera de despedirse de Australia...

Trece años después, Aitana se ha convertido en la mujer que todos quieren que sea: profesional, delicada, contenida, amable, risueña... Pero su vida es un fiasco, y tras escuchar una conversación a escondidas que le anuncia que todo su mundo se va a derrumbar en breve, decide alejarse del glamur que la rodea y buscar un sitio donde poder ser ella misma. Por eso, en un impulso tomado en un segundo, compra un billete para viajar a Australia. ¡Está deseando volver a ver a su mejor amiga!

Sin embargo, Aitana no cae en que esa decisión también le hará reencontrarse con Logan, que se ha convertido en un hombre todavía más atractivo, arrogante, canalla y obstinado, y que cuyo único fin al verla aparecer por la granja será hacerle la vida imposible.

Aitana está decidida a demostrarle a ese indómito hombre que ya no es una tímida adolescente que esconde la mirada cuando él está cerca, ahora tiene suficiente carácter para enfrentarse a él. ¡En peores situaciones ha estado!

AHORA O NUNCA... ¡BÉSAME!

Loles López

zafiro 

La vida no trata de encontrarse a uno mismo, sino de crearse a uno mismo.

GEORGE BERNARD SHAW

Aprender que hay personas que te ofrecen las estrellas y otras que te llevan a ellas. Ésa es la diferencia entre quien quiere y quien ama.

MARIO BENEDETTI



## Prólogo

### Aitana

—Jo... Entonces ¿no vas a volver? —me pregunta Caitlin mientras llegamos a la playa después de haber cenado cada una en su casa y que su padre nos acercara hasta aquí con el coche.

—Eso dice mi madre —susurro con pesar—. Según ella, ya soy mayor para comenzar a aprovechar mis vacaciones para abrirme un hueco en la sociedad y dejar de corretear con los canguros.

—Pero si sólo tienes quince años —me recuerda, y la miro mientras asiento con la cabeza, ya que esa misma fue mi respuesta cuando mi madre me lo comentó—. Y no correteamos con los canguros —añade mientras hace un mohín de burla, lo que me hace sonreír.

—«Querida, Aitana —imito con elegancia el tono de voz de mi madre—, ya es hora de ser una mujer sensata y de encauzar tu porvenir. Eres una Pérez de Lara y eso significa que estás predestinada a ser alguien importante en la sociedad. Cuando seas mayor te harás cargo del imperio familiar, y debes empezar a comportarte como la mujer que estás destinada a ser...»

—Menuda gilipollez —suelta Caitlin, haciendo que me ría a carcajadas mientras nos acercamos al grupo de amigos que se encuentran sentados sobre la arena.

—Pues sí, pero si mis padres no me pagan el billete de avión, poco puedo hacer al respecto...

—Ya... —susurra entendiendo mi difícil situación—. Pero, Aitana, prométeme que seguiremos siendo amigas.

—Lo hemos sido a pesar de Logan, ¡que menudo martirio de hermano tienes! Unos cuantos kilómetros no serán nada para nosotras. Siempre seremos amigas —digo totalmente convencida, y nos abrazamos sellando esa promesa. Al separarnos, vuelvo la mirada y lo veo, al chico por el que suspiro desde hace dos veranos—. He tomado una decisión y tengo que aprovechar que es mi última noche en Berry para llevarla a cabo.

—¿Qué tienes en mente?

—Quiero que Cody me dé mi primer beso —susurro, y Caitlin asiente con conformidad a mi idea.

Estoy tan colgada de él que mi mejor amiga sabe que para mí sería el mejor recuerdo de ese país, lo llevaría guardado por siempre en mi corazón y sabría que una parte de mí se quedaría

eternamente en Australia, en esa playa, en ese momento, como si permaneciera congelado a través del tiempo, donde pudiera asomarme tantas veces como quisiera... ¡Ay, estoy loca por él!

—¿Qué tienes pensado hacer? Él es de los mayores y sabes de sobra que nos miran como si fuéramos todavía unas crías... —confiesa, y tengo que darle la razón, pues es un escollo que llevo asumiendo desde hace dos años, pero he tomado una decisión y haré lo necesario para llevarme ese dulce recuerdo a España. ¡Aunque sea lo último que haga!

—Atraer su atención —digo mientras me quito la blusa y me quedo con un top blanco que deja poco a la imaginación.

A grandes problemas, medidas desesperadas, y es cierto que no tengo una *pechonalidad* muy desbordante, pero ya comienza a despuntar, y me he dado cuenta de que, si quiero llamar su atención, me tiene que ver como una mujer y no como la niña que todo el mundo cree que sigo siendo. Por tanto, esta noche me toca tragarme mi vergüenza y esos modales que mi madre no para de inculcarme a fuego, con esas aburridísimas clases de protocolo... Esta noche seré como mi amiga: decidida y atrevida. ¡Mañana ya me arrepentiré si eso!

—Estás loca, como te vea mi hermano así te obligará a ponerte una manta por encima y él te pondrá otra sobre ésta, sólo por si se te cae la primera —añade nerviosa.

Ambas sabemos que Logan es capaz de hacer eso y mucho más. De verdad..., ¡no puedo con él! Y cada año que pasa, ¡le tengo más tirria! ¡¡Menudo plomo de tío!!

—Esta noche ni tu hermano me va a amargar la despedida —indico convencida de mis palabras mientras sonrío y nos unimos a nuestros amigos.

Rodeada de toda esa gente, riéndome con las tonterías de uno y las conversaciones de otro, bebiendo cerveza —que, por cierto, es lo más asqueroso que he probado en mi vida—, observando cómo Caitlin comienza a bailar alrededor de nosotros e intenta que nos unamos a ella —algo que comienza a surtir efecto—, me doy cuenta de que voy a echarlo todo de menos. Esta vida relajada, pasar las Navidades aquí con mi abuelo y poder bañarme en la playa o en la piscina —ya que es verano en Australia—, reírme sin medir las formas, vestirme como me apetezca, correr, saltar, gritar, ser como soy sin pedir disculpas y poder hacer lo que me venga en gana es tan fantástico y alucinante que creo que mi «vida en sociedad» será gris, contenida y terriblemente aburrida, y me temo que ser «la mujer que estoy predestinada a ser» no será mucho mejor... Sin embargo, debo dejar de pensar y centrarme en el momento, en mi plan, en mi última noche pudiendo ser sólo Aitana, la nieta de Lachlan Corbyn... Giro la mirada y busco a Cody y a sus amigos, entre los que también se encuentra el insufrible, arrogante y sobreprotector Logan, el hermano de Caitlin. Están riéndose a carcajadas y un par se han metido en el agua para surfear con la luna llena, una práctica un poco loca que les encanta hacer, supongo que para demostrar lo valientes o lo hombres que son, no lo sé muy bien... Me quedo mirando al chico que me gusta y me embebo de su imagen para poder recordarlo cuando ya no esté ahí.

Cody tiene el cabello rubio y lo lleva largo y ondulado hasta los hombros, tiene el típico aspecto de surfero que siempre aparece en las películas, imagen que potencia utilizando

pantalones cortos y camisetas de colores vivos que favorecen su bronceado. Sus ojos verdes oscuro son los más bonitos que he visto, del mismo tono que los bosques que bordean esta maravillosa playa. Como no puede ser de otra forma, pues es un amante del surf, su complexión es atlética, y cuando sonrío... Ay, cuando sonrío me desarma y poco me falta para que me caiga baba de la comisura de los labios, pues unos hoyuelos irresistibles aparecen dejándome boqueando como un pececito, ya que me gustaría poder acariciarlo o, ¡mucho mejor!, poder incluso darle un beso en esa hendidura gamberra que se le forma en la cara. Es tan guapo e inalcanzable —pues para una quinceañera como yo que un chico de diecisiete años se fije en ella es casi una proeza— que comienzo a ponerme nerviosa al imaginarme cómo será sentir sus labios pegados a los míos y empiezo a replantearme si es buena idea llevar a cabo ese plan. ¿Y si la fastidio y no sé cómo responderle al beso? ¿Y si lo lleno de baba en plan caracol? Niego con la cabeza desechando la negatividad y el derrotismo. ¡¡Los Pérez de Lara somos capaces de todo!! Le quito la cerveza de la mano a Caitlin y me la bebo entera, pensando que no está tan mala después del segundo e incluso tercer trago. Me levanto decidida y siento cómo el suelo se mece con esa sencilla acción. ¡Madre mía, qué mareo! ¿Es esto lo que siente una cuando bebe alcohol? ¡¡Menuda mierda!! Parece que haya pasado horas encima de una montaña rusa...

—¿Estás bien? —me pregunta Caitlin al ver la oscilación de mi cuerpo.

—Sí, sí... —añado con una valentía que no tengo, pero a lo mejor el líquido amargo que he ingerido sin ganas hace que me suelte el pelo y consiga mi loco propósito.

Me enderezo mientras enfoco la mirada en Cody. Está de pie, con una cerveza en la mano mientras habla con sus amigos, ni siquiera se ha percatado de que voy hacia él, algo que me ayuda a armarme de valor y a pensar en qué le voy a decir, aunque, cuando lo tengo cerca, todo lo que tenía planeado se evapora al instante, haciendo que titubee y comience a replantarme de verdad si seré capaz de tragarme mi timidez para hacer algo así.

¡¡Estoy como una cabra!!

¡¡Sólo tengo quince años y él es el chico más guapo que he visto en mi vida!!

Suspiro intentando tranquilizarme. Al final voy a soltar alguna chorrada y se acordarán de mí por haber hecho el ridículo más grande del universo.

—Hola, Cody —le digo, y de repente, cuatro pares de ojos me enfocan perplejos y con un atisbo malhumorado, como si les molestase que me hubiese acercado hasta ahí y hubiese osado dirigirme a ellos.

—Ehm..., hola —contesta para después volverse y seguir charlando como si nada con sus amigos.

—¿Puedo hablar contigo un segundo... a solas? —le pregunto fiel a mi idea descabellada, y su mirada otra vez vuelve a sorprenderme, haciendo que me muerda el labio inferior, frenando el temblor que siento de la cabeza a los pies.

«Pero ¿por qué estoy haciendo esto?! Ah, sí, porque quiero llevarme el mejor recuerdo del mundo a España.»

—¿Para qué? —me suelta, y la brusquedad de su tono me hace mover inconscientemente el cuerpo de un lado a otro. ¡Esto es terriblemente difícil! ¡¡Que sólo quiero un beso, no rellenar una encuesta!!

—¿Has salido así vestida de casa, Aitana? —me pregunta Logan con soberbia antes de llevarse la cerveza a los labios.

Me vuelvo para mirarlo y lo veo aguantándose la risa. ¡Uf, menudo imbécil! Porque es el hermano de mi mejor amiga, si no, ¡acabaríamos tirándonos de los pelos! Es un hecho: no lo soporto, y creo que el sentimiento es mutuo...

—Déjala, Logan, la niña se cree que ya es una mujer —añade Nate, otro de sus amigos, que es todavía más imbécil que él—, y la verdad es que me ha sorprendido que, debajo de esas camisetas de pija que siempre lleva, haya un buen par de tetas.

—Cierra el pico, Nate —suelta Logan mirándolo con fiereza, lo que hace que su amigo niegue con la cabeza y se calle—. Aitana, ve con mi hermana a haceros trencitas y deja que los mayores nos divirtamos —añade con arrogancia mientras señala a unas chicas de su edad que acaban de llegar a la playa y están bajando por la pasarela de madera para reunirse con ellos.

—No me iré hasta que hable con Cody —suelto con tozudez enfrentándome a sus ojos del color de las avellanas que me miran desaprobando mi conducta, algo a lo que estoy más que acostumbrada. Logan siempre me mira así, de manera despectiva, como si tuviera que darle las gracias por ser el hermano mayor de mi mejor amiga y, además, agradecerle su existencia... ¡¡Menudo *flipao*!!

—¿Qué quieres decirme? —pregunta Cody dando un paso hacia mí y recorriendo mi escaso atuendo (unos *shorts* blancos y el top del mismo color), que deja ver mi bronceado abdomen y mis piernas.

—Es privado y no me apetece que todo el mundo lo oiga —digo señalando con desdén a sus amigos, que siguen más pendientes de nuestra conversación que de las chicas que se acercan a ellos.

—Entre nosotros no hay secretos —explica Logan jocoso, haciendo que los otros dos asientan conformes a sus palabras. «¡El líder de la manada en acción, señores!», pienso con resignación, mucha, demasiada para una chica de mi edad—. Lo que le tengas que decir puedes hacerlo aquí —añade señalando el trozo de playa donde se encuentran ellos.

—¡Ni hablar! —exclamo horrorizada. Sólo pensar en esa posibilidad se me quitan las ganas de llevar a cabo mi plan. ¡¡Qué vergüenza!!

—Logan tiene razón. Lo que quieras decirme dímelo ahora o lárgate de una vez —me suelta Cody con rotundidad.

Y no sé si es la cerveza, el sonido de las olas al romper en la orilla, la proximidad de Cody, su ultimátum o la certeza de que no volveré nunca más a Berry, pero de repente los miro uno a uno, doy un paso hacia él y le sostengo la mirada, todo un logro viniendo de mí, que soy una experta en bajar la cabeza cuando me siento intimidada y ponerme más colorada que un tomate maduro.

—Quiero que me des mi primer beso —suelto a bocajarro, enfrentándome a esos ojos verdes que pasan de mirarme socarrones a hacerlo como si hubiese perdido un tornillo por el camino.

El silencio me envuelve, observo a Cody, que parece reconsiderar mi petición, o por lo menos espero que sea así, se mueve hacia un lado y hacia el otro, mira a Logan, que se encuentra apretando tanto la mandíbula que temo que se le rompa algún diente en cualquier momento, para después volver a mirarme, con un matiz distinto en sus ojos que no logro reconocer y mucho menos ponerle nombre.

—No soy una ONG, anda, lárgate de aquí, niña —me espeta mordaz, y camina en dirección a las chicas que han ido a pasar el rato con ellos.

Me quedo mirando mis manos temblorosas sin tener fuerzas para dar media vuelta y marcharme. ¿Tan difícil es que me bese el chico que me gusta? ¿Tan demencial es que acceda a algo así para poder llevarme el mejor de los recuerdos? ¡Tampoco le he pedido que sea mi novio ni nada por el estilo! Sólo quería eso, un beso, para recordarlo en la distancia. Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Logan, que me observan ceñudo. Me acerco a él, le quito la cerveza de las manos y me la bebo entera oyendo cómo Nate se ríe al ver mi osadía, para después tirar la lata a sus pies con un coraje que nunca he sacado y mucho menos con él. A continuación, empiezo a desabrocharme los pantalones —aún no sé qué me ha llevado a hacerlo, pero no paro —, él me sigue mirando y se vuelve por si sus amigos también están pendientes, algo que sí hacen, pero me da igual. Me quito los pantalones bajo sus miradas, se los tiro a la cara a Cody, que se ha quedado congelado a pocos pasos de ahí y no deja de observar mi cuerpo, y comienzo a adentrarme en el agua. Me sorprende al sentir que no está tan fresca como por la mañana, supongo que se ha ido calentando durante todo el día gracias al sol. Es la primera vez que me meto de noche en el mar, estoy loca, lo sé, pero necesito... ¡No tengo ni idea de lo que necesito! Pero espero que esto le haga recapacitar, que llame su atención, es mi última noche y no me iré sin mi beso.

—Sal del agua, Aitana —oigo al poco muy cerca de mí, y me sobresalto. No es la voz que esperaba, sino la del hermano de Caitlin que se encuentra dentro del agua conmigo.

—No me da la gana, Logan. Es más, ¡hasta que venga Cody y me dé un beso, no voy a salir! —añado mientras me sumerjo sintiéndome libre al estar en el agua de noche, sólo alumbrada con la luz de la luna llena. Esto es tan bonito que no entiendo cómo no lo he hecho antes. ¡¡Qué gusto!!

—¡Te estás comportando como una cría mimada! —suelta él con dureza cuando vuelvo a emerger del agua, sintiendo cómo las olas nos balancean mientras hablamos, con la oscuridad parcial de esa tranquila noche de verano, del último verano de mi vida en ese precioso pueblo—. Escúchame, Cody me ha pedido que te diga que te espera debajo de la pasarela de madera —me dice con voz pausada, y reprimo un grito de júbilo. ¡¡No me lo puedo creer!!

—¿En serio? —balbuceo sintiendo cómo la cerveza dificulta mi pronunciación, ¿o tal vez son los nervios al ver mi deseo a punto de cumplirse? ¡Qué más da!

—Sí, pero tienes que salir ya y vestirme —dice con calma, y, aunque es difícil ver su expresión,

pues la escasa luz dificulta esa sencilla tarea, sé que me está mirando fijamente.

—Claro, claro... —susurro entusiasmada. ¡Al final lo he logrado!

Salgo del agua y cojo mi ropa, que sostiene Nate. Éste me sonríe mientras niega con la cabeza y de paso me echa un buen vistazo, pero ahora estoy tan feliz que, simplemente, me da igual lo que haga ese tipo. Me visto ignorándolos tanto a él como a Logan, el mensajero, que también acaba de salir del agua, y busco con la mirada al dueño de mis sueños y mi corazón, pero no lo encuentro. ¡A lo mejor me está esperando ya!

Sonrió sintiendo cómo la ropa se me pega gracias a que la interior está empapada, algo que no me hace detenerme, y comienzo a caminar en dirección a la pasarela de madera. ¡Estoy deseando llegar al lugar de encuentro!

«Por favor, no dejes que meta la pata, por favooooorrr», ruego mirando al cielo estrellado mientras intento relajarme. ¡Cómo siga así, me va a dar un patatús antes de llegar! Todo mi cuerpo tiembla de expectación, la boca la siento seca y el corazón me late tan deprisa que parece que tengo un grupo de heavy en mi interior.

¿Me gustará? Ay, espero que sí, espero que me haga sentir mil mariposas en el estómago, que mi cuerpo levite y que oiga una música celestial cuando sienta sus labios sobre los míos. ¡Con lo que me ha costado armarme de valor y pedirlo, para que no me guste! Al llegar, me percaté de que no hay nadie. Lo bueno de ese lugar es que está prácticamente a oscuras; sólo se filtra a través de las tablas la luz de la luna llena, creando un lugar tan romántico como especial, con el sonido de las olas a pocos pasos y la intimidad que ofrece esa zona lejos de las miradas de nuestros respectivos amigos... ¡¡Es el lugar perfecto para mi primer beso!!

Mierda, creo que se está acercando. Reprimo un grito, estoy tan nerviosa que no sé qué se supone que tengo que hacer. ¿Le hablo? ¿Le hago reír? ¿O vamos directos al grano? ¡¡Que esto no se aprende en el instituto, y mucho menos en clase de protocolo, y no tengo ni idea de lo que se supone que debo hacer!! Oigo su respiración, no dice nada, sólo se aproxima despacio hacia mí, entreveo su silueta, parece más alto de lo que recuerdo, pero serán figuraciones mías, o los nervios, o la cerveza, ¡qué sé yo!, y se detiene cerca de donde estoy. Aguardo pacientemente a que haga algo, ¡no sé!, lo que sea. Tiene más experiencia que yo en estos temas, ¿no? Debería ser él quien diese el paso y yo sólo responder... Pero los minutos transcurren lentos y mi desesperación roza la locura. Es cierto que tengo un gran defecto, y es que no tengo paciencia. Cuando quiero algo, ¡lo quiero ya! Y eso que, en este tema, he sido increíblemente sosegada, más que nada porque temía que se riera en mi cara cuando supiera que estoy loca por él. Sin embargo, aquí estamos, uno frente al otro, pero Cody se está haciendo mucho de rogar. ¡Ay, esto puede considerarse una tortura con todas sus letras!

Harta de esperar, decido ser yo la que dé el paso, ¡ya que he empezado lo termino!, dispuesta a todo por salirme con la mía y llevarme este recuerdo a mi país. Levanto la mano y palpo sus brazos fibrosos; son cálidos, tersos y suaves... Uf, nunca me había imaginado que Cody tuviera unos brazos tan fuertes al tacto, a simple vista se ven atléticos, pero no tan musculosos...

Comienzo a ascender lentamente hasta alcanzar sus hombros. ¡Vaya tela, es superalto! Sé que tengo que alzar la cara e incluso ponerme de puntillas, soy mucho más bajita que él; para ser sincera, soy mucho más bajita que cualquier chica de mi edad, ¿qué le voy a hacer?, he salido de estatura menuda como mi madre. Me aproximo a él y siento su aliento cálido en mi cara, ¡es tan excitante como maravilloso! Pero él sigue inmóvil, algo que no entiendo... Entonces decido dar yo el paso, ¡es ahora o nunca!, por eso recorro con timidez su rostro y deslizo los dedos por sus mejillas hasta encontrar sus labios. Me humedezco los míos, sintiendo cómo el corazón se me sale del pecho, me alzo un poco más de puntillas y estampo mis labios en su boca.

Jo... der... Sus labios están calientes, tersos, suaves, salados, y tienen un suave sabor a cerveza... Sentirlos hace que me recorra una corriente eléctrica de la cabeza a los pies. Gimo contra ellos y pego los míos todavía más, anhelando que me responda a este beso, algo que no hace en ningún momento. De pronto oigo un gruñido que sale de lo más profundo de su pecho y se separa de mí, algo que no entiendo. ¡Me ha sabido a poquísimo! A pocos pasos de nosotros oigo risas y jaleo, y entre todas las voces reconozco una a la perfección que me hace ahogar un grito porque no debería estar ahí, sino aquí conmigo...

—¡Tú no eres Cody! —balbuceo dando un paso atrás mientras siento cómo toda la magia se evapora rápidamente. «Pero... ¿a quién leches acabo de besar?!»

—No, pero parece que no te ha importado que no lo sea para darme tu primer beso. Ahora vuelve a casa, Aitana —susurra, y su voz me hace reprimir un chillido de frustración y rabia mientras aprieto los puños contra mis costados.

¡No puede ser!

No puedo haberle dado mi primer beso a él.

¡¡No, no y no!!

Me niegooooo.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto en un susurro sintiendo cómo la rabia comienza a llenar mi cuerpo. ¡Estoy tan enfadada, tan frustrada, que no sé qué voy a hacer a partir de ahora!

—Yo no he hecho nada, Aitana —dice Logan con tranquilidad, como si estuviera hablando de surf y no del hecho de que... ¡Es que no lo puedo ni repetir en mi cabeza!—. Has sido tú quien me ha buscado, quien ha dado el primer paso... Ni siquiera te has percatado de que no era Cody.

—¿Y cómo querías que te reconociera? ¡Está casi a oscuras!

—Pero me has tocado —me dice, y tengo que morderme la lengua. Es cierto que he sido yo la que lo ha tocado, y también es cierto que, aunque me han extrañado ciertas cosas, como por ejemplo no encontrar su cabello largo con mis caricias, he seguido adelante. ¡Pero estaba demasiado nerviosa como para prestar atención a esos detalles!—. Conozco demasiado bien a Cody para asegurarte que él no se habría conformado con un inocente besito a la luz de la luna —añade con resquemor, haciendo que se me olvide por un segundo respirar. «¿Qué me estás contando?! ¿Habría querido más que un beso?»—. ¡Ya has conseguido tu propósito de esta noche, Aitana! Ahora idos a casa las dos.

—¡Eres un imbécil, Logan Walsh! —exclamo sintiendo cómo las lágrimas se desbordan de mis ojos por la rabia que siento en mi interior.

—No te enfades tanto, Aitana. Ha sido un piquito de nada —me dice con desdén, como si hubiese sido poca cosa. «¡Yo me lo cargo!»

—¡¡Me has fastidiado mi primer beso!! —replico con rabia enfrentándome a él—. Ahora ya no me va a dar tanta pena no volver a Berry nunca más, porque sólo de pensar en volver a verte, sólo imaginarme volver a tenerte delante... ¡me entran náuseas! Te odio, Logan. ¡¡Te odio!!

Él ni siquiera hace el amago de mirarme, simplemente se da media vuelta y se acerca a su grupo de amigos, para después comenzar a reírse con las tonterías que hacen. Echo a andar en dirección a Caitlin, que, al verme, se levanta y me mira con ternura. Sabe que estoy mal, tenemos ese tipo de relación en la que no hace falta hablar para saber lo que le ocurre a la otra, aunque... ¿cómo le voy a decir que mi primer beso me lo ha dado el bruto y arrogante de su hermano? ¿Cómo le voy a explicar que me ha encantado sentir sus labios en mi boca? ¿Cómo le voy a confesar que, si antes lo odiaba, ahora lo odio todavía más porque nunca imaginé que me gustaría besarlo y recorrer con mis yemas su cuerpo?

Menos mal que no volveré nunca más a Berry.

Menos mal que mañana me marcharé de aquí para siempre y no volveré a ver a Logan Walsh jamás.



## Aitana

*Trece años después*

No reacciono.

No siento dolor, ni frustración, ni rabia, ni asombro, ni nada, y no se debe a que poseo una gran capacidad de controlar mis emociones, sino simplemente a que no siento nada, como si estuviera delante de una televisión viendo una película que no me interesa, vacía, despistada, inerte... Tener esa certeza hace que me cuestione cuánto tiempo llevo subsistiendo así, sin sentir, simplemente viviendo en modo automático, como un robot. Sé que no debería haber estado aquí, y mucho menos haberme quedado cuando han empezado a hablar, pero... lo he hecho porque he oído mi nombre y ahora, ahora sé que debería irme, porque si ellos me ven, si se dan cuenta de que he sido testigo de *esto*, no sé qué pasará. Al final decido quitarme mis maravillosos *stilettos* con cuidado —una hazaña dadas las circunstancias: entre la escasez de espacio y darme cuenta de mis inexistentes emociones, soy capaz de que se me caigan al suelo y el ruido alerte de mi presencia —, para después salir de ahí y caminar apresuradamente concentrándome en mi objetivo: alejarme de ese despacho en tiempo récord y sin llamar la atención de nadie.

Miro a ambos lados, agradeciendo que no haya ningún trabajador a la vista y, sin ser vista, abandono ese lugar donde no debería haber estado, para así cruzar el pasillo dándome cuenta de que ha llegado el momento. Debo salir de una vez, y no sólo del edificio, sino de todo lo que me rodea. Llevo retrasando este momento demasiado con estúpidas excusas que sé que no son ciertas, simplemente alargando algo que lleva palpitando en mi ser desde hace demasiados años, como una alarma persistente que intentara avisarme, pero que, simplemente, ignoraba creyendo que serían imaginaciones mías, autoconvenciéndome de que debía persistir y no rendirme. Mi vida se ha convertido en una sucesión de momentos estratégicamente posicionados: levantarme, desayunar, acudir a la oficina, trabajar, almorzar, seguir trabajando, llegar a casa, hacer algo de ejercicio, cenar, dormir y vuelta a empezar. Con la única tónica de que había días que tenía reuniones o fiestas de las cuales no podía escapar aunque quisiera, y siempre quería... Sin embargo, ahora tengo pruebas, aunque sean sólo visuales. ¡En mala hora me he dejado el teléfono móvil en mi despacho! Si es que no puedo ser tan despistada y estar permanentemente en la luna de Valencia, mirándome el ombligo o, simplemente, intentando que nadie se percate de lo que de

verdad pasa por mi mente... Sin embargo, ahora sé que no me equivocaba y ya no puedo permitirme el lujo de mirar hacia otro lado. Si lo hiciera, si me atreviera a agachar la cabeza y aceptar tal obstinación y despropósito, ya no habría vuelta atrás y estaría condenada a vivir por siempre una vida que no he elegido, sino que me han impuesto, sin importar mi opinión, ni mi bienestar, ni mi persona...

Es una cuestión de supervivencia: existir o vivir. Una cuestión de lealtad hacia mí misma y de amor propio, ese que llevo enterrando con acciones repetidas y palabras huecas. Ese que necesito sentir de nuevo en mi piel para desprenderme de todo esto...

Sentir... Llevo tanto tiempo sin sentir de verdad, tantos años siendo una mera espectadora de todo lo que me sucede, que creo que estoy condenada a permanecer fría el resto de mi vida, por mis malas elecciones, por haber hecho caso omiso de mi conciencia, que gritaba que no siguiera por ese camino, que me traería problemas, que me haría cambiar tanto que ni siquiera me reconocería... Aunque ahora eso no puede cambiarse, me he convertido en lo que soy por todo lo que me ha tocado vivir, por todo lo que he tenido que aguantar, por todo lo que he callado...

—Buenos días, señorita Pérez de Lara —me saluda uno de los arquitectos que trabaja ahí al verme corretear por el lustroso pasillo.

Sin detenerme y sin decir ninguna palabra —pues no quieren salir de la garganta, aunque he dado la orden a mi cerebro de que salude—, sonrío de manera mecánica sin ni siquiera mirarlo a los ojos, algo que llevo haciendo tanto tiempo que he desarrollado una técnica impecable, tanto, que las personas que me rodean creen a ciencia cierta que soy feliz, que soy dichosa cada día de mi lujosa y glamurosa vida, que he triunfado en todo lo que me he propuesto, creando una imagen de mí tan perfecta como alejada de la realidad... La verdad es demasiado cruel incluso para mí.

—Señorita Pérez de Lara, ¿ya se marcha? —pregunta mi secretaria al verme entrar en mi despacho para coger el bolso y el abrigo, tan rápido que ni siquiera me he percatado de ella. Sé que es bastante extraño, pues mi secretaria no se mueve de ahí hasta que yo se lo diga.

—Sí... —contesto sintiendo la garganta seca como si me hubiese pasado horas comiendo pipas bajo el sol de una tarde de verano, aunque sin el placer de haberlo hecho, sólo llevándome de regalo la sensación de sequedad—. Tengo un asunto privado que atender. Si pregunta por mí el señor Pérez de Lara, dile que volveré por la tarde.

—Claro, señorita... —me dice con tono profesional mientras me mira extrañada de que lleve en las manos mis zapatos de diseño.

—¡Me ha salido una rozadura! —exclamo mientras muevo los preciosos *stilettos* delante de ella, dando una razón coherente a mi extraña conducta—. Es lo que tiene ir todo el día con tacones —añado para redondear mi mentira, haciendo sonreír a mi secretaria, para después seguir avanzando por el pasillo, con todos los bábulos en las manos.

Reprimo un suspiro y aprieto el botón del ascensor haciendo malabarismos para que no se me caiga nada al suelo y no acabar yo, de paso, desparramada por éste, y vuelvo a calzarme mis exclusivos zapatos de tacón, justo a tiempo para, al abrirse las puertas, entrar ya calzada, con el

bolso en el hombro y el abrigo en el brazo. Selecciono la planta destinada al parking, intentando aparentar normalidad y seguridad, aunque no sienta ni una cosa y mucho menos la otra, sin percatarme de quién hay en el elevador; sólo tengo una idea en mente, y es salir de ahí cuanto antes. El timbre me sobresalta y me saca de mis pensamientos al alcanzar la planta seleccionada, y salgo dirigiéndome a mi deslumbrante Maserati GranCabrio MC de color negro. Me subo, bloqueo las puertas y dejo escapar el aire de los pulmones, dándome cuenta de cómo mis manos tiemblan sobre el volante, notando mi cuerpo alterado al recordar cómo me he sentido de adormecida cuando he presenciado aquello. Me muerdo el labio inferior intentando serenarme, ha llegado la hora de cambiar, de dejar el orgullo o las ideas preconcebidas en una esquina de mi mente y afrontar, de una vez por todas, mi vida.

Mía, de nadie más.

Arranco el motor y salgo por las calles de Madrid sin saber qué hacer ni adónde ir, pero con la certeza de que aquí ya no puedo quedarme más. ¡Ha sido la gota que ha colmado el vaso! Uno tan lleno y rebosante que aún no entiendo cómo he podido aguantar tanto... Aprieto con saña el volante sintiéndome una imbécil de manual, siempre he creído que era una mujer de mundo, muy leída e instruida por los mejores profesores y capaz de enmudecer a cualquiera, y he caído como una imbécil en...

Niego con la cabeza intentando frenar mis pensamientos, que se desbordan en mi mente sin orden ni raciocinio, agolpándose y solapándose unos a otros, tratando de abarcar demasiadas cosas como para comprenderlo en un espacio tan corto de tiempo y con un estrés tan grande que me hacen dudar de todo. Sin embargo, lo único que consigue que me asuste de verdad es la evidencia de que, aun sabiéndolo todo, no siento nada.

«¡Mierda!»

Estaciono el coche en el garaje de mi edificio y subo a mi precioso ático, en pleno barrio de Salamanca. Entro y observo a mi alrededor: todo es moderno, lujoso y espacioso. Todo está milimétricamente pensado para el confort y la ostentación, un lugar donde me he refugiado desde hace años, pero al que jamás he considerado mi hogar, sino un sitio donde tenía que estar cuando no me encontraba trabajando o en alguna fiesta... Y no sé si se debe a que todo lo que hay en el interior lo ha elegido mi madre, con la ayuda de un interiorista, sin contar, por supuesto, con mi opinión, o tal vez por otra extraña razón que nunca me he cuestionado, pues así era mucho más sencillo para mí seguir adelante... De igual forma, ni siquiera presto atención a nada de lo que hay aquí y me dirijo a mi dormitorio, observando todo a mi alrededor como si fuera la primera vez que lo hiciera desde que estoy viviendo en este lugar: la cama, la cómoda, el vestidor, el cuarto de baño, las vistas..., sabiendo que debo tomar una decisión cuanto antes. ¡No puedo perder el tiempo con tonterías o dudas! Cuando se enteren de que me he ido, cuando sepan que no pienso volver... Pero ¿qué hago ahora? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Estoy sola, eso es un hecho irrefutable. Sola ante el mundo, ante mis problemas, ante mis elecciones, ante mi existencia, ante todos y cada una de las personas que han formado mi vida vacía...

Me apoyo en la cómoda y cierro los ojos sintiéndome de repente demasiado cansada, como si todo lo que he aguantado durante estos años se amontonara en mi espalda, impidiéndome levantar la cabeza, impidiendo que pueda pensar de manera coherente... Abro los ojos y me miro en el espejo, observando mi gesto apático, sin alma, sin emociones, fría como me siento por dentro, helada como creen todos que soy, una mujer obsesionada con el trabajo... Alguien incapaz de amar y de ser amada, una sombra de lo que he sido, una imperfección de lo que podría haber llegado a ser, y de repente esa foto que puse ahí el mismo día que me mudé —y que el cúmulo incesante de circunstancias ha hecho que me olvide de ella— me hace sonreír, pero no de manera mecánica o vacía, sino de verdad, llenándome de un tibio calor que me embriaga por dentro, pues llevo demasiado tiempo sin sentir algo parecido. La sostengo en mi mano mientras observo la tierna instantánea donde aparezco con quince años abrazando a mi abuelo con fuerza, mostrando una radiante sonrisa, mientras él hace lo propio. De fondo se ve la casita de madera donde he sido tan feliz, donde he sentido que podía ser yo misma, sin artificio, sin protocolo, sin demostrarle a nadie nada... Es la última foto que nos hicimos juntos, las últimas Navidades que pasé ahí, mi último verano con mi querido abuelo... Daría lo que fuera por volver hacia atrás en el tiempo y quedarme con él en Berry, en ese pequeño pueblecito costero que me acogía con cariño todos los años, donde guardo en mi mente mis mejores recuerdos y donde he sentido cada una de las cosas que he vivido...

«¿Y si...?»

Una tímida idea aparece en mi mente, casi como un resquicio de luz, como un chasquido intentando romper todo el hielo que envuelve mi ser, y comienzo a ponerme en movimiento con presura, obligándome a no pensar en nada más que en poner en marcha aquel impulso irracional. No puedo perder el tiempo. Ahora mismo los minutos corren en mi contra, por eso comienzo a preparar el equipaje, metiendo todo lo que puedo en la maleta al tiempo que soy consciente de que, en Australia, ahora mismo, estará acabándose la primavera y dentro de poco será verano. Me acerco a la caja fuerte y saco dinero en efectivo para después coger también el pasaporte, el bolso... Lo cierro todo y bajo de nuevo a por el coche. No me permito, siquiera, pensarlo concienzudamente, es ahora o nunca, por eso me dirijo al aeropuerto sin sentir ni un ápice de remordimiento. Estaciono el coche en una plaza del parking, compro un billete de ida a Sídney y espero pacientemente a que llegue la hora para embarcar intentando planear qué haré una vez llegue a mi destino.

No sé si Caitlin seguirá viviendo en Berry. Llevo mucho tiempo sin hablar con ella, algo de lo que me arrepiento enormemente, aunque sé que ha sido una táctica para sobrevivir, para no ser consciente de que mi vida es un fiasco grande, lujoso y ostentoso. Lo que tengo claro es que no puedo quedarme en la casa que mi abuelo tenía cerca de la granja de los Walsh, ya que, cuando él murió, mis padres la vendieron a mis espaldas antes de que yo cumpliera la mayoría de edad, algo que me hizo enfadar extraordinariamente, aunque ellos ni siquiera se inmutaron por semejante cabreo... Ellos eran y son así, hacen las cosas sin que les importen mucho las consecuencias.

Comienzo a buscar en el navegador del móvil noticias o publicaciones relacionadas con aquella preciosa población costera, intentando averiguar algo que pueda darme una idea de qué hacer cuando llegue, y de repente una me llama especialmente la atención:

La granja Walsh gana un año más el reconocido galardón a la agricultura y a la ganadería sostenible y sigue su ascenso, consolidándose como una de las empresas con mayor facturación de Nueva Gales del Sur.

En la foto, William Walsh con sus hijos Logan y Caitlin.

Observo la foto con una sonrisa, ahí están los tres, aunque me fijo en mi amiga, en esa chica que estuvo siempre presente en mi niñez y en mi adolescencia. Se la ve de lejos, ya que la instantánea no se centra tanto en ellos como me habría gustado, sino más bien en los campos de cultivo que forman sus tierras, en los animales que la comprenden e incluso en aquella casa. ¡La granja! Mi sonrisa se ensancha todavía más al ver que siguen viviendo ahí —pues la noticia es de hace tan sólo unos meses—, y no dudo en ir a visitarlos. ¡Estoy deseando ver a mi mejor amiga!

Con esa decisión tomada y mucho más tranquila al saber dónde voy a dirigirme cuando pise Sídney, observo el panel de vuelos y me dirijo a la puerta de embarque con la maleta a rastras. A partir de ese instante voy a dejar en libertad esa parte de mí que han intentado arrancar con tanta saña, voy a hacer lo que me venga en gana, sin preocuparme de nada más que de mi propio bienestar. Me he cansado de ser alguien que no soy y de obtener como respuesta desapego e indiferencia. Voy a volver a Berry, volveré a ver a mi mejor amiga, y sólo espero con todas mis fuerzas que Caitlin sienta las mismas ganas que yo de tenerme delante, de abrazarme y de retomar esa amistad que me ha acompañado en la soledad de mi ático de lujo, acordándome de los pequeños momentos vividos, de las risas y de los días de piscina y playa. Esos maravillosos días donde la vida me parecía tan sencilla, casi como un juego de niños, haciéndome creer, tontamente, que lograría todo lo que me propusiese, porque era lo que se esperaba de mí, porque era lo que se suponía que hacían los Pérez de Lara, porque estaba predestinada a ello...

Apago el teléfono móvil cuando ocupo mi asiento en el avión y sonrío mientras observo al auxiliar de vuelo comenzar a informar sobre las normas de seguridad con movimientos aprendidos y que me sé de memoria; llevo demasiados viajes a mis espaldas, muchos de ellos por trabajo, aunque ninguno me ha hecho sentir este ligero cosquilleo de expectación...

«¡Ya está! Lo he hecho y ya no hay marcha atrás», pienso intuyendo cómo esta decisión que he tomado en pocos minutos y que me ha hecho abandonar toda la comodidad y la pomposidad de mi vida va a hacer que viva algo distinto, algo que deseo experimentar y que exprimiré al máximo, como si fuera la última oportunidad que tengo de poder vivir algo así. Es ahora o nunca, y ya he tomado una decisión. Es posible que pueda parecer una locura volver, dadas las circunstancias, pero no me imagino un lugar mejor para empezar de nuevo y para ser la dueña de mi vida. Me he cansado de ser la perfecta Aitana Pérez de Lara, ahora sólo seré Aitana Corbyn o, mejor aún, únicamente Aitana... Mis labios se deslizan en una sonrisa mientras apoyo la cabeza en el

respaldo y observo por la ventanilla cómo el avión se estabiliza, envolviendo a la nave de nubes algodonosas mientras cruza el cielo azul.

«¡¡Mierda!!», maldigo con frustración al no haber caído en un pequeño detalle, en algo ínfimo, diminuto, pero con la suficiente fuerza como para poder alterarlo todo, incluso mi plan de encontrarme a mí misma o por lo menos hallar un camino que pueda conseguir que vuelva a sentir. Trago saliva al percatarme de que volver a Berry también equivale a volver a encontrarme con ese hombre que he aborrecido por encima de todo y que, en el pasado, me alegré, incluso, de no tener que volver a ver nunca más.

Cierro los ojos intentando no pensar y obligándome a dormir, aunque mi mente —la muy puñetera— tiene otros planes más desquiciantes, pues empiezo a darle vueltas precisamente a ese hecho que se me ha pasado por alto al haber decidido volver... ¡Y eso que lo he visto en esa foto! Pero mi mente lo ha ignorado, centrándose en lo bonito que sería volver a reencontrarme con Caitlin.

«A ver, Aitana, no te preocupes por eso. Además, ahora Logan tiene treinta años, seguramente estará casado, con varios críos y una mujer embarazada que lo esperará con un plato de comida en la mesa. Sí... Seguro que no hay de qué preocuparse. Ha pasado mucho tiempo desde ese día que lo besé, seguramente ni se acordará de aquella noche. Incluso, y es lo más probable, puede que vea a Logan de pasada, casi en la lejanía, y podré centrarme sin problemas en mi propósito. No hay de qué preocuparse, todo irá bien..., espero», intento tranquilizarme, aunque en mi interior esas palabras no consiguen calmarme en absoluto, sino todo lo contrario.

Sólo deseo que mi atrofiado y recién estrenado instinto no me esté alertando de que estoy a punto de meterme en la boca del lobo, porque ya no hay vuelta atrás.

## Aitana

Me observo los *stilettos* de color azul marengo nada más salir del taxi. El conductor, después de haber bajado el equipaje y de haberme cobrado una pequeña fortuna por el viaje, sale disparado de allí, levantando a su paso una nube de arena y piedrecitas, confirmándome el hecho de que no ha sido un sueño y que, realmente, he huido de Madrid porque...

Intento tranquilizarme, sé que es absurdo sentirme así de nerviosa, sobre todo cuando ha sido decisión mía volver aquí tras tanto tiempo sin pisar Australia, sabiendo que ya no soy la misma chica llena de sueños e ilusiones, esa que pensaba que lograría alcanzar todas y cada una de sus metas, una tras otra y sin ningún contratiempo, porque a esa edad es imposible ser realista, y yo era dada a creermelo cada una de las historias de hadas que oía. ¡Y anda que no he oído! Arrastro la maleta trastabillando con las piedrecitas que me voy encontrando por el camino, algo normal al utilizar este calzado, más apto para la ciudad que para el campo, pero intento no prestar atención al modo en que mis finos tacones se doblan y en cómo acabará la suela de éstos.

Llevo, en total, veinticinco horas de trayecto, veintitrés de vuelo y dos de coche, y, aunque debería estar más que agotada, pues me ha sido imposible pegar ojo en el avión y mucho menos en el taxi, me encuentro igual de despejada que si hubiese dormido diez horas. Supongo que los nervios y, sobre todo, el hecho de tomar aquella loca decisión en cuestión de décimas de segundo, como una vía de escape, me han mantenido en vilo, además de que no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar cuando toque a la puerta... ¿Y si Caitlin no quiere saber nada de mí? ¿Y si está tan enfadada que no me deja ni explicarme? Intento desechar esos pensamientos centrándome en lo que me rodea, mientras con una mano sujeto el abrigo con el que he salido del frío de Madrid y, con la otra, sigo arrastrando la pesada maleta que, a causa de este camino empedrado, no se desliza con la facilidad acostumbrada, sino meciéndose con violencia hacia los lados, por lo que temo que, en un movimiento brusco provocado por una piedra de mayor tamaño, se resquebraje y caiga desparramada toda la ropa por el suelo, algo que no me extrañaría que sucediera...

Parece increíble, pero este lugar no ha cambiado nada, sigue siendo el mismo que recuerdo, incluso el calor es el mismo: húmedo y tórrido, y eso que estamos a finales de primavera... Las extensas tierras de los Walsh se ciernen delante de mí con poderío, y como eje central de este entorno rural y salvaje se encuentra la gran propiedad de color beige, cuyo precioso tejado a dos

aguas de color gris enmarca su estructura. Justo en el lado izquierdo, con un gran y extenso terreno que las separa, está la pequeña casa de madera que fue el hogar de mi abuelo, donde he pasado los días más felices de mi vida, todo ello rodeado de naturaleza pura y dura, lo que me hace tragar saliva con dificultad. Saber que estoy tan cerca de esa casa y que mi abuelo ya no está me hace sentir extraña, vacía, aún más de lo que me siento.

Niego con la cabeza intentando no darle demasiadas vueltas a ese asunto para después enfilarse hasta la enorme casa de los Walsh, cuyo porche se encuentra después de subir un par de escalones, flanqueado por unas sillas blancas a un lado y una hamaca al otro. Lo observo todo a mi alrededor, las hectáreas de cultivo que posee la granja, el granero, los establos, la vegetación sin límites..., allá donde mire hay follaje, árboles y nada más. ¡Todo verde y despoblado! Sé que estoy loca, pues tengo que reconocer que me he convertido en una chica de ciudad de la cabeza a los pies, y ahora todo este aspecto campestre, todos estos insectos pululando a mi alrededor, todo este aire limpio y fresco me hacen dudar de mi propia decisión. Pero ¿en qué estaba pensando para volver de nuevo aquí? Si ya de por sí le tengo terror a cualquier bicho identificado, los que están sin identificar todavía más, y aquí, algo que es normal, pues esto es el campo, pululan a sus anchas... Sólo espero poder acostumbrarme de nuevo a esta vida tan alejada de lo que he vivido estos últimos años, donde el glamur, las fiestas ostentosas y el lujo eran mi tónica diaria...

Inhalo lentamente el aire para después echarlo por la boca, antes de tocar el timbre de la casa, y cuando lo hago siento que he cometido algún delito. ¡Me estoy volviendo majareta perdida! Los segundos que paso esperando ante la gran puerta de madera me parecen eternos, hasta el punto de llegar a pensar en dar media vuelta y volver a España, una locura, lo sé, pero la inseguridad de no ser bien recibida, el miedo al rechazo es demasiado latente como para ignorarlo, hasta que al final se abre la puerta y aparece un hombre de gesto serio con el pelo canoso que me mira sin ocultar su extrañeza.

—¿Qué desea? —me pregunta, y noto un leve cosquilleo en los ojos al ver de nuevo a William, el patriarca de los Walsh. Aunque su cabello se haya vuelto blanco y su piel tenga todavía más arrugas de las que recuerdo, William Walsh sigue teniendo el temple y la fuerza de antaño.

—Hola, William —susurro intentando que no se me note lo nerviosa que estoy al haber aparecido de improviso, sin una llamada siquiera—. Soy Aitana.

Al oírme, no disimula su asombro, para después mirarme de nuevo fijamente, sin poder ocultar la sorpresa al verme después de tantos años, mientras inspecciona al dedillo el atuendo con el que he salido corriendo de España: llevo puesto un precioso y elegante vestido de manga corta —pues en la oficina hace calor gracias a la calefacción— negro de Gucci, con un cinturón vistoso de color azul marengo. A ver, soy consciente de que no poseo un físico muy llamativo, más bien de suaves curvas que se reparten en mi metro sesenta y tres, pero lo que más llama la atención de mí son mis enormes ojos azules, eso y mi sonrisa amplia, aunque ésta, en los últimos tiempos, sólo ha hecho acto de presencia de manera estudiada, y no porque lo sintiera realmente.

—¿Aitana? —pregunta en un susurro. Al oír esa manera distinta de pronunciar mi nombre, pues



suenan a *Aichanna*, me hace sonreír llenándome de paz. ¡Esto es lo que necesito!

—Sí...

—¡No puede ser! —exclama señalándome y haciendo que vuelva a sonreír. ¡Vamos bien, dos de dos!—. ¡Estás hecha toda una mujer! Ni en mil años te habría reconocido, bonita... Pasa, pasa —me invita abriendo la puerta para que entre, percatándose en ese momento de la maleta que arrastro hasta el interior, para después echarme una mirada analítica, de esas tan suyas, como si pudiera ver a través del alma, una práctica muy común en él y que me hace titubear. Caitlin siempre me decía que su padre podía ver si mentías o no sólo con una mirada, únicamente espero que mi capacidad para no sentir me ayude a estar a salvo de su don.

—¿Está Caitlin? —pregunto dejando el equipaje en la entrada y observando cómo William cierra la puerta y me hace pasar hasta la cocina.

Lo sigo muy de cerca mientras contemplo el interior de esta casa. Puedo decir que todo sigue igual que como lo recordaba. Los muebles son oscuros y de estilo clásico, y contrastan con los amplios ventanales sin cortinas, por donde entra a raudales la luz, paredes blancas y confortables sofás oscuros. Esto sí que es un hogar de verdad, donde los recuerdos se acumulan en las estanterías, bellas instantáneas de tiempos mejores immortalizan a las personas que ya no se encuentran entre nosotros, otorgándole alma a cada uno de sus rincones, dándole calor.

—Caitlin se fue a Melbourne hace unos años —me informa haciendo que frunza ligeramente el ceño y que sienta cómo una neblina de tristeza me envuelve lentamente—. Pero seguro que, cuando le digamos que estás aquí, nos hace una visita pronto. ¿Te apetece una limonada? Ya comienzan a ser los días más calurosos... —añade mientras saca de la nevera una jarra con el refresco, y aprovecho para observar que esta estancia tampoco ha sufrido ningún cambio demasiado grande como para que pierda la esencia que recuerdo.

—Sí, gracias...

—¿Qué tal todo?

—Bien... —susurro intentando sonreír, lo que hace que William me mire a los ojos—. Tenía unas semanas libres y he decidido venir a ver a Caitlin, aunque ahora que sé que no está...

—Ahora la llamamos por teléfono —me interrumpe él dejándome el vaso delante—, y puedes quedarte aquí sin problemas, Aitana. Siempre has sido parte de la familia y, aunque mi hija no esté, las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti.

—Ay, no, no podría... No quiero molestar, William. Además, he venido sin avisar y tenía pensado quedarme en un hotel. Lo que pasa es que me ha perdido la paciencia por volver a ver a Caitlin —confieso, y temo que esta decisión no la he valorado lo suficiente como para prever infortunios como éste.

Estaba completamente segura de que la encontraría aquí, de que podríamos hablar como antes, de que volveríamos a ser las mismas amigas, aunque ahora... ¡Debería replantearme de nuevo el plan!

—Aitana, no molestas, te lo aseguro. Y, si te soy sincero, me vendrá bien tener más compañía

por aquí —comenta mientras me guiña un ojo haciéndome sonreír. Después cojo el vaso y me lo llevo a los labios, deleitándome con la fresca y dulzona limonada deslizándose por mi garganta seca—. ¿Cómo están tus padres?

«Mierda.»

—Bien, como siempre —farfullo sin mirarlo a los ojos, centrándome en el vaso. «Si no lo miras, no verá que mientes», me repito intentando que William no sospeche nada.

—Termináte la limonada, que te voy a enseñar tu habitación —susurra al poco, después de unos segundos de silencio.

Supongo que esperaba un relato más extenso a esa pregunta que me ha formulado y que, simplemente, no he podido profundizar, ya que he utilizado esas tres escuetas palabras para resumir trece años de ausencia... Sin embargo, no puedo contarle la verdad, es demasiado dura y vergonzosa como para verbalizarla. Lo único que necesito es arrancarla de mi mente y poder volver a empezar.

—No, de verdad, William, me quedaré en un hotel, ¡es lo mejor para todos! Incluso puedo ir a Melbourne a ver a Caitlin y...

—¡Pero si acabas de llegar! —exclama con garra haciéndome sonreír—. Además, así tengo la excusa perfecta para que me visite mi hija —indica guiñándome un ojo para después ponerse serio y mirarme con cariño—. Aitana, tu abuelo era un gran amigo mío, ¿tú crees que podría dormir tranquilo si supiera que estás en Berry quedándote en un hotel? ¡Exacto, no! —añade sin dejarme tiempo para que conteste—. Por tanto, bonita, bébete la limonada, que te voy a enseñar la habitación de invitados, donde podrás quedarte todo el tiempo que necesites.

—Muchas gracias, William.

—Anda, anda —susurra haciendo aspavientos con la mano, como si así pudiera restarle importancia a lo que está a punto de hacer, cuando, para mí, ese gesto en este momento lo es todo.

Siento su mirada cariñosa observándome con detenimiento, no sé lo que él habrá visto, si es demasiado obvio mi cambio o si habrá notado que estoy desesperada y perdida, sin embargo, ni él me pregunta y mucho menos yo le cuento, centrándome en terminar la limonada para después salir juntos de la cocina.

—Ya sabes que las habitaciones están arriba —indica pasando junto a la escalera—, pero hace unos años Caitlin se empecinó en que tuviéramos una habitación de invitados para cuando viniera con alguna amiga de Melbourne e hicimos este dormitorio —informa mientras abre una puerta que se encuentra cerca de la entrada de la casa—. Aquí es donde dormirás a partir de ahora.

Otra vez ese cosquilleo en los ojos, casi como un escozor, que llevo demasiado tiempo sin notar cuando me planto frente a la puerta que William tiene abierta y miro a mi alrededor. He pasado de pensar que iba a dormir en una fría *suite* de hotel a tener delante una amplia y luminosa habitación con una enorme cama presidiendo el lugar. Los colores elegidos para decorar el dormitorio son acertados, tímidos amarillos se mezclan con luminosos blancos, una colcha marrón contrasta con tanta claridad, creando un lugar confortable, cálido y limpio. Un refugio de verdad

es el que me está ofreciendo William, sin preguntas ni condiciones, simplemente por la amistad que tenía con mi abuelo. Lo miro sin poder ocultar mi sonrisa, recordando que existen personas buenas por el mundo, aunque lleve demasiado tiempo sin coincidir con nadie como él.

—Esto es precioso —comento sin poder dejar de admirarlo todo a mi alrededor.

—Me alegro de que te guste... —indica con una sonrisa—. En el armario hay toallas y sábanas, además tienes un cuarto de baño completo para que te asees —añade abriendo una puerta colindante y mostrándomelo.

—Muchas gracias, William, esto..., esta habitación, dejarme quedar en tu casa sin ni siquiera avisar, para mí... —balbuceo, y observo cómo el padre de Caitlin me sonríe con ternura. Es un gesto que me coge por sorpresa, pues me he acostumbrado a la indiferencia y la frialdad, a vivir sin muestras de cariño, ocultando lo que siento, pues no es lo que se espera de mí.

—Es lo menos que puedo hacer —susurra mientras me aprieta con cariño el brazo—. Te dejo que te instales, estaré en la cocina batallando con las cacerolas un rato.

—Si quieres puedo echarte una mano —digo mostrándole una amplia sonrisa.

—¿Me estás intentando decir que sabes cocinar? —pregunta mirándome con extrañeza, algo que me hace asentir con la cabeza divertida—. Pues, mira, ¡no voy a rechazar tu oferta! Te espero en la cocina y, Aitana..., estás en tu casa.

Observo cómo William cierra la puerta para dejarme sola. Suspiro sintiéndome afortunada por haber conocido a los Walsh gracias a los veranos que pasaba en casa de mi abuelo, aunque me siento rara por estar en la casa de mi amiga sin ella, llenándolo todo con su positividad y su optimismo, con esa manera de ser que recuerdo con una sonrisa, pues Caitlin es la vitalidad y la fuerza personificadas. Estoy deseando volver a verla, seguro que se ha convertido en una gran mujer y que ha conseguido todo lo que se ha propuesto.

Presto atención a mi alrededor sintiéndome inexplicablemente en casa, como si realmente necesitara haber dado este paso, para después coger la maleta y deshacer el equipaje, dejando el teléfono móvil apagado en el interior de la maleta vacía. No tengo intención de encenderlo y mucho menos de usarlo. No quiero que nadie sepa dónde me he marchado, aunque me temo que, si quisieran encontrarme, no tardarían mucho en caer en lo obvio...

Con todo organizado, salgo del dormitorio con la misma ropa con la que he llegado, ¡ya me cambiaré después! Además, estoy bastante acostumbrada a trabajar vestida de esta manera y no me siento incómoda, aunque parezca una duquesa con este vestido y estos tacones... ¡Pero eso da igual! William ya me ha visto así, y ahora lo que necesito es sentirme útil y en movimiento, intentar mantener a raya mi mente y relajarme, aunque me temo que esto último me va a costar un poquito más. Siempre he llevado una vida tan sumamente estresante que no sé cómo voy a hacer para obligar a mi cuerpo a que pare de golpe.

Al entrar en la cocina me percató de que William se encuentra cortando unas verduras sobre una tabla de madera. Me acerco a él, cojo un cuchillo y me pongo a ayudarlo. Es tan relajante hacerlo, el sonido de los pájaros, la tranquilidad de esa cocina, su presencia reconfortante...

—Siempre se me han dado fatal estas cosas —confiesa mientras señala el corte preciso de mis verduras y las compara con el desaguisado de él con el cuchillo, algo que me hace sonreír—. Pero era esto o renunciar a comer en casa. Desde que Grace murió me tocó lidiar con los fogones, y aunque mis hijos no han parado de decirme que contratara a alguien para que se dedicara a los menesteres del hogar, la verdad, es que no podía soportar la idea de que una extraña pudiera estar por aquí...

—Claro... —susurro mirándolo de reojo, pues su tono de voz ha cambiado sutilmente al pronunciar el nombre de su difunta esposa—. ¿Qué se supone que estamos preparando?

—Un asado de carne —anuncia mientras saca de la nevera un gran trozo de ternera.

—¿Puedo ver qué tienes en la nevera? —pregunto, haciendo que William asienta mientras echo un vistazo a su interior. La verdad es que hay un buen surtido de todo—. Con esta carne va muy bien hacer una crema para echarla por encima cuando esté hecha, así quedará más jugosa al paladar —informo mientras cojo zanahorias, cebolletas y un bote de nata—. ¿Tienes coñac?

—Queda algo en el mueble bar —contesta mientras comienzo a limpiar las verduras en el fregadero, para después cortarlas con destreza sobre la tabla de madera—. Toma. Da gusto ver cómo te desenvuelves en la cocina, ¿dónde aprendiste a cocinar? —pregunta él al poco, dejando una botella de cristal delante y haciendo que sonrío tímidamente.

—Me enseñó a escondidas la cocinera que tenían mis padres en casa trabajando. Me encantaba pasar las tardes a su lado, haciendo repostería u observando cómo preparaba succulentos platos. Por supuesto que mis padres no tenían ni idea de que estaba ahí y era nuestro pequeño secreto, creo que, si se hubiesen enterado, me habrían prohibido traspasar la puerta de la cocina... —confieso con melancolía al recordar aquellos únicos momentos en los que me había sentido cómoda y querida en España, mientras echo las verduras en una sartén y me percató de que William acaba de meter la ternera en el horno.

—Me alegro de que no se enteraran, se nota que disfrutas haciéndolo.

—Sí, me ayuda a relajarme...

—¿Y qué tal por España?

Esa pregunta me hace concentrarme en mis movimientos mientras me esmero para que la verdura se poche, moviéndola con mimo con una cuchara de madera para después añadir el coñac, que invade con su aroma dulzón la cocina, y, cuando ha arrancado a hervir, verter la nata sobre ella. Doy vueltas a las posibles respuestas para esa cuestión, la verdad es demasiado dura de afrontar y, sobre todo, de explicar.

—Bien, ya sabes... —susurro sin desviar ni un centímetro la mirada de lo que estoy haciendo: cocinar.

—¿Al final entraste en la empresa de tu padre?

—Sí, llevo trabajando allí desde que acabé la carrera...

—Entonces ¿eres arquitecta?

—Sí...

—Seguro que has realizado obras impresionantes —comenta haciendo que cambie el peso de una pierna a la otra. Nunca me ha resultado incómodo hablar de la empresa de mi padre, ni de mi carrera, ni tampoco de todo el trabajo que he hecho en estos años; en cambio, aquí, con él, sabiendo todo lo que ya sé, no puedo evitar sentirme inquieta.

—Me dedicaba más a aceptar o a rechazar, incluso a guiar cómo debían ser los proyectos que nos hacían los arquitectos que tenemos en plantilla. Mi trabajo es más a nivel directivo, llevaba un grupo de personas y me aseguraba de que todo saliese como debía salir.

—Madre mía, entonces estoy delante de una gran mujer de negocios. Tu abuelo siempre decía que lograrías alcanzar todas tus metas, que tenías grandes capacidades y personalidad para conseguirlos —anuncia haciendo que haga sin querer un mohín de resignación. Sólo espero que no se haya dado cuenta.

—Mi abuelo siempre creyó en mí. —«Incluso cuando yo no lo hacía», pienso reprimiendo un suspiro que se me queda instalado en la boca del estómago, creándome desasosiego—. ¿Tienes harina? —pregunto de repente, lo que hace que William me mire extrañado.

—Sí, creo que tengo algo en ese armario de arriba, ¿para qué la quieres?

—He pensado en hacer un bizcocho de chocolate para merendar o para mañana para el desayuno. Llevo tanto tiempo sin cocinar que tengo ganas de preparar algo dulce —confieso con una sonrisa, y en ese momento irrumpe con fuerza el sonido inconfundible del teléfono fijo alertando de una llamada.

—Los Walsh te lo agradeceremos de por vida, bonita —me dice con una sonrisa—. Voy a contestar y vuelvo enseguida —informa saliendo y dejándome sola.

Bajo el fuego para que todos los ingredientes se ligen bien, para después mirar a mi alrededor buscando algo que me ayude en mi quehacer. Al final cojo un taburete que hay en una esquina de la cocina, me quito los zapatos y subo encima para buscar en el armario que me ha señalado William antes de salir de la cocina. Sé que a él o a la propia Caitlin simplemente les habría bastado con ponerse de puntillas para coger lo que necesitasen, pero mi estatura no es como la de la pequeña de los Walsh: he salido más menuda y para llegar a sitios tan altos siempre he tenido que buscarme la vida. Como ahora, que, aun con el taburete, tengo que alzarme de puntillas, pero al final logro alcanzar la harina y sonrío al ver que las ganas de cocinar han vuelto nada más pisar Australia, cosa que comienza a llenarme de optimismo. En mi ático de Madrid, cuando no tenía otra cosa que hacer más que ver series o estar ahí, ni siquiera esa labor que tanta paz siempre me ha dado me llamaba la atención. Como si hubiese perdido la inspiración o el ánimo. A lo mejor volver a sentir esas ganas de cocinar es una señal de que he hecho bien en dar este paso, de que he hecho bien en volver...

—¿Quién eres tú y qué haces rebuscando en mi cocina?

Oír esa voz rasgada y severa a mi espalda hace que me sobresalte, provocando que el taburete se zarandee por culpa del movimiento brusco de mi cuerpo y, en un acto reflejo, me agarro con fuerza del armario para no caerme, con tan mal tino que no calculo la fuerza, ni mucho menos me

acuerdo de lo que llevo en las manos, y observo horrorizada cómo el envoltorio de papel de la harina se abre delante de mis narices, desparramándose por encima de mí y haciéndome toser al sentir todo ese polvo blanco cubriéndome la cara. Me bajo del taburete como buenamente puedo y me quito el exceso de harina de la cara con las manos para enfrentarme a ese hombre que, por su manera brusca de entrar en la cocina, me ha convertido en un enorme rebozado. Al mirarlo, su imagen me sacude por completo, tanto que incluso dejo unos segundos de respirar parándome a analizarlo.

Su cabello es de un tono castaño claro con reflejos rubios, y lo lleva más largo por arriba y más corto por los lados. Su rostro cuadrado y curtido por el sol es llamativo, tiene la nariz recta, perfecta, una sombra de barba envuelve unos labios seductores, mullidos y definidos, que se encuentran ahora mismo apretados con fuerza. Tengo que alzar el cuello para poder verlo bien, pues es muy alto, un metro ochenta y ocho de perfección y erotismo. Lleva una camiseta de manga corta negra que deja ver unos musculosos y bronceados brazos. Al mirar sus ojos, de un tono similar al de las avellanas —aunque dependiendo de la luz pueden llegar a tener un reflejo dorado que puede dejar noqueada a cualquier persona que tenga la suerte de apreciar el sutil matiz—, vislumbro un atisbo de dureza, incluso de fiereza. Es cierto que estos trece años le han dado más musculatura y porte, e incluso puedo correr el riesgo de decir que es todavía más atractivo de cómo lo recordaba, pero he sabido quién era desde que he posado por primera vez la mirada en él.

Logan es inconfundible.

## Aitana

—No me has respondido —reitera Logan con fuerza sin dejar de mirarme fijamente, tanto que siento el calor de sus ojos taladrándome, como si tuviera luces láser que apuntaran directamente a mí. Como siga haciéndolo, con un poco de agua, levadura, sal y aceite encima me puedo convertir en una barra de pan.

—¿Cómo quieres que te responda? ¡Si tengo el corazón en la garganta! Menudo susto me has dado, creí que me estampaba contra el suelo —añado con guasa, aunque él ni siquiera se inmuta. Simplemente me mira, apretando la mandíbula y los puños. ¡Madre mía, menuda primera toma de contacto hemos tenido! Debo de parecer el monstruo de la harina.

—Aitana —susurra muy bajito sin apartar la mirada de mí, como si estuviera buscando algún indicio que le confirme que, en efecto, sus conjeturas son ciertas y soy yo.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Logan? —pregunta William entrando de nuevo en la cocina y observando a su hijo parado justo enfrente de mí, bueno, para ser más exactos, delante de mi versión embadurnada de blanco, algo que parece que le hace mucha gracia y comienza a reírse a carcajadas—. Aitana, ¿te has peleado con la harina?

—Sí, y me temo que ha ganado ella —añado siguiéndole el juego.

—Sólo venía... —susurra Logan con sequedad— a por agua —añade mientras coge una botella para después salir de la cocina por la puerta del jardín sin decir nada más, dejándome un poco contrariada.

Ehm..., ¿perdona? A ver, sé que nunca hemos sido los mejores amigos del mundo, pero... ¡ha pasado incluso de saludarme! Y eso que por su culpa ahora mismo soy un nevadito. Puedo asegurar, sin riesgo a equivocarme, que he sido simpática, tragándome de paso todo el odio que siento por él, porque, en teoría, somos adultos y lo que pasó sucedió hace un porrón de años, pero él...

—Cómo te has puesto, bonita.... —me dice William con cariño, haciendo que salga de mis divagaciones.

—No te preocupes, es que me he asustado cuando Logan ha entrado en la cocina. ¡No lo esperaba!

—Este hijo mío... —susurra negando con la cabeza—. Y seguro que ni siquiera te ha saludado

—añade dando en el clavo, y me encojo de hombros restándole importancia a ese hecho, aunque a mí también me ha extrañado—. Desde que lleva solo la granja y se ha metido en un negocio, está más huraño de lo normal. Entiendo que ahora tenga más responsabilidades, pero una cosa no quita la otra y es como si hubiese olvidado divertirse, como si todo girase solamente en torno a las cosechas, a los animales, a los beneficios... Y eso que trato de ayudarlo lo máximo que puedo, pero él... En fin, Logan siempre ha intentado abarcarlo todo, asumiendo responsabilidades que a veces no son necesarias, no tiene nada que ver con mi Caitlin...

—Puedo intentar ayudaros en todo lo que pueda, William...

—Sinceramente, Aitana, lo daba por hecho —suelta haciendo que sonría. Me gusta la sinceridad de William, dice las cosas como las piensa—. Corre a ducharte, voy a recoger esto y seguimos preparando la comida.

Asiento para después salir de la cocina y encaminarme hacia el dormitorio, donde entro en el cuarto de baño que hay en su interior. Me obligo a no darle mayor importancia al encuentro que hemos tenido Logan y yo y me centro en darme una ducha rápida, ponerme unos vaqueros cortos y una camiseta de manga corta roja, en los pies unas chancas negras, para después, con el cabello todavía mojado, atarlo en una coleta alta y salir hacia la cocina sin pensar siquiera en lo blanca que debe de verse mi piel en comparación con la de ellos. Pero, claro, en mi país está terminando el otoño y dentro de poco empezará el invierno, sería extraño que hubiese llegado completamente bronceada... Al entrar en la cocina me percaté de que William ha recogido el desaguisado que he provocado con la harina, menos mal que quedaba otro paquete y ya descansa sobre la encimera. Compruebo cómo va la carne y, mientras termina de hacerse, comienzo a preparar la masa del bizcocho.

—Voy un ratito a trabajar en el despacho. Si necesitas algo, no dudes en llamarme —me dice William.

Miro a mi alrededor mientras preparo la masa del bizcocho, disfrutando al añadir los ingredientes que conformarán un delicioso dulce mientras el olor de la carne al asarse en el horno me llega haciéndome rugir el estómago.

Al rato, no sé exactamente cuánto, pues estoy concentrada en preparar entrantes para el asado, William vuelve a aparecer por la cocina y entre los dos preparamos la mesa, donde colocamos una fuente con ensaladas y verduras para acompañar el plato principal. Mientras dispongo la carne en los platos y por encima reparto la salsa que he preparado, en ese momento oigo pasos acercándose a donde estamos. Al volverme observo a Logan entrar con la mirada clavada en algún punto de la cocina alejado de mí, seguido de un hombre que es la primera vez que veo, o por lo menos eso creo. Su cara no me suena en absoluto...

—Ah, ¡ya estáis aquí! Mira, Aitana, te presento a Tyler, nuestro nuevo capataz —comenta William, haciendo que ese chico, que rondará la edad de Logan, se acerque a nosotros—. Tyler, ella es Aitana, la nieta del viejo Lachlan Corbyn e íntima amiga de Caitlin.

—Encantado de conocerte —saluda él ofreciéndome la mano, y se la estrecho con una sonrisa.



—Lo mismo digo, Tyler.

—¡Vamos a sentarnos a comer! Hoy me ha ayudado Aitanita a hacer la comida, y no es por nada, pero huele que alimenta —anuncia William observando cómo comenzamos a sentarnos todos: él en un extremo, Logan en el otro y Tyler y yo frente a frente.

—Sí que huele bien —susurra Tyler mientras trocea la carne para después llevársela a la boca—. Dios mío, ¡está buenísimo!

—¡Delicioso! —exclama William con entusiasmo mientras corta otro pedazo de carne y se lo lleva a la boca—. Esto sí es comida, ¿verdad? —suelta haciendo que Tyler asienta a sus palabras con efusividad, por lo que sonrío divertida al ver que ese sencillo plato ha triunfado.

No sé qué me lleva a hacerlo, supongo que la curiosidad, pero miro a Logan un segundo. Sigue impresionando tanto por su altura y su cuerpo como por esa actitud de líder que emana; incluso puedo decir que, con el transcurso de los años, se ha acentuado si cabe. Está concentrado comiendo, sin levantar la mirada del plato, incluso me voy a arriesgar a decir que ni siquiera lo saborea, pues no expresa nada en su gesto, ni siquiera se ha animado a participar en la espontánea valoración sobre ese plato que he ayudado a preparar, y no es porque necesite saber que le gusta, lo cierto es que me da igual, pero me parece curiosa su manera de comportarse. ¿Será así porque estoy yo o siempre se comportará de esa manera hosca y seria?

—¿Eres cocinera, Aitana? —pregunta al rato Tyler. Parece que todos están tan ocupados comiendo que prácticamente no han hablado, o a lo mejor es lo normal entre ellos.

—Puf... —resopla Logan con desaire, y provoca que lo mire sin entender por qué acaba de hacer ese sonido.

—No, no... —susurro con una sonrisa intentando centrarme en Tyler y dejar a Logan por imposible. Parece que nuestra relación se ha quedado anclada en el pasado. ¡Qué le voy a hacer!—. Pero me gusta cocinar.

—Entonces, con el permiso de William —añade Tyler, y observo cómo sonrío para que siga hablando—, ¿te vas a quedar mucho por aquí?

—¡Di que sí, Tyler! —exclama William de buen humor aprobando la idea—. Aitana sabe que puede quedarse en esta casa todo el tiempo que desee, sobre todo ahora que sabemos que cocina tan bien —indica haciéndonos reír a todos a carcajadas, a excepción, cómo no, de la alegría de esa mesa y de todo Berry: Logan, que continúa con su actitud arisca y arrogante.

—Dudo que dure mucho tiempo aquí... Las chicas de ciudad se aburren fácilmente de este lugar —alega, y su voz grave y profunda, pero, sobre todo, la aspereza de su tono hacen que todos lo miremos, como si no hubiésemos reparado en él en toda la comida, algo absurdo, lo sé, ya que sólo su presencia puede alterar toda la estancia.

Después, y casi dejándonos con la cara desencajada, tira la servilleta de malas maneras sobre la mesa y se levanta sin decir nada más.

—Ehm... —rezonga Tyler observando su plato vacío—. La comida estaba deliciosa, gracias —añade para después salir de la cocina.

—No sé qué mosca le habrá picado ahora a ese hijo mío —farfulla William negando con la cabeza—. Pero, eso sí, debe de haberle gustado la carne, porque ha dejado el plato limpio —indica haciéndome sonreír al mostrarme la prueba del delito—. Vamos a recoger y, si quieres, descansas un rato. Luego, a la tarde, podemos llamar a mi hija, ¿te parece bien?

—Claro —digo mientras me levanto para recoger la mesa.

La verdad es que me siento abotargada, no sé si por la diferencia horaria —en esos momentos debería ser de noche para mí y me encuentro al mediodía—, por las horas de vuelo, por el cambio tan radical de estación —he pasado del frío al calor en cuestión de horas—, o por la tirantez que he sentido de Logan durante la comida... No entiendo qué le ocurre, aunque me temo que no le habrá hecho mucha gracia que haya aparecido de repente en sus vidas y que su padre me haya invitado a pasar unos días aquí... «Lo siento, majo, piensa que sólo nos vamos a ver para almorzar. ¡Tampoco es el fin del mundo!», pienso restando importancia a su conducta.

Después de limpiarlo todo y de sacar el bizcocho del horno para que se enfríe, salgo al porche y me tumbo en la hamaca que hay colgada en dos postes. Sé que William se encuentra en su despacho para trabajar un rato más, pues, según me ha comentado, él sigue llevando el papeleo de la granja, aunque el trabajo duro lo realiza su hijo. Miro el cielo azul mientras me balanceo suavemente, la suave brisa templada, el silencio sólo roto por el piar de los pájaros o por el zumbido de los insectos... Llevo demasiados años sin tener tiempo para estar así, relajada, disfrutando de pequeñas cosas como hacer un bizcocho o comer con personas que no sólo ven en mí un recurso para alcanzar algo, sin tener que estar pendiente del móvil, de mis palabras, de mis acciones, de cómo debo vestirme e incluso de si debo sonreír más o menos, según el momento... Ahora el tiempo lo voy a invertir en mí, en poder volver a levantar cabeza, en hacer únicamente las cosas que me apetezca hacer, en volver a ser la Aitana que soy y no la versión edulcorada que me han obligado a ser, y sé que dar este paso que me ha arrastrado a este lugar que siempre me ha hecho sentirme feliz me vendrá bien. Sin darme cuenta, sintiendo cómo todo el cansancio que llevo acumulado en los últimos días cae de golpe sobre mi cuerpo, me quedo profundamente dormida.

\* \* \*

Abro los ojos al oír un ruido que no reconozco y que me sobresalta ligeramente. El sol ha cambiado de situación y ahora está un poco más bajo. Me desperezco para después sentarme en la hamaca. Ni siquiera sé qué hora es, y lo peor es que me siento todavía más abotargada que antes. Entro en la casa y observo la quietud de la planta, supongo que todos seguirán trabajando... Me dirijo a la cocina para beber un poco de agua y al entrar veo a William preparando café. Al oírme, se vuelve con una sonrisa.

—¿Has podido descansar algo?

—Algo... Pero necesito un café —indico sentándome en una de las sillas que tiene esta mesa

rectangular.

—Toma —susurra él mientras me tiende una humeante taza de café cuyo aroma me hace gemir del gusto. La cojo mientras sonrío con gratitud—. Ahora llamamos a Caitlin, seguro que se pone contenta al oírte de nuevo.

—Ojalá... Sé que durante estos años no lo he hecho bien, le prometí que seguiríamos siendo amigas y...

—Y lo seguís siendo —me interrumpe con ternura—. La verdadera amistad no se mide por las veces que os veáis, sino por la calidad de esos momentos. Desde que eras muy pequeña y pasabas aquí los veranos con tu abuelo, mi hija y tú fuisteis inseparables, y sé que estos años separadas no afectarán al cariño que sentíais —comenta con una sonrisa—. Coge el café y vente al despacho, así podrás hablar con ella tranquilamente.

Con la taza en la mano, lo sigo fuera de la cocina y entramos en el despacho, que se encuentra pegado a ésta. Contemplo este lugar en el que nunca he estado: es una habitación pequeña, con una gran mesa de madera al lado de un amplio ventanal. William coge el teléfono y marca veloz el número mientras se sienta en el confortable sillón que tiene tras la mesa, esperando a que Caitlin conteste.

—Hola, hija —dice mientras me guiña un ojo—. ¿Puedes hablar? ¡Genial! Tengo aquí a una personita que quiere saludarte. Ah..., ¡sorpresa! —añade haciéndome sonreír para después tenderme el teléfono—. Estaré en la cocina —comenta mientras sale de ahí, y, con el teléfono en la mano, me siento en el cómodo sillón.

—Hola, Caitlin —susurro con miedo, y noto cómo los nervios y la emoción hacen que mi voz tiemble.

—Ehm... Hola..., ¿quién eres? —pregunta haciéndome reír, pues me la imagino frunciendo el ceño mientras trata de averiguar quién soy antes de que le conteste.

—Soy Aitana.

El silencio se hace palpable hasta el punto de pensar que Caitlin ha cortado la llamada, pero de repente oigo un suspiro y de nuevo su voz:

—Aitana..., ¿qué... qué haces ahí?

—He venido a verte —confieso para después darle un trago al café.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. Tu padre me ha dicho que estás viviendo ahora en Melbourne, si lo hubiese sabido, habría ido directamente hasta ahí...

—Uf... ¡Joder, Aitana! —exclama con ese tono de voz que tan bien recuerdo, y me preparo porque sé que su carácter altivo está a punto de aparecer—. ¿Tú ves normal que después de tantos años sin saber de ti te presentes en la puerta de mi casa como si nada?

—Fue una decisión repentina, Caitlin.

—Me importa una mierda, ¡joder!

—Lo siento —susurro mientras me apoyo en el respaldo del sillón sintiendo de verdad esas

palabras, una proeza para mí, que a veces las he pronunciado por inercia.

—Ni siquiera te acercaste a verme cuando viniste al entierro de tu abuelo —añade dolida, y me remuevo incómoda en el sillón al acordarme de ese día.

—Mis padres no me dejaron, Caitlin... Fue un viaje duro, y aún no tenía la mayoría de edad para tomar mis propias decisiones.

—¿Y después? Llevas unos cuantos años siendo mayor de edad, ¿no?

—Lo sé... —susurro, y sé que mi amiga tiene razón. Podría haberme acercado hace mucho tiempo, pero no sé cómo explicarle que simplemente no podía dar ese paso—. Sé que lo que te diga no va a enmendar mi error, pero te aseguro que no he dejado un segundo de pensar en ti. En mi mejor amiga...

—No me vengas con milongas, Aitana —protesta haciendo que mis labios se curven ligeramente hacia arriba: parece que Caitlin sigue siendo la misma—. ¿A qué has venido?

—Tenía unas semanas libres y me he dicho: «¡Voy a ver a mi amiga!» —exclamo intentando sonar desenfadada y jovial, volviendo a recurrir a esa mentira que he utilizado con su padre porque no es un tema para tratar por teléfono—. Te he echado mucho de menos.

—Lo dudo...

—Es la verdad.

—Pelota —resopla, y me la imagino intentando no sonreír, aunque su tono de voz ha cambiado sutilmente y ya no parece tan enfadada.

—Caitlin, he vuelto —digo con un hilo de voz, y la oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Dame unos días para que me organice e iré a la granja.

—¿De verdad?

—¡Pues claro, boba! Ha venido mi mejor amiga a verme, ¿cómo puedo quedarme en Melbourne tan tranquila cuando sé que estás tan cerca?

—¡Qué susto me has dado! Creía que no me perdonarías jamás —confieso sintiendo cómo otra vez me sorprenden las lágrimas, sin llegar a derramarlas, sólo notándolas cerca.

—Te lo mereces por no haber cumplido tu palabra, pero, ¡qué le voy a hacer!, soy una blanda y no puedo estar mucho tiempo más enfadada, sobre todo porque me imagino que te habrás traído una maleta llena de ropa maravillosa que me dejarás ponerme y, por tu bien, espero que sigamos teniendo la misma talla —añade haciéndome reír con fuerza. ¡Qué bien se siente una al hacerlo de verdad!

—¡Por supuesto! —exclamo, pero después me quedo quieta mientras observo el borde de la taza—. Intenté escribirte siempre que podía, pero... —susurro sabiendo que en parte ese distanciamiento ha sido por mi culpa.

—La afluencia de los mensajes fue mermando con el paso del tiempo, hasta convertirlos en dos por año, sólo para felicitarnos nuestros respectivos cumpleaños y poco más... —añade con tristeza—. No pasa nada, Aitana. La vida se complica demasiado y no conseguimos mantener

nuestra palabra. En parte también he tenido culpa, saber que estuviste aquí y que no te pasaste a verme me dolió mucho y me cabreeé contigo...

—Yo quería, pero...

—Ya, me imagino que ellos no te dejaron.

—No... —farfullo recordando la trifulca de aquel triste día con mis padres, que se negaron en redondo a que me acercara unos minutos a ver a mi gran amiga.

—¡Dejemos las tristezas para cuando esté ahí y podamos emborracharnos hasta perder la conciencia! —suelta animándome de nuevo—. Me alegra volver a oír tu voz, Aitana.

—Estoy deseando verte.

—¡Joder..., y yo! Dentro de poco podremos ponernos al día, mientras tanto, aguanta ahí. Sé que vivir bajo el mismo techo que Logan no es la mejor experiencia del mundo, pero, chica, si lo he aguantado yo sin volverme tarumba, tú también puedes.

—¿Él sigue viviendo en esta casa? —pregunto casi con un hilo de voz mientras abro los ojos desmesuradamente. «Pero ¿qué me estás contando, Caitlin?»

—Claro, ¿no te lo han dicho?

—No... Lo he visto para almorzar, pero me imaginé que venía sólo a eso... Pensaba que ya no viviría aquí, que él... —susurro dejando la frase incompleta.

—¿Estaría casado? —termina ella por mí—. ¡Madre mía, Aitana, parece mentira que no lo conozcas! Antes me caso yo y lleno la casa de churumbeles a los que mi padre pueda mimar hasta límites insospechados —añade con guasa haciéndome sonreír—. Mi hermano ni se ha casado ni lo ha aguantado una mujer más de lo que él quiere, que es precisamente un par de días como mucho, y me temo que, como siga así, dentro de poco se convertirá en el soltero más cotizado de Berry. A más de una ya le gustaría haberlo cazado, pero ya te digo yo que es difícil, por no decir imposible, de domar, y mucho más de atar en corto.

—Madre mía, como si fuera un caballo.

—Sabes de sobra que mi hermano puede llegar a ser más salvaje que un purasangre —susurra, y asiento conforme a sus palabras, pues sé que Logan siempre ha sido... indómito—. Además, mi padre no puede estar solo en casa. En cierta medida, que él esté viviendo ahí todavía nos viene bien a todos. Así puedo estar tranquila mientras esté aquí... —comenta, y entiendo lo que me quiere decir—. Bueno, tengo que dejarte, ¡me reclaman! Te llamo en cuanto sepa cuándo voy para allá.

—Tengo que comprarme un móvil nuevo, llama a tu padre y él me lo dirá.

—Como quieras. ¡Nos vemos muy pronto, Aitana!

—Lo estoy deseando.

Dejo el teléfono sobre la base y me percató de las fotos que hay sobre esa mesa, donde se puede ver a la familia completa en varias instantáneas de hace muchísimos años. Sonrío al ver a mi amiga de pequeña, justo como la recuerdo, para después coger la taza, levantarme y salir hacia la cocina.

—Tenías razón, Caitlin vendrá dentro de unos días —informo a William mientras dejo la taza vacía del café en el fregadero.

—¿Ves? —susurra con una amplia sonrisa—. Vamos, Aitanita, a preparar la cena. Esta noche sólo cenaremos nosotros dos, acaba de pasar Logan por aquí y me ha dicho que tenía planes.

Cocinamos los dos juntos sin dejar un segundo de hablar del pasado, de mi abuelo y de las pequeñas anécdotas que William recuerda de nosotras dos, arrancándome alguna que otra carcajada al acordarme de lo traviesa que era mi amiga. Después de cenar y de recoger la cocina, nos sentamos en el salón para ver un poco la tele, pero, al poco, me quedo sola, pues William ha subido a dormir. La verdad es que no tengo ni pizca de sueño, ni siquiera me siento cansada, supongo que el *jet lag* y el pedazo de siesta que me he pegado han hecho que me sienta tan despierta. Así pues, me quedo aquí, donde estoy, viendo la televisión y haciendo un poco de tiempo para poder irme a la cama.

El tiempo pasa sin ni siquiera percatarme, hasta que miro la hora en el reloj que hay al lado de la televisión y niego con la cabeza reprochándome estar todavía despierta, al final se me ha hecho muy tarde. Me dirijo a mi dormitorio, me quito la ropa y me acerco al cuarto de baño para aplicarme la crema facial y cepillar mi cabello. Al volver la cabeza para dejar la goma que llevaba puesta, percibo movimiento en el suelo, cerca de la ducha, y dirijo la mirada hasta allí creyendo que se me debe de haber caído algo, aunque lo que veo es...

«Mierda.»

—¡¡AAAAAAHHHHHH!! —grito mientras salgo despavorida del cuarto de baño y después del dormitorio, con tan mal tino que impacto contra alguien que está pasando por ahí en ese instante, frenándome de golpe.

—¿Qué ocurre? —pregunta Logan cogiéndome de los hombros mientras me mira con tanta seriedad que me parece un chiste, aunque ahora mismo no tengo muchas ganas de reírme.

—Hay... —trago saliva para intentar expresarme con coherencia, aunque ahora mismo estoy temblando de los pies a la cabeza— hay una serpiente enorme —informo para después señalar la puerta que da a mi dormitorio.

Cuando me doy cuenta de que estoy pegada a su cuerpo casi como una ventosa, doy un paso atrás que él aprovecha para deslizar la mirada por mi cuerpo, que sólo está cubierto por una camiseta de tirantes rosa que deja ver la parte baja de mi estómago y unas braguitas del mismo color, nada más...

—¿Dónde? —farfulla con hosquedad mientras aprieta la mandíbula con fuerza, como si le molestara verme o mi simple presencia. ¡Yo qué sé! Lo único que me importa ahora es ese ser que está tan pancho arrastrándose por el suelo.

—En el cuarto de baño, al lado de la ducha.

Logan niega con la cabeza, dándome a entender que soy un incordio tan grande que no tiene palabras suficientes como para expresarlo, para después entrar en el dormitorio. Me quedo donde estoy porque no sé qué haré si no encuentra la serpiente, y me vuelvo nerviosa muerta de miedo.

Odio a los reptiles con todas mis fuerzas, bueno, para ser fiel a la realidad, odio a cualquier animal salvaje, y mucho más si éste se encuentra en una zona donde debo pasar muchas horas, como mi dormitorio. ¿Y si no la hubiese visto? ¿Y si la hubiese tocado con los pies desnudos? ¿Y si se hubiese colado en la cama? Esas opciones me hacen palidecer y sentir cómo mi cuerpo tiembla, hasta que Logan, con gesto impasible e imperturbable, sale de la habitación con la serpiente retorciéndose en las manos y envolviendo su musculado brazo.

—¿Esto es una serpiente enorme? —pregunta con arrogancia mientras me la acerca para que la vea bien—. Es sólo una culebra.

—¡¿Una culebra?! Pero si parece una anaconda. Ay, por favor, ¡¡no me la acerques, que me da algo!! —exclamo angustiada mientras correteó lejos de él, y parece que mi reacción no es de su agrado, pues niega con la cabeza disconforme para después salir a la calle y soltarla—. ¿Has visto si había alguna más? —pregunto en cuanto lo veo entrar otra vez.

—No suelen moverse en grupo.

—¿Podrías mirarlo? Creo que no conseguiré dormir si no te aseguras... —susurro intentando que comprenda lo mal que lo pasaré si no vuelve a entrar en el dormitorio.

—Uf... —refunfuña mientras entra, y esta vez sí lo sigo, quiero comprobar que mira por todos los rincones y que se asegura de que no hay ninguna amiguita más de esa viscosa serpiente. Algo que, tengo que reconocer, que sí que hace de manera concienzuda—. Sólo estaba ella, ¿contenta?

—Sí, sí... ¡Gracias! —exclamo aliviada.

—Agradécemelo tapándote —espeta con desdén para hacer el amago de salir del dormitorio.

—Uy, sí, a ver si se te queman las córneas al verme así —bufó con agudeza, y parece que no esperaba esa contestación por mi parte, porque se gira y me mira enarcando una ceja—. En la playa se enseña más —añado para limar un poco nuestras viejas asperezas.

—Sobre todo, tú —indica con frialdad para después salir de mi dormitorio y subir la escalera por donde se encuentra el suyo.

Y me quedo congelada al darme cuenta de que Logan ha sacado a relucir, precisamente, ese momento que compartimos hace tantísimos años.

Ese que pensaba que ni siquiera recordaría.

Ese que me lleva persiguiendo demasiado tiempo.

Niego con la cabeza desechando esos pensamientos y me meto en la cama. Si él quiere seguir como antes, estaré encantada de demostrarle que no soy la misma cría que callaba con su imponente presencia y ese halo aplastante de seguridad y autocontrol. ¡Le demostraré de lo que soy capaz! He podido sobrevivir durante trece años a una vida superficial, litigando con personas que sólo se han acercado a mí para sacar provecho de mi apellido o mi condición social, sin pararse siquiera a conocerme de verdad...

Encararme a él será como un juego de niños.

## Logan

Me levanto de la cama después de haber dado un manotazo más fuerte de lo habitual a mi despertador, para después asomarme por la ventana, una costumbre que llevo practicando desde que tengo uso de razón. Sin embargo, la imagen que siempre veo del jardín se ve alterada por ella... Aprieto la mandíbula con fuerza al ver a Aitana contorsionándose como un faquir, haciendo que, con cada movimiento realizado, sus armoniosas curvas se acentúen, lo que provoca que me aparte de la ventana con un movimiento violento, acelerado, para meterme en la ducha y dejar de mirar algo que no me conviene en absoluto ver.

—Buenos días, hijo —me saluda mi padre en cuanto me ve aparecer por la cocina.

—¿En serio se va a quedar aquí? —siseo señalando el jardín mientras observo cómo el gesto de mi padre cambia ante mis narices: ha pasado de la amabilidad a la dureza.

—¡Así me gusta, hijo! Dándome los buenos días y preguntando qué tal he pasado la noche —añade irónico, y lo miro de malas maneras, porque ahora mismo no estoy para bromas, sobre todo cuando tengo grabada en mi retina a Aitana con esa camiseta y esas braguitas después de haber sentido su cálido cuerpo contra el mío, temblando como una hoja en otoño—. Por supuesto —contesta con rotundidad a la cuestión que le he formulado antes.

—Lleva trece años sin dar señales de vida, ¿no te parece extraño que se presente de golpe y porrazo delante de nuestra puerta?

—Sí —me dice, y me sorprende su franqueza, pues me esperaba otro tipo de contestación—. Pero, como comprenderás, no somos quiénes para realizarle un interrogatorio. Cuando venga tu hermana, ya se ocupará de eso, no te preocupes. ¡Menuda es cuando se le mete algo entre ceja y ceja! Además, ¿no te has dado cuenta de que sus ojos han perdido su brillo característico? Algo le pasa a esa muchacha, algo la ha hecho venir aquí y, mientras ésta sea mi casa, se quedará hasta que lo necesite —comenta con rotundidad, dejándome claro que debo aceptar su presencia sí o sí.

«¡Joder!»

—¿No te das cuenta de que es una mujer acostumbrada a tenerlo todo antes de pedirlo, a tener a un séquito de personas trabajando bajo sus órdenes, a vivir rodeada de lujo...? Nos va a traer problemas, papá.

—No seas pájaro de mal agüero, Logan —me recrimina, y niego con la cabeza al percatarme



de que no voy a conseguir que mi padre cambie de opinión. Sin embargo, antes de poder contestarle, mira detrás de mí y sonrío, y ese gesto me dice que Aitana acaba de hacer acto de presencia—. Buenos días, bonita, ¿qué tal has dormido?

—Bien —dice ella con ese delicado y suave tono de voz, y, al girarme, veo cómo dibuja con sus labios una sonrisa triste, algo que jamás he visto, pero ella lo acaba de hacer sin inmutarse, como si estuviera más que acostumbrada a demostrar algo que no siente—. Voy a ducharme y vengo enseguida a ayudarte.

—No te preocupes, tengo a mi hijo para que me eche una mano.

Aitana sonrío para después caminar hacia la puerta que da al salón y no puedo evitar mirarla, con esas mallas negras con retales de colores fluorescentes tan apretadas que envuelven su atlético cuerpo y ese top que enmarca un sugerente pecho, que no es ni muy grande ni muy pequeño, sino perfecto... Aprieto los dientes mientras me acerco a la cafetera para servirme el café.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —pregunta mi padre, algo que suele hacer cada mañana. Es una manera de que tengamos un poco de conversación...

Sé que me he convertido en un hombre de pocas palabras y, cuando hablo, me centro en el trabajo y poco más.

—Sí, hoy vienen a elegir unas vacas, seguramente hagamos un buen trato.

—Eso está bien —dice mientras coloca un bizcocho de chocolate sobre la mesa, una novedad en esta casa que me hace mirar con extrañeza a mi padre—. Lo ha hecho Aitana —informa con orgullo mientras corta un trozo y se lo lleva a la boca—. ¡Esa chica cocina como los ángeles! Prueba un poco.

—No me apetece —añado simplemente, porque no quiero probar nada que haga ella, y le doy un buen trago al café.

Es posible que me esté aferrando a algo sin sentido, pero no me parece lógico ni normal que, después de tanto tiempo sin saber de ella, aparezca como si nada, como si fuera lo más corriente del mundo y, sobre todo —y esto es lo que más me cabrea—, cómo mi cuerpo reaccionó al verla la primera vez, cuando aún ni siquiera sabía quién era, subida a ese taburete con aquel sugerente vestido que enmarcaba de una manera tentadora cada una de sus curvas y ese trasero respingón que parecía llamarme con un canto de sirenas. Incluso me fijé en esas medias tan sexis que envolvían sus torneadas piernas..., ¡y eso es casi una proeza para mí!, pues jamás me fijo en la ropa de las mujeres. En ese momento no sabía quién era, aunque mi cuerpo sí se alteró con su imagen, sin embargo, cuando la vi de frente, cuando supe de quién se trataba...

Tengo que apretar la mandíbula para mantener a raya mi mente, no puedo seguir por esos derroteros y mucho menos teniendo delante a mi padre, que es casi como un espía de las emociones.

—¡Ay, Aitanita! —exclama en cuanto la ve entrar con un vestido de algodón azul que se ciñe con descaro a sus caderas y sus pechos, obligándome a desviar la vista y a centrarla en la taza que tengo delante—. Te ha salido delicioso.

—¿En serio? —pregunta con sorpresa mientras se acerca a la mesa y me invade su aroma a coco. No puedo evitar mirarla de reojo, una mujer como ella debería oler a Chanel Nº 5 por lo menos, ¿no?

Aprovecho que los dos están hablando sin percatarse de mí para observarla detenidamente. Aitana lleva el cabello del mismo tono que recuerdo, sé que muchas mujeres se lo tiñen de diferentes maneras perdiendo su tono original, pero ella no, ella lo mantiene intacto. Es de un tono castaño oscuro, con ondas que enmarcan su fino y delicado rostro, donde lo que más destaca son esos ojos tan azules como el cielo en un día de verano y unos labios rosados, definidos, que ahora mismo se abren para acoger un trozo pequeño de bizcocho. Dirijo la mirada de nuevo a mi taza de café, Aitana es de ese tipo de personas que incrementan su belleza con el paso del tiempo. En esos momentos, poco tiene que ver con la endeble y estirada chica que recuerdo, ahora estoy delante de una mujer de bandera, como diría mi amigo Nate, aunque sé que, por muy atractiva que sea, siempre será una ricachona sin escrúpulos, sin alma y mucho menos corazón.

—Sí que es verdad —comenta Aitana con alegría, para después cortar otro trozo y sentarse a la mesa—. ¿No quieres, Logan? —me pregunta y, al alzar la cabeza para mirarla, me encuentro con una mirada socarrona, descarada, que no concuerda con la adolescente tímida que corría por aquí con mi hermana, intentando escapar de mí.

—No.

—Creo que mi hijo tiene miedo de que le guste —se jacta mi padre, y lo miro sin entender por qué se pone del lado de esa mujer. ¿Es que no se da cuenta de que mi hermana lleva sin saber de ella muchísimo tiempo?

—Ay, de verdad —protesta Aitana con resignación, negando con la cabeza mientras corta un cachito del bizcocho—. No sabía que fueras tan *desaborío*, Logan —añade para después mostrarme el pedacito—. Sólo un bocado, de verdad que, aunque tenga azúcar, no va a endulzar tu carácter —suelta con guasa, haciendo que mi padre comience a reír—. ¡No me obligues a dártelo, muchachito!

La miro sin entender nada: no balbucea, no esconde la mirada, no me teme... Cojo el trozo de bizcocho con los dedos asegurándome de no rozar los de ella en ningún momento, intuyendo que, si no accedo a probarlo, mi padre no parará de recordármelo. Después, sin apartar la mirada de ella, que me observa expectante, me lo llevo a la boca... «Me cago en mi mala sombra... Esto está de muerte», pienso intentando reflejar indiferencia, pues lo que no voy a hacer es que Aitana se lleve el gusto de ver que me gusta cómo cocina. ¡Ni en mil vidas!

—¿Contenta? —susurro con indiferencia mientras me encojo de hombros y me obligo a beber café para que piense que no me ha gustado, aunque me dé pena desprenderme de este sabor dulzón de mi boca.

—William —susurra Aitana en tono solemne mientras posa la mano en la de mi padre, mirándolo con seriedad, como si quisiera confesar algo importante—, siento mucho comunicarte que tu hijo ha perdido el sentido del gusto —añade haciendo que él se eche a reír de buena gana.

—Me voy a trabajar —suelto harto de tanta tontería, observando cómo mi padre se limpia las lágrimas causadas por las risas. «¡Ten padres para esto...!»

—Adiós, hijo —me dice mientras me marcho de la cocina para después oírlos susurrar y echarse de nuevo a reír.

Salgo de la casa con paso acelerado, me subo a mi coche y conduzco de modo automático hasta las tierras de mi propiedad, intentando no pensar, no recordar... Sólo me centro en recorrer el camino que me lleva a la zona de trabajo, donde llevo desempeñando esta labor desde que tengo dieciséis años y, aunque es un trabajo duro y agotador, poder estar al aire libre lo hace más llevadero. Cuando bajo del coche observo a Tyler, que se acerca a mí con una sonrisa siempre preparada para darme los buenos días, aunque el mío ha empezado mal, muy mal... ¡Horrible!

—Anoche no pude acercarme al bar, ya sabes..., cena con la familia.

—Tampoco te perdiste nada del otro mundo —informo mientras comienzo a abrir los establos para sacar a los caballos.

Mi vida se ha convertido en una eterna rutina y, aunque intento por todos los medios hacer cosas diferentes para llenar mis días de algo más que de trabajo, no consigo distraerme lo suficiente y mucho menos divertirme como cuando era mucho más joven. Algo que me desquicia hasta límites insospechados, pues es cierto que no paro en todo el día, entre el trabajo, las reuniones, comprobar que todo salga bien, mis amigos, el surf y alguna que otra mujer con la que llenar mis noches, se me pasan las jornadas dentro de un eterno bucle. Aunque ahora...

—Nunca me has hablado de Aitana —me dice Tyler con emoción.

—Hay poco que contar, pensaba que no volvería jamás...

—Es muy guapa.

—Si tú lo dices... —susurro con desdén.

—Y tiene algo, no sé cómo explicártelo, es como elegante, como misteriosa, ¿verdad? —vuelve a la carga, y simplemente paso de contestarle. Porque para mí no es nada de esas cosas, es sólo una niña rica y malcriada que está acostumbrada a tenerlo todo sin tener que mover un dedo —. ¿Sabes si hará ella el almuerzo?

—Ni idea. Pero vamos a dejarnos de tanta cháchara y vamos a trabajar, Tyler. El tiempo es oro —comento dando por zanjada esa conversación que gira alrededor de esa mujer que me ha sorprendido por su cambio físico, es cierto, pero mucho más por su mirada vacía...

\* \* \*

Por supuesto que el almuerzo lo preparó ella, ya se encargó mi padre de informarnos cuando entramos en la cocina, y aunque no tenía ni idea de lo que era esa... pasta con crema, tuve que esforzarme para que nadie sospechara que estaba disfrutando de cada bocado, hasta el punto de que me dio hasta pena que se acabara. Sin embargo, Tyler no tenía tantos reparos y se había proclamado fan número uno de la antigua amiga de mi hermana, algo que parecía que le hacía

mucha gracia a Aitana, que sonreía de esa manera triste y lacónica que seguía sin entender. ¿Cómo era posible que una mujer que lo tenía todo, riqueza, poder, belleza..., estuviera triste? Aun así, sólo observé sus movimientos de reojo, para después volver al trabajo seguido de Tyler, que no cesaba ni un segundo de hablar de lo deliciosamente increíble que cocina Aitana, algo que tengo que reconocer que me tiene intrigado. A los ricos les cocina un séquito a su servicio, ¿no? ¿Cómo es que ella sabe hacerlo de esa manera tan sabrosa?

Después de una tarde ajetreada, en la que al final he podido vender las vacas a un buen precio, llego al final a la granja y subo hasta mi dormitorio intentando no entrar en la cocina, donde sospecho que estará la reina de la elegancia, el lujo y el glamur, para luego bajar con el bañador y ropa para cambiarme después. Necesito quemar esta frustración, hacer ejercicio y distraerme, por eso me dirijo a la playa, a surfear con mi tabla, encima de ella siempre siento que puedo controlarlo todo como hago con las olas, con destreza, con fuerza, con confianza.

Doy por finalizada la tarde cuando mis brazos y mis piernas se resienten de tanto esfuerzo y salgo del agua un poco más relajado. Al hacerlo, me percató de que hay una mujer en la orilla, mirando cómo avanzo hasta ella.

—Hola, Logan —saluda Charlotte cuando estoy lo suficientemente cerca como para poder oírla, mostrándome tanto su sonrisa como su escudo bikini. Ésta es explosiva ya de por sí, sin mucha ropa es difícil no mirarla.

—¿Qué tal?

—Bien —susurra seductora mientras apoya una mano en mi torso mojado y desnudo—. Aunque ahora que te tengo delante estoy mucho mejor. ¿Tienes mucha prisa o puedes pasarte por mi casa a tomar una cerveza?

—Hoy estás de suerte, no me apetece nada volver a la mía. Soy todo tuyo.

—Humm... No me digas esas cosas, Logan, que una no es de piedra —añade para después lamerme el torso, haciendo que sonría al dejarme claras sus intenciones.

Sí, eso es lo que necesito, descargar la frustración con el surf y una mujer bonita con la que pasar un rato ameno. Algo sencillo, en absoluto complicado, pues Charlotte sabe, después de haberlo hablado con ella la primera vez que nos enrollamos, que sólo puedo ofrecerle eso: una noche, tal vez dos, pero nada más. No quiero ni necesito más complicaciones, ¡ya tengo bastantes durante todo el día!, y sé que hay mujeres que los problemas los llevan de serie, como esa que ahora duerme en mi casa, con su apariencia tan femenina, con esos andares de princesita, con esa forma descarada de hablarme, con ese cuerpo tentador, con esa sonrisa triste y esa mirada vacía.

Niego con la cabeza y me seco con una toalla para después dirigirme a la casa de Charlotte mientras ésta me tienta por el camino para que no tenga dudas de lo que vamos a hacer en cuanto lleguemos.

## Aitana

Llevo dando vueltas en la cama más de una hora, tratando de volver a dormirme, algo que no he conseguido. Harta de perder el tiempo, salgo del dormitorio después de haberme cambiado de ropa y ponerme algo apto para hacer deporte —unos *leggings* blancos con franjas grises y una camiseta de tirantes gris—, y así aprovechar el madrugón para poder hacer algo de yoga antes de desayunar, relajarme y comenzar bien el día. Ya lo hice ayer y me vino genial para sentirme más tranquila. Entro en la cocina y me acerco a tomar algo de agua para después salir fuera por la puerta lateral. Hay una extensión de césped artificial que bordea una maravillosa piscina en la que nadé tantas veces como me fue posible cuando pasaba mis vacaciones en casa de mi abuelo. Empiezo a estirar el cuerpo en un trozo bastante grande de césped que me parece ideal para ponerme a hacer mis ejercicios diarios antes de que todos se despierten. Aún no ha amanecido, pero el cielo comienza a ser menos oscuro. Respiro el agradable aroma de la naturaleza, de la tierra húmeda, de los árboles que bordean toda esa extensión, mientras oigo a lo lejos a los grillos y me concentro en realizar todas las complicadas posturas que me llevarán a relajarme y a mimetizarme con el entorno.

Después de un rato, no sé muy bien cuánto porque el tiempo se me pasa en un suspiro cuando hago yoga, oigo un sonido que me hace salir de mi meditación, sobresaltándome de paso y provocando que me gire para ver de dónde proviene. El cielo comienza a teñirse de cálidos naranjas que pronostican un nuevo día y, gracias a esa tenue claridad, observo extrañada que el agua de la piscina se mece oscilante. A lo mejor se ha caído algún animal... Sin embargo, esa opción se ve solapada por la realidad, cuando unos brazos fuertes, bronceados, salen del agua para contraerse y así ayudarse a emerger de la piscina con su increíble fuerza. No puedo desviar la mirada, aunque quiera, y me fijo en cómo el agua cae a raudales por su fuerte e increíble cuerpo y por sus piernas esculpidas, largas y varoniles; el bañador negro pegado a sus fuertes muslos y un estómago tonificado con todos los montículos de los músculos marcados sobre él hacen difícil la tarea de desviar la mirada de ese punto. «Vaya... tela, ¡qué barbaridad! Ni utilizando Photoshop se ve algo así», pienso tragando saliva con dificultad al percatarme de que lleva tatuadas sobre su bronceada piel unas estrellas huecas que van ascendiendo desde el oblicuo de la izquierda hasta alcanzar la parte interna de su pectoral, justo debajo de donde descansa su brazo, como una línea

estrellada ligeramente curva, añadiéndole más atractivo aún si cabe. Puedo contar desde aquí cuatro estrellas, aunque puede que tenga más que se me escapan de la vista... Me fijo en cómo, con ambas manos, se quita el exceso de agua del cabello, con esa seguridad y ese temple que lo caracterizan, para después dirigir sus ojos del color de las avellanas más doradas hacia mí.

«¡Menuda manera de empezar el día! Uf...»

—¿Qué haces ahí parada, mirándome? —me pregunta Logan con arrogancia mientras coge una toalla que tiene sobre una tumbona y echa a andar hacia mí.

—¿Y quién te dice que no estaba admirando el maravilloso paisaje que se cierne detrás de ti? —inquiero con guasa, porque, para chula, ¡yo!

—Aitana, ambos sabemos que me estabas mirando —suelta mientras se me va acercando despacio con esos andares de suficiencia, dejándome ver con más detalle su increíble y trabajado cuerpo—. No pasa nada, sé lo que provoco en las mujeres —añade con soberbia mientras se seca con parsimonia su asombroso y fornido cuerpo.

—Ah, lo sabes... Y, dime, ¿qué es?

—Deseo —susurra, y oír cómo lo dice con tanta seguridad hace que de mi garganta salga sin control una carcajada que incluso me sorprende. ¡Pero es que es surrealista lo que me acaba de soltar en mi cara!

—Es absurdo que niegue que eres guapo y que, además, tienes cuerpazo, pero siento decirte que no todas las mujeres tenemos la obligación de suspirar por ti ni todas nos fijamos en lo mismo. A mí, por ejemplo, no me provocas nada de nada —comento con seriedad, y mis palabras hacen que él enarque una ceja sorprendido por mi rotunda respuesta, todo ello, sin dejar de acercarse a mí con lentitud.

—Mejor, no quiero destrozar tu delicado y algodónado corazón de ricachona —suelta para después, sin volverse y mucho menos taparse, bajarse el bañador haciendo que me dé la vuelta para no verlo desnudo.

—¡Pero ¿qué leches estás haciendo?! —increpo alterada mientras entro en la cocina y oigo su risa ahogada.

—Tú misma me has dicho que no te provoco nada —añade jocoso detrás de mí, y me obligo a no mirarlo, no me hace mucha ilusión verle... su cosita.

—¿Y tienes que desnudarte en mis narices? —pregunto sobresaltada. ¡Jamás alguien ha hecho algo así y con tanta seguridad delante de mí!

—Pensaba que no te importaría. Además, ya no eres una niña, ¿no? ¿O es la primera vez que ves a un hombre desnudo, Aitana? —suelta con burla, y yo niego con la cabeza incrédula por lo que estoy oyendo.

—¿Tanto interés tienes en saberlo, Logan? —pregunto sin detenerme—. ¿Quieres que te haga una lista detallada o las chicas cómo yo debemos desmayarnos cuando vemos a un tío desnudo? —suelto con garra.

—La verdad es que no me interesa —susurra con indiferencia—. Por cierto, ¿ya has terminado

de estirarte como los gatos? He pasado antes por tu lado y ni siquiera te has dado cuenta...

—Lo que hacía era yoga, una práctica que viene muy bien para conectar el cuerpo con la mente, algo que te recomiendo para deshacerte de ese gesto de pocos amigos. Ay, ¡es verdad!, que tu cara es así —contesto mientras me giro y doy gracias al cielo por ver que Logan lleva la toalla anudada a su cadera. Sin embargo, su cuerpo perlado de pequeñas gotas y ver tan cerca esos tatuajes me aturden demasiado y me obligo, por todos los medios, a mirarlo a los ojos, aunque lo que me apetece ahora mismo es pararme a contemplar con detalle esos tatuajes y ese cuerpazo de escándalo.

Logan es atractivo hasta límites insospechados, y lo peor de todo es que él sabe que lo es, algo que le resta muchos puntos, tantos como para poner el marcador en negativo.

—Prefiero otras prácticas más... gratificantes —susurra enarcando una ceja, dejándome muy claro el doble sentido de la frase, algo que hace que suelte el aire mientras niego con la cabeza.

—Pues deberías practicarlas mucho más a menudo, porque ¡menudo carácter más agrio tienes, chaval! —comento enfrentándome a él, cosa que parece que le hace mucha gracia, pues sus labios se estiran en una preciosa sonrisa que endulza sus facciones y le añade todavía más atractivo. «Uf..., qué rabia me da, ¡va a explotar de lo guapo que es!», pienso molestándome precisamente ese hecho.

—¿Te estás ofreciendo como voluntaria? —pregunta el muy canalla, y me yergo demostrándole que no me afecta ese halo de machito que se gasta, para así sostenerle la mirada con descaro.

—Eres un insolente y un arrogante de tomo y lomo —anuncio envalentonada—. Ni en mil años me acercaría a ti de esa manera, aunque fueras el último hombre sobre la faz de la Tierra —concluyo para después darme media vuelta y dirigirme a mi dormitorio, aunque no puedo evitar oírlo reír a carcajadas.

«¡Menudo soplagaitas!»

Me meto en la ducha sintiendo... ¡Un momento! Me quedo quieta un segundo mientras observo el interior de la ducha: el agua templada cayéndome sobre la cabeza, el olor a gel de coco, el sonido de las gotas impactando con la mampara, y sonrío, pero no de una manera superficial, sino de verdad. Llevo tanto tiempo sin sentir de verdad, sin notar nada real en mi interior, que me acabo de dar cuenta de que Logan me ha hecho sentir diferentes sensaciones: vergüenza, alteración, enfado, coraje... Percatarme de que no estoy tan fría por dentro como pensaba me hace tener optimismo, a lo mejor no todo está perdido, y venir aquí puede hacer que vuelva a ser como era antes. Con unas fuerzas renovadas que me dan el empujón que necesito para afrontar este nuevo día, me seco rápidamente mientras elijo una camiseta de tirantes azul y unos pantalones muy cortos negros, me hago un moño con el cabello todavía mojado y vuelvo a la cocina, donde me encuentro a William preparando el desayuno para los tres.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta al ver que me acerco para ayudarlo.

—Mejor, aunque me he despertado muy pronto —confieso mientras dejo las tostadas en la mesa junto con el bizcocho y la leche—. ¿Y tú?

—A ratos, algo normal para mi edad —indica haciéndome sonreír.

En ese momento aparece en la cocina Logan. Lleva una camiseta blanca que se pega a su increíble torso, el cabello lo lleva mojado y, al sentarse en la esquina de la mesa, un agradable olor a gel me hace mirarlo de reojo. Como si no fuera con él la cosa, empieza a beberse el café mientras mira el móvil ajeno a mi ligero escrutinio. ¡Qué lástima! Debería permanecer siempre callado, da gusto verlo, tan guapo, pero cuando habla... ¡la caga!

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —pregunta William a su hijo.

—Sí, y tengo que ir al pueblo... —contesta sin levantar la cabeza del móvil. ¡Y además es un maleducado!

—Eso está bien —susurra su padre sentándose a la mesa con él, y yo hago lo mismo—. Cuando terminemos de desayunar podríamos ir a ver si han puesto huevos las gallinas —comenta mientras me mira.

—Vale, pero me tendrás que recordar lo que tengo que hacer. ¡Llevo demasiados años sin estar en contacto con animales!

—Claro, ¡eso está hecho! Uf, el teléfono... —suelta William saliendo de la cocina para dirigirse donde está el fijo.

Bebo un poco de café mientras corto un trozo de bizcocho, percatándome de que Logan ni siquiera se ha servido un trocito, y eso que lo instigué ayer a probarlo, pero parece ser que no le gustan los dulces. ¡Mejor para nosotros! Así nos tocará a más. Al levantar la mirada me doy cuenta de que está pendiente de todos mis movimientos.

—Ten mucho cuidado con las gallinas, princesita, no les gustan las chicas de ciudad y podrían picarte —me dice mientras se inclina hasta mí y me mira a través de sus pestañas que enmarcan esos preciosos ojos, con lo que puedo oler esa fresca fragancia y ver sin dificultad cada matiz de sus iris.

—¿Hablas por las gallinas o por ti mismo, Logan? —pregunto con garra, enfrentándome a su mirada.

—Yo no pico, Aitana... ¡Yo muerdo! —susurra con un hilo de voz mientras me enseña una vez más esa sonrisa descarada que hace que alce una ceja con suficiencia—. ¡Me voy! —suelta de repente, levantándose de la mesa en cuanto ve que su padre aparece de nuevo por la cocina.

—Luego nos vemos para comer —contesta William alzando la mano a modo de despedida.

Y tengo que morderme el labio inferior intentando refrenar mi lengua, que desea contestarle con todas mis fuerzas, incluso gritarle alguna que otra insolencia, pero William no tiene la culpa de nada; al contrario, desde que he llegado me trata con tanto cariño que me hace sentir tan cómoda, tan en casa, que a veces tengo la sensación de que no han pasado los años y todo sigue igual...

¡Y tan igual! Aquí sigo, como antes, como cuando era una adolescente que miraba al suelo, a la gresca con Logan... ¿Qué le voy a hacer? Somos tan distintos que chocamos irremediablemente y no disimulamos que nos caemos mal.

Aunque ahora hay algo diferente: ahora no me callo.



## Aitana

Cojo la taza de café y le doy un trago disfrutando de la tranquilidad que reina en la cocina cuando Logan no se encuentra entre estas cuatro paredes. ¡Qué gusto!

—Hoy lo he visto más alegre de lo normal —susurra William, y lo miro con curiosidad. «Si eso es estar más alegre, ¿cómo será su estado natural?», me digo—. Espero que tenga nombre de mujer ese cambio en él. La verdad, bonita, es que no sé qué voy a hacer con estos hijos míos. Con su edad, yo ya los tenía a los dos, en cambio ellos... aún dando bandazos de un lado a otro —comenta mientras niega con la cabeza para después beberse el café despacio.

—Supongo que los tiempos no son como los de antes.

—¡Tonterías! Lo que os pasa a la gente de hoy en día es que no entendéis que la vida pasa demasiado deprisa como para perder el tiempo con dudas y pamplinas —informa William—. Y Logan lo que necesita es una buena mujer a su lado, una que le haga ver lo bonita que puede ser la vida. Como me pasó a mí cuando conocí a mi Grace, en cierto modo, al verlo, me veo reflejado en él, ¿sabes, Aitanita? Yo era igual de serio y de distante, pero cuando Grace apareció en mi vida lo llenó todo de calor y de amor...

No me puedo imaginar a William con la manera de ser de Logan, ¡y eso que lo estoy intentando con todas mis fuerzas! El padre de Caitlin siempre ha sido un hombre cabal, responsable y tierno que ha amado de una manera tan dulce y apasionada a su difunta esposa que, aun después de haber pasado tantos años, tengo grabados en mi mente momentos preciosos que he podido compartir con ellos dos. Jamás he visto a una pareja como los Walsh, que, después de tantos años juntos, siguieran queriéndose, apoyándose, mimándose... Hasta que Grace murió cuando nosotras teníamos doce años y Logan tan sólo catorce... Fue un golpe muy duro para la familia, pero sobre todo para William, que se vio solo con sus dos hijos adolescentes tras haber perdido al amor de su vida.

—Espero que algún día mis hijos lo comprendan —susurra al poco mientras se levanta de la mesa después de desayunar.

Lo observo en silencio mientras lo ayudo a recoger la cocina, sin saber muy bien qué decirle. Yo misma he vivido una vida vacía, fría y carente de significado, sin prestar atención a lo que de verdad importa, porque estaba demasiado ocupada tratando de demostrar que valía, que era capaz

de afrontar todos y cada uno de los retos que se me presentaban, que podía ser la mejor... Suspiro intentando no mostrar lo que mi ser oculta, para después seguir a William hasta el cobertizo donde se encuentran las gallinas.

Tengo que confesar que no valgo para esto, he tenido que aguantar las ganas de gritar cuando él me ha explicado lo que tenía que hacer, algo absurdo, lo sé, cuando de pequeña ayudaba siempre que podía a los Walsh, pero parece ser que se me ha olvidado esa parte campestre que antes sí tenía... Mientras maldigo de mil maneras diferentes el miedo que me ha instigado Logan sobre las gallinas, temiendo que alguna me picara algún dedo y se lo llevara de recuerdo, consigo poder ayudar a William con más o menos gracia; eso sí, él se lo está pasando en grande con mi incapacidad para realizar una tarea tan sencilla como ésta. Al final, con los huevos en una cesta, volvemos a la casa y, mientras él termina unas gestiones, comienzo a preparar la comida, una tarea que me ha delegado de buena gana y que disfruto realizando.

—Me voy a acostumbrar a que huela tan bien la cocina —comenta William entrando en ella mientras se percata de que estoy poniendo la mesa—. Ha llamado hace un momento Caitlin, me ha dicho que el viernes estará aquí.

—Genial —digo con una sonrisa.

—Parece que los muchachos ya han olido la comida —anuncia al verlos aparecer por la cocina.

—Hola —saluda Tyler mostrándome una sonrisa—. Desde que estás aquí, estoy deseando que llegue la hora del almuerzo —confiesa para después fruncir ligeramente el ceño y mirar al patriarca de la familia—. Espero que no te molestes, William, por lo que acabo de decir...

—¿Qué me voy a molestar? Aitanita tiene buena mano para la cocina y, por lo que he visto en la nevera, además hace postres —comenta haciendo que el capataz sonría mientras nos sentamos todos alrededor de la mesa.

—¡Delicioso! —exclama Tyler con gusto, y veo, de reojo, cómo Logan le echa una mirada de advertencia en la que él ni siquiera repara. ¿Tanta rabia le da que a su empleado le guste como cocino?

—Me alegro de que os guste. Llevaba mucho tiempo sin cocinar, y estoy aprovechando de lo lindo aquí...

—Supongo que era al revés, ¿no? La gente cocinaba para ti —me increpa Logan, y lo miro con seriedad.

—Sí —me encojo de hombros—. No tenía tiempo para nada, me levantaba muy temprano y pasaba todo el día en la oficina.

—¿De qué trabajas? —pregunta Tyler con curiosidad.

—Con tu padre, ¿no? —suelta Logan cortante sin darme tiempo ni a contestar, y vuelvo a dirigir la mirada hacia él, aunque esta vez no oculto que me está tocando las narices con su actitud, mucho.

—Sí, trabajaba en la empresa de mi padre. Pero no te creas que me paseaba por la oficina

luciendo palmito. Era de las primeras en llegar y de las últimas en marcharme. He trabajado incluso más que algunos empleados, simplemente para demostrar que no me han regalado nada y que, aunque mi padre es el dueño, yo valía para ese puesto —indico con convicción, pero parece que a él ni siquiera le importe mi extensa explicación, ya que, con parsimonia, coge el vaso de agua y lo vacía con lentitud. Esa actitud arrogante hace que sienta coraje por tener que demostrar, también aquí, que mi puesto de trabajo me lo he ganado a pulso, aunque sea la hija del dueño.

—¿Ya no trabajas ahí? —susurra Logan a continuación mientras deja el vaso sobre la mesa, sin dejar de observarme, y tengo que esconder muy bien ahora mismo lo que pasa por mi mente.

—¿Cómo?

—Has dicho: «trabajaba», y no «trabajo», por tanto, me hace pensar que ya no lo haces.

—Bueno, ¡estoy aquí!, es normal que hable en pasado —comento centrando mi mirada en el plato, donde descansa una porción de pastel de carne, una ensalada de arroz y unas verduras asadas. Mi subconsciente me ha traicionado..., ¡mierda!

—Tyler —oigo decir a William de repente—, podrías llevar esta noche a Aitana al pueblo. Seguro que le apetece estar un rato con la gente joven y volver a reencontrarse con antiguas amistades.

—Estaré encantado de acompañarla, si ella quiere, claro —me dice éste sonriendo mientras me mira.

—Sí, claro... —digo mostrando una pequeña sonrisa—. ¿Por qué no?

—¡Perfecto! —exclama William, haciéndome sentir de nuevo bien y cómoda.

\* \* \*

Después de comer, no he podido dormir la siesta, y eso que lo he intentado en el mismo lugar que los dos días anteriores, pero que Logan haya sacado el recuerdo de mi padre, de mi trabajo, me ha hecho revivir lo que me ha traído hasta aquí. Por eso voy a la cocina, preparo dulces de todo tipo, sin detenerme a pensar, concentrándome en relajarme y en volcar mi atención en lo que hacen mis manos, para después, cuando lo tengo todo en el horno, dirigirme a limpiar el porche. Con el cubo de agua y un trapo, limpio las sillas, la mesa y cada rincón de ese lugar. Se nota que le hace falta una buena limpieza, y yo no tengo otra cosa que hacer en estos momentos. Sacudo una funda que protege un tresillo que se encuentra en un lateral y de repente, casi en cámara lenta y con música de suspense, veo horrorizada una gigantesca araña negra caminar con tranquilidad sobre la tela. Trago saliva sintiendo cómo comienza a picarme todo el cuerpo, ¿y si tengo una encima? ¿Y si tengo más de una? Me quito la camiseta sin pensarlo mientras salgo del porche despavorida, sintiendo cómo un escalofrío me recorre por completo. La tiro al suelo y comienzo a tocarme todo el cuerpo, el cabello, temiendo que haya otra pululando por cualquier sitio, la espalda, los brazos... ¡¡Parece que tengo una jauría recorriendo cada centímetro de mi cuerpo!!

—¿Qué estás haciendo?

Oír su voz me hace volverme, y tengo que contener un grito de alegría para que Logan no se crea que me alegro de verlo; es más, en otras circunstancias lo habría enviado a paseo, sobre todo por el tono despectivo de su voz, como si me reprochase mi conducta, como si estuviese deseando quedarme en sujetador para que él me vea.... ¡Ya le gustaría a él! Pero necesito a alguien que confirme que no tengo ningún bicho encima, y no hay nadie más cerca...

—Comprueba que no tenga una araña —le pido mientras me acerco a él señalando mi cuerpo.

—Parece que todos los animales de Australia te están dando la bienvenida —se jacta.

—Oh, ¡cállate, Logan!, y haz lo que te pido —protesto nerviosa mientras me señalo.

—No tienes ninguna araña —susurra observándome detenidamente y bajando la mirada hasta el sujetador blanco que llevo—. Veo que los años han pasado, pero sigues con las mismas costumbres.

—¿De verdad me sales ahora con ésas? —suelto envalentonada enfrentándome a su mirada socarrona, pues es la segunda vez, desde que estoy aquí, que saca el dichoso tema—. Intento ser simpática contigo, morderme la lengua porque, me guste o no, compartimos techo y nos tocará vernos todos los días, pero me lo estás poniendo muy difícil, Logan.

—No intentes nada, Aitana. Sé la chica de ciudad que sé que eres, esa que se asusta por una simple culebra o por una arañita, esa que desentona con su ropa de firma, con sus modales aprendidos y su perfecta dicción. Esa que se pavoneaba como si fuera casi de la realeza... Esa que desapareció hace trece años y se olvidó de que tenía una amiga que la necesitaba. Esa a la que Caitlin ha añorado durante mucho tiempo. Y no esta que intentas por todos los medios hacerme ver que eres, mirándome con descaro y contestándome como si no fueras la misma Aitana que venía de vacaciones a ponerlo todo patas arriba.

—Mi vida tampoco ha sido un camino de rosas, Logan.

—De rosas no, de seda, pero de la mejor calidad, ya que los Pérez de Lara no pueden pisar cualquier cosa.

—¿Sabes? No tienes ni idea. Sólo te basas en conjeturas y absurdos estereotipos. Ni siquiera te paraste un segundo en saber cómo era en el pasado y estás haciendo lo mismo después de tantos años. No soy como crees, pero da igual lo que te diga o haga, seguirás pensando lo que te dé la gana.

—Soy un hombre de hechos, Aitana, y no de palabras. Sé que mi padre se ha creído esa absurda excusa de que estás de vacaciones, algo que yo no me trago... Dime, ¿por qué has vuelto a este insignificante rincón del mundo?

—Gracias por comprobar que no tengo ninguna araña. Me voy dentro, tengo que prepararme. Enseguida estará aquí Tyler —digo con garra, y me percato de la dureza de la mirada de Logan, que sigue todos mis movimientos nerviosos.

Me doy media vuelta, cojo la camiseta que está tirada en el suelo, la sacudo sólo para asegurarme de que no hay nada y me la pongo sintiendo su mirada engreída clavada en la espalda

para después encaminarme al interior de la casa, temiéndome que todos los momentos que viviré con él serán así: intensos y tormentosos.

¡Menuda hartura de hombre!

## Aitana

—Como siga comiendo así, voy a engordar tres kilos —anuncia William haciéndome sonreír.

Acabo de salir de mi dormitorio después de cenar a solas con él —parece que Logan sólo ha ido a su casa para cambiarse y salir de nuevo, sin cruzarse conmigo de nuevo en ningún momento, algo que también hizo la tarde anterior—, me he duchado y estoy lista para salir a tomar algo con Tyler, aunque esté tan cansada que no sepa en qué hora me encuentro ahora mismo, supongo que el no dormir como debería tendrá algo que ver...

—Si quieres dejo de cocinar tanto. La verdad es que me ayuda a relajarme...

—¡Tú sigue! Mañana llevaré al restaurante varios de esos dulces. ¡Tengo la intuición de que van a triunfar! Y, como sea así, te veo haciendo dulces como una loca —comenta con guasa.

—¿Qué restaurante?

—¿No te lo ha dicho Logan? —pregunta visiblemente extrañado.

—¿El qué?

—Hace cinco años remodeló una casa en el pueblo y la convirtió en un hotel. Dijo que era la oportunidad perfecta para obtener más beneficios, y no sólo de la tierra, sino del turismo. Lo cierto es que le va muy bien, tanto el hotel como el restaurante que tiene en el interior.

—Vaya... No tenía ni idea de que Logan tuviese un negocio propio, creía que sólo se dedicaba a la granja.

—Mi hijo tiene visión de futuro, y la verdad es que su dedicación y las horas que emplea están consiguiendo que todos sus objetivos se cumplan.

—Me alegro por él —susurro con una sonrisa.

—Ahora lo que me preocupa es que elija bien... Me he enterado de que está viéndose con una mujer.

—Ah, muy bien.

—No —me dice negando con la cabeza, y presto más atención a sus palabras. Que yo sepa, está deseando que su hijo siente la cabeza, ¿no?—. No me gusta esa mujer para él.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo es y sé que no quiere a mi hijo, sólo lo que él posee —farfulla frunciendo ligeramente los labios sin poder ocultar lo poco que le gusta esa actitud—. Logan se ha convertido

en un hombre muy poderoso en el pueblo, ha llevado a lo más alto las ganancias de la granja y, además, su pequeño hotel está adquiriendo mucha fama con el tiempo... Sólo espero que mi hijo no cometa una estupidez, no me gustaría que se uniera a una mujer tan materialista como ésa... Él se merece una mujer que lo quiera, que descubra cómo es en realidad y que lo zarandee un poco para que espabile.

—Logan no es tonto.

—No, no lo es, pero sí demasiado terco —confiesa con resignación, y tengo que morderme la lengua para no añadir más adjetivos a esa escueta lista, pues no sólo es obstinado como una mula: es intratable, arisco, un mandón de campeonato y, por supuestísimo, un arrogante—. ¿Y tú, Aitana?

—¿Yo? —pregunto señalándome sin entender a qué se refiere con la pregunta. ¿Quiere saber si soy igual de terca que su hijo?

—Sí. ¿No has conseguido encontrar a un buen hombre al que unirte?

—Uf... —susurro prefiriendo la pregunta que creía y no ésta mientras me miro las manos para después observar la puerta de la entrada, como si pudiese ver cuándo vendrá Tyler a por mí—. No he encontrado a ninguno que mereciera la pena —contesto volviendo a centrar mi mirada en las manos.

—Es una lástima, eres una mujer guapa y fuerte, deberías tener una cola de hombres esperando en tu puerta.

—He estado demasiado ocupada con mi trabajo para darme cuenta de si existía tal cola —susurro con una triste sonrisa—. Además, mis padres... —Niego con la cabeza desechando de golpe ese tema, no puedo ni siquiera pensar en hablar de ellos—. ¿Sabes? Estoy pensando en hacer un rico estofado para comer mañana —suelto de repente cambiando de tema y haciendo que él me mire con cariño.

—Aitana, es importante enfrentarse a la realidad y no sólo capearla —indica con tranquilidad, como si supiera a ciencia cierta la razón por la que he cambiado tan alegremente de tema. Lo que me temía: William sabe más de lo que me dice—. Las tristezas, como las alegrías conforman nuestras vivencias, sin unas no estarían las otras... Sé que tus padres siempre te han exigido más de lo que sensatamente podría dar una criatura, lo sé porque tu abuelo me lo contaba con desesperación. ¿Sabes que intentó que tus padres te dejaran vivir aquí para siempre? —pregunta, y saber eso me acelera ligeramente el corazón, para después dirigir mi mirada a sus bondadosos ojos, que me miran con ternura.

—No...

—Fue el primer año que no volviste... Tu abuelo te extrañaba muchísimo y llamó por teléfono a su hija para intentar hacerla recapacitar, hacerle entender que vivir aquí te hacía bien, que te llenaba de alegría... Tu madre no quiso escucharlo, Aitana, simplemente le dijo que debías aprender a ser fuerte e independiente, y que vivir con él te haría débil... Tu abuelo sabía que tu madre siempre había odiado vivir en Berry, pero a ti te gustaba. ¡Se notaba a simple vista lo feliz que eras aquí!

—William... —susurro con pesar mientras niego con la cabeza, sintiendo cómo las manos empiezan a temblarme y los ojos a escocerme al darme cuenta de que... ¡mi abuelo luchó por mí! Intentó que me quedara aquí con él, para siempre...

De pronto, y casi como si supiera que necesito que alguien interrumpa este momento tan difícil de gestionar, llaman a la puerta y tengo que ocultar cómo suspiro de alivio. William me sonríe mientras se levanta a abrir, y un sonriente Tyler aparece con el cabello todavía mojado, llenándolo todo con ese optimismo que es su seña mientras entra en la casa. Poco me falta para darle un gran abrazo, porque, gracias a él, ha evitado que confiese algo que no debo decir, por el bien de todos, incluido el mío...

—Buenas noches —saluda Tyler, y me levanto para acercarme a él notando su mirada, que me inspecciona de arriba abajo para después tragar saliva, lo que me hace sonreír.

Parece que he acertado al elegir este sencillo vestido azul oscuro con un ligero vuelo, que he combinado con unos zapatos de tacón alto para darme esos centímetros de más que siempre he deseado. Además, me he esmerado con el maquillaje, resaltando mis ojos y mis labios, para después dejarme el cabello suelto, aplicando un poco de fijador para que las ondas se vean definidas. Es la primera noche que salgo aquí y me apetecía arreglarme.

—Divertíos mucho y, Tyler, cuida de mi Aitanita —comenta William con cariño, haciéndome sonreír.

Nos despedimos de él y salimos a la calle para subirnos al Vitara negro de Tyler, y nos dirigimos a la pequeña y preciosa población de Berry. Las temperaturas son agradables, tanto que invitan a pasear por la calle o a estar en una terraza charlando tranquilamente. Después de estacionar, sigo a Tyler al bar que antes frecuentaba y, al entrar, oigo cómo las personas que están dentro saludan cordiales al capataz y a mí me miran con curiosidad, repasando mi ropa, mis movimientos y cada centímetro de mi cara. Supongo que les sonará mi rostro o tal vez ya sabrán que he vuelto, algo que no sería de extrañar. Los pueblos pequeños es lo que tienen... Pedimos unas cervezas y nos sentamos alrededor de una mesa mientras contemplo con morriña que el ambiente dicharachero y familiar de este local no ha cambiado con el tiempo y no dejo de sonreír ni un momento, intentando que nadie se entere de que el escrutinio por parte de los vecinos que se encuentran esta noche aquí me hace sentir incómoda.

—¿Habías venido aquí antes? —pregunta Tyler.

—Sí, pero la última vez que pisé este sitio tenía quince años... La verdad es que miro las caras de la gente y me parecen todas familiares —comento—. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No —contesta con una amplia sonrisa—. Soy de Ettrema... Se encuentra en el interior... Tenía ganas de venirme a algún lugar con playa y acabé aquí.

—Es un buen sitio para vivir...

—Sí que lo es.

—Me lo habían dicho, pero hasta que te he visto no lo he creído. ¡La nieta de Lachlan Corbyn ha vuelto! —exclama un chico sentándose al lado de Tyler y observándome con atención, casi



como si fuera una atracción de feria.

Intento ponerle nombre a ese hombre que rondará la edad de Tyler, porque está claro que él sí sabe quién soy yo, por eso lo miro exhaustivamente, tratando de hacer memoria. Es alto, rubio, tiene los ojos verdes y los hombros anchos, se nota que le gusta nadar y hacer ejercicio. Su sonrisa es canalla, divertida, y sé que lo conozco, ¡de verdad!, aunque en estos momentos no caigo.

—Eso parece —susurro—. Perdona, ¿quién eres?

—¡Soy Nate!! —exclama con entusiasmo mientras se señala aún con más alegría, y sonrío al reconocerlo. Es uno de los mejores amigos de Logan.

—No te había reconocido. Estás estupendo.

—Joder, Aitana, tú sí que estás fantástica. Deberías haberla visto con quince años, Tyler —comenta con guasa haciendo sonreír al capataz—. Era un fideo sin curvas, poca cosa y... ¡mírala ahora! Impresionante, y eso que Logan me decía que seguías igual —añade señalando detrás de mí, algo que me lleva a volverme en un acto reflejo.

Maldigo al percatarme de que Logan también se encuentra en este bar, exactamente a escasos pasos de donde estamos, con unos vaqueros y una camiseta negra que resaltan tanto su bronceado como sus músculos, pero, como no puede ser de otra forma —pues él siempre ha sido así—, no está solo, sino con una mujer que se encuentra pegada en modo lapa a él y no deja de mirarlo obnubilada. La chica, que tendrá unos cuantos años menos que él, va con una camiseta muy escotada donde se puede ver sin problemas un profundo canalillo. No para de provocarlo con sus roces, con su sonrisa y su mirada, aunque él en estos momentos alza la botella hacia mí para beber su contenido sin dejar de mirarme con detenimiento, algo que no entiendo. Me obligo a desviar la mirada y centrarla en Tyler, en este hombre de cabello negro, ojos oscuros y sonrisa blanquísima que contrasta con el bronceado de su piel, que me sonrío con timidez.

—Podría llevar el pelo verde, que Logan diría que sigo igual —tercio haciéndolos reír a carcajadas.

—Bueno, ¡cuéntame!, ¿qué es de tu vida? —pregunta Nate.

—Poca cosa —susurro dándole vueltas al botellín de cerveza—. Estoy de vacaciones, y dentro de poco vendrá Caitlin.

—¿En serio? Tyler, ¿lo has oído? —increpa Nate mientras le da un codazo a éste haciéndole sonreír y, no sé por qué, pero no se me escapa la mirada que le echa el capataz al mejor amigo de Logan.

—No estoy sordo, Nate —replica él, removiéndose incómodo en la silla.

—Aquí donde lo ves, nuestro Tyler está loco por Caitlin —informa Nate, y sonrío al entender su extraña conducta. «¡Anda, pajarito, que te gusta mi amiga!»

—¡Cierra el pico, Nate! —exclama Tyler visiblemente enfadado.

—Es la verdad —afirma éste alzando las manos en señal de inocencia, aunque me temo que de inocente no tiene nada—. Y, señoras y señores, ¡por ahí aparece Cody! —exclama con guasa

mientras señala detrás de mi espalda, haciendo que sonría, pero esta vez no me giro, no quiero volver a ver a Logan y a esa mujer convertida en lapa—. ¿Qué? Te has enterado de quién había vuelto al pueblo y te han faltado piernas para venir hasta aquí, ¿eh? —añade Nate con guasa.

Al final llega a nuestra mesa y, al verlo, tengo que reconocer que los años han pasado, también, muy bien para él. Cody ha dejado de llevar el cabello largo para lucirlo muy corto, casi rapado; la piel bronceada y unas arruguitas en el contorno de los ojos reflejan lo mucho que se ha reído en este tiempo, algo que le añade atractivo. Su cuerpo se ha ensanchado más si cabe; tiene una espalda amplia que termina en una cintura estrecha. Lleva una camiseta amarilla que se pega a su torso y a sus fuertes brazos. Puedo decir que estoy delante del mismo Cody de hace trece años, pero más musculoso y con menos pelo... Sus ojos verdes se dirigen hacia mí y frunce el ceño con sorpresa para después deslizar con descaro su mirada por todo mi cuerpo, centímetro a centímetro, algo que me hace erguirme ante su exceso escrutinio.

—No puede ser —espeta sin apartar la mirada de mí. Como siga así, puede hacer un retrato mío con todo lujo de detalles y sin tener que estar delante de él para servirle de modelo.

—Oh, sí, ¡es ella! —suelta Nate con alegría mientras me señala como si fuera una estrella de la televisión. ¡Nate sigue siendo el mismo guasón que recuerdo!

—¿Aitana?

—Sí —digo con una sonrisa alzando la mano para estrechársela—. Hola, Cody.

—¡Me cago en la puta, Aitana! —profiere con brusquedad mientras coge una silla y se sienta a mi lado—. ¡Estás impresionante!

—Ehm..., gracias —susurro con una sonrisa mirando de reojo a los otros dos chicos que están pendientes de la conversación—. Tú estás prácticamente igual que antes.

—¡Ya me gustaría a mí! —exclama pasándose la mano por la cabeza, donde puedo diferenciar la escasez de pelo que tiene ahí y la razón de que lo lleve tan corto—. ¿Qué haces en Berry después de tanto tiempo? Ya habíamos pensado que nunca volverías a dejarte caer por aquí...

—De vacaciones —contesto mientras me encojo de hombros y muestro una tímida sonrisa, aferrándome a esa burda excusa que esconde la verdadera razón por la cual he vuelto.

—Genial —susurra Cody echándome otra exhaustiva mirada que me hace removerme inquieta en la silla. Me da a mí que se está pasando con las miraditas...—. ¡Menudo cambio!

Sonrío sintiéndome incómoda ante el escrutinio tan minucioso de Cody y miro al frente intentando serenarme; no me hace ninguna gracia la mirada hambrienta que me está echando. En este momento me doy cuenta de cómo Tyler asiente mirando hacia el fondo, detrás de mí, donde sé que está la alegría de Berry, el hombre más amable y simpático del mundo, ejem, ejem... Me vuelvo, porque me temo que aquí están pasando cosas raras, y observo a Logan, que continúa con la mirada clavada en nosotros. ¿Es que no tiene otra cosa que hacer más que mirarnos? ¡Menudo martirio de hombre!

—¿Os apetece una partidita de billar? —pregunta Tyler señalando la mesa que hay al fondo del bar—. ¡Vamos a echarnos unas risas! —exclama haciendo que todos asintamos conformes con esa

idea.

Puedo decir que me lo estoy pasando bien, sonrío cada vez que fallo una bola o cuando los chicos se pican entre sí para saber quién es el mejor en el juego, haciéndome recordar lo sencilla que puede ser la vida. Las cervezas desfilan con alegría y Cody no se corta ni un pelo en acercarse a mí con cualquier excusa; como siga por estos derroteros, al final le voy a tener que parar los pies antes de lo que pienso. No he venido a Berry para liarme con un tío, sino que estoy aquí para volver a empezar, para reencontrarme conmigo misma, y no para meterme en follones que no me apetece vivir... Creo que perdí la esperanza de encontrar el amor hace mucho, ¿qué le voy a hacer? Nunca me he enamorado y nunca me enamoraré, y estas chorradas, simplemente, me molestan. Giro la vista para observar si Logan se ha ido ya con esa mujer, que supongo será la tal Charlotte, sin embargo, lo vuelvo a ver, con una cerveza en la mano, sin su conquista y pendiente de todo lo que nosotros estamos haciendo, algo que me hace pensar que esta situación es todavía más extraña. Que yo sepa, tanto Cody como Nate han formado parte del grupo de amigos de Logan, y no entiendo qué hace solo, apartado de sus amigos, tan serio, tan distante y tan increíblemente atractivo. Cualquier mujer estaría más que encantada de estar a su lado, excepto yo, claro... Cada vez que hablamos saltan chispas, y no entiendo ese afán que tiene por provocarme. ¿Acaso lo divierte verme enfadada? Aunque a lo mejor, si lo pienso fríamente, es por eso por lo que no está aquí con sus amigos, porque no quiere estar cerca de mí. «Pues, chico, ¡más se perdió en la guerra!»

—Aitana, te toca —informa Tyler haciendo que sonrío para centrarme en el juego y olvidarme del hermano de Caitlin. Si quiere estar solo, ¡que lo esté! Mejor para mí.

Cojo el taco, me agacho para apuntar a la bola blanca y después realizar un movimiento rápido y observar, con gran vergüenza, como ésta se desliza por el tapiz con velocidad sin tocar ni una sola bola de color y a continuación colarse en el agujero. ¡Ésta soy yo: la gran jugadora de billar! Oigo a Tyler quejarse de mi mala puntería y me olvido por un instante de que estamos siendo observados por Logan.

—Se te ve cansada, Aitana —me dice Tyler al rato.

Decir que estoy cansada es quedarse corto, ahora mismo no tengo fuerzas ni para hablar, y mucho menos para moverme de este taburete donde estoy sentada, batallando contra mis propios ojos para que no se cierren y quedarme frita en el bar.

—Sí, lo estoy...

—Creo que ha llegado la hora de irnos, chicos —afirma él dejando el taco en la mesa.

—¿Dónde te hospedas? —pregunta Cody con una sonrisa sin dejar de mirar cómo me pongo de pie.

—En la granja de los Walsh.

—Algún día podríamos quedar...

—Ehm... Claro, algún día —susurro ocultando la verdad, pues las ganas que tengo de quedar con él son nulas. Pero tampoco se lo voy a soltar el primer día que me ve, ¿no? Aun así, parece

que Cody no sospecha que le he mentado a la cara y asiente conforme.

Nos despedimos de ellos y, al mirar hacia delante, de nuevo aparece ante mí el rostro impasible y arrogante de Logan, que nos observa con seriedad desde la mesa que ocupa, sin decir nada, algo que me exaspera. ¡Es que no puedo con él, lo siento! Pero sentir la brisa húmeda del mar al salir me hace cerrar un segundo los ojos de gusto y olvidarme un poco del hermano de Caitlin.

—¿Te lo has pasado bien? —inquire Tyler en el interior del coche, deshaciendo el camino que nos llevará a la granja.

—Sí, hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Muchas gracias por traerme, Tyler.

—A ti por aceptar. Me alegro de que te hayas divertido.

—Mucho —reitero, para después quedarme unos segundos callada pensando en la mejor manera de lidiar con esta duda que revolotea en mi mente. Al final decido lanzarme al toro y soltársela—. ¿Es verdad que sientes algo por Caitlin? —pregunto con curiosidad. Desde que Nate lo ha dicho, he sentido unas ganas imperiosas de asegurarme de que sea cierto.

—Bueno... —susurra él sin apartar la mirada de la carretera—. Aunque sea así, ella nunca me ha hecho el más mínimo caso.

—Eso es porque no se habrá dado ni cuenta. Recuerdo que era muy despistada.

—Ya... —murmura con timidez, algo que me hace sonreír. Se nota que Tyler es un gran hombre...

Al poco, llegamos a la granja, me despido de Tyler dándole las gracias por la fantástica velada y bajo del coche para entrar en la propiedad casi arrastrando los pies. Estoy tan cansada que sólo pienso en llegar a mi dormitorio. Enciendo las luces a mi paso y, antes de entrar en la habitación, me dirijo a la cocina para beber un poco de agua. Es lo que tiene beber tanto alcohol, que me deja la garganta seca. Con un gran vaso de agua helada, observo tras la ventana el cielo estrellado, la quietud de la noche, la paz que se respira en este rincón del mundo, tan alejado del bullicio, las luces brillantes y la soledad de estar rodeada de personas...

—Espero que no cometas las mismas estupideces que en el pasado —me espeta Logan, y ni siquiera me sobresalto por su repentina presencia. Me vuelvo y me preparo para otra batalla más con él. ¿Cuántas llevamos desde que llegué? ¿Mil?

—Tranquilo, que no volveré a besarte —comento con tranquilidad para después terminar de beberme el agua y así dejar el vaso vacío en el fregadero.

—Aitana —susurra muy bajito mi nombre, y levanto la mirada para mirarlo. Su rostro está serio y su mirada es tan dura y afilada que parece que he cometido algún crimen o algún ultraje—. Cody no es cómo piensas que es.

—¿Ahora lees las mentes para saber lo que pienso, Logan?

—Sigues siendo una princesita que cree que todo el mundo es bueno —alega negando con la cabeza y reprochándome precisamente eso. ¡Qué perra le ha entrado con la realenza!

—No me conoces —susurro encogiéndome de hombros—. Ya no soy una delicada princesita

que necesita que alguien esté pendiente de ella, que no sabe de la vida, que no entiende a los hombres o que no sabe defenderse...

—Joder, Aitana, él sólo quiere meterse en tus bragas —masculla cabreado, algo que no comprendo: ¿qué más le da a él que sea así?

—¿Y qué te ha hecho creer que yo no quiero que lo haga? —replico con chulería, y observo cómo Logan aprieta la mandíbula con fuerza mientras me mira con rabia.

—¿Te ha dicho que sigue casado y que, además, no tiene intención alguna de divorciarse? —brama haciéndome abrir mucho los ojos, y no sé si me sorprende saber eso de Cody o la manera que tiene Logan de decirlo. Está enfadado, como si le molestase que decidiera dar ese paso con él —. Ya veo que se le ha olvidado decírtelo... Te puedo asegurar que me importa una soberana mierda a quién elijas para que te baje esas caras bragas que probablemente usas, pero asegúrate de no destrozar una familia en el proceso —añade con dureza para, después, darse media vuelta y dejarme sola en la cocina.

«Pero ¿qué ha pasado?», pienso intentando dar con aquello que le ha molestado tanto a Logan hasta el punto de decirme esas duras palabras. Por supuesto que no tengo intención alguna de tener nada con Cody, y menos ahora que sé que sigue casado, sin embargo, continúo sin comprender su reacción. ¿Por qué me avisa? Cody y él son amigos, ¿no?

## Logan

Llevo despierto más de media hora y sigo mirando al techo como si ahí pudiera encontrar la solución a todo este embrollo. Me paso la mano por la barbilla sintiendo la barba incipiente de dos días raspar mis dedos mientras niego con la cabeza, desaprobando mi conducta. No entiendo aún por qué anoche me marché del bar nada más ver que Tyler y Aitana se iban, como tampoco comprendo qué me llevó a advertirle del cuestionable comportamiento de Cody, y mucho menos por qué no le dije a mi capataz que yo podía traer a Aitana a casa, al fin y al cabo, vivimos bajo el mismo techo.

Sin respuestas a todas estas dudas, me levanto de un salto de la cama para después dirigirme al aseo y quedarme mirando mi imagen en el espejo. Aitana lleva aquí sólo unos pocos días y ya ha alterado mi aprendida rutina, con esa sonrisa vacía, con esa mirada azulona que esconde más de lo que su sensual boca dice, con esos movimientos estudiados, casi de bailarina, casi de porcelana, con su tono de voz suave, melodioso, con el delicioso aroma de todos esos manjares que prepara envolviendo cada rincón de esta casa y con el olor embriagador de su piel cada mañana que aparece en la cocina...

Niego con la cabeza para después echarme agua fría en la cara, obligándome a dejar de pensar en todo lo que ha cambiado desde que ella está aquí, pues ahora todo gira a su alrededor: qué le pasa, qué hace, asegurarse de que esté bien, facilitarle la estancia... ¡¡Toda su vida ha vivido entre algodones!! Por supuesto que está bien, ¡sólo hay que echarle un vistazo!, lo que no entiendo —y ella no me ha dado todavía la respuesta a ese enigma— es qué cojones hace aquí después de tanto tiempo de silencio. Es cierto que ya no es la misma chica que escondía la mirada cuando aparecía por la habitación; ahora contesta a mis continuas provocaciones sin ni siquiera achantarse, sin ni siquiera bajar la mirada, enfrentándose a mí de una manera pasional y descarada. Una novedad para mí, y, lejos de irritarme, me fascina comprobar que debajo de esa fachada estudiada que tanto se esfuerza en mostrar al mundo hay algo más...

Me asomo a la ventana de la habitación y la veo en el jardín, practicando yoga de una manera elegante, estirándose y contoneándose en posturas imposibles que me llevan a resoplar con resignación, pues esas acciones me recuerdan que ella siempre será una niñita rica que no encajará en un lugar como éste y, además, me entra mayor curiosidad por saber la verdadera razón

por la que ha vuelto. ¿Se habrá metido en algún problema de ricos? ¿O acaso este viaje es un toque de atención para sus millonarios padres?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando, al asomarme de nuevo a la ventana, la veo dentro de la piscina. Me pongo el bañador y bajo la escalera sin hacer mucho ruido, entro en la cocina y salgo por la puerta lateral. La observo mientras me voy acercando a ella sigilosamente; ni siquiera se ha percatado de mi presencia, algo que aprovecho para sorprenderla. Me zambullo en el agua a poca distancia de donde se encuentra ella flotando como si fuera una delicada y menuda sirena, y al emerger observo su rostro atónito y esos grandes ojos azules mirándome confundida.

—Buenos días, princesita —digo mientras me echo el cabello hacia atrás y compruebo cómo Aitana se fija en mis brazos, que se contraen con ese simple gesto. No es la primera vez que la sorprendo mirándome, y me gusta saber que mi presencia la altera—. ¿Me estabas esperando?

—Uf —resopla alzando la mirada al cielo con dramatismo, y me preparo para ver esa parte de ella tan novedosa para mí—. Sí, Logan, te estaba esperando —farfulla con sarcasmo, algo que me hace sonreír—, tanto que me largo ya de aquí.

—No sabía que me tuvieras tanto miedo...

—¿Miedo? —reitera mirándome con descaro—. Jamás te he tenido miedo, Logan, y mucho menos ahora.

—Mientes —digo alzando una ceja mientras me acerco a ella meciendo el agua con el movimiento de mi cuerpo y me percató de cómo Aitana frunce el ceño y esos ojos azules todavía se ven más claros—. Creo que tienes sentirte atraída por mí y por eso huyes —tanteo simplemente por el hecho de provocarla. ¡Estas conversaciones con ella se están convirtiendo en la mejor parte del día!

—¿De verdad estoy oyendo esas palabras o es que el agua se me ha metido en las orejas? —pregunta perpleja mientras niega con la cabeza, y tengo que hacer un esfuerzo titánico por no echarme a reír. ¿Desde cuándo es tan divertida y desde cuándo se me resiste una mujer, aunque no esté interesado? Exacto: ¡nunca!—. ¿O es que el líder de la manada, el ligón de los ligones, no ha podido olvidar el beso que le di? —espeta enfrentándose a mí, y aprovecho esa proximidad para recorrer lentamente con la mirada sus llamativos ojos hasta su succulenta boca, que se desliza en una atrevida sonrisa. Esa misma que me abordó hace tantísimos años sin esperarlo...

—¿A eso lo llamas tú beso, Aitana? —inquiero con voz calmada sin dejar un segundo de mirarla y pudiendo comprobar cómo enarca una ceja y sonríe divertida—. Eso fue estampar tus labios contra mi boca, ¿o es que no has encontrado a nadie que te bese de verdad?

—Sí, muchos, para ser sincera —comenta con altanería—. Pero creo que es la primera vez que una mujer no sucumbe a tus encantos —añade acercándose a mí con coquetería, tan cerca que puedo tocarla si quiero, algo que por supuesto no hago. Es sólo un juego, algo que me divierte—. Ya te lo dije, Logan, a mí no me provocas nada de nada —susurra inclinándose hacia mí, dejando sus labios cerca de mi rostro, por lo que puedo observar las diminutas pecas que salpican su pequeña nariz y sus mejillas, para, después, dar media vuelta y dirigirse a la escalerilla de la

piscina, subir por ella y ofrecerme una maravillosa panorámica, con ese pequeño bikini negro, de su trasero respingón y de sus piernas torneadas, que se ven brillantes y tentadoras.

—¡Hasta el bikini es de una gran firma, por favor! —exclamo reprochando su vestimenta y así tener tiempo para intentar recomponerme al verla con tanta escasez de ropa y con el agua deslizándose por su atlético cuerpo. Y, sobre todo, por esa manera insolente que tiene de enfrentarse a mí, como si no la perturbara...

—¿Prefieres que vaya sin nada, Logan? —pregunta con guasa mientras se vuelve para enfrentarse a mis ojos y, ¡joder!, tengo que hacer un esfuerzo titánico para no imaginármela así, mientras me obligo a no mirar su cuerpo ni sus pechos, que se esconden bajo esa fina tela, donde se pueden intuir sus izados pezones, ni de su abdomen terso, ni siquiera sus prietos muslos—. Uy, no, que no quiero que tengas pesadillas por mi culpa —añade con sorna mientras se cruza la toalla y empieza a caminar en dirección a la puerta de la cocina, alzando la cabeza con orgullo.

No puedo apartar la mirada de ella, de su manera de andar, de esa fuerza que desconocía, y tampoco puedo frenar una carcajada que me sale de lo más profundo de mí ser. Aunque me cueste reconocerlo, Aitana se ha convertido en una mujer llamativa, con una belleza singular que irradia algo en su mirada y sus movimientos, como una fuerza, como un hechizo, algo que me temo pronto comenzará a repercutir en su vida social. Cody ya está interesado en ella, algo normal, y espero que no se atreva a tener nada con Aitana, porque si no... Niego con la cabeza desechando estos pensamientos, pues no debería importarme, ¿no? Sólo es la amiga de mi hermana, una chica que pasó su niñez y su adolescencia correteando alrededor de mí, incordiándome, recordándome simplemente con su existencia que siempre estaría por encima de mí por tener ese maldito apellido que significa dinero y poder, nada más. Es una ricachona, aunque intente disimularlo...

Ya que estoy dentro del agua, aprovecho para hacer unos cuantos largos que traten de apaciguar esta sensación que me ha sorprendido al verla fuera de la piscina con ese llamativo cuerpo brillante por el agua, retándome, con esa fuerza que jamás pensé que tendría la delicada y estirada Aitana. He intentado olvidar que anoche no pude apartar la mirada de cada movimiento suyo, de cada sonrisa hueca, de cada mirada dirigida a mis amigos e incluso a mí, como si quisiera asegurarse de que aún seguía ahí, observándola desde un rincón, maldiciendo el hecho de no poder apartar los ojos de ella, de su cuerpo, de sus gestos, de sus ojos...

Salgo del agua al rato, un poco más relajado y dispuesto a empezar el día. Me anudo la toalla y me quito el bañador para no mojar el interior, y al entrar en la cocina veo a mi padre, que se encuentra preparando el café.

—Buenos días —saludo haciendo que me mire con una sonrisa.

—Buenos días, hijo —susurra observándome detenidamente, una acción a la que estoy acostumbrado, pues lo hace muy a menudo. Es como si pudiera ver dentro de mi mente, algo absurdo, lo sé, pero mi padre suele acertar en sus conjeturas, aunque claro está que nunca se lo digo—. Hace un momento ha entrado Aitana...

—Sí, me la he encontrado fuera —comento sin darle mayor importancia a ese hecho, y por



supuesto omito que la casualidad de encontrarnos en la piscina no es, para nada, tan casual...

—Ya... —murmura escudriñándome con atención—. Estoy deseando que llegue tu hermana para que le haga hablar, ayer... No sé, Logan, ayer pude vislumbrar tanto dolor en sus ojos que se me rompió el alma. Me temo que es mucho más serio de lo que pensaba al principio —añade, y lo miro sorprendido. Parece que mi padre ha conseguido hacerla hablar.

—Seguro que son problemas de ricos, papá, sólo espero que no nos salpiquen —comento cortante.

—Prométeme que no serás injusto con ella y no te dejarás influenciar por la familia que tiene. Aitana no es culpable de tener unos padres como los suyos —informa con seriedad, y tengo que cerrar los ojos unos segundos para obligarme a no recordar.

—Eso no lo sabes, papá. A lo mejor ella es peor que sus padres —comento con resquemor, para después salir de la cocina y dirigirme a mi dormitorio intentando no pensar en las palabras de mi padre.

Tras una ducha rápida, me marcho de casa sin desayunar, y no porque no tenga hambre, ¡estoy famélico!, sino porque necesito poner distancia con Aitana y con todo lo que ella significa. Me dirijo a mi hotel, una preciosa y enorme casa acondicionada ubicada en el centro de Berry que supe que sería perfecta para mi negocio, uno de cuyos frontales, el que da a la calle más céntrica, he abierto para que accedan no sólo los clientes del hotel, sino todo aquel que desee comer ahí. Me siento delante de una mesa, la más próxima al gran ventanal que conforma la pared, con unas bonitas vistas al centro, y desayuno ahí contemplando cómo hay un par de mesas ocupadas por unos huéspedes que han elegido este lugar en busca de relax y playa.

—¿Por qué no me has avisado de que venías? —pregunta Nate, mi mejor amigo y el encargado de que todo marche en el hotel como quiero, mientras se acerca a mí.

—Quería sorprenderte —contesto con una sonrisa—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien. ¿Los has probado? —quiere saber mientras se sienta conmigo a la mesa y señala los dulces que he cogido del bufete—. Me los ha traído tu padre esta mañana a primera hora. Esa chica hace magia con sus manos.

—Allá donde vaya sólo oigo hablar de Aitana —resoplo con frustración mientras niego con la cabeza, para después coger un cruasán y darle un mordisco. Nada más sentir en la boca el sabor dulce, abro los ojos sorprendiéndome de su textura y su sabor—. ¿Esto lo ha hecho ella?

—Sí —contesta Nate con una amplia sonrisa—. Los huéspedes están arrasando con todo lo que tu padre ha traído y, que esto quede entre los dos, si todo le sale tan bien como la cocina, ¡menuda suerte tendrá el tío que la consiga!

Contemplo la sala y me paro a observar los gestos que hacen los clientes que se encuentran desayunando ahí al probar los dulces que Aitana ha preparado, y tengo que reconocer, aunque sea a regañadientes y sólo para mí, que cocina muy bien.

—Ya...

—Anoche cuando la vi... Joder, tío, ¿por qué no me avisaste de que se había convertido en una

mujer de bandera?

—Supongo que para mí sigue siendo la misma.

—Bah, ¡tonterías! Estoy pensando en contratarla para que haga los dulces en el restaurante.

—Nate, que no se te olvide que Aitana es una mujer rica y dudo que quiera trabajar como cocinera —susurro con desdén, porque no me la imagino haciendo nada distinto de ser jefa de algo.

—Por preguntar que no quede —comenta sonriente sin darse por vencido.

—Haz lo que te dé la gana, pero luego no me vengas con lamentos cuando te haga un desplante de los suyos.

—Creo que tienes una versión distorsionada de ella. Las personas cambian, y han pasado muchos años para que sigas con ese tema, Logan. Ayer me lo pasé genial con ella, es muy simpática y divertida, no tiene nada que ver con cómo era de pequeña...

—Vamos a darle tiempo —sugiero mientras observo cómo mi amigo niega con la cabeza dándome por perdido, y aprovecho para terminarme el café—. Me voy al campo. Mantenme informado de cualquier cosa.

—Sí, claro.

\* \* \*

Miro al cielo azul mientras me quito el sudor de la frente con el antebrazo, llevo un rato trabajando aquí, en contacto con la naturaleza, sintiendo cómo mis músculos se cargan por el esfuerzo, por el cansancio y por el calor que comienza a atenazar esta parte del mundo. El verano está cada vez más cerca y eso equivale a tener más trabajo en el hotel y más visitas por mi parte para comprobar que todo se haga según mis deseos.

—¿Se han llevado las vacas? —pregunta Tyler bajando del tractor después de haber dejado el heno en los establos.

—Sí, al final hemos hecho otra buena venta —comento, y aprovecho para estirar los músculos. ¡Estoy agotado!

—Genial —dice apoyándose en el tractor mientras me mira, y sé, por su mirada, que tiene algo que decirme—. Antes de venir al campo he visto a tu padre y me ha dicho que se iba al médico.

—¿Y eso?

—Tenía revisión.

—Ah..., muy bien —susurro asintiendo conforme a esa información, aunque no entiendo por qué me lo dice en este momento. A veces Tyler da muchas vueltas a las cosas y me toca esperar hasta que llegue al meollo del asunto.

—Pero eso quiere decir que Aitana estará sola en tu casa.

—¿Y? —inquiero mirándolo fijamente, ya que no entiendo por qué tiene que ser importante esa información.

—Cody también sabe que estará sola.

—¿Y por qué sabe Cody eso?

—Porque esta mañana, cuando tu padre ha ido a dejar los dulces al hotel, se han visto y han hablado. Me lo ha contado él mismo...

—Pues bien.

—No lo entiendes, Logan —susurra Tyler exasperado porque comprenda lo que me está intentando decir, pero con tanta vuelta, ¡no sé a dónde quiere llegar!—. Anoche Cody no se cortó en demostrar que estaba interesado en Aitana.

—Ya, lo vi —farfullo mirando a mi alrededor, y no le cuento que yo mismo le advertí a Aitana de las intenciones de éste. Después, aunque no sé muy bien por qué lo hago, compruebo que mi todoterreno se encuentra cerca de las vaquerías, a unos metros de donde estamos y, en cambio, los caballos están a escasos pasos.

—Incluso le dijo que quería quedar con ella otro día y ambos sabemos cómo es Cody, no es de esperar pacientemente a que la chica decida llamar o aparecer...

—¡Joder! —protesto alzando la mirada al cielo al caer en lo que me quiere decir Tyler—. Llevo el móvil, cualquier cosa me llamas —informo mientras cojo un caballo y monto con destreza sobre él.

—¿Adónde vas?

—A asegurarme de que no hace ninguna tontería —contesto mientras espoleo al caballo y éste echa a correr en dirección a mi casa. Sólo espero encontrarla ahí y no tener que ir al pueblo a buscarla.

No hay mucha distancia, un par de kilómetros como mucho, pero se me hacen eternos, tanto que el caballo no da más de sí de lo veloz que corre. Es cierto que no es la primera vez que velo por la seguridad de Aitana, pues cuando ella pasaba las vacaciones aquí me colgaron la ardua tarea de cuidarla tanto a ella como a mi hermana, ya que soy el mayor y me movía, más o menos, por los mismos círculos, era la mejor opción para asegurarse de que no se metieran en problemas... Y supongo que estoy haciendo lo que debo hacer, al fin y al cabo, ella vive en mi casa. No puedo mirar hacia otro lado cuando sé qué intenciones tiene Cody con cualquier mujer que se le ponga delante.

Al ver su camioneta estacionada delante mi casa, obligo al caballo a que vaya más lento, maldiciendo por dentro que Tyler no se haya equivocado en sus conjeturas. Desde donde estoy no puedo ver nada, por eso sigo acercándome sintiendo que el corazón se me sale por la boca. No sé lo que me voy a encontrar ahí, ésa es la verdad, pero estoy preparado para lo peor.

—Podríamos quedar esta noche para cenar —oigo que dice la voz de Cody, y detengo el caballo en la parte trasera de la casa, donde me llegan las voces de los dos.

—A ver, Cody... —susurra ella con un tono de paciencia que me hace sonreír.

—Aitana, sé que estabas coladita por mí desde hace años y, ¡joder!, si hubiera sabido que te ibas a convertir en una mujer tan espectacular, te habría besado aquella noche cuando me lo

pediste.

—Que antes estuviera coladita por ti no significa que aún lo esté —suelta con dureza, y no puedo evitar erguirme con orgullo al oírla.

—Pero ahora estás aquí, podemos retomar algo que sé que deseabas...

—No he venido a Australia a acostarme contigo, a enamorarme de ti o a intentar tener algo, Cody. Ahora mismo no estoy en ese punto de mi vida, no necesito más follones, y te aseguro que tengo muchos a mis espaldas —confiesa, y no espero oír el matiz de pesar en su voz al hablar de eso, como si le doliese decir esas palabras, mientras comienzo a dirigir el caballo a la vista de ellos—. Además, me parece increíble que te hayas presentado aquí cuando no hay nadie en la casa —suelta y, joder, me siento orgulloso de su manera directa y decidida de hablar—. Dime, ¿es cierto que sigues casado y que no tienes intención de separarte?

—Por supuesto que no, ya te lo he dicho antes. Estoy divorciado, y no sé quién te habrá contado esa sandez, pero es totalmente falsa.

—Mira, aunque estés libre como un pajarillo, tengo que confesarte que no estoy interesada en salir ni contigo ni con nadie. Por tanto, creo que es mejor que te marches —añade con rotundidad, y tengo que reprimir una sonrisa de satisfacción al oír eso. Al verlos, uno delante del otro, ella encarándose a él y Cody mirándola de una manera tan cuestionable, me entran ganas de pegarle una paliza.

—Aitana —dice él mientras se le acerca, recorriéndole con la mirada su atuendo: un vestidito de tirantes rosa muy corto que envuelve su menudo y sugerente cuerpo como si fuera un irresistible dulce, todo ello ajeno a que estoy cerca—, si quieres...

—Buenas —suelto con brusquedad interrumpiendo su acercamiento y haciendo que Aitana, al verme, tenga que alzar todavía más la cabeza para poder observarme montado encima de este caballo negro.

—Logan —susurra Cody dando un paso atrás y observando dónde se encuentra su coche, justo en la entrada de la casa. Siempre ha sido un cobarde, y no me extraña en absoluto que haya buscado su vía de escape al ver que estoy aquí.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunta Aitana con altivez y, joder, tengo que reprimir una carcajada. ¿Por qué me gustará tanto verla así: valiente, descarada, distinta...?

—He venido a por agua —miento con soltura.

—Yo me iba ya... —señala Cody mostrándole una amplia sonrisa. Ella desvía su mirada de mí para dirigirla a ese desecho que fue mi amigo—. Ya sabes dónde puedes encontrarme, Aitana, estaré esperando ansioso tu llegada...

—Adiós —espetea ella con rotundidad.

—Hasta pronto —indica Cody mientras le guiña un ojo y se vuelve a poner las gafas de sol para dirigirse a su coche sin ni siquiera saludarme, algo normal, pues llevamos muchos años sin ser amigos...

—¿Qué haces ahí parado? ¿No me has dicho que venías a por agua? —pregunta Aitana

mientras se mete en la casa y se dirige con paso acelerado a la cocina.

—¿Qué hacía aquí Cody? —inquiero ignorando sus palabras después de haberme bajado del caballo con un movimiento preciso y seguro y seguirla al interior, asegurándome antes de que mi examigo se ha alejado ya de mi propiedad con su coche.

—Yo qué sé —contesta mientras remueve con una cuchara el caldo que hay en una olla al fuego. El aroma me hace rugir el estómago. Mi padre tiene razón, esta mujer cocina como los ángeles.

—Eso no es una respuesta.

—¿Y qué pretendes que te diga, Logan? Al fin y al cabo, tú crearás lo que te dé la gana, ¿no? Soy una ricachona sin corazón, una niñita de papá y mamá acostumbrada a todo, a jugar a mi antojo con las personas, ¿verdad? —suelta con garra dando un paso hacia mí, y me quedo mirando sus iris azules, que se encuentran ensombrecidos por algo a lo que no sé poner nombre.

No digo nada, sólo observo cómo sus pensamientos pasan a una velocidad acelerada por su mente y, sin pensarlo, mi mano se dirige hacia un mechón de su pelo que se encuentra en mitad de su rostro. Aitana abre todavía más los ojos al sentir el sutil roce que le he dado sin darme cuenta, creándose una necesidad de volver a acariciarla, de sentirla de verdad, porque sólo he podido rozar su suave cabello. Envuelvo su rostro con la mano y ella levanta todavía más la cabeza, noto su respiración pesada haciéndome cosquillas en el mentón, y de repente su delicada mano se posa en mi pecho, haciendo real todo esto. Su tacto, su mirada, su calidez...

—Sólo te digo lo que veo, Aitana —susurro, y oigo cómo mi voz suena ronca, sin moverme ni un milímetro de donde estoy, teniendo muy cerca el atlético cuerpo de esta mujer que no esconde su mirada.

—¿Ves, Logan? Simplemente aceptas algo que ni siquiera has contrastado, dándolo por hecho, como si fuera una verdad universal. Los que tienen dinero, estatus y contactos son mis padres, ¡yo no! —tercia con seriedad y arrojo—. Sólo tengo unos ahorros en mi cuenta, y la única cosa que quería... —susurra negando con la cabeza deteniendo su explicación, y algo me lleva a buscar la verdad en su mirada—. Qué más da ahora.

—Continúa.

—Tengo que seguir... —me dice volviéndose para deshacer el contacto, para después bajar el fuego y tapar la olla.

—Aitana —la llamo antes de que salga de la cocina—. ¿Por qué te escondes en el silencio?

—Porque a veces es absurdo hablar de algo que no tiene solución con una persona que sólo ve lo que quiere ver —contesta saliendo de aquí y dejándome todavía más contrariado, por sus palabras y, sobre todo, por la necesidad imperiosa que he sentido de tocarla...

## Aitana

Cocinar siempre me ha ayudado a relajarme, a pensar con claridad, aunque en estos momentos la frustración se niega a abandonarme y la rabia se me agolpa en la garganta. Comienzo a cortar cebolla, zanahoria, para después pocharlas en una sartén, obligándome a no pensar y centrándome en esas sencillas acciones: limpiar, cortar, sofreír... Preparo un estofado de carne, una gran ensalada e incluso una tartaleta de frutas que refrigero para postre. Pero lo peor no es saber que estoy cabreada —¡y mucho!—, sino no comprender qué es lo que más me ha puesto de mal humor...

Cody aprovechó que sabía que no habría nadie en la casa para acercarse hasta aquí e intentar ligar conmigo, de una manera tan obvia y obscena que incluso me dio grima, tanta que sentí pena por mi yo adolescente al darme cuenta de cómo es en realidad ese hombre que me gustaba en el pasado, hasta el punto de empecinarme por un beso suyo... Para que después, casi solapándose una cosa con la otra, apareciera delante de mis narices la última persona que esperaba ver aquí a esas horas: Logan, en su versión más masculina y atrayente, montado en un precioso caballo negro, tan imponente, tan inalcanzable como si quisiera recordarme que él no es un simple mortal, sino el dueño de cada suspiro, de cada mirada, de cada corazón de esta zona de Australia, porque él simplemente ha nacido para destacar, para hechizar a cualquier fémica y ser envidiado por cada hombre. Pero lo peor no fue verlo así, sino que Logan sacó a colación el dichoso tema del estatus de mi familia, recriminándome ese hecho. ¡Cómo si yo tuviera la culpa de que mi familia sea rica! Resoplo frustrada mientras sigo cocinando, salado o dulce, ¡qué más da!, la cuestión es que no puedo quedarme quieta, no puedo permitirme el lujo de reflexionar sobre lo que ha pasado hace unos momentos con Logan, con ese hombre que parece disfrutar sacándome de mis casillas, provocándome, llevándome al límite de la cordura, pero ¿con qué fin? Aún persiste el cosquilleo donde él me ha acariciado, con tanta delicadeza que incluso he dudado por un segundo que fuera realmente él y no alguien que hubiera suplantado su imponente físico. Hemos estado tan cerca, ha sido tan extraña la situación: uno enfrente del otro, apoyando nuestras manos en el otro y sin dejar de mirarnos un segundo a los ojos, que parece algo que no es. Porque lo que tengo claro es que Logan jamás se sentirá atraído por mí, como yo jamás me sentiré atraída por él. Es un hecho constatado, aunque tenga esta zona de mi rostro hipersensibilizada, como si de repente hubiese

pasado de no sentir nada a sentirlo todo de una manera enloquecedora, tan brillante y fuerte que incluso me sorprende.

—Madre mía, Aitana, ¿va a venir todo Berry a almorzar y no nos hemos enterado? —pregunta William entrando en la cocina y obligándome a salir de mis pensamientos.

—Estaba aburrida... —susurro mostrándole una sonrisa para tratar de suavizar mi gesto alterado—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Pues que necesito comer más comida de esta rica que preparas para ponerme todavía más fuerte —indica sonriente.

—Entonces, el estofado de ternera que he hecho te va a venir de maravilla. Además, le he echado huevo duro —informo haciendo que asienta conforme.

—Estoy deseando probarlo —comenta con una sonrisa sentándose delante de la mesa mientras observa cómo me muevo por la cocina terminando de preparar la comida—. He pasado por el hotel antes de venir y me ha dicho Nate que tus postres han triunfado.

—¿En serio? —pregunto visiblemente emocionada. Pues pensé que nadie los probaría siquiera...

—Claro, bonita. Me ha preguntado que si podrías hacer alguno más, incluso te ofrece la cocina del restaurante para ello.

—Vaya... Es un honor para mí, pero no soy cocinera profesional.

—Te aseguro, Aitana, que quien prueba tus dulces no se hace esa pregunta. Sólo se preocupan de si les gusta o no. ¡Piénsalo! De momento puedes prepararlos aquí si te resulta más cómodo.

—Lo pensaré —digo con una sonrisa, aunque saber que hay gente a la que le gustan mis dulces me hace sentirme bien.

\* \* \*

No he vuelto a ver a Logan durante todo el día. Simplemente llamó a su padre para comentarle que no lo esperaríamos ni para comer ni para cenar, algo que no sorprendió ni a William ni a Tyler —que sí vino a almorzar—, parece que es una práctica normal en él...

—Esta noche iré a acostarme antes —anuncia William levantándose de la mesa después de cenar y de una buena conversación.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí... Sólo estoy cansado —susurra encogiéndose de hombros—. Nos vemos mañana, bonita —se despide para después salir de la cocina dejándome sola.

Cuando termino de limpiar, me dirijo a mi habitación. Sé que debo hacerlo, que tengo la obligación como persona adulta de dar señales de vida, seguramente mi teléfono móvil tendrá cientos de llamadas y mensajes preguntándome dónde me encuentro. Por eso, abro la maleta, saco el móvil y lo enciendo. Espero unos minutos, los suficientes para que se conecte a la red de Australia, y observo cómo entran varios mensajes y unas pocas llamadas perdidas. Abro el

primero, es un mensaje de mi padre, que me envió al día siguiente de marcharme de allí, y lo leo aguantando la respiración, esperándome cualquier barbaridad:

¿Dónde has guardado el proyecto del señor Monteolivo?

Parpadeo indignada para después abrir el último mensaje de mi padre —ya que los demás que he recibido son de personas relacionadas con el trabajo—, enviado pocas horas después del primero:

No hace falta que contestes. Ya lo hemos encontrado...

Ya está. Ni una sola pregunta. Ni un solo mensaje para saber dónde me encuentro y por qué me he marchado. ¡Cero! Únicamente me reprocha que no le haya contestado para que supiera dónde había dejado ese proyecto, sin preocuparse de si estaba bien o no, sin interesarse por si mi desaparición había sido voluntaria o coaccionada. Nada.

Alicaída y consciente, ¡al fin!, de que no significo nada para mis padres, apago de nuevo el dispositivo y lo guardo en el mismo sitio, para después ducharme, ponerme ropa cómoda y, sin ganas de irme a dormir, salir al jardín, donde, colgados de unos árboles, hay dos columpios, los mismos que instaló William hace tantísimos años para que sus hijos jugaran y donde pasé horas hablando con Caitlin en el pasado... Me siento en uno y me mezo mientras contemplo la quietud de esta templada noche, escuchando a los grillos que me envuelven con su canto, y las estrellas me cubren como un manto.

Al rato, no sé muy bien cuánto tiempo llevo aquí, observo el todoterreno de Logan entrar en la propiedad y estacionar cerca. Incluso su coche es igual de imponente que él, un deslumbrante Toyota Hilux de color azul brillante, algo que me hace sonreír. Baja del vehículo y se acerca a la casa con paso lento, percatándose de que estoy aquí...

—Al fin apareces, ya temía que te hubieran abducido los extraterrestres —suelto haciendo que él niegue con la cabeza, dejándome ver una preciosa sonrisa.

—¿Tanto me has echado de menos? —me pregunta haciéndome reír a carcajadas.

¿Cómo es posible que este hombre me haga sonreír de verdad? Llevo todo el día rara, desanimada, y ha sido oírlo unir dos frases y no poder contener una sonrisa.

—Ya sabes que no puedo vivir sin que me incordien.

—Un placer poder ayudarte.

—Sí, claro —chasqueo la lengua sin llegar a crearme esa afirmación.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Pensar, o intentar no hacerlo.

—¿Y eso cómo se hace?

—Cuando lo averigüe te lo digo —añado, y lo veo sonreír al tiempo que se sienta a mi lado, en el otro columpio, para después balancearse con suavidad mientras observa el cielo estrellado—.



¿Por qué llevas tatuadas unas estrellas? —pregunto sin pensar previamente, simplemente dejando en libertad esta curiosidad que llevo arrastrando desde que lo vi salir de la piscina.

—Vaya, sí que te has fijado, pillina —tercia con guasa, haciéndome sonreír.

—Eso no es una respuesta —indico imitándolo, algo que le divierte.

—Si te lo cuento te reirás, se lo contarás a todo el mundo y perderé credibilidad y respeto. Como entenderás, no puedo arriesgarme a tanto...

—Bah —protesto con dejadez—. ¡Qué exagerado que eres! Seguro que las elegiste por una excusa de machote o, incluso, por una apuesta...

—Luego te quejas del concepto que tengo de ti, pero tú también haces lo mismo conmigo —comenta, y tengo que asentir a sus palabras, pues tiene razón. Siempre lo he visto como el típico machito, como un chico arrogante, vanidoso e insolente, algo que ha reafirmado con su manera de comportarse conmigo antes y ahora—. Dime qué haces aquí.

—Ya te lo he dicho, estoy pensando o intentando no hacerlo.

—No me has entendido. ¿Qué haces en Berry, alejada de todo el glamur y el poderío que debe de ser tu vida?

—Supongo que huir de todo eso que has nombrado... —susurro haciendo que me mire con curiosidad.

—¿Nadie sabe que estás aquí?

—Lo triste es que a nadie le interesa —farfullo con pesar mientras me levanto del columpio para marcharme, pero siento cómo Logan me coge de la mano deteniéndome de golpe.

—Cuéntame la verdad, Aitana, quiero... quiero comprenderte —comenta, y sé que debería prestar atención a esa urgencia en su voz, como si de verdad quisiera entenderme, pero me quedo mirando mi mano entrelazada con la suya, llenándome de sensaciones, tantas que se amontonan en mi mente, en mi cuerpo, recorriéndolo por completo, de arriba abajo. Haciéndome sentir viva—. Quiero entender por qué has vuelto precisamente ahora, tan cambiada, tan distinta de como eras...

Me encojo de hombros mientras doy un paso hasta él, notando cómo todo mi ser se expande ante su proximidad, cómo vibra, cómo se sacude simplemente percibiendo su calor, su mirada... La tenue luz de la luna se cuela por la copa del árbol y las luces de fuera de la casa crean un entorno mágico, donde la banda sonora son nuestras respiraciones y los grillos cantando entre la vegetación.

—Sinceramente, Logan, no tengo respuesta para eso. No sé por qué he vuelto, pero he seguido, por una vez en mi vida, mi instinto, que me arrastraba hasta aquí. Supongo que es el único lugar donde he sido feliz alguna vez, donde tengo bonitos recuerdos, donde aún puedo recordar a mi abuelo, aunque no pueda visitar su casa... —susurro quedamente agachando la vista, pero su cálida mano me levanta la barbilla para que siga mirándolo a los ojos.

Aquí solos, simplemente mirándonos, con su mano todavía en mi rostro, sintiendo su calidez, sin poder desviar la mirada de sus preciosos ojos, tengo la sensación de que se ha parado el tiempo. Ninguno de los dos se mueve, como si no pudiéramos o no quisiéramos hacerlo, y me

embriago de ese momento tan difícil de explicar, oyendo cómo nuestras respiraciones comienzan a ser cada vez más pesadas, cómo la piel se me eriza, cómo algo —una especie de fuerza colosal— me empuja hacia él, algo irracional, algo primitivo, algo que jamás he sentido antes.

—¿Por qué no has venido antes? —pregunta, y tengo que tragar con dificultad el cúmulo de sensaciones que se amontonan en mi ser.

—Porque creía que podía vivir sin sentir... —confieso con un hilo de voz, desnudando una verdad que me hace sentir débil y observando cómo él aprieta la mandíbula. Sé que es un gesto que hace mucho, y no sé si se debe a que no le ha gustado oír mi confesión o a otra cosa—. Estoy cansada —susurro dando un paso atrás, obligándome a deshacer cualquier tipo de contacto con él. Ha conseguido que hable más de la cuenta, admitiendo parte de lo que me preocupa—, me voy a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, Aitana...

\* \* \*

Sigo durmiendo mal y descanso cada vez peor, y ya da igual a la hora que me acueste o lo mucho que trabaje, pues parece que mi cuerpo se ha acostumbrado a ver cómo amanece. Esta mañana no tengo ganas de hacer yoga, ni siquiera me pongo ropa de deporte, opto por unos pantalones cortos azules y una camiseta de tirantes negra, unas sandalias, y salgo en dirección a la cocina. ¡Necesito un litro de café por lo menos!

—Buenos días —oigo a mi espalda mientras observo por la ventana cómo cambia el color del cielo con la taza de café en las manos.

—Buenos días —susurro volviéndome para ver a Logan aparecer con unos pantalones cortos y una camiseta verde militar.

Resoplo frustrada, seguramente tendré un aspecto horrible. Entre las ojeras, que ya ni siquiera intento ocultar con corrector —desde que he llegado a la granja me he maquillado sólo para salir aquella noche con Tyler al bar—, el cabello suelto y el tono de piel ceniza, estoy para que cualquiera salga corriendo nada más posar su mirada en mí; en cambio, Logan está para hacerle un monumento, uno grande y esplendoroso como es él. ¿Por qué debe ser tan injustamente guapo? ¿Y por qué tiene que verme tan desmadrada, tan perdida y tan poco yo?

—¿Hoy no te estiras como los gatos?

—No..., hoy lo hago como los perros —contesto con guasa mientras le doy un trago al café y me percato de cómo él también se sirve uno disimulando una sonrisa—. ¿No sales a nadar?

—No —dice sin mirarme a los ojos, concentrado en echarse azúcar y buscar algo para acompañar—. ¿Ya no queda bizcocho o esa cosa con frutas?

—No —contesto observando su gesto de desilusión—. ¿Es que acaso por una extraña razón te gusta mi bizcocho y mi tartaleta de frutas? —pregunto sintiendo un regodeo al ver que Logan Walsh está buscando los dulces que he preparado.

—No contestaré sin que esté mi abogado delante —replica con tanta seriedad que no puedo evitar echarme reír a carcajadas. ¡¡Qué bien me siento al hacerlo!! Es como si mi ser se expandiese, como si la luz brillase más, como si el peso que llevo en mi interior fuese más liviano y los colores fuesen incluso más nítidos...

—Confíesalo, Logan, no pasa nada. Sé lo que provocan las comidas que hago —susurro como si nada mientras le doy otro sorbo al café sin quitarle la mirada de encima.

—¿En serio? —pregunta deslizando sus ojos ligeramente oscurecidos hacia mí mientras enarca una ceja de manera arrogante. Y tengo que maldecir por dentro al darme cuenta del doble sentido de la frase que he dicho; es lo que tiene no dormir bien, que hablo sin ser consciente de mis palabras...

—¡Eres un cerdo! —exclamo, y él me responde mostrándome una sonrisa tentadora que me obliga a reprimir una sonrisa. ¿Qué hace para que no pueda parar de sonreír, aunque quiera?

—¿Yo? Eres tú la que alardea de hacer buenas comidas —indica mientras se encoge de hombros acercándose a mí con su taza de café en la mano.

Guapo, atractivo, arrogante, obstinado, con tatuajes y un canalla de manual, ¡así es Logan Walsh, señores!

—Iba a hacer un bizcocho y ahora te vas a quedar con las ganas —comento con altanería haciéndolo sonreír.

—Siempre puedo comer los dulces que llevan a mi restaurante.

—Eres un tramposo.

—No, soy un hombre de recursos —tercia mientras me muestra una de sus mejores sonrisas gamberras. ¡Este hombre es un peligro público!

—Yo también los tengo, no lo olvides, Logan...

—¿A qué te refieres?

—Si te lo dijera, perdería su gracia —digo enarcando una ceja mientras me muerdo el labio inferior, atrayendo su mirada justo en ese lugar que mordisqueo. De repente su semblante cambia y se vuelve más serio, más intenso, tanto que incluso parece que el reloj se ralentiza y puedo oír a la perfección a mi corazón retumbando por todo mi ser.

—No juegues con fuego, Aitana —susurra con voz ronca dando un paso hacia mí. ¡Joder, qué alto es!

—¿Por qué? —pregunto altanera alzando la cabeza para mirarlo bien y enfrentarme a esos ojos tan llamativos como únicos.

—Porque puedes acabar quemada —contesta muy bajito agachándose para ponerse a mi altura, tan desquiciantemente cerca que puedo rozar, si quiero, mi boca con la de él...

—A ver si el que acaba ardiendo eres tú, señor ego inflado —comento haciéndolo reír, y siento su cálido aliento acariciándome el rostro.

—Lo dudo... Aunque has cambiado, sigues sin atraerme lo más mínimo.

—¿Y quién te ha dicho que eso sea importante para conseguir mi fin? —pregunto muy bajito,

casi en un susurro.

—¿Y cuál es ese fin, Aitana? —quiere saber, y utiliza un hilo de voz tan sensual y erótico mientras me mira mis labios entreabiertos muy cerca de él, a tan sólo unos centímetros de su tentadora boca, que sé, sin lugar a dudas, que cualquier mujer en mi situación saltaría a sus brazos para comerle la boca. Algo que, por supuestísimo, no hago, aunque le sigo el juego.

—¡Qué pronto os habéis levantado, jovenzuelos! —oímos entonces a nuestras espaldas, y nos erguimos casi a la vez, deshaciendo el contacto y cualquier indicio de lo que estuviéramos haciendo. Me alejo de Logan casi con prisa y veo a William entrando en la cocina con una sonrisa siempre preparada para saludarnos.

—Ahora mismo te preparo el café, William —le digo mostrándole una amplia sonrisa que no le haga intuir lo que estábamos haciendo su hijo y yo. Un juego bastante peligroso, lo sé, pero si ninguno de los dos se siente atraído por el otro, tampoco hay de qué preocuparse, ¿verdad?

—Ay, bonita, ¿cuándo vas a hacer otro delicioso bizcocho? Ayer me terminé el último trozo y lo hice con pesar porque ya no quedaba más.

—Hoy mismo te hago uno para ti solo —puntualizo, y dirijo la mirada a Logan, que sonrío mientras se sienta al lado de su padre.

—Menuda suerte tenemos de tener a Aitana en casa, ¿verdad? —pregunta William mirando a su hijo, que se queda con la taza a medio camino de sus labios.

—Muchísima —rezonga con sarcasmo, algo que me hace sacarle la lengua con burla cuando veo que William está pendiente del café que le acabo de poner delante y no de mí.

Logan se echa a reír a carcajadas y tengo que morderme el interior de las mejillas para no hacer lo mismo. William nos mira con cariño mientras asiente y se toma el café sin añadir nada más, aunque puedo vislumbrar una sonrisa que oculta tras su taza.

—Pero más suerte tienes de que esté llevando los dulces que hace a tu restaurante. Que sepas, bonita, que todos hablan de tu destreza ante los fogones.

—¡Ay, qué bien! —susurro con ilusión. Lo cierto es que no me acostumbro a saber que mis dulces o todo lo que preparo guste tanto.

—Si es que vales mucho, Aitanita —indica William—. Y miedo me da cuando se den cuenta de que, además de ser una buena cocinera y una mujer muy guapa, eres un amor de persona. ¡Ya verás, bonita! Dentro de poco te saldrán pretendientes hasta de debajo de las piedras —comenta haciendo que ría, pues me temo que, aunque salgan candidatos, yo misma los descartaré sin darme opción a nada más. No valgo para el amor, ¿qué le voy a hacer?—. ¿A que tengo razón, hijo mío?

—Aitana no ha venido a buscar novio —afirma, y tengo que levantar la mirada de la masa de bizcocho que estoy haciendo para asentir conforme.

—¡Exacto! —exclamo mostrando una radiante sonrisa y percatándome de que los dos me miran mientras se toman el café.

## Logan

Observo el cielo azul, para después dejar salir el aire con frustración al percatarme de que todavía no es la hora de almorzar. Este malestar de ver que las horas pasan con lentitud no se debe, precisamente, a que tenga hambre, sino más bien a que quiero llegar a mi casa, algo que llevo demasiado tiempo sin sentir. Tengo que ser justo conmigo mismo y no engañarme al pensar que este repentino interés no se debe a la deliciosa comida que Aitana prepara, sino más bien a tenerla delante, a intentar descifrarla, arañando retales de verdad con nuestras enigmáticas conversaciones, con este juego que nos traemos entre manos, este que no sé muy bien cómo ha comenzado, pero que tampoco quiero, ni puedo, frenar porque, gracias a él, voy descubriendo pequeñas pinceladas de la verdadera Aitana, esa que cada día sonríe más, esa que cada día se vuelve más descarada y más fuerte a mis ojos, creciéndose, deslumbrándome con su manera de ser, con su manera de mirarme, con su cercanía...

—¿Qué tal el día? —oigo a mis espaldas, y al volverme veo a mi padre caminar con tranquilidad.

—Como siempre —susurro observando que no viene nadie detrás—. ¿Y Aitana?

—En casa, haciendo una tarta de chocolate y otra de queso —contesta encogiéndose de hombros—. Esa muchacha ha nacido para deleitarnos con sus platos y aún no se ha dado cuenta —comenta con una sonrisa, y tengo que darle la razón aunque sea en silencio. Creo que Aitana no sabe que, en efecto, ha nacido para cocinar.

—Sí... —murmuro tratando de centrarme en el trabajo, algo que llevo probando desde que he llegado, con el mismo resultado: frustrado por ver que las manecillas del reloj no avanzan para volver a la granja.

—Deberías animarla a que vaya a tu restaurante. Creo que sentirse útil, saber que puede hacer algo que le gusta, le vendrá bien...

—A Aitana no le hace falta trabajar —farfullo ya sin sentir esas palabras, pues empiezo a cuestionarme cada cosa que hace ella como algo tan novedoso como extraño.

—El dinero no lo es todo, hijo, y me temo que nuestra Aitana nunca se ha sentido realmente valorada. ¿Has visto cómo se le ilumina la mirada cuando sabe que nos gustan sus platos o cuando le digo que sus dulces han desaparecido en el restaurante?

—No me he dado cuenta... —contesto intentando no mirar a mi padre a los ojos para que no se percate de que le estoy mintiendo descaradamente. ¡Por supuesto que me he fijado en eso! Como también me he percatado del modo en que le cambia el semblante al hablar de su abuelo y de la casa de éste.

—Ya... —susurra mirando al horizonte—. Voy a coger fruta y hablo con los chicos un rato —informa, y asiento conforme. Después da media vuelta y se aleja de mí.

Me quedo mirando a mi padre caminar con tranquilidad por nuestras tierras mientras sus palabras se graban a fuego en mi mente. ¿Es posible que el dinero no lo sea todo y que ella necesite sentirse realizada y valorada?

Dejo el hacha clavada en el tronco, ensillo a mi caballo preferido y lo monto mientras salgo de aquí con premura, sin pararme a pensar en lo que estoy a punto de hacer, simplemente queriendo saber qué le pasa en realidad a Aitana por esa cabecita suya.

Al llegar, la veo barriendo el porche con un bonito vestido azul que le favorece tanto que debo coger con fuerza las riendas para que no se note cómo me afecta tenerla delante, en una actitud tan alejada de su realidad como si ella hubiese nacido en la familia equivocada, como si su lugar fuera éste y no la gran ciudad rodeada de lujos... En ese momento, alza la mirada y no puede ocultar el asombro de verme a caballo.

—¿Vienes a por agua? —pregunta altanera mientras se apoya en el palo de la escoba, haciendo que sonría. Aún no entiendo la razón, pero me encanta verla así de desafiante, como si estuviera esperando para batallar conmigo.

—No —respondo con tranquilidad, y la veo fruncir ligeramente el ceño sin entender qué hago aquí tan pronto—. ¿Tienes algo en el horno o en el fuego?

—No, aún no... —contesta sin disimular que le sorprenden estas cuestiones.

—Vamos —apremio mientras le tiendo la mano.

Ella me mira como si estuviese loco y, si me paro a pensarlo, tal vez lo esté un poco. Pero necesito saber, arrancarle retales de información, averiguar la verdad y saber quién es la verdadera Aitana, esta que no puedo quitarme de la cabeza ni cuando estoy trabajando, algo insólito en mí, y sospecho que se debe a que aún no sé la verdadera razón por la que ha vuelto.

—¿Adónde?

—Quiero enseñarte algo.

—No llevo la mejor ropa para montar a caballo —comenta levantando unos centímetros el bajo de su vestido de vuelo, dejándome ver sus blancos muslos y provocando que tenga que apretar con más fuerza las riendas...

—¿Vas sin bragas? —suelto de golpe, y Aitana abre tanto los ojos que incluso puedo diferenciar las distintas vetas azules que cruzan sus increíbles iris.

—¿Y tú, debajo de esa cabeza dura como la piedra, tienes cerebro? —me reprende, y tengo que reírme divertido por su contestación. ¡¡Me encanta cuando me sorprende con su afilada lengua!!

—Hace mucho calor para ir caminando hasta la casa de tu abuelo —anuncio como si nada,

llamando su atención.

—¿A casa de mi abuelo? —pregunta con un matiz de emoción en su voz que me gusta oír para después fruncir el ceño y girar la escoba entre las manos—. Pero... ahora no es mía —susurra, y juro que puedo notar el dolor que oculta su melodiosa voz.

—Lo sé, pero conozco al dueño y nos deja entrar. O... ¿acaso tienes miedo? —suelto a sabiendas de que esa pregunta me ayudará a salirme con la mía.

—¿De subirme contigo en el caballo? ¡Por supuesto que no! —exclama con esa garra y esa fuerza que me encanta ver en ella.

—Pues entonces deja de hablar y sube, Aitana. No tengo todo el día, algunos trabajamos, ¿sabes? —susurro mientras le tiendo la mano para ayudarla a montar.

Observo la duda recorrer su mente mientras se mordisquee ligeramente el labio inferior, para después mirarme a mí y luego la casa. Estoy a punto de darme por vencido, parece que me he equivocado en mis conjeturas, pero de repente deja la escoba a un lado, cierra la puerta y se acerca a mí.

—¿Te han dicho alguna vez que no sabes tratar a las señoritas como es debido? —dice insolente, y le muestro una divertida sonrisa al ver que me he salido con la mía.

—Ninguna mujer se me ha quejado antes.

—Seré la primera —puntualiza mientras alza la mano para cogerme.

Juro que iba a contestarle simplemente para meterme con ella, incluso ya tenía preparada en la punta de la lengua una contestación mordaz que me llevaría a decirle algún atrevimiento de las mías, pero todo se queda en el aire al no esperarme sentir esta corriente al entrelazar mi mano con la de Aitana, ni tampoco notar cómo mi cuerpo comienza a arder al sentirla detrás de mí, acoplada a mi espalda, con sus piernas desnudas en contacto con las mías, mientras ella, con pudor o respeto —no sé muy bien cómo piensa esa cabecita tan desquiciante—, apoya las manos en mi cintura con delicadeza, casi rozándome, como si tuviera miedo de cogerme con fuerza o de tocarme.

Tengo que tragar saliva varias veces y parpadear otras cuantas más para dar la orden al caballo para que comience a caminar, todo ello sin olvidarme de respirar y mantener una tranquilidad y un control que en estos momentos no siento, y no entiendo por qué. No es la primera vez que llevo una mujer detrás cuando cabalgo, sé lo que se siente al tener un cuerpo femenino tan pegado a mi espalda, pero notarla a ella me sorprende tanto que me desbarajusta todos mis esquemas y me frustra a partes iguales. ¿Por qué no me coge con más fuerza como las otras mujeres? ¿Por qué no aprovecha para abrazarme y pegarse más a mi cuerpo? ¿Por qué deseo tanto que haga todo eso? Sacudo con firmeza las riendas del caballo para que galope más rápido y, ¡al final!, consigo sentir su fuerte agarre, notar sus delicadas manos alrededor de mi cintura, sentir su pequeño cuerpo meciéndose al mismo ritmo que yo, arriba, abajo, frotándose, chocando contra mi espalda, acelerado, cada vez más rápido, cada vez más cerca, formando un solo ritmo frenético.

Me sacude con tanta claridad este momento que no logro comprenderlo, sólo noto cómo todo

mi ser vibra con cada roce, cómo mi cuerpo anhela más de ella, cómo todo lo que había pensado de Aitana carece ahora de importancia, porque lo único que tengo en la mente es su cuerpo, su calidez y suavidad, sus ojos azules, sus labios rosados, su nariz respingona, su aliento entrecortado... Niego con la cabeza mientras aprieto con fuerza los dientes, obligándome a no permitir que esta mujer acostumbrada a tener todo cuanto quiere me excite, me atraiga sin remedio. Es un cuerpo bonito, es verdad, pero nada que no pueda encontrar en otra. Detengo el caballo en la entrada de la casa de madera y me vuelvo con seriedad para observar cómo Aitana se percata de que ya hemos llegado a nuestro destino, iluminándosele la mirada, sonrosándosele las mejillas y deslizando sus rosados labios en una sonrisa sincera, de las de verdad, no de esas vacías que muestra con tanta tranquilidad. Es tan bonita, tan delicada y genuina que duele. Deshago el contacto visual bajando del caballo con destreza, para después, desde el suelo, ayudarla a bajar.

—Es para hoy, Aitana, dame la mano —digo con sequedad, para ver cómo ésta hace lo que le he pedido mientras me mira de malos modos, algo que me he ganado a pulso con esa frasecita y sobre todo con mi tono afilado, pero lo prefiero. ¡No puedo dejar que *esto*, lo que acabo de sentir, se desboque!

Intento con todas mis fuerzas no mirar, pero la carne es débil y no puedo evitar observar cómo el vestido se le ha subido por los muslos, pudiendo contemplarlos a mi antojo, torturándome al imaginarme cómo serán al tacto, seguro que es como acariciar seda o satén, tan suave..., para después, casi a la vez, recriminarme al pensar semejante disparate. Me centro en sus movimientos, en cómo apoya con timidez una mano en mi hombro y cómo, al final, nuestros cuerpos se juntan, se acoplan, en un movimiento rápido. Joder, es tan pequeña, pero a la vez tan grande, es tan delicada pero fuerte que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no acariciarle el rostro, por no alzárselo y embeberme de esos ojos azules que me llaman como un cántico de sirenas. Sin embargo, me separo de ella con un movimiento brusco para centrarme en atar al caballo a un enorme eucalipto que hay en la entrada, donde se ve un envejecido columpio que colgó el viejo Lachlan Corbyn para su nieta. Al girarme la veo, mordiéndose el labio inferior, intentando frenar sus emociones —algo que me resulta curioso, nunca he conocido a alguien que lo haga con tanto empeño—, mientras observa la casa por fuera, recomponiéndose el vestido, recordándose cómo me he sentido al notar su cuerpo, su tacto y, sobre todo, su falta de contacto...

La miro un segundo y después, sin darle tiempo a que hable, le abro la puerta de la casa y le hago una señal bastante hosca para que entre. No puedo dejar de mirarla, aunque quiera, y me sorprende al darme cuenta de que, sin hablar, con cada movimiento que hace Aitana de manera imperceptible, sé todo lo que está experimentando al volver a pisar de nuevo esta casa, mientras me recrimino haberme sentido atraído por ella, por la mejor amiga de mi hermana, por esta chica que lo tiene todo y, aun así, parece perdida y triste...

Entro detrás de ella mientras me percato de cómo observa en silencio el gran deterioro de este lugar: el polvo y los insectos campan a sus anchas, la madera cruje a medida que avanzamos y los



cristales se ven mugrientos... Aitana se acerca al mueble del salón y coge una foto en la que se ve a su abuelo y a ella abrazados. Limpia el cristal con la mano y sonríe con melancolía sin poder dejar de mirar la tierna instantánea.

—Tu abuelo te quería muchísimo —susurro inconscientemente mientras me acerco a ella para observar aquella fotografía de cuando era una tímida niña.

—Y yo a él.

—El primer año que no volviste lo pasó muy mal, no paraba de hablar de ti, de lo preocupado que estaba al no saber si te trataban como merecías, si estabas bien... —confieso, y me mira con curiosidad.

—Aunque lo llamaba por teléfono casi a diario, nunca me comentó nada... Supongo que él sabía que mis padres no me dejaban volver y..., bueno, murió antes de que cumpliera la mayoría de edad y no pude cumplir mi palabra de regresar para estar unos días con él... —comenta paseando la mirada repleta de tristeza por cada rincón de esta casa—. ¿Quién compró la casa?

—No lo conoces.

—Lo imagino... Es una pena que la tenga así —dice observando la dejadez de cada rincón.

—Está esperando saber qué hacer con ella...

—Claro —susurra mientras entra en la habitación que ocupó de pequeña, donde todo se encuentra conforme lo dejó hace trece años, y desliza sus dedos por las superficies polvorientas sin poder contener una sonrisa lánguida—. Gracias por traerme hasta aquí, Logan —me dice mirándome a los ojos unos segundos para después coger un marco donde se ve a unas adolescentes Caitlin y Aitana abrazadas mientras sonríen a la cámara, a mí, pues esa foto se la hice yo, pero me guardo esa información al percibir su enorme tristeza—. A veces pienso qué habría sido de mí si me hubiese quedado aquí —confiesa, y me la quedo mirando todavía con más atención, pues me coge por sorpresa esa afirmación.

—¿Tú querías quedarte aquí?

—Me habría encantado —contesta dejando el marco para coger otro donde se las ve en la playa, con unos años menos, repletas de arena mientras sonríen a la cámara—. Cuando mi abuelo murió, algo en mí se marchitó con él... Recuerdo aquel día como si fuese ayer, cuando mi madre me contó que había muerto, cómo nos subimos al jet privado de mi padre y vinimos hasta aquí. No paré de llorar y maldecir en todo momento, era como si me arrancaran algo de mi pecho de cuajo, como si supiera que a partir de ese momento nada podría ser igual, que nada iba ser igual... Recuerdo las palabras afiladas de mis padres al recriminarme mis sentimientos, la impotencia de dejar de llorar, el dolor que sentía en el pecho, el cariño que sentía por mi abuelo y por este lugar... —susurra encogiéndose mientras se abraza a sí misma sin poder mirarme a los ojos, como si no pudiera enfrentarse a la realidad de que esté hablando sobre este tema conmigo—. Después de aquel día todo fue de mal en peor y me acostumbré a no sentir nada bueno, sólo desidia y conformismo, centrándome en conseguir metas, nada más.

—¿Por qué has esperado tanto a volver si no te gustaba tu vida? —pregunto con curiosidad. Es

la primera vez desde su vuelta que Aitana se abre y empieza a hablar.

—Porque lo peor del conformismo es precisamente eso, que te acostumbras a vivir de esa manera, a no sentir nada, a pasar por etapas de la vida, a conocer a gente sin que nadie te llene lo suficiente como para hacerte reaccionar... A centrarte en cosas y no en hechos...

—¿Por eso te has ido de allí?

—Me he ido por un cúmulo de tantas cosas que incluso me avergüenzan... —dice mientras alza la cabeza para mirarme a los ojos. Cuando lo hace, tengo que apretar la mandíbula. En estos momentos parece tan frágil que temo que se resquebraje en cualquier momento—. Pobre niña rica, ¿verdad? —susurra con pesar, y doy un paso hacia ella al ver ese atisbo de fortaleza que quiere salir a relucir incluso cuando su ser se encuentra tan marchito—. Lo tiene todo y aun así se queja... —farfulla tratando de mostrarme una sonrisa que no sube a sus ojos.

—No hagas eso, Aitana —protesto levantándole la barbilla con delicadeza, notando de nuevo aquella corriente que atraviesa cada terminación nerviosa de mi cuerpo, arrastrándome hasta ella sin opción.

—¿El qué? —pregunta sin moverse ni un solo centímetro de donde está, clavando su mirada ensombrecida en mí, permitiéndome que pueda ver lo más profundo de su alma.

—Sonreír sin ganas, como un arma de defensa para que creamos que estás bien —comento deslizándolo con lentitud la yema de mi pulgar por su mejilla. Tiene la piel tan suave y tersa que es increíble tocarla—. Sonríe siempre que te apetezca, llora cuando lo necesites y grita cuando no puedas más. Pero no lo hagas porque creas que es lo que necesitan los demás.

—Llevo tanto tiempo controlando mis emociones que no sé si podré —confiesa en tono cansado, como si de verdad fuera un infierno para ella.

—Yo te ayudaré, Aitana —digo acercándome cada vez más a ella, a esos labios rosados que se encuentran entreabiertos, tan succulentos, tan tentadores, tan irresistibles...—. Qué bien hueles —confieso rozándole delicadamente con la nariz la frente y el cabello, oyendo su respiración entrecortada e incluso el retumbar de su corazón desbocado, que se encuentra pegado a mi cuerpo.

—Logan, no... —susurra con la voz áspera, tanto, que tiene que rectificarla tosiendo ligeramente—. Nunca me he sentido atraída por ti.

—Lo sé —siseo sintiendo la necesidad imperiosa de besarla, de saber cómo será volver a tener sus labios pegados a los míos, pero esta vez no me quedará quieto, esta vez la besaré de verdad—. Yo tampoco siento nada por ti, Aitana —confieso, pues es la verdad. Lo único que he sentido por ella ha sido odio, aunque ahora... Ahora no sé qué me pasa.

—Mejor —farfulla con dificultad echando ligeramente la cabeza hacia atrás, haciéndome sonreír. Es la primera vez en mi vida que una mujer me hace la cobra con tanta destreza y osadía.

—Pero te ayudaré a volver a sentir —prometo, y esas palabras hacen que Aitana abra los ojos con sorpresa y aprovecho para recorrer con pausa con la yema de mi dedo su mejilla y el cuello—. Vamos —digo dando un paso atrás y obligándome a apartarme de ella, de su suave piel, de esos increíbles ojos y sus tentadores labios.

Aitana asiente mientras echa un último vistazo a esta casa para después salir de aquí.

—Pon el pie en mis manos y te ayudo a subir. Esta vez irás delante —le digo, y me recibe su rostro desencajado al oírme.

—¡No recuerdo lo que hay que hacer! —indica nerviosa.

—No te pasará nada, yo estaré detrás —comento mientras le guiño el ojo tratando de darle ánimos—. Venga, Aitana, no tengo todo el día —la increpo sólo para que saque a relucir ese coraje que me encanta ver de ella, algo que hace al momento, cuando se yergue con altanería y da un paso hacia mí.

Apoya el pie en mis manos y sube con elegancia a lomos de *Carbón*, coge las riendas y me quedo unos segundos observándola en lo alto de mi maravilloso caballo negro. En estos momentos parece tan poderosa, tan segura de sí misma que todavía me extraña lo que me acaba de confesar hace unos segundos. A simple vista, sin ahondar en su interior y sólo dejándome llevar por su manera de moverse, podría ser capaz de poner a sus pies un imperio, pero en cambio lleva viviendo una vida vacía, donde la muerte de su abuelo la ha marchitado por dentro. Sin pararme a pensar en nada más, subo con destreza detrás de ella, sintiendo su delicado cuerpo, envolviéndola con mis brazos, para darle la confianza que necesita, mientras puedo olerla a mi antojo y sé que soy capaz de protegerla con mi propio cuerpo de cualquier adversidad, aunque intento no darle mayor importancia a ese hecho.

—Ahora —le susurro al oído, percibiendo cómo se le eriza el vello y cómo contiene el aliento —, azota las riendas y haz que *Carbón* camine.

Aitana asiente mientras hace lo que le he dicho. Noto cómo el trote pausado de mi caballo me aproxima más a ella, volviendo a atraerme, volviendo a sentirme de nuevo perdido y obligándome a no dejar suelta esta repentina necesidad de acariciarla, de apoyar los labios en su hombro desnudo, de no recorrer con los dedos sus piernas, que se encuentran pegadas a las mías. El vestido se le ha subido tentadoramente por los muslos, dejándome una cautivadora visión de esta mujer que estoy descubriendo y cuyo interior, debajo de toda esa fachada perfecta que se empeña en mostrar, habita un ser extraordinario con un pasado que anhelo descifrar.

—Haz que corra, Aitana, y disfruta del viento, que se deslizará como un torrente por todo tu cuerpo —comento mientras poso con delicadeza la mano en su cintura.

—¿Y si...?

—No lo pienses —la interrumpo—. ¡Hazlo!

Ella suspira con fuerza y azota las riendas veloz, haciendo que el caballo galope rápidamente por la llanura, y la oigo gritar al sentir la adrenalina de la velocidad. Noto cómo se relaja entre mis brazos, cómo su cuerpo sonrío. Sin poder ver su rostro sé que lo está haciendo de verdad, y en este momento anhelo besarla, embeberme de su sonrisa y hacerla sentir con ayuda de mis labios y mis manos. ¿También habrá notado esa incapacidad para sentir cuando ha estado con otros hombres? Esta pregunta me hace fruncir el ceño e incluso apretar la mandíbula al imaginármela, tan perdida, tan delicada, intentando mostrar algo que no debía de sentir.

¡Joder! Estoy dispuesto a mostrarle todo lo que se ha perdido en estos años, la ayudaré a quitarse esa máscara y le enseñaré lo increíble que es el mundo si abre los ojos.

—¡¡No quiere frenar, Logan!! —la oigo gritar nerviosa, algo que me saca de golpe de mis pensamientos, para apoyar las manos encima de las suyas, que sujetan las riendas y ayudarla a parar a *Carbón*.

—¿Qué tal estás? —pregunto sin soltar sus manos, quedándonos parados justo a la puerta de la granja, sintiendo la respiración agitada de Aitana y su olor embriagándome por completo.

—Eufórica —contesta, y me hace reír.

—Espera, que te ayudaré a bajar —aviso saltando con destreza del caballo para ayudarla a descender.

Pero, esta vez, salta con más seguridad y su cuerpo ni siquiera roza el mío, algo que me frustra bastante más de lo que me gustaría admitir, para después observar cómo Aitana se baja el borde del vestido y me sonríe con alegría, una de verdad. «Joder, podría pasarme toda la puta vida viendo esa sonrisa... Pero ¿qué coño digo?», pienso intentando comprender qué mierda me pasa para haber cambiado tanto con respecto a ella.

—Luego nos vemos —mascullo mientras vuelvo a subirme al caballo dejándola en la puerta de la casa, obligándome a no dar más vueltas a este pensamiento que se me ha cruzado sin permiso por la mente, poniendo distancia con sus bonitos y expresivos ojos, con esos labios que me llaman a gritos y con la certeza de que Aitana no es como había pensado en todos estos años, es más, mucho más...

Mi padre tiene razón, Aitana esconde algo demasiado grande en su interior, y quiero averiguarlo, quiero saber qué le ocurre, qué le ha hecho ser así; pero, además, le he dado mi palabra de que la ayudaré a que vuelva a sentir, algo que no entiendo por qué he hecho... Yo mismo llevo viviendo en bucle desde hace muchos años, ¿cómo voy a enseñarle algo que no he puesto en práctica? Aprieto la mandíbula frenando esos pensamientos que no puedo esclarecer, lo que tengo claro es que no puedo dejar que esto se vuelva a repetir, esta atracción, esta necesidad por tocarla, por sentirla... ¡No lo entiendo! No me gusta Aitana, ésa es la verdad, lo que todavía no comprendo es por qué mi cuerpo me arrastra irremediabilmente hacia ella...

## Aitana

Es curioso cómo una simple acción, un momento puntual que transcurre durante unos pocos minutos, puede alterar todo un día e incluso una existencia. Haber podido entrar de nuevo en la casa de mi abuelo, recorrer esas estancias que siguen intactas, tal como las recordaba, llenándome de nostalgia, de sensaciones, de momentos únicos que he vivido ahí; observar las fotografías y acordarme con más nitidez de la única persona que me ha querido por encima de todo me ha hecho tanto bien como hablar con Logan... Me muevo inquieta en la silla mientras cenamos los tres juntos en la cocina, después de un día marcado por unas nuevas sensaciones que me han embriagado de tal manera que no he podido reprimir mi sonrisa, haciendo que cocinara incluso con más ganas y disfrutar del almuerzo con ellos, de una tarde apacible y ahora de esta cena.

Tengo grabado en mi mente cómo me sentí al llevar el caballo, notando el poderoso e increíble cuerpo de Logan detrás de mí, tan pegado que era imposible que pasara una brizna de viento, cómo minutos antes estuvimos a punto de besarnos... Me tengo que morder el labio inferior mientras lo miro de reojo. Ahora mismo está hablando con su padre del campo y de una venta que ha realizado esta tarde, ajeno al calor que siento al recordar cómo él me acariciaba y el esfuerzo que tuve que hacer para dar un paso atrás, para alejarme de él, de esto que no entiendo. Pero es normal, ¿no? No me gusta Logan, es más, para ser sincera conmigo misma, durante todos estos años lo he odiado de diferentes maneras, en cambio, ahora...

—¿Vas a salir esta noche? —le pregunta William, y eso hace que me concentre en la conversación, dejando a un lado todo el barullo de sensaciones encontradas que hay en mi interior.

—Sí, he quedado —contesta terminándose el último bocado de un hojaldre relleno de pavo y queso que he preparado.

—¿Con alguna mujer? —pregunta de nuevo, y me escudo tras el vaso de agua para mirar a Logan. Camiseta azul, pantalones cortos negros, da igual lo que se ponga, siempre estará imponente y guapo hasta decir basta.

—Con Nate —responde deslizando la mirada hacia mí y, juro que no me espero que haga semejante cosa, me pilla de improviso y por poco hace que se me caiga el agua encima. Menos mal que he podido controlarme y me concentro en tragar con lentitud el agua, que resbala por mi garganta apaciguándola a su paso.

—Mejor. Ha llegado a mis oídos que has vuelto a ver a Charlotte... —susurra William, lo que hace que Logan resople mientras se apoya en el respaldo de la silla.

—Papá...

—Sólo me preocupo por ti. Esa mujer... no me gusta para ti.

—Ya me quedó claro la primera vez que me lo dijiste y, como te contesté, no tienes que preocuparte —comenta con tranquilidad.

—¿Y tú, Aitana? —inquire William volviéndose para mirarme—. ¿Vas a salir esta noche?

—No —digo con una sonrisa mientras hago girar el vaso sobre la mesa.

—¿Nadie te ha invitado a tomar algo? ¡Menuda juventud hay en este pueblo!

—No es eso, es que no me apetece —comento con una sonrisa, pues la verdad es que Tyler me ha preguntado si me apetecía salir, pero no tengo ganas de volver a sentir las miradas de los vecinos clavadas en cada una de mis acciones, como tampoco me apetece volver a ver a Cody.

—¡Ya me parecía a mí! ¿Y quién es el pobre al que le has roto el corazón? —pregunta William, y en este momento, sin dejarme tiempo para que conteste, Logan se levanta de la mesa llamando nuestra atención.

—Subo a prepararme —informa desapareciendo de la cocina de dos largas zancadas.

—Estarás deseando que venga mi hija, ¿verdad? —me interpela William al poco, dejando la primera cuestión relegada al olvido, mientras comienza a recoger la mesa, y hace que me levante para echarle una mano.

—Sí. —Sonríe emocionada, la verdad es que estoy deseándolo—. Tengo muchas ganas.

—Y seguro que ella también —dice—. Bueno, me voy un rato al despacho y a dormir.

—Que descanses, William...

—Lo mismo te digo, bonita —responde con una sonrisa para después dejarme sola en la cocina.

Cuando lo tengo todo limpio, salgo al jardín, a la zona de la piscina, me quito las sandalias y sumerjo los pies en el agua mientras me quedo embelesada observando el cielo estrellado, sin parar de mover los pies en el agua fresca, trazando círculos. Se está tan bien aquí, es tan tranquilo que creo que no podría haber encontrado un lugar mejor para escapar de todo el caos en el que se había convertido mi vida.

—Aitana —oigo su voz susurrada a mis espaldas. Al volverme veo a Logan haciéndome señales para que me aproxime—. Vamos.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa —indica sonriendo de esa manera que tiene él, tan canalla y segura, tan deslumbrante que no puedo evitar deslizar mis labios en una amplia sonrisa.

—Pero ¿no habías quedado con Nate? —pregunto mientras saco los pies de la piscina para levantarme.

—¡Cambio de planes! —exclama guiñándome un ojo, y esa pequeña acción me llena de energía y expectación.

Me pongo las sandalias y hasta que estoy a su lado no empieza a caminar para dirigirnos a su todoterreno azul. En el interior observo cómo conduce, cómo todo lo que hace lo ejecuta con seguridad y aplomo, y observo por la ventanilla cómo nos alejamos de la granja e incluso pasamos de largo el pueblo, dirigiéndonos a... ¡¡No puede ser!! Lo miro con una amplia sonrisa, y él, sin mirarme, sonríe también mientras estaciona el coche en la zona habilitada para bajar a la playa. Salimos y Logan saca de la parte trasera una mochila y su tabla de surf, para después comenzar a caminar por la pasarela, y no puedo evitar sonreír al oír las olas romper contra la orilla, la luna reflejada en esas preciosas aguas y el olor inconfundible del mar. ¡Pensé que jamás volvería a estar aquí y ahora...! Tengo que hacer un esfuerzo titánico para no echar a correr como una cría, me siento tan entusiasmada por volver, por estar de nuevo en este lugar, que me noto impaciente. Al llegar a la arena, nos descalzamos y siento cómo su textura suave y fría se cuele entre mis dedos, haciéndome cosquillas, a medida que vamos acercándonos al agua. Cerca de la orilla, Logan deja caer la mochila y clava la tabla, para después volverse a mirarme, y sé que mi sonrisa no ha desaparecido porque es imposible no sonreír cuando tengo esta bonita estampa de nuevo delante de mis narices. La preciosa playa de Berry iluminada por la luna creciente, a la que le falta poco para ser totalmente llena.

—Sigue igual que como lo recordaba —susurro sintiendo cómo las emociones se agolpan en mi garganta, sorprendiéndome.

—Vamos —apremia mientras se quita la camiseta delante de mí con un movimiento preciso y seguro, dejándome ver su increíble torso iluminado por esa luz plateada.

—No llevo bikini debajo.

—¿Y qué más da? Sólo estamos tú y yo solos, y yo ya te he visto en ropa interior —indica mientras se desprende de los pantalones y se queda en calzoncillos tipo bóxer de color negro. Es tan increíblemente sexy, tan natural y... «¡No vayas por ese camino, Aitana!», me reprendo—. Sé la chica valiente que se quitó los pantalones delante de un grupo de adolescentes para llamar la atención de uno solo.

—¡Creo que esa noche dejé de ser yo un instante! —exclamo con una sonrisa al recordar lo que hice. Todavía me sorprende que hiciera semejante hazaña, sobre todo porque en esa época era lo más tímido que podría haber sobre la faz de la Tierra—. Ahora lo recuerdo y me avergüenza lo que hice.

—No tienes que avergonzarte de las cosas que te apetece hacer, Aitana —comenta mientras coge la tabla de surf—. Te espero en el agua. No tardes, si no, vendré a por ti.

Sonríó al oír esa amenaza, que me llena de calor, y lo observo meterse en el agua, su espalda ancha, su trasero prieto, sus increíbles y largas piernas... ¡Uf! Niego con la cabeza mientras me quito la ropa, hasta quedarme con un conjunto de ropa interior de color blanco. Observo el cielo estrellado, la luna, el sonido del mar, y todo ello me eriza por completo de la cabeza a los pies, ¿o tal vez es saber que estoy a solas con Logan? Siento el agua fresca en los pies y reprimo un grito, ¡está helada! Se nota que todavía no hace tanto calor como para calentar el agua, aunque la

temperatura es bastante soportable. Estoy nerviosa, ésa es la verdad, no sé qué pretende Logan, ni tampoco la razón por la cual ha cambiado sus planes de salir con su amigo Nate para estar conmigo aquí. «Te ayudaré, Aitana...» Frunzo el ceño al recordar sus palabras, esas que me impresionaron nada más salir de sus labios, pues no entiendo la razón por la cual él se ha impuesto ese deber, para que vuelva a sentir, para que sea como antes, aunque me temo que eso será imposible. Es cierto que comienzo a tener tímidas emociones que me sorprenden, pero nada que ver con cómo era antes.

«Yo tampoco siento nada por ti», esa frase me golpea en el mismo momento que una ola me acaricia el estómago, notando cómo el frío me reanima. Lo busco con la mirada, se encuentra a escasos pasos y, al verlo, tenuemente iluminado, sonrío. Es posible que nos estemos haciendo amigos, jamás he tenido una amistad con un chico, y saber que él será el primero me hace sentir cómoda y segura, y no entiendo por qué.

—He traído la tabla para que surfees. Recuerdo que sabías hacerlo —afirma cuando me ve cerca de él mientras le da unos golpes gráciles a la misma.

—Uf, pero llevo muchos años sin subirme a una, creo que me caería.

—¿Por qué no has vuelto a hacerlo?

—No estaba bien visto... —susurro con timidez, sintiendo rabia precisamente por esa imposición. ¡Incluso me quitaron esa pasión de golpe!—. Deja que pruebe, recuerdo que me encantaba —comento armándome de valor en un golpe de rebeldía.

—Primero ponte de rodillas sobre la tabla. ¿Te ayudo?

—Puedo —comento haciendo fuerza con los brazos para subirme a ella y tumbarme boca abajo sobre la tabla—. Lo peor que me puede suceder es que me caiga al agua —añado mientras le guiño un ojo y siento cómo Logan me ata al pie la tobillera para que no pierda la tabla.

—Busca una buena ola y mantén el equilibrio —explica sin dejar de mirarme un segundo, y asiento notando nervios en la boca del estómago por lo que estoy a punto de hacer. ¡Llevo trece años sin surfear!

Comienzo a remar con los brazos adentrándome en el mar, donde las olas son más grandes, para después esperar una lo bastante alta para que me arrastre. La veo y sé que es perfecta, por eso me pongo de pie con destreza, percatándome de que recuerdo que lo importante es coger un buen impulso para después mantener el equilibrio, pero no la cojo con suficiente antelación y la ola me engulle con facilidad, haciendo que me sumerja en el agua y me vapulee con su fuerza. Noto una mano que me ayuda a salir, la misma que se posiciona en mi cintura y me acerca a su fuerte cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta Logan sin dejar de agarrarme por la cintura con una mano mientras con la otra comienza a palparme la cabeza por si me he dado un golpe.

—Sí —contesto apartándome el pelo de la cara sin poder contener la tos—. Creo que he tragado agua para todo lo que va de año —aviso haciéndole reír a carcajadas, y oír su risa,



tenerlo tan cerca, me hace sentir..., no sé qué me hace sentir, pero es como si todo desapareciera, como si sólo estuviéramos él y yo, mientras las olas nos mecían, con la luna llena iluminándonos.

—Cuando menos lo esperes, te acordarás de elegir el momento preciso para deslizarte por una ola —explica mientras me aparta un mechón que se me ha pegado en la frente, y desliza los dedos por toda mi clavícula, lo que hace que me recorra un cosquilleo que llega a todas mis terminaciones nerviosas—. ¿Qué has notado cuando estabas en lo alto de la tabla?

—Libertad —susurro sintiendo cómo mi cuerpo se amolda al suyo, y me sorprende que encaje tan perfectamente—, y miedo...

—Mira el cielo, Aitana, los planetas chocan y del caos nacen las estrellas, esas mismas a las que pedimos nuestros deseos —anuncia, y oír su voz tan segura a tan pocos centímetros de mí hace que me muerda el labio inferior mientras observo el cielo limpio, donde se ven todas las estrellas brillar con fuerza—. Dime, ¿de qué tienes miedo?

—De estar tan fría por dentro que no pueda volver a sentir de verdad... —siseo mientras bajo la mirada y me encuentro con la suya, que no deja de mirarme.

—Lo conseguirás, sólo tienes que dejar de pensar tanto —indica, y mueve la tabla y la sitúa en medio de los dos—. Sube de nuevo y deja la mente en blanco. No pienses en nada y nota todo lo que te rodea: el agua salpicándote, la velocidad que te arrastra, la ola, el cielo estrellado, la luna iluminándote y la certeza de que eres capaz de todo lo que te propongas.

Asiento a sus palabras y vuelvo a subirme a la tabla para después remar hacia dentro, como he hecho antes, esperando pacientemente la ola que creo que es la indicada. Un buen impulso hace que me suba de pie a la tabla y dejo la mente en blanco, sólo siento y, ¡sí!, sé que puedo, sé que conseguiré derretir todo este muro helado que he ido edificando alrededor de mi ser, tal vez como un arma de defensa o tal vez para poder sobrevivir en un mundo en el que he estado condenada a vivir. Pero lo lograré, volveré a ser yo, volveré a sentir, a querer, a emocionarme por las cosas, y dejaré de estar eternamente condenada a pasar por el mundo como una mera espectadora. Cuando la ola se deshace, caigo al agua y sonrío, sonrío con fuerza, sintiendo que la mandíbula puede incluso desencajarse y que mi pecho se infla como si fuera un pavo, como si llevara mucho tiempo sin respirar, amontonándose el aire en mis pulmones que me hacen levitar hasta lo más alto de las estrellas. Noto la suave brisa rozar mi rostro mojado, las estrellas todavía más brillantes, la luna aún más plateada, y lo veo delante, con esa sonrisa que refleja lo contento que está de ver que lo he conseguido, que he logrado deslizarme con destreza por una ola. Trago saliva sintiendo algo nuevo en mi interior, algo que nunca antes he sentido y a lo que no puedo ponerle nombre, pero intento no pensar en ello. «No pienses, sólo siente», recuerdo sin dejar de mirar cómo Logan nada hasta mí con ese temple y esa seguridad que son su seña, con ese halo seductor que lo rodea, con esa fortaleza palpable y ese atractivo casi cegador.

—Ahora sí —me dice, y sólo esa frase me llena por dentro de un cosquilleo latente que me hace incluso sonreír con más fuerza—. Comienza a refrescar, nos tocará dejar las clases para otro día.

—¿Vendremos otro día?

—Claro. Tienes que practicar —comenta mientras me guiña el ojo, y sólo saber que podré volver a surfear otro día me llena de energía, de expectación, de una tibia felicidad.

Lo miro de reojo a medida que vamos saliendo del agua acercándonos hasta la orilla mientras él lleva la tabla, para después clavarla sobre la arena y sacar de la mochila un par de toallas. Me tiende una que cojo sin dudar y él se seca con la otra, observando el mar y el cielo, cada uno distraído con nuestro entorno, aunque mis ojos no pueden evitar mirarlo a él.

He visto a muchos chicos que se cuidan, que tienen bonitos cuerpos, pero Logan no sólo tiene un cuerpazo digno de ser aplaudido, sino que ese tatuaje, la manera que tiene de moverse, de mirar, el tono de su voz y esa sonrisa gamberra que sale a relucir de vez en cuando lo hacen irresistible, único.

—¿Por qué te tatuaste unas estrellas? —le pregunto de repente, y parece que le hace gracia esa cuestión, ya que al girarse me dedica una de esas sonrisas que casi me dejan sin aliento, pues es socarrona, canalla y tan suya como respirar.

—Cada estrella —informa señalándose su magnífico torso envuelto en sombras mientras roza con las yemas el contorno de ellas, creándome una necesidad ilógica por acercarme y rozarlas con mis dedos— es un sueño cumplido —añade, para después ponerse la camiseta y ocultar aquel precioso tatuaje con un significado tan bonito que me ha sorprendido. Jamás lo habría imaginado, y tener esa información, saber realmente por qué lleva esos tatuajes, me hace verlo de otra manera muy distinta de como lo hacía antes—. Vámonos a casa, se está haciendo tarde —comenta mientras coge la mochila y la tabla y espera a que me ponga la ropa.

Sigo intentando no pensar, algo difícil cuando mi vida se ha centrado en darle a todo más vueltas de lo normal para saber cómo debía comportarme, para saber lo que debía o no hacer, para frenar mi verdadera naturaleza. Ahora, caminando por esta playa, todo eso carece de importancia. Logan me ha pedido que me deje llevar, que haga lo que me apetezca y que no tenga miedo. A lo mejor es eso lo que me pasa, que tengo miedo de volver a sentir y por esa razón he erigido un muro helado que me protege del mundo, pero, a la vez, me impide disfrutar de cada instante, como si sólo estuviese mirando, como si cada cosa que me ha sucedido no fuera conmigo...

El camino de vuelta lo hacemos en silencio, sólo roto por la rítmica música de la radio a bajo volumen, mientras observo la carretera únicamente iluminada por los faros del coche.

—¿Estás cansada? —me pregunta antes de bajar del vehículo.

—Sí, un poco —contesto con una sonrisa, para después apearme y notar que no soy la misma Aitana que se ha marchado de aquí hace unas horas. Es como si pudiera prestar atención a cada matiz de lo que me rodea, algo demasiado nuevo como para no experimentarlo—. ¿Lo hueles, Logan?

—¿El qué? —inquieta acercándose a mí.

—Me encanta el olor de la tierra húmeda —digo cerrando los ojos, para centrar mis sentidos

en el olfato mientras alzo la cara al cielo, disfrutando de este momento, donde recibo todos los estímulos de mi alrededor con fuerza, y no con tibieza—. Es como si volviese al pasado, a casa de mi abuelo, a las tardes en el porche mientras me tomaba un helado, a las risas, a tener como única preocupación saber lo que haría al día siguiente...

—No hay nada que lo compare con el olor de tu piel mezclada con la sal del mar —susurra muy bajito, y su voz pero sobre todo esa afirmación me cogen por sorpresa, me hacen mirarlo con curiosidad, dándome cuenta de que se encuentra muy cerca de mí, a escasos centímetros, observándome fijamente, como si fuese lo único que desea mirar.

No sé qué me lleva a hacerlo, pero bajo la mirada al suelo y subo los escalones del porche casi a la carrera, como si quisiera huir de todo, de su mirada, de esa frase, de él, pero antes de abrir la puerta me vuelvo y me topo con el fuerte torso de Logan.

—Gracias por esta noche —digo deslizando lentamente la mirada por sus fuertes y anchos hombros, por su vigoroso cuello, hasta alcanzar sus mullidos labios.

Sus labios... Desde que tenía quince años no he vuelto a sentir este deseo repentino de desear sentir los labios de un hombre sobre mi boca, el primero al que deseé fue a Cody, aunque conseguí besarlo a él, ahora... Ahora sólo tengo en mente saber cómo besa Logan, notar su boca sobre la mía, pero reprimo ese anhelo mordéndome el labio. ¡Por el amor de Dios, si no nos gustamos! No entiendo por qué ahora tengo ganas de besarlo, sin embargo, sé que no puedo marcharme sin más, sobre todo cuando él me ha ayudado a desprenderme un poco de ese escudo. Por eso, me pongo de puntillas y deposito con timidez un beso en la mejilla de Logan, aspiro su aroma mezclado con la sal y me percató de que él aprieta la mandíbula. Abro los ojos con sorpresa al sentir su mano adentrarse en mi cuello, recorriéndome un cosquilleo al sentir su calidez y su agarre, su fuerte mano me envuelve con suavidad y me guía para mirarlo a los ojos. Trago saliva con dificultad, su mirada es oscura, atrayente, hechizante, indómita...

—Las acciones no se hacen a medias —me dice tan bajito y con un tono de voz tan pesado que se me seca de golpe la garganta—. O se hacen o no se hacen, Aitana —avisa mientras deposita la mirada en mi boca entreabierta.

De repente siento sus labios frescos sobre los míos y me besa, notando cómo su boca encaja perfectamente con la mía. Saboreo la sal pegada a ellos y su lengua me invade con suavidad, acariciándome, tentándome, sintiendo cómo con cada beso la temperatura sube en grados, primero despacio, con lentitud, como si quisiéramos probar el sabor del otro, pero, después, simplemente el beso se desboca. Logan me empuja contra la puerta, devorando sin compasión mi boca, pero yo no me quedo atrás y respondo a ese beso desenfrenado en ritmo, en destreza, en deseo... Rodeo con las manos su nuca para apretarlo contra mí, anhelando más, sintiendo que ese beso puede llegar a prenderme por completo, pues es fuego, es indómito, es tan él que jamás pensé que lo recibiría con tanto gusto. Lo oigo gruñir, ese mismo sonido que hace trece años oí salir de su garganta, cuando aún no sabía que era él, el mismo que he recordado durante todo este tiempo, sorprendiéndome al rememorararlo con tanta nitidez y sin entender por qué lo hago, para, después,

quedarse a unos centímetros de mi boca, mirándome tan de cerca que temo que pueda ver mi alma con esa simple acción. Me encuentro aturdida y con la respiración acelerada, tan excitada que no sé si conseguiré dar un paso detrás de otro, pero logro abrir la puerta y entrar trastabillando sin poder dejar de mirarlo, percatándome de que él lo hace con tanto ardor que no sé si seré capaz de afrontarlo.

—Buenas noches —susurro para después entrar en mi dormitorio apresuradamente, apoyándome en la puerta cerrada y deslizándome hasta el suelo.

Estoy temblando, mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda salirse del pecho, y mi piel... está tan hipersensibilizada que podría prenderse a la mínima. Jamás nadie me ha besado de esta manera. Jamás he sentido tanto con un beso, sólo un beso del primer hombre al que besé. Toco con los dedos mis labios sensibles, notando todavía su sabor, notando en mi piel su caricia, y sonrío sintiendo cómo los ojos se me llenan de lágrimas.

No todo está perdido.

Estoy empezando a sentir de nuevo.

## Aitana

Abro los ojos y miro el reloj, para después sonreír mientras me estiro en la cama. Es la primera vez desde hace mucho tiempo que he conseguido dormir del tirón, sin sobresaltos, sin pesadillas, sin despertarme antes de que amanezca. Me levanto de la cama, me pongo el bikini y encima ropa de deporte y me dispongo a empezar bien este nuevo día. Salgo al jardín por la puerta de la cocina y comienzo a estirar, observando mi alrededor con nuevos ojos, como si lo que viví anoche me hubiese ayudado a darme cuenta de cada sutil matiz de mi entorno. Cuando termino de relajarme con el yoga, me quito la ropa y me aproximo al borde de la piscina, alzando la mirada al cielo azul y observando las pequeñas nubes que pasean a sus anchas. Me zambullo con destreza y nado unos cuantos largos, hasta que doy por finalizados mis ejercicios matutinos y noto una especie de desilusión al ver que Logan no ha hecho acto de presencia. «Bah, Aitana, deja de pensar eso. ¡Es Logan! ¿A cuántas mujeres habrá besado? ¡Exacto! A muchas. Tú simplemente eres una más, aunque para ti haya sido distinto», pienso intentando controlarme y desechar esos pensamientos negativos que pueden arruinar mi maravilloso despertar, para después enrollar la toalla alrededor de mi cuerpo y entrar en la casa para comenzar a preparar el desayuno.

Me ducho rápidamente, me pongo un vestido de algodón gris y me dirijo de nuevo a la cocina, dándole vueltas a lo que voy a preparar para almorzar este día.

—Buenos días, Aitanita —me saluda William nada más entrar mientras estoy preparando el desayuno.

—Buenos días —le digo sin detener mis quehaceres.

—¿Logan no se ha levantado todavía?

—Que yo sepa no —contesto dejando las tazas de café sobre la mesa.

—Ya estoy aquí —farfulla Logan con voz ronca y áspera entrando en la cocina como si hubiese pasado una mala noche o como si acabara de despertarse hace unos segundos. Aun así, con el cabello rebelde, despeinado, con la marca de las sábanas en la cara, sigue estando demasiado guapo como para que no me fije en él. Que no me guste no significa que no pueda alegrarme la vista, ¿no?

—Veo que anoche llegaste tarde —comenta William mientras comenzamos a desayunar todos sentados alrededor de la mesa—. ¿Lo pasaste bien?

—Sí, fue una buena noche —contesta Logan mirándome de reajo un segundo, y ese simple vistazo provoca que mi estómago se contraiga e incluso se me olvide respirar, pues de repente recuerdo su boca pegada a la mía, sus manos recorriéndome la nuca, y un calor sofocante me sorprende por completo.

—Eso está bien —tercia su padre—. ¡Hoy viene nuestra Caitlin! —exclama, y asiento con una sonrisa, entusiasmada de poder ver de nuevo a mi gran amiga.

—¿Sabes si se quedará mucho? —pregunta Logan cogiendo un trozo de bizcocho y llevandoselo a la boca. Parece que ya ha renunciado a ocultar que no le gustan mis dulces, algo que, aunque me parece extraño, me gusta saber.

—Ni idea. Ya sabes que tu hermana es impredecible —indica William centrando la vista en el café y, al mirar a Logan, me doy cuenta de que él también me mira—. ¿Hoy no tienes prisa? —le pregunta al rato, cuando ya ha acabado de desayunar.

—No mucha, lo normal.

—Eso está bien... Ayuda entonces a Aitana a recoger la mesa, yo tengo que preparar unos pagos —informa mientras se levanta de la silla—. Si no te ayuda mi hijo, me lo dices y salgo para estirarle de las orejas —añade mirándome con seriedad y haciéndome sonreír al imaginarme esa opción.

Comenzamos a recoger los cacharros del desayuno en silencio. Lo miro de reajo mientras pasamos uno cerca del otro y me siento nerviosa al saber que estamos solos en la cocina, casi expectante, como si lo que ocurrió anoche lo hubiese alterado todo, mi percepción, nuestra relación a la gresca, y temo no poder afrontarlo. No sé si se debe al hecho de recordar con tanta nitidez lo que sentí cuando nos besamos o a las ganas locas que tengo de volver a sentirlo en mi piel. Una novedad para mí, pero demasiado peligrosa... Empiezo a fregar los vasos cuando percibo su presencia a mi espalda, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para saber que se encuentra justo ahí. Trago saliva intentando tranquilizarme y esperando a que él me diga algo, ¡lo que sea! Porque saber que está tan cerca y que no dice nada es desquiciante.

—Me voy ya —susurra haciendo que su voz, tan cerca de mi oreja, me erice por completo.

—Vale... —digo centrándome en lavar las tazas con esmero, tratando de no mirarlo, aunque sea lo que más deseo en este momento.

Oír cómo resopla a mi espalda me hace volverme inconscientemente para ver cómo él comprueba si su padre se encuentra cerca, para, después, conectar nuestras miradas y que el resto desaparezca como por arte de magia. Logan da un paso hacia delante mientras me levanta la barbilla con delicadeza, ¡me encanta que haga eso!, y luego, con una exasperante calma, desliza sus cálidos y tentadores labios por mi clavícula, envolviéndome en una nube de deseo hasta alcanzar con suavidad mi boca entreabierta, anhelante, en un beso delicado, suave, jugoso, cautivador... Se separa de mí unos centímetros para mirarme a los ojos, para intentar descifrarme, algo que sé que es imposible. ¡A veces ni yo misma me entiendo! Dejándome llevar por un impulso, rodeo con mis manos mojadas su nuca para aproximarle a mí y besarlo con ardor, con

prisas, con ganas, con hambre, mucha, como si no pudiese saciarme de esos labios seductores que me hacen sentir un torbellino de sensaciones al que me es imposible poner nombre: lujuria, deseo, fervor, excitación, anhelo, emoción... Logan gruñe mientras me estrecha contra su cuerpo, reclamándome más pasión, más dedicación, mientras nuestras lenguas danzan en un baile que ellas sólo saben, profundizando más en ese beso que se ha convertido en fuego, en desenfreno, en pasión, en osadía...

—Aitanita.

Oír la voz de William nos hace separarnos de golpe, con la respiración entrecortada, excitados, anhelando más del otro. Logan me guiña un ojo y sale de la casa por la puerta lateral de la cocina justo unos segundos antes de que su padre vuelva a entrar en la cocina. Me concentro en fregar los vasos, obligándome a no girarme, pues me temo que, si William me ve en estas condiciones, sabrá exactamente lo que estaba haciendo con su hijo tan sólo unos segundos antes.

—¿Ya se ha ido Logan? —me pregunta asomándose a la cocina.

—Sí, hace un momento.

—¿Te ha ayudado? —inquiere haciéndome sonreír, porque Logan no sólo me ha ayudado a recoger el desayuno, sino que me está ayudando a sentir como jamás lo he hecho antes.

—Sí.

—Eso está bien. Voy a ir al pueblo un momento, ¿quieres venir?

—No, gracias, William. Prefiero quedarme y preparar el almuerzo. Así, cuando venga Caitlin, lo tengo hecho.

—Vale —susurra él—. Nos vemos, bonita.

—Sí...

Observo cómo sale de la cocina y me quedo mirando mis manos temblorosas envueltas en espuma sin entender por qué razón cuando siento los labios de Logan en mi boca todo a mi alrededor desaparece y lo único que importa es él y lo que me hace sentir. Llevo tanto tiempo sintiéndome fría que todo lo que estoy experimentando con Logan es tan novedoso como inspirador. Niego con la cabeza desaprobando mi conducta, una cosa es sentir de nuevo y otra muy distinta es hacerlo con el hermano de mi mejor amiga y, encima, en la casa donde me han acogido con los brazos abiertos. Tengo que parar esto de raíz, no puedo quedar mal con los Walsh, cuando ellos se están portando tan bien conmigo cuando más lo necesito. Además —y este tema es muy importante—, no nos gustamos, no entiendo qué nos pasa, qué me ocurre para no poder resistirme a él, no poder parar esto que me hace comportarme como jamás pensé que lo haría.

Me centro en cocinar y tenerlo todo listo para cuando Caitlin llegue, y al rato oigo cómo la puerta de la entrada se abre y espero con paciencia a ver a William o a la propia Caitlin aparecer. En cambio, quien entra por la cocina, con esa seguridad aplastante y ese atractivo sin límites es, nada más y nada menos, que el hombre que puede hacer enmudecer una reunión de féminas e incluso hacerlas suspirar a la vez: Logan. Al verlo tengo que agarrarme a la encimera, me va a resultar muy difícil tener que parar algo que deseo con tanto fervor cada vez que mis ojos se posan

en él. «¿Desde cuándo anhelas besar a alguien que en principio no te gusta?», me recrimino con frustración, pero esa pregunta no puedo siquiera contestarla, pues es tan contradictoria como mi propia existencia.

—¿Puedes acompañarme? —pregunta quedándose unos pasos alejado de mí, como si no quisiera acercarse demasiado, algo que me desilusiona más si cabe.

—¿Adónde?

—Quiero enseñarte una cosa —contesta con una sonrisa tan sincera y radiante que sé que no puedo negarme a lo que me pida.

Apago el fuego, me quito el delantal y salgo de la casa. Justo delante está *Carbón*, resoplando y moviendo las patas con hastío. Logan desliza la mirada para comprobar mi atuendo y nada más hacer eso siento cómo mi cuerpo se sensibiliza y se prepara para algo que no puede suceder jamás. «¡Por el amor de Dios, Aitana: no te gusta, más aún, lo odias!», me recrimino. Pero nada más observar su sonrisa canalla, se evapora de golpe ese pensamiento y consigue animarme, aunque el cielo esté gris, aunque mi vida sea un despropósito, aunque cada segundo de mi existencia creyese estar en el mismo infierno, él lo cambia todo con esa sonrisa.

—Menos mal que es elástico —comento encogiéndome de hombros y subiendo al caballo con su ayuda.

—¡Así me gusta! —exclama Logan montando a su vez y cogiendo las riendas para comenzar a cabalgar con velocidad.

Pasa un rato y no sé cuánto tiempo llevo abrazada a la increíble espalda de Logan, pudiendo palpar a mi antojo cada músculo de su torso —¡Virgen santísima, menudo cuerpazo tiene!—, embelesándome con el maravilloso aroma de él: a naturaleza, a sal, a menta, notando cómo nuestros cuerpos chocan, cómo se rozan, cómo se estimulan, sintiendo tanto que creo que puedo desfallecer en cualquier momento. Él detiene el caballo y trota con lentitud hasta llegar junto a un árbol. Primero baja él, para después ayudarme a descender, algo en lo que estoy empezando a coger destreza.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunto sin entender qué hacemos en mitad del bosque. ¡Con lo poco que me gustan los bichos!

—Ahora lo verás —susurra mientras ata el caballo al árbol, para después cogerme de la mano en un movimiento seguro, dejándome asombrada de lo bien que encajan ambas y de lo a gusto que me siento al notar su agarre mientras él me guía hacia el interior de este bosque.

—Logan, a mí la naturaleza en su máxima expresión... —señalo sintiendo un repelús que me recorre todo el cuerpo al observar los insectos volando o saltando a medida que avanzamos.

—No te preocupes, que no te pasará nada estando conmigo —me dice mirándome a los ojos, y me quedo unos segundos embozada al percibir ese matiz dorado que tienen sus iris, ese brillo tan único, y sé, sin lugar a dudas, que es así, con él estoy a salvo—. Mira —susurra muy bajito mientras nos detenemos y se pone detrás de mí para señalarme dónde tengo que mirar.

Debo taparme la boca para no gritar de alegría cuando veo, a pocos pasos de donde estamos a



cubierto por la vegetación, a unos preciosos y maravillosos canguros dormitando en la sombra de unos árboles.

—Son... preciosos —susurro sintiendo la mano de Logan apoyarse en mi cintura.

Notar esa simple caricia hace que mi cuerpo se revolucione, y me toca tragar con dificultad la saliva para intentar relajarme, aunque ahora mismo sólo puedo sentir cómo su agarre me llena de calor, de expectación, de lujuria... «Pero, por favooooorr, ¿qué me pasa con este hombre? ¡Céntrate, Aitana, y detén esto antes de que explote en tus narices!», pienso intentando poner lucidez a toda esta locura.

—Es una hembra con su cría —explica acercándose más a mí, sintiendo cómo su cuerpo me envuelve, su calor me quema y su presencia me hace vibrar, olvidándome por un segundo de mi propia advertencia—. El macho no creo que esté muy lejos, son muy territoriales y un mismo macho aparea a un buen grupo de hembras.

—Como buen australiano que es —suelto con sorna haciéndolo sonreír y, ¡mierda!, me encanta ser yo la que le haga reír a él.

—Otro día te llevaré a ver los koalas.

—Sí —digo con entusiasmo dándome la vuelta y observando cómo él me mira con tanta intensidad que incluso me hace enmudecer—. Logan... —susurro dando un paso atrás, intentando mantener cierta distancia con él, algo de lo que mi cuerpo se queja soberanamente—, esto lo tenemos que parar ya.

—¿El qué, Aitana? —farfulla con voz profunda y áspera.

—Lo de besarnos —contesto observando cómo él da un paso hacia delante, deshaciendo la distancia que había interpuesto yo.

—¿No te gustan mis besos? —me pregunta socarrón, y tengo que morderme el interior de las mejillas para no reírme. ¿Cómo no me van a gustar sus besos, si me incendian por dentro?

—No es eso, es que... ¡eres el hermano de mi mejor amiga!

—Lo sé.

—Y vivo en tu casa.

—También lo sé.

—Y no nos gustamos —puntualizo sintiendo cómo mi voz va perdiendo fuerza a medida que él avanza sigilosamente hasta mí.

—Soy consciente de todo eso...

—Entonces ¿qué estamos haciendo?

—No pensar, Aitana, únicamente sentir. Ahora mismo sólo quiero besarte y tocarte.

—Logan —jadeo mordiéndome el labio inferior.

—Si no quieres, no lo haré, pero sé que lo deseas tanto como yo. Lo veo en tus ojos, Aitana, en tus labios entreabiertos, en tu respiración entrecortada, en cómo se erizan tus pezones y, ¡joder!, quiero que sientas, que te llenen las emociones, que vivas al máximo, que despiertes de ese largo letargo que llevas viviendo. Por eso te he traído a ver los canguros y por eso ahora mismo te voy a

besar —declara con voz profunda, provocando con sus palabras, pero sobre todo con la manera que tiene de decirlas, que gima muy bajito, un sonido que me sorprende—. Si no quieres, dímelo y no volveré a intentarlo, pero si lo deseas, ¡joder, Aitana!, si tú también lo deseas...

No le dejo terminar la frase porque simplemente me abalanzo hacia él para juntar mi boca con la suya, haciéndole gruñir, mientras me coge la cara y entrelazo las piernas alrededor de su cintura, el vestido subiéndose por mis muslos, pegándome a él. Sus labios se abren desesperados para acogerme, besándome con ardor, envolviéndome en una nube densa de excitación, de deseo, de la que no puedo ni quiero salir. Mientras, él desliza sus manos en mi trasero para sujetarme, y gimo bajito al notar cómo el beso se vuelve más profundo, más anhelante, más atrevido... Una de sus manos me recorre el trasero en una tentadora caricia, apretándome contra su duro cuerpo, y gimo todavía más alto al notar cómo él también se encuentra excitado, tanto que lo noto a través de la ropa, de sus pantalones, de mi vestido... Nos miramos enfebrecidos, con las respiraciones entrecortadas, tan excitados que duele, tan ansiosos que me temo que no seremos capaces de detener esto que nos envuelve sin razón y sin retorno. El sonido del teléfono móvil nos interrumpe cuando vamos a volver a juntar nuestros labios con desesperación. Logan resopla mientras saca el dispositivo del bolsillo del pantalón, aceptando la llamada sin poder desviar la mirada de la mía. Todavía estoy pegada a su increíble cuerpo como si fuera un koala cogida con fuerza de un árbol.

—¿Qué? —suelta de malos modos, y tengo que morderme las mejillas por dentro para no echarme a reír—. Sí, está conmigo —dice, y lo miro asustada, pero él me dirige una sonrisa canalla mientras desliza la mirada hasta mis labios, que noto ligeramente hinchados—. Vale, ahora vamos —comenta para después cortar la llamada y mirarme a los ojos—. Era mi padre, Caitlin ya está en casa.

—¿Sí? —susurro con alegría.

—Vamos —apremia mientras me deja en el suelo y me da un pequeño beso en los labios que me sabe a poco, ¡a poquísimo!

Estoy entusiasmada y nerviosa, ésa es la verdad, es como si todo comenzara a brillar con demasiada fuerza, como si todo me llenara de vida, y simplemente ansío disfrutar de todo lo que me rodea. La vuelta a la granja está siendo tan tentadora como desquiciante, ya que Logan no para de acariciarme la pierna izquierda, mientras con la mano derecha guía a *Carbón* a través del bosque, dándome a entender que lo que tenemos no podemos frenarlo aunque queramos, algo que he temido hace un momento, cuando él me ha dado la oportunidad de dar marcha atrás, pero ¿cómo iba a poder hacer algo así si sólo deseo volver a sentirlo en mi piel? ¿Cómo iba a dejar pasar la primera oportunidad que se me presenta de sentirlo todo de una manera tan enloquecedora? Supongo que esto es la atracción sexual, algo que jamás he sentido antes, y me parece extraño y demencial que sea él el responsable de que mi mente y mi cuerpo no estén de acuerdo, casi batallando entre saber que siempre me ha caído mal y anhelar sentirlo en mi piel.

Bajo del caballo con ayuda de Logan, que todavía continúa montado en *Carbón*. Luego él me guiña un ojo y sale de la granja con esa seguridad que es su seña, con ese porte seductor, con ese

halo irresistible que lo envuelve de manera innata. Me doy media vuelta mientras intento recomponerme y abro la puerta de la casa. Las voces me llevan hasta la cocina y al entrar veo a mi amiga hablando con su padre mientras toman un café. Sonrío al darme cuenta de que Caitlin prácticamente no ha cambiado, sigue siendo una mujer preciosa, con una larga melena lisa de un tono castaño muy claro, rozando el rubio, que lleva recogido en una coleta alta. Su cuerpo siempre ha sido delgado, y con el transcurso de los años ha ganado en curvas seductoras. En este momento gira la cara y me sonrío con alegría mientras se levanta de la silla para encontrarse conmigo.

—¡¡Aitana!! —grita mientras me estrecha con fuerza entre sus brazos, y notar ese cariño hace que sonrío con dicha, pues, a pesar de la distancia y de los años, seguimos siendo amigas. Suspiro y tengo que frenar a mis ojos, que amenazan con derramar todas esas lágrimas que no habían llegado hasta ahora, pero no es momento de llorar, sino de sonreír—. ¡Pero, mírate! Estás preciosa —me dice Caitlin echándome una mirada que me hace reír mientras me seco una lágrima que ha abandonado sin mi permiso mis ojos llenándome de algo tan nuevo como maravilloso.

—Tú más.

—¡Qué va! Siempre que vengo a la granja me mimetizo con el entorno. Dentro de poco me veo con camisas de cuadros y un hacha atada al cinturón —suelta con guasa, haciéndome reír—. ¿Dónde estabas?

—Tu hermano me ha llevado a ver a los canguros.

—¿Mi hermano? —pregunta extrañada, como si se lo hubiese dicho en otro idioma—. ¿Logan? —reitera mirando a su padre, que simplemente se encoge de hombros mientras oculta una sonrisa detrás de su taza de café—. ¿Has tenido que sobornarlo o amenazarlo con cortarle el pelo sin su permiso o algo así?

—No —contesto entre risas mientras me siento con ella y William alrededor de la mesa—. ¡Cuéntame, Caitlin! ¿Cómo estás?

—Pues ahora mismo estoy alucinando pepinillos, pero creo que me repondré —confiesa con mucha seriedad, haciéndonos reír—. ¿Sabes que he vuelto el mejor día? ¡Esta noche nos han invitado a una fiesta! —exclama mientras bailotea en la silla, entusiasmada con la idea.

—Madre mía, hija, esto es llegar y arrasar —señala William con una tierna sonrisa.

—Claro, papá. No hay que perder el tiempo —indica mientras le guiña un ojo—. Esta noche, querida amiga, salimos sí o sí. ¡¡Necesito una buena juerga!!

## Aitana

Almorzamos sin parar de hablar, sabiendo que tanto Tyler, como William y Logan nos están escuchando, pero parece que a mi loca amiga no le importa hablar con ellos delante. Eso sí, algo que agradezco enormemente es que Caitlin haya elegido temas para nada comprometidos, centrándose en hablar del pasado, de los veranos que pasaba aquí y de todo lo que habíamos hecho juntas. Después de recoger la cocina, nos dirigimos al porche y nos tumbamos en la hamaca como cuando éramos adolescentes, meciéndonos y hablando entre susurros.

—¿Por qué te fuiste de la granja? —pregunto haciendo que ella alce una ceja con sorpresa para después encogerse de hombros.

—Intentaba encontrar mi camino —contesta, y asiento con la cabeza, pues entiendo a lo que se refiere.

—¿Qué tal por Melbourne?

—No tan bien como le digo a mi padre, pero ahí voy.

—¿Y eso?

—No sé, Aitana... A veces tomamos decisiones sólo para sentir que estamos en movimiento creyendo que ésa es la solución, cuando sólo empeora el problema. Necesitaba cambiar de aires, ésa es la verdad, irme a una gran ciudad, poder hacer otras cosas que no fuera estar en la granja, estar con gente diferente, hablar de otros temas... En cambio, cuando estoy aquí..., me cuesta horrores volver a Melbourne y, cuando estoy allí, incluso echo de menos todo esto.

—¡Pues quédate!

—¿Y admitir que me he equivocado? —pregunta arrugando la nariz y haciéndome reír. Caitlin sigue siendo igual de obstinada que su hermano, me temo que tiene que ver con el gen Walsh.

—Es mejor admitirlo que seguir en un lugar en el que no te apetece estar... ¿O es que hay alguien por ahí que te retiene? —replico mientras le guiño un ojo.

—¡Qué va, Aitana! Sigo teniendo la misma mala suerte que antes, y creo que con los años se ha acentuado. ¡Menuda hartura de hombres! Ninguno quiere tener algo serio, todos piensan en divertirse y poco más. ¡¡Por el amor de Dios, que ya tenemos una edad!! —suelta con guasa, haciéndome reír a carcajadas—. Mi padre me dijo que estabas de vacaciones, pero, lo siento, Aitana, no me lo trago.

—No estoy de vacaciones, sólo necesitaba alejarme de todo y volver a empezar.

—Entonces... ¿tienes pensado quedarte a vivir aquí? —inquieta mirándome con curiosidad.

—No sé lo que pasará en el futuro, pero, de momento, no tengo pensado moverme de Berry.

—Pues mira, como se me crucen los cables, me vengo y nos vamos a vivir juntas. ¿Te imaginas, Aitana? —suelta, y esa pregunta me llena de recuerdos de esas mismas tardes, en ese mismo lugar, pero hace muchos años, cuando hablábamos del futuro y hacíamos planes, donde compartir casa siempre salía en la conversación como un hecho irrefutable.

—Estaría genial.

—¿Verdad? —pregunta con guasa—. Te he echado de menos...

—Y yo a ti, Caitlin, no te imaginas cuánto.

—¿Sabes? El primer año que no volviste estuve tentada de comprarme un billete de avión con mis ahorros y presentarme en Madrid... —confiesa mientras niega con la cabeza desaprobando esa locura.

—Si lo hubieses hecho, te habría recibido con los brazos abiertos, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero también soy consciente de que mi hermano me habría traído de la oreja hasta Berry —tercia entre risas imaginándoselo, para después quedarse callada mirando el cielo—. De vez en cuando buscaba publicaciones sobre ti por internet, incluso me tocaba traducirlas para saber lo que decían, y en las fotos aparecías siempre tan elegante, tan poderosa y emprendedora, tan inalcanzable, que llegué a pensar que habías conseguido todo lo que siempre habías soñado...

—Todo era fachada, te lo aseguro, Caitlin... Un bonito vestido y una buena maquilladora pueden hacer que deslumbre hasta Quasimodo.

—¡Qué exagerada! —exclama con una sonrisa—. Vi hace poco que estabas saliendo con un hombre, y parecía que vuestra relación iba en serio...

—Sí... —susurro centrando la mirada en una nube blanca que surca el cielo—. Pero eso se acabó.

—Vaya... ¿Qué pasó? En las fotos que vi hacíais una increíble pareja: tan guapos, elegantes y ricos...

—Ya... Bueno, ya sabes, hay relaciones que están condenadas al fracaso —balbuceo haciendo una mueca—. ¿Nos empezamos a preparar para la fiesta?

—¡Dios, sí! Por favor, prométeme que nos emborracharemos hasta acabar las dos cantando *It's Raining Men* a pleno pulmón.

—¡Trato hecho! —suelto mientras nos levantamos de la hamaca.

Después de ducharnos cada una en nuestro cuarto de baño y de elegir los vestidos que nos vamos a poner, nos encontramos en la habitación de Caitlin y comenzamos a prepararnos como cuando éramos jóvenes, hablando del pasado con añoranza y ternura, mientras nos vestimos y nos peinamos.

—¿Dónde has aprendido a maquillar? No me digas que también te lo enseñó la cocinera —susurra Caitlin, y sonrío mientras extiendo con mimo la base de maquillaje sobre su piel, haciendo

referencia a ese hecho que ha descubierto durante el almuerzo.

—No... Aprendí gracias a los tutoriales de YouTube —contesto, lo que hace que Caitlin me mire enarcando una ceja asombrada por mi respuesta—. No disponía de mucho tiempo libre para ir al salón de belleza o para esperar a que una profesional viniera a mi casa a maquillarme, algo que me tocaba hacer todas las mañanas, nada más levantarme, y tenía que apañármelas como buenamente podía.

—¿Y por qué no te enseñó tu madre?

—Mi madre... —siseo negando con la cabeza—. No sé si sabrá hacerlo sola, desde que tengo uso de razón, a ella la han maquillado y peinado.

—¿Te acuerdas de aquel verano que nos maquillamos con los potingues de mi madre? A mi padre por poco le da un soponcio al vernos.

—Parecíamos el Joker en su peor momento —comento haciendo reír a mi amiga—. Pero nosotras nos sentíamos muy guapas.

—¡Por supuesto! Divinas de la muerte —añade Caitlin entre risas—. Creo que tengo guardada la foto que nos hizo antes de obligarnos a lavarnos la cara.

—Me encantaría verla... Tengo tantos buenos recuerdos de este sitio...

—Excepto por mi hermano... ¡Siempre estaba destrozando nuestros maravillosos planes! —exclama con resignación—. Aunque supongo que mi padre lo instaba a hacerlo. Él es el mayor...

—Entre nosotras: era un incordio... —confieso, y Caitlin se echa a reír.

—Y sigue siéndolo. Aunque hoy lo he visto más tranquilo de lo normal cuando hemos almorzado; prácticamente no ha metido baza y ni siquiera me ha recriminado nada de lo que he dicho... Tengo que preguntarle a mi padre si tiene nombre de chica ese cambio. Es raro en él —comenta, y frunzo ligeramente el ceño. ¿Ese cambio será debido a mí? Niego con la cabeza mientras sonrío desechando esa opción, ¡es imposible!

—No te muevas, Caitlin, que quiero dejarte todavía más guapa de lo que eres.

—Estoy deseando ir a la fiesta de esta noche, que todos me vean con este precioso vestido que me has dejado, bailar, reír y pasarlo bien... —dice con una sonrisa, y observo lo bien que le queda ese vestido plateado con escote palabra de honor.

—Mírate —pido al poco cuando terminó de maquillarla.

—Ay... —susurra observándose en el espejo—. ¡Pero si estoy guapa y todo! —suelta haciendo que me ría—. Anda, ¡vamos a romper corazones!, que hoy ligamos sí o sí —indica mientras se levanta de la silla para salir del cuarto de baño.

Bajamos la escalera haciendo repiquetear nuestros altos tacones. Al llegar abajo, William se vuelve para mirarnos y después sonrío con ternura.

—Madre mía, ¡estáis preciosísimas! —exclama provocando nuestra sonrisa.

—Mira, papá —dice Caitlin mostrándole mis Manolos negros, que también le he prestado para completar su *look*—, estos zapatos valen más que una vaca.

—¡Qué disparate! —suelta asombrado haciéndonos reír—. Mucho mejor una vaca que unos

tacones, ¿verdad?

—Pero ¡menudos tacones! —añade Caitlin moviendo el pie y admirándolos desde todos los ángulos—. ¿Logan ya se ha ido?

—Sí, me ha dicho que también iría a esa fiesta, pero había quedado antes con Nate para ayudarlo —explica William, e intento desviar la mirada hacia el vestido que llevo, de color negro brillante y que se pega con sutileza a mi cuerpo; luego echo un vistazo a mis *stilettos* plateados, y no lo hago para ver lo monísima que estoy, sino porque ha sido oír que Logan estará también en esa fiesta y mi cuerpo se ha revolucionado. «¡Ay, madre mía, ¿dónde me estoy metiendo?!»

—Muy bien. ¡Luego nos vemos! —dice Caitlin, para después salir y dirigirnos a su Jeep rojo.

No sé cuánto tardamos en llegar, la verdad es que estar con mi amiga equivale a no parar de hablar de cualquier cosa, animándome con su charla y esa manera de ser tan optimista y fuerte. Caitlin se detiene delante de una gran casa, y a continuación nos apeamos y entramos en la propiedad, donde nos recibe un divertido Nate con los brazos abiertos, tendiéndonos una cerveza a cada una y animándonos a que nos divirtamos mientras señala el amplio jardín con una piscina en el centro, bordeada de espesos bosques por los que se llega a la playa.

—¿Sabes que tuve un rollito con Nate? —susurra Caitlin al poco, y la miro con asombro antes de llevarme el botellín a los labios—. Fue cuando cumplí veinte años y... ¡Uf!, Aitana, increíble. Eso sí, mi hermano no tiene ni pajolera idea, si lo supiera, me temo que lo caparía; una pena, porque está muy bien dotado el muchacho —añade provocando que me eche a reír. En definitiva, mi amiga sigue igual que siempre—. En estos días, ¿has vuelto a ver a Cody? Recuerdo que te gustaba...

—Sí, lo he visto y... —digo mientras hago una mueca de disgusto, algo que le hace gracia—. Me enteré de que sigue casado y no tiene planes de divorciarse, aun así, parece que hace vida como si estuviera soltero.

—Cody siempre ha sido muy libertino, aunque también está realmente bueno —comenta, y me encojo de hombros, pues ya no lo veo tan atractivo—. ¿Sabes? Echaba de menos estas fiestas —dice con alegría mientras contempla a la gente con la que hemos crecido, la música llenándolo todo y el ambiente festivo que nos anima—. ¿Y tú?

—Recuerdo que la última noche que estuve en Berry pensé aliviada que no volvería nunca más —confieso mirando a mi alrededor y encontrando, entre toda la gente, a Logan, que está hablando con un grupo de chicas. Va con una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros desgastados, y decir que está increíble es quedarme corta—. Ahora creo que no podría encontrar mejor lugar que éste para vivir.

—Te veo distinta, Aitana, parece que no seas la misma chica con la que compartía secretos... —susurra mirándome fijamente como si así pudiera saber lo que se me pasa por la cabeza.

—No soy la misma, Caitlin... —indico haciendo una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Sabes que siempre me he sentido inferior a ti? —pregunta, y no puedo ocultar mi sorpresa al oír esa afirmación—. Cada vez que venías, todas las miradas se centraban en ti, en cómo

vestías, en cómo te movías, en cómo ibas peinada... Viví bajo tu sombra, hasta que de repente ya no volviste y me tocó averiguar quién coño era yo sin tu ropa, sin tu presencia, sin tu manera de ser...

—Caitlin, yo habría dado lo que fuese por ser como tú, tan fuerte, divertida y osada... Y por tener lo que tenías: una familia que te quería sin condiciones.

—Era así por ti, para intentar brillar cuando tú estabas a mi lado y... dudo que desearas tener pegado a tu espalda a mi padre y a Logan, vigilando con quién estaba o con quién no...

—Es mucho mejor que no tener a nadie, te lo aseguro...

—¡Venga ya, Aitana! Tu familia te quiere.

—No, Caitlin. Mi abuelo me quería, joder, ¡me quería muchísimo! —exclamo sintiendo cómo las lágrimas amenazan con desbordarse de mis ojos—. Pero, al morir, me di cuenta de que era el único que me quería tal y como era. Mis padres sólo desean cosas de mí —susurro muy bajito encogiéndome de hombros y sintiéndome de repente muy pequeñita—. Sólo quieren lograr más dinero, contactos y poder a mi costa, guiándome a salir con tal persona, dictándome lo que tengo que hacer a cada momento, a cada segundo de mi vida, diciéndome cómo debo comportarme, cómo debo vestirme, cómo debo sentirme... Te aseguro que me habría cambiado por ti sin dudarlo un segundo. Tu padre te adora y tu hermano, aunque no te lo diga, te quiere mucho, sólo basta ver lo que se preocupan por ti y lo hacen sin condiciones, Caitlin, aceptándote tal y como eres, dejando que seas tú quien decida lo que quiere o no hacer.

—Aitana..., no tenía ni idea de que ellos..., de que tú... —farfulla realmente afectada por mis palabras.

—Es normal —digo interrumpiéndola—. Para ellos, mostrar un buen escaparate es primordial, aunque de puertas para dentro todo esté podrido —añado, e intento sonreír para que no se preocupe en exceso—. Siempre te he considerado mi amiga, la única verdadera que he tenido, y hemos perdido el contacto estos años, no porque tuviera una vida desbordante y maravillosa que no me permitiera coger el teléfono y llamarte, sino porque mi vida era tal fiasco que me avergonzaba reconocerlo.

—Joder, Aitana... Si hubiera sabido que todo lo que salía de ti en internet era falso, que te encontrabas tan mal y tan perdida, me habría presentado delante de tu puerta y te habría hecho venir antes aquí —comenta mientras me estrecha en un reconfortante abrazo—. ¿Tú te crees, que estamos en una fiesta y nos hemos puesto melodramáticas? —suelta haciéndome sonreír—. Vamos a por otras cervezas, que hay que celebrar la amistad.

Caitlin me coge del brazo y nos dirigimos donde están dispuestas las cervezas, sintiendo que nuestra amistad ha vuelto incluso con más fuerza, mientras bebemos y reímos, bailamos entre risas, como si toda la tristeza, el dolor y las preocupaciones no existieran.

—¿Sabes una cosa? —pregunto al rato de estar aquí, después de haber probado la barbacoa y de haber bebido unas cuantas cervezas que me han achispado—. Me he enterado de que hay alguien que está loco por ti.



—¿Qué me estás contando? —suelta abriendo los ojos y acercándose mucho a mí. Caitlin lleva más cervezas en el cuerpo que yo, ¡y eso ya es decir!—. ¿Quién essss?

—Tyler.

—Nooooo.

—Sí, me lo dijo él y lo acabo de pillar mirándote —comento dirigiendo la mirada hacia donde se encuentra el capataz, que está hablando con unos chicos del pueblo que conozco de vista.

—Pero si cuando vengo a la granja no me habla. ¡Es más! Ni siquiera me mira —susurra extrañada.

—Parece que es tímido.

—Pues no lo he visto tímido contigo durante el almuerzo —añade haciendo que me eche a reír—. Vamos, incluso le he dicho a mi hermano que parecía que Tyler estaba interesado en ti.

—¡Qué va! Eso es porque yo no le gusto y se siente más seguro si habla conmigo —alego mientras le guiño un ojo.

—Es guapo —susurra mirándolo fijamente, lo que hace que Tyler, al ver su escrutinio desde lejos, se mueva nervioso.

—Es más que guapo —matizo, y Caitlin asiente conforme. Pues es cierto que Tyler tiene unos rasgos muy atractivos, y esa manera de ser risueña y dulce lo hacen un querubín.

—Pero no sé... Le falta algo, Aitana. A mí me gustan más, cómo te lo diría..., más hombres, más macarras, más fuertes, más machotes, y Tyler... Es guapo, no te lo discuto, pero le falta ese carácter que me pone como una mona.

—A lo mejor te sorprende si le das una oportunidad...

—No estoy para perder el tiempo, Aitana —declara encogiéndose de hombros para después deslizar la mirada por la fiesta, dando por zanjado ese tema—. ¡Ostras! Mira, ahí está Paige.

—No la conozco —comento mientras la miro desde lejos—. Pero ve a saludarla, voy a aprovechar para ir a por otra cerveza.

—¿De verdad que no te importa?

—No, para nada.

Sonrío al ver cómo Caitlin se acerca a esa chica, que, al verla, la abraza con cariño, para luego ponerse a hablar entre risas. Desvío la mirada de ellas para coger una cerveza y dirigirme a una zona menos concurrida de la fiesta. Llevo un buen rato sin divisar a Logan, desde que lo he visto con Charlotte pegada a él como si fuera una lapa, algo que me ha hecho obligarme a no mirarlo, pues cada vez que observaba cómo esa mujer se le acercaba sentía en mi interior una rabia que no debería sentir. Alzo la mirada al cielo, contemplando las estrellas que brillan en ese manto oscuro, el olor a sal mezclándose con las brasas de la barbacoa, el murmullo de la gente, las risas, ese acento que ha formado parte de mi vida, y bailo sin pensar con esta música que lo llena todo, meciendo las caderas, alzando los brazos, sintiéndome libre...

—Hola, preciosa.

Su voz me hace detenerme de golpe, abrir los ojos y verlo delante de mí, con una sonrisa que

me hace posar los pies en la tierra.

—Cody —digo a modo de saludo.

—No sabía que te encontraría aquí...

—Ni yo...

—Estás preciosa.

—Gracias... —susurro mirando a mi alrededor. Caitlin sigue hablando animadamente con Paige.

—Al final no te has pasado a verme por el taller...

—He estado ocupada.

—¿Con Logan? —pregunta, y su tono despectivo de voz me hace fruncir ligeramente el ceño, pues no entiendo a qué viene esto.

—Sí, conmigo —interrumpe Logan apareciendo de repente a mi lado, llenándolo todo con su magnífica presencia y ese autocontrol suyo que es admirable.

—Por lo visto, sigues siendo su guardaespaldas —comenta Cody mirándolo con desprecio.

—Las buenas costumbres no hay que olvidarlas. ¿Puedo hablar un momento contigo, Aitana?

—Sí, claro... Perdónanos, Cody —mascullo mientras sonrío con educación y sigo a Logan al interior de la casa sin hablar, como si estuviéramos esperando encontrar un lugar tranquilo para hacerlo.

—Aborrezco que se te acerque —declara paseándose nervioso delante de mí. Estamos en un rincón del salón, alejados de las ventanas y de la puerta que da al jardín—. Cómo te mira, cómo te vigila desde la distancia... Lleva toda la noche siguiéndote con la mirada, ¡joder!

—¿Ya no sois amigos?

—Llevamos muchos años sin serlo —susurra con dejadez.

—¿Qué pasó?

—Cody no soporta que nadie le haga sombra, que haya alguien que pueda conseguir lo que desea... Nos enfadamos por una propiedad que estaba a la venta, él no supo perder y no nos hablamos desde entonces.

—Vaya... —murmuro asombrada de que acabaran así, pues recuerdo que en el pasado eran íntimos—. Pero escúchame, Logan, no pasa nada porque él se acerque a mí. Sé defenderme sola, lo he estado haciendo durante todos estos años...

—¿Qué te crees?, ¿que no lo sé? Habría dado un brazo por poder haber estado a tu lado para protegerte, para que no llegaras al extremo de anularte por intentar encajar, por... —resopla desesperado mientras aprieta la mandíbula con impotencia—. No sé qué me pasa contigo, Aitana —susurra dando un paso adelante mirándome a través de sus pestañas.

—¿Te arrepientes? —balbuceo temiendo su respuesta.

—Me arrepiento de no haberte besado antes y de no haber hecho algo cuando podía.

—¿Cómo? —murmuro al no comprenderlo.

—Joder, estás tan sexy con este vestido —susurra obviando mi pregunta mientras me acaricia

con delicadeza el contorno de mi silueta, recorriendo con sus yemas los muslos, la cadera, la cintura—. Desde que te he visto aparecer en la fiesta he querido acercarme a ti.

—Logan —jadeo sintiendo cómo mi espalda choca contra la pared, sin percatarme de que he ido reculando, donde, ocultos por las sombras, nadie de fuera nos puede ver—. Te he visto hablando con Charlotte... —balbuceo intentando que las sensaciones no me embriaguen tanto como para no hablar de este tema que me preocupa—. ¿La quieres? Porque, si es así..., yo lo entendería y...

—No la quiero, Aitana, y ella sabe que no somos nada —comenta deslizando los dedos por mi clavícula, adentrándose en mi cabello, recorriendo mi cuello, que me llena de un dulce cosquilleo—. No soy un cabrón. Jamás jugaría a dos bandas, y ahora mismo tú lo llenas todo con tu olor, tu sabor, tu mirada...

Un gemido sale de mi garganta sin ni siquiera percatarme, para después —y casi a la vez— sentir la poderosa y lujuriosa boca de Logan sobre mis labios, que se abren gustosos para recibirlo. Jadeo de placer al volver a sentirlo, tentándome, acariciándome, haciéndome arder de expectación, de deseo, de locura, de frenesí...

—Vámonos de aquí —me pide con voz ronca entre beso y beso.

—No puedo... He venido con tu hermana y no quiero que...

—Ya —me interrumpe mientras vuelve a apretar la mandíbula y da un paso atrás, como si necesitase espacio para pensar bien—. Tienes razón, pero, aunque esté ella aquí, eso no quitará que cumpla mi palabra. Quiero que vuelvas a sentir, Aitana.

Jamás una promesa me ha llenado tanto como esta vez. Sonrío mientras asiento conforme, para luego notar cómo él me da un pequeño beso en los labios y me guiña el ojo, saliendo de la casa para volver a adentrarse en la fiesta, dejándome con el corazón latiendo a mil y anhelando que esto que tenemos jamás se acabe.

¿Conseguiré ocultar una relación puramente carnal con el hermano de mi mejor amiga? Me mordisqueo el labio mientras salgo a la fiesta. Sé que no puedo contárselo a Caitlin, si lo hiciera me llamaría loca, y no sin motivos. Tengo que ser consciente de que Logan es un mujeriego y que yo sólo soy una más en su larga lista de conquistas...

## Logan

Siempre me ha gustado pasar el rato con mis amigos, divertirme, hablar, reírme... Pero esta noche, en casa de Nate, sólo deseo que mi hermana deje de danzar como si le hubiesen puesto pilas nuevas y decida irse a la granja. Ese beso que le he robado a Aitana en el interior de la casa de mi amigo me ha sabido a poco, ¡joder, quiero más!, y ver a Cody tan pendiente de ella... Intento desechar estos pensamientos que no me benefician en absoluto. Es absurdo cabrearme porque Aitana llame la atención de otros hombres, cosa que comprendo, ¡yo mismo no puedo apartar la mirada de cada cosa que hace!, pero es superior a mis fuerzas, como si quisiera protegerla de algo que es imposible que pueda abarcar, como cuando pienso en estos años que ha estado sola en España... ¿Cómo habrá sido su vida para llegar al triste extremo de olvidarse de sus propias necesidades?

—¿Mañana nos vemos en la playa? —pregunta Tyler acercándose a mí.

—Sí, claro —contesto intentando que nadie note que no puedo dejar de mirar el delicado cuerpo de Aitana moverse con gracia con la música, son tan sexis e hipnóticos sus movimientos...

—Me marcho ya a casa... Parece que no se cansan —comenta señalándola a ella y a mi hermana.

—Supongo que se estarán resarcido del tiempo que llevan sin verse.

—Seguro... ¡Nos vemos mañana!

Levanto la cabeza a modo de despedida y luego la observo de nuevo. Ahora mismo está hablando con mi hermana, para después caminar hasta donde estoy.

—Caitlin es incansable —confiesa haciéndome sonreír—. ¿Tienes pensado quedarte más rato o...?

—¡Vámonos! —suelto haciéndola sonreír. A continuación se vuelve y levanta el pulgar en dirección a Caitlin, que hace lo mismo y comienza a mover enérgicamente la mano diciendo adiós.

Nos despedimos de Nate y nos subimos al todoterreno para dirigirnos a la granja. No puedo evitar observarla de reojo, no dice nada, sólo está apoyada contra el cristal y parece que mira a través de él.

—¿Estás cansada?

—Un poco... —contesta mirándome un segundo.

Sonrío y trato de concentrarme en la carretera, aunque es algo bastante difícil de conseguir cuando tengo estas bonitas piernas tan a la vista... No obstante, al final logro llegar a la granja, detengo el todoterreno en la puerta y, al mirarla, me la encuentro plácidamente dormida. La contemplo deleitándome con esa tierna imagen, tan tranquila y relajada, como si todo en su vida fuese bien, algo que ahora sé que no es así... Salgo del coche y la saco con delicadeza en brazos para llevarla hasta su dormitorio. La tiendo con suavidad en la cama, le quito los zapatos y le aparto un mechón de pelo que tiene cubriéndole su rostro de porcelana.

—No deberías haberte marchado nunca de aquí... —digo con un hilo de voz sin poder dejar de observarla, dejando libres unas palabras que ni siquiera sabía que tenía guardadas—. Supongo que no era nuestro momento, aunque me temo que habría caído rendido a tus pies mucho antes.

La contemplo unos segundos más, para después salir de ahí y dirigirme a mi dormitorio, notando algo que jamás he experimentado antes y sé, sin ni siquiera dudar, que Aitana me ha trastocado para siempre...

\* \* \*

—Buenos días —saludo apareciendo por la cocina y veo que ya están todos desayunando alrededor de la mesa mientras conversan. Me dirijo casi en modo automático a la cafetera. ¡Estoy muerto de sueño!

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —pregunta mi padre mientras me siento y miro de reojo a Aitana, que está cuchicheando con su gran amiga.

—Hoy me voy con los chicos a la playa —contesto, y en ese momento mi hermana levanta la cabeza y me mira con alegría.

—¿Vais a hacer surf? —inquire expectante.

—Sí, han dado buenas olas —informo mientras le doy un sorbo al café esperando la reacción de mi hermana, que no tarda en aparecer. La conozco demasiado bien...

—¡Nos apuntamos!! —exclama con alegría, lo que provoca que Aitana sonría.

Dejo la taza sobre la mesa para llevarme un cruasán a la boca sabiendo que, por lo menos, voy a estar con ella, aunque sea a una distancia prudencial, para que nadie sospeche que estamos... ¡No tengo ni puta idea de lo que estamos haciendo! Lo único que sé es que me gusta y que cada vez quiero más.

\* \* \*

Llevamos todo el día en la playa y no he parado de surfear con Tyler y con Nate, para después almorzar todos juntos unos bocadillos, y, casi con el último bocado en la boca, volver de nuevo al mar, como si las olas se fueran a marchar, divirtiéndome como hace tiempo que no lo hago, riéndome, hablando y observando de vez en cuando cómo Aitana habla con mi hermana, tendidas

sobre la arena, dándome cuenta de lo mucho que me está costando mantener las manos alejadas de su piel, que empieza a broncearse, de su cabello revuelto, de su amplia sonrisa, esa que reluce con fuerza...

—Logan —dice Nate sentado sobre la tabla mientras las olas nos mecen—, anoche... Anoche vi salir juntos a Cody y a tu hermana —me suelta de golpe, y observo cómo Tyler, que se encuentra a escasos pasos de donde estamos nosotros, se vuelve para mirarlo con seriedad, como si le afectase esa información...

—¿Cómo de juntos? —pregunto apretando los dientes, porque sólo de pensar en algo así, ¡la rabia se me agolpa en la garganta!

—Como para saber con lujo de detalles cómo es la campanilla del otro... —comenta negando con la cabeza, desaprobando así la conducta de mi chiflada hermana.

—Joder —maldigo buscando con la mirada a Caitlin, que se encuentra bailando como si nada alrededor de Aitana—. ¡No sé qué coño piensa! Sabe de sobra cómo es Cody y de lo que es capaz.

—Sinceramente, creo que pensar, pensó poco anoche... Iba bastante borracha, fueron de los últimos en irse de la fiesta.

—Mira, mejor no me cuentes nada más, porque me entran ganas de pegarle una paliza a ese hijo de puta y a mi hermana zarandearla para que espabile... Lo más gracioso es que luego se queja de que sus relaciones siempre acaban igual. ¿Cómo quieres que acaben, alma de cántaro, si eliges a lo peorcito? —suelto con rabia, porque de verdad es que no la entiendo.

—Es joven —susurra Tyler intentando defenderla.

—¡Ya no es tan joven! —replico mientras niego con la cabeza—. Es una mujer adulta que sigue comportándose como una cría descerebrada. En fin, ella sabrá, yo ya no puedo hacer más... Si quiere estamparse, que se estampe —digo notando que el enfado comienza a crecer todavía más, ¡pero es que no entiendo por qué mi hermana hace semejante gilipollez! Ella sabe cómo es Cody, sabe el porqué de nuestra enemistad, sabe que es capaz de hacer cualquier cosa y de decir cualquier barbaridad por meterse en las bragas de una tía—. ¡Me voy a coger algunas olas!

Comienzo a remar con los brazos hasta adentrarme en el mar, para surfear y desprenderme de ese mal sabor de boca al saber que mi hermana pequeña ha cometido la mayor estupidez del mundo. ¡Anda que no hay hombres en Berry, que tiene que liarse con el peor de todos! Cuando ya no puedo más y siento cómo los músculos comienzan a quejarse de tanto esfuerzo, salgo del agua y me acerco donde está Aitana hablando animadamente con Nate y Tyler.

—¿Y Caitlin? —pregunto clavando la tabla y quitándome la tobillera.

—Se ha ido hace un rato... Había quedado con alguien —contesta Aitana y, al mirarla, me doy cuenta de cómo me repasa sin ningún disimulo el torso, algo que me hace sonreír—. A mí no me apetecía marcharme tan pronto y he pensado que podría irme contigo a la granja.

—Claro —digo mientras cojo una botella de agua para después llevármela a los labios—. ¿Te apetece probar? —pregunto señalando la tabla, lo que la hace sonreír, llenándola de luz.

—Sí.

—Nosotros nos vamos —comenta Nate dándole un codazo a Tyler para que se levante—. Hemos quedado.

—¿Sí? —dice este último confundido, algo que me hace mirar al suelo y negar con la cabeza. A Tyler se le da muy mal mentir o disimular.

—Claro —susurra Nate mirándolo con intensidad, provocando que él asienta—. Divertíos.

Nos despedimos de ellos para después dirigirme de nuevo al agua, aunque esta vez con la persona que llevo mirando de lejos todo el día. Ya dentro, le ato la tabla para que Aitana pueda surfear esas olas, algo que hace con ese entusiasmo que aparece muy pocas veces, pero, cuando surge, la convierte en otra persona muy distinta, con hambre de vivir, con ansias de libertad, con un espíritu tan contagioso que incluso he empezado a despegarme de esta monotonía en la que se había convertido mi vida.

—Has nacido para esto —declaro en cuanto la veo acercarse a mí con una amplia y preciosa sonrisa.

—¿Para surfear? —pregunta frunciendo ligeramente el ceño, lo que me hace reírme de buena gana.

«Para sacudir de arriba abajo mi vida con tanta fuerza que me he dado cuenta de que he estado desperdiciando el tiempo...», pienso, en cambio contesto:

—Para hacer todo lo que te propongas.

Le quito la cinta de alrededor de su tobillo para atarla al mío, después me subo a la tabla y le tiendo la mano. Sonríe, luego mira si hay alguien en la playa —algo que ya he comprobado yo antes— y se sube delante de mí, ambos sentados mirando el horizonte y observando cómo el sol descende, tiñéndolo todo con una luz tenue, avicinándose el final del día.

—Nunca he hecho esto —confiesa Aitana con un hilo de voz, y no puedo evitar darle un beso en el hombro desnudo.

—¿El qué?

—Estar así con un chico, sentados encima de una tabla, mirando el horizonte. Nada más que eso y... me gusta —susurra mientras le acaricio los muslos, que se encuentran pegados a los míos, mientras nos mecen las olas, que han menguado en intensidad, y me deleito en la suavidad de la piel de Aitana.

—También es mi primera vez —susurro, y ella se vuelve para mirarme sorprendida de mi afirmación—. Nunca me ha gustado que nadie monte en mi tabla.

—Pero tú me has dejado hacerlo ya un par de veces.

—Lo sé —digo encogiéndome de hombros para después observar cómo Aitana se vuelve a girar para mirar al frente y deja caer la cabeza en mi hombro. Es tan sumamente placentero tenerla así, para mí, tan cerca, que no sé cómo he vivido antes sin ella—. Me encantaría hacer tantas cosas contigo que no sé si te atreverías...

—¿Qué cosas? —pregunta muy bajito deslizando su mano hacia mi pierna, que comienza a

acariciar de una manera tierna que me llena de calor por dentro.

—Ahora mismo me encantaría tocarte.

—Ya me estás tocando —murmura, pero en su tono no advierto fastidio, algo que me da los ánimos necesarios para seguir por esa línea. Parece que a ella le ocurre lo mismo que a mí, que es tocarnos y no poder parar de hacerlo...

—Pero no como quiero... —digo mientras le doy un beso en la cabeza para después girarme y comprobar, de nuevo, que, en efecto, la playa está desierta y sólo nos encontramos nosotros dos con la tenue luz del atardecer—. Me encantaría hacerte sentir... —confieso subiendo la mano que tengo en su muslo por la cara interna de éstos, oyendo cómo Aitana gime muy despacito con esa ligera caricia.

—Nunca he sentido tanto antes, Logan —jadea removiéndose incómoda en la tabla, apretándose contra mí, frotándose ligeramente contra mi polla y dándome el empujón para seguir ascendiendo con la mano, recorriendo con pausa el borde de ese sugerente bikini rojo que me lleva loco todo el puto día.

Ahora mismo daría un brazo o una pierna para poder verle la cara, para poder ver esa tentadora imagen de Aitana, abierta encima de la tabla, abierta para mí, jadeante, retorciéndose de placer sólo con unas tímidas caricias. Debe de ser la imagen más erótica del mundo. Gruño mientras le doy otro beso en la cabeza, acariciando por fuera su coño, sintiendo su calidez y oyendo sus pesados jadeos, que se mezclan con el mar, con las olas y con la brisa, convirtiéndose en el mejor sonido del mundo, en mi sonido preferido, que guardaré para siempre en mi memoria.

—Logan —gime, y su voz pesada llamándome es lo más erótico que he oído en mi puta vida. Tengo que apretar la mandíbula para frenar a mi cuerpo, que me arrastra hacia el suyo para saciarme de él.

Pero no, me he propuesto hacerle sentir, aunque muera de excitación en el proceso...

—Me vuelve loco oír mi nombre en tus labios —susurro dándole un pequeño mordisquito en el lóbulo de la oreja que le provoca otro gemido audible y que aprovecho para introducir un dedo y acariciar este pequeño bultito que se encuentra tan húmedo, tan caliente y desesperado que se contrae nada más sentir mi piel.

—¡Dios! —exclama echando la cabeza todavía más hacia atrás al notar cómo le acaricio el clítoris, primero lentamente, haciendo que jadee despacito, que disfrute de las sensaciones, notando cómo su sexo se contrae y se humedece más si cabe.

—Mira dónde estamos, Aitana. El mar, las olas, la tabla de surf, el atardecer, tú y yo. No nos hace falta más para sentir —susurro en su oído aumentando la velocidad de mi dedo, notando cómo ella se mece sobre la tabla, contra mi cuerpo. Sé que le queda poco, lo presiento, y no entiendo por qué, pero con ella todo es distinto, nuevo, brillante, tentador y jodidamente perfecto... Sólo quiero hacer que sienta de verdad, que se embeba de sensaciones, que disfrute y, joder, si supiera lo mucho que estoy disfrutando al verla así de jadeante, a punto de correrse con los movimientos de mis dedos, joderrr..., jamás he sentido tanta satisfacción al dar placer...



—Logan... Ah.... —gime entrecortadamente, y siento cómo tiembla, cómo alcanza el clímax, en este lugar que es de los dos, desde hace muchos años, desde siempre, y mucho más ahora.

—¿Cómo estás? —pregunto mientras deslizo mi mano por sus piernas relajadas en una caricia que hace que ella sienta un escalofrío que me hace sonreír.

—Demasiado bien —susurra, y le doy un beso en el hombro—. Pero tú...

—No pienses en eso ahora. Quería que tú tuvieras esta experiencia, en este lugar y conmigo —comento, y Aitana se vuelve para mirarme, algo que aprovecho para acariciarle la mejilla; las tiene las dos sonrojadas. Está tan preciosa en estos momentos que maldigo no poder sacarle una fotografía para inmortalizarla para siempre. Así tan natural, tan viva, tan... ella.

Sonríe de esa manera sincera que provoca que una corriente de calor recorra cada resquicio de mi piel y se acerca a mis labios para besarme, primero con lentitud, como si quisiera memorizar cada movimiento, y después el beso se convierte en puro deseo, avivando que nos movamos de manera inconsciente en la tabla para poder estar más pegados si cabe al otro, y de repente nos precipitamos irremediablemente al agua. Al emerger comenzamos a reír a carcajadas, me acerco a ella, para besarla otra vez de manera suave. No me canso de sentirla, sus besos son adictivos, como si con cada uno de ellos notase cómo se desprende un poco más de ese miedo que le ha hecho olvidarse de sentir.

—Nos toca volver a la realidad... —digo, y Aitana hace un mohín de fastidio que me llena el alma—. No quiero que te enfries...

Salimos del agua con las manos entrelazadas, sin poder dejar de mirarnos y mucho menos de sonreír, dándome cuenta, mientras la observo cómo se seca, de que este lugar siempre se convierte en especial si está ella...

## Aitana

Estoy bien.

Dudo unos instantes si enviar o no ese escueto mensaje, releyéndolo como si quisiera asegurarme de que está gramaticalmente bien escrito, algo absurdo cuando la frase sólo la componen dos palabras, aunque quizá lo que más me asombra es la tibieza de la misma, porque, si soy sincera, no estoy sólo bien, estoy tan fantásticamente bien, tanto, que todavía temo despertar en cualquier momento y encontrarme en mi ático de Madrid.

Miro por la ventana los primeros vestigios de un nuevo día, rememorando lo sucedido la tarde anterior, en la playa, con Logan. Un calor me recorre por completo el cuerpo al recordar todo el cúmulo de sensaciones que experimenté, algo que me ayuda a armarme de valor y darle al botón de enviar, pues sé que, aunque ellos sigan sin mandarme ningún mensaje para preguntarme si me encuentro bien, tengo el deber de informarlos, por lo menos, de que mi ausencia se debe a una elección propia. Apago el teléfono nada más cerciorarme de que ha llegado el mensaje y dejo el dispositivo dentro de la maleta, que se encuentra justo debajo de la cama, para después salir del dormitorio y dirigirme a la cocina. Bebo un gran vaso de agua helada y me voy a la piscina.

Estoy acostumbrándome a estos ejercicios antes de desayunar, y este día dejo el yoga para otro momento y opto por meterme directamente en el agua mientras recuerdo el camino de vuelta a la granja después de haber pasado todo el día en la playa, observando a Logan deslizarse por encima de las olas, con esa fuerza, esa confianza tan característica en él, y cuando nos quedamos solos... Suspiro mientras me acerco a la piscina y alzo la mirada al cielo, que comienza a teñirse de vibrantes naranjas, de rojo fuego, pudiendo recordar con nitidez su cuerpo, su aliento, su manera de llevarme a rozar el nirvana con cada centímetro de mi cuerpo y, de repente, siento cómo alguien me coge en volandas y me zambulle en las frías aguas. Al emerger, su sonrisa socarrona hace que me olvide un segundo de respirar. Logan me pone un dedo en mis labios entreabiertos mientras me guiña un ojo y, sólo con esa pequeña acción, me revoluciona por dentro como si fuera una colegiala, pero, para ser fiel a la realidad, nunca he sentido algo tan fuerte, tan atrapante y tentador. Después me arrastra a un lateral de la piscina sin soltarme un segundo de la cintura y me acerca a su increíble torso musculado con esas cuatro estrellas tan significativas que me vuelven loca. Me lleva contra una de las paredes de la piscina sin dejar de mirarme como si pudiera ver a

través de mis ojos, haciéndome sentir especial —algo absurdo, lo sé, Logan es un conquistador nato—, para después acercar su boca a mis labios en un beso húmedo, vibrante, repleto de luz y calor, que me hace recordar cómo me arrastró al placer sin casi percatarme. Al oírlo gruñir de esa manera tan gutural, que se ha convertido en mi sonido preferido, entrelazo las piernas en su cintura, rozando mi sexo con su dureza, excitándome tan rápidamente que temo morir al sentir tanto en tan poco tiempo, para después cogerlo de la nuca y profundizar en cada beso, en cada mordisquito que nos damos. Sus manos me recorren el trasero, me acercan más a su increíble excitación, estimulándome tanto que creo que puedo alcanzar el clímax así, notándolo, rozándome, sintiendo con él un mundo nuevo y anhelando más, más contacto, más beso, más caricia, más de Logan.

—Aitana —oigo de pronto, y nos separamos rápidamente con frustración uno del otro.

—Estoy fuera, Caitlin —digo mientras le guiño un ojo a Logan para después salir de la piscina por la escalerilla.

—Nate quiere verte —informa ella asomándose al jardín y observando cómo me enrolló la toalla alrededor del cuerpo.

—¿A mí? —pregunto mirando de reojo a Logan, que empieza a salir del agua con un grácil movimiento de sus increíbles y fuertes brazos.

«Vaya... tela... marineraaaaa...» Creo que podría pasarme toda la eternidad observando su magnífico cuerpo y, sobre todo, esas estrellas tatuadas que incrementan todavía más su atractivo y ese halo seductor que es su señal.

—Sí —susurra Caitlin encogiéndose de hombros mientras nos mira, tanto a mí como a su hermano—. ¿Qué hacéis aquí los dos solos?

—Hemos coincidido —contesta Logan como si nada cogiendo una toalla para secarse, haciendo que ella alce de nuevo los hombros y se meta en la cocina.

—Buenos días —nos saluda Nate apareciendo de repente por la puerta mientras se acerca a nosotros—. ¡Qué bien que os encuentre a los dos! —exclama aliviado—. Necesito tu ayuda, Aitana.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto, y veo cómo Logan se posiciona a mi lado y observa a su amigo mientras se anuda la toalla alrededor de su sexy cintura. «Ay, madre mía, este hombre me lleva loca. A ver, concéntrate, Aitana, que vas a parecer boba si no prestas atención a lo que te quiere decir Nate.»

—El cocinero se ha puesto malo y no puede venir hoy a trabajar, y la pinche..., la pobre no tiene mucha idea de cómo preparar los platos. El segundo al mando no puede venir hoy porque es su día libre y se marchó ayer por la tarde a Melbourne... Y he pensado en ti, Aitana. William siempre me habla de lo bien que cocinas, y tus postres y dulces arrasan cuando los traen..., ¿podrías salvarme el pellejo?

—Oh, Nate —susurro mirándolo tanto a él como a Logan, pues ambos esperan mi respuesta—. No sé si podría serte útil. No soy cocinera.

—¡Seguro que podrás hacerlo mejor que yo! —afirma Nate—. Por favor, Aitana, si no fuera importante, si no supiera que puedes hacerlo, no te lo estaría pidiendo.

—No lo pienses —susurra Logan mirándome fijamente—. Dime, ¿qué sientes al pensar en la posibilidad de cocinar en un restaurante?

—Emoción, nervios y miedo de hacerlo mal, de no estar a la altura —contesto llevándome la mano al corazón, notando cómo éste ha comenzado a latir más deprisa tan sólo al pensar en la posibilidad de hacer algo así—. De acuerdo, ¡lo haré! —aseguro dejándome llevar por un loco impulso, ¡veremos a ver si no achicharro la cocina en el proceso!

—¡¡Genial!! —exclama Nate abrazándome con alegría y haciéndome sonreír—. Gracias, gracias... Espero a que te vistas y te llevo.

—No hace falta, ya la llevaré yo —informa Logan mirando a su amigo, que sonríe mientras asiente conforme.

—Perfecto. Pues me voy para allá para empezar a preparar las cosas —comenta Nate mientras se despide de nosotros con la mano y desaparece por la puerta de la cocina.

—Sé que lo harás fenomenal, Aitana. Confío en ti —susurra Logan mientras desliza con una torturadora tranquilidad su dedo por mi brazo, para después caminar con calma hasta la cocina dejándome con el corazón desbocado por esa caricia, pero sobre todo por sus palabras.

¡Logan confía en mí! Trago saliva mirando a mi alrededor, es la primera vez —sin contar a mi abuelo— que alguien me dice algo así, que confía en mis aptitudes y que lo hace de una manera casi ciega. Sólo espero no defraudarlo.

Me ducho y me visto casi en tiempo récord para después ir a la cocina e intentar desayunar, pero los nervios que tengo concentrados en el estómago me impiden probar bocado, ya que la conversación que gira en torno a la mesa es esta oportunidad que tengo de demostrar lo que valgo, aunque... ¿sirvo realmente para esto? De vez en cuando miro de reojo a Logan, que desayuna sin decir ni una palabra, ajeno a la conversación —o eso creo yo—, y parece que también un poco a mí, que únicamente anhelo quedarme unos segundos a solas con él, para poder volver a sentir sobre mi piel sus labios, que me llenan de confianza, esa que necesito ahora mismo para poder reafirmarme en el hecho de que puedo hacer algo así.

Sin embargo, al final Caitlin desbarata todos nuestros planes y nos tenemos que contentar con mirarnos de lejos mientras subo al Jeep de mi mejor amiga para después dirigirnos al pueblo; según ella, es mejor que Logan permanezca en el campo, así Caitlin puede aprovechar el viaje y quedar con unos amigos...

Nos detenemos delante de una preciosa casa acondicionada, donde se puede leer en un gran cartel plateado el nombre del hotel: BERRY STARS. Como sé que Logan es el dueño, eso me hace sonreír, pues no podría haber mejor nombre para el hotel de un hombre que lleva tatuadas en su piel precisamente eso: estrellas.

—¡Que te vaya muy bien! —exclama Caitlin antes de que me baje del coche—. Cocina mucho y déjalos a todos locos, Aitana —me anima haciéndome sonreír.

Me apeo del Jeep y me dirijo al restaurante, que da a la calle. Al entrar por unas puertas de cristal, una *maître* me sonríe al verme aparecer.

—Hola, buenos días... Creo que me espera Nate. Lo siento, pero no recuerdo su apellido —comento haciendo una mueca al no habérselo preguntado antes de marcharse.

—¿Eres... —pregunta la *maître* mirando su agenda, para después mirarme con extrañeza— la señorita Pérez de Lara Corbyn?

—Sí —resoplo alzando la mirada al techo, parece que Nate sí que se acuerda de mi largo y rimbombante apellido.

—Un segundo —susurra mientras coge el teléfono y habla tan bajo y deprisa que me resulta complicadísimo saber lo que está diciendo—. Acompáñame, te están esperando en la cocina.

La sigo adentrándome en este precioso restaurante moderno, donde los colores azules y los plateados contrastan creando un lugar luminoso, juvenil y para nada recargado. Traspaso la puerta doble que nos lleva a la cocina, y al verla sonrío como si fuera una niña ante el castillo de las princesas de Disney, sintiendo cómo todo mi ser tiembla de expectación al darme cuenta de que es real, de que voy a hacerlo y de que esto que siempre ha formado parte de mi vida oculta puedo sacarlo a relucir en esta pequeña y preciosa población. Me perco de que todo es tan amplio, bonito y limpio que por poco tengo que pellizcarme para darme cuenta de que de verdad me encuentro aquí, dentro de una cocina profesional, toda de acero inoxidable y tan preciosa que, de pronto, me entran unas ganas inmensas de ponerme a cocinar ya.

—¡Ya estás aquí! —exclama Nate entrando detrás de nosotras y haciendo que la *maître* sonría para dejarnos a solas—. Mira, te presento a Holly, ella es nuestra pinche. —Señala a una joven rubia con el pelo liso y lacio atado en una alta coleta que simplemente me sonríe sin dejar un segundo de cortar patatas—. Es un poco tímida —susurra muy bajito para que sólo lo pueda oír yo—. Te he traído el menú, todo lo que servimos en el servicio del mediodía y después, en el de la noche. Espero que te aclares, y si tienes alguna duda..., la verdad, Aitana, en la cocina estoy pez, si puede Holly ayudarte, ¡genial!, y si no... ¡improvisa!

—De acuerdo —digo observando a mi alrededor—. Espero estar a la altura.

—Seguro —apunta mientras me guiña un ojo—. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme. Holly —la llama, y la alta muchacha levanta su naricilla de duende para mirarlo—, ayuda en todo lo que puedas a Aitana.

—Claro, señor Smith —responde ésta casi en un susurro, haciendo que me acuerde, de golpe, del apellido de uno de los mejores amigos de Logan: Nate Smith.

—Os dejo, chicas. ¡Y a por todas! —exclama él mientras se marcha.

Me acerco a un armario que hay en el fondo para dejar el bolso y me doy cuenta de que ahí también se encuentran las chaquetas de los cocineros y los mandiles. Me pongo un delantal blanco y empiezo a leer el menú para después memorizar dónde está todo guardado.

Al final, gracias a las escuetas frases que voy sonsacando a Holly, empiezo a preparar los platos más elaborados para tenerlos más o menos listos antes del servicio. Sin darme cuenta todo

comienza a funcionar sin pensarlo, simplemente dejando libre mi instinto, probando la comida que voy preparando, atreviéndome a añadirle otros condimentos y, en definitiva, disfrutando como nunca de algo que siempre he llevado a cabo como una afición.

—Aitana —me llama Nate después de acabar el servicio entrando en la cocina con una amplia sonrisa—, los clientes han salido muy contentos con la comida que has preparado.

—¿De verdad? —pregunto respirando aliviada al oír esas palabras mientras dejo el trapo sobre la encimera y observo cómo Holly termina de limpiar las ollas—. Pero ¿ya ha terminado?

—Sí —se jacta con una sonrisa.

—Se me ha hecho corto —comento observando la hora y dándome cuenta de cómo ha pasado el tiempo. ¡Casi ni me he percatado!

—Comed vosotras y descansad. Nos espera un servicio más. Si quieres puedes marcharte hasta la tarde —informa Nate.

—¿Puedo quedarme a hacer bizcochos y postres?

—¡Por supuesto que puedes! Los clientes te lo agradecerán. No sabes cómo desaparece de rápido de las bandejas todo lo que preparas —informa Nate con una sonrisa.

—¿Es ella la que hace esos dulces? —pregunta Holly perpleja.

—Sí —dice él con orgullo, haciendo que sonría.

—Los cruasanes que hiciste el otro día estaban... —susurra Holly mientras cierra los ojos, haciéndome sonreír al ver su gesto de placer.

—Entonces me tocará preparar más —comento con alegría, sintiéndome excepcionalmente realizada.

Almuerzo con Holly en una mesa que hay en una esquina de esta maravillosa cocina. Me cuenta que quiere llegar a ser una gran chef y que, mientras tanto, está trabajando de pinche para poder costearse el curso. La escucho con una sonrisa al oírla hablar de lo que significa para ella cocinar y que sus padres están apoyándola desde el mismo momento que les dijo a qué quería dedicarse, algo que me hace alegrarme por ella, intuyendo que Holly, en un futuro muy cercano, se convertirá en una magnífica chef. Después de freír los platos, ella se marcha a su casa y me deja sola en la cocina. Comienzo a preparar las masas de todos los dulces que quiero hacer para la mañana siguiente, e incluso me atrevo con algunos postres para ofrecer esta misma noche. Me siento tan a gusto entre estas paredes, tan cómoda y realizada, que me parece inconcebible que no me haya dado cuenta antes de que podría haberme dedicado a algo que siempre ha sido mi vía de escape, después de un día duro en el trabajo o después de una de las trifulcas con mis padres. Es como, si de repente, hubiese encontrado mi lugar, como si encajara de verdad aquí, como si hubiese nacido para esto y no para estar encerrada entre cuatro paredes lidiando con proyectos, arquitectos y clientes esnobes, como si comenzara a vislumbrar de nuevo esta parte de mí que temía que jamás hallaría y que incluso pensaba que ni siquiera existiría...

—Hola, cocinera.

Oír su voz me hace sonreír y buscarlo por la cocina. Acaba de entrar, lleva una camiseta azul

oscuro y unos pantalones claros, y se acerca a mí con ese aplomo y esa seguridad, con ese temple y esa fuerza que me es imposible desviar los ojos de él. Logan es tan seductor, tan atractivo que nada más verlo quiero correr hasta él y devorarle la boca.

Estoy perdida, lo sé. He dejado que los sentidos enturbien a la razón, esa que siempre ha erigido mi mundo, esa que me ha llevado a ser una sombra de lo que soy, y ahora sólo quiero sentir más, sentirlo todo, pero con él. Con este hombre que me mira de manera profunda, que me tienta y que me arrastra a ser quien deseo ser, sin medias tintas: o todo o nada.

## Aitana

—Hola —digo con un susurro intentando que no note cómo mi cuerpo se encuentra expectante sólo al tenerlo delante, sólo al posar su mirada en mí.

—Me ha dicho Nate que los clientes han salido muy contentos.

—Sí, eso me ha comentado —indico observando cómo Logan se detiene a mi lado, y sé que está mirando cómo envuelvo unas onzas de chocolate con un hojaldre, creando así la forma de los cruasanes.

—¿Por qué nunca te has dedicado a la cocina? Se nota que disfrutas, ahora mismo daría lo que fuera para que miraras a través de mí y vieras cómo tus ojos brillan de emoción.

—Creo que ya sabes la respuesta...

—¿Y por qué no les has plantado cara? Al fin y al cabo, es tu vida, no la suya...

—Ellos tienen contactos, Logan. Si hubiese hecho algo así, no habría conseguido trabajar en ningún sitio... —comento encogiéndome de hombros para después meter la bandeja en el horno y activar el temporizador. Aunque nunca me he replanteado trabajar de otra cosa, sé que hubiese sido así, ya que mis padres no entienden de deseos, sólo de dinero y de apariencias.

—Me imagino... —susurra mientras me coge la mano y se la lleva a los labios—. ¿Puedes escaparte un momento de la cocina? Me gustaría enseñarte todo esto...

—Sí —digo mientras echo un vistazo rápido para asegurarme de que no hay nada que se pueda quemar, para después quitarme el delantal.

Logan me sonríe mientras me abre la puerta para que salga, y al dar dos pasos detiene a una camarera que pasa por ahí.

—Margot, estate atenta cuando pite el horno para sacar lo que hay dentro.

—Claro, señor Walsh —tercia la camarera para después seguir su camino.

Sonríó al comprobar cómo los empleados miran con respeto a Logan, mientras él me enseña las instalaciones de este precioso hotel: la recepción, el gimnasio, la piscina y el *jacuzzi*, y algunas habitaciones de cada planta, donde todo es amplio, moderno e ideal para el descanso; hasta que llegamos a la última, donde para acceder a ella debe encajar una llave en el ascensor para poder oprimir ese botón, algo que me hace pensar que será de uso restringido para el personal. Las puertas se abren y Logan entrelaza su mano con la mía para salir. Siempre que noto su agarre, una



corriente eléctrica cruza todo mi cuerpo; jamás pensé que una acción tan simple como ésa pudiese alterarme tanto.

La verdad es que no esperaba encontrarme con esto. Lo que tengo delante es un amplio y lujoso apartamento con unas increíbles vistas del pueblo, del bosque y, a lo lejos, el mar...

—Esto... —susurro mirándolo a los ojos. Logan me sonríe de esa manera tan suya mientras me acerca a los grandes ventanales para que pueda ver las inmensas vistas de este precioso pueblo bañado por el mar de Tasmania.

—Éste es mi apartamento —comenta, y no puedo evitar abrir los ojos sorprendida para después dirigir la mirada a cada rincón de este lugar: el salón amplio, con un enorme sofá azul oscuro delante de una inmensa televisión, y una mesa para comer rectangular que se encuentra cerca de una gran cocina de concepto abierto—. Cuando reformé esta casa para acondicionarla como un hotel, quise hacerme algo para mí, por ese mandé que remodelaran esta planta. Necesitaba tener mi lugar, mi refugio, aunque si te soy sincero he venido pocas veces aquí, sólo cuando necesitaba pensar o estar solo... Eres la primera persona que sube a verlo, si no contamos a Nate, claro —añade con una sonrisa nada más referirse a su amigo—. Me temo que él ha estado aquí más veces que yo...

—¿Por qué no vives aquí? Esto es precioso, Logan —afirmo mirándolo extrañada.

—Cuando Caitlin se marchó de casa, supe que no podía dejar solo a mi padre... Por eso me quedé con él, aunque tuviera esto.

—¿Él sabe que existe este lugar?

—No, y tampoco lo sabe mi hermana. Si lo supieran..., supongo que se sentirían culpables de que siga viviendo en la granja, sin embargo, no me importa hacerlo. Sé que de momento ése es mi sitio.

—Vaya... —balbuceo sin poder creer que Logan haya renunciado a tener su propio espacio para no dejar solo a su padre y para no obligar, en cierto modo, a que Caitlin renunciara a estar en Melbourne, aunque ella ya no quiera estar ahí...

—Caitlin nos ha contado que se ha cansado de vivir en la ciudad —comenta mientras se separa de mí para sentarse en el sofá, lo que hace que me acerque a él despacio.

—Me alegro de que lo haya hecho.

—Nos contó que tú lo sabías —susurra con una sonrisa—. Mi padre se ha puesto tan contento de tener la posibilidad de tenernos a los dos en casa de nuevo que incluso Caitlin se ha echado a llorar. No entiendo por qué ha aguantado tanto en un sitio donde no estaba a gusto.

—A veces el ego, reconocer que nos hemos equivocado en nuestras elecciones, nos hace continuar viviendo cosas que no nos gustan...

—Y de ego los Walsh vamos bien servidos —afirma haciéndome sonreír.

—Al final, ¿qué va a hacer?

—Parece que vuelve y mi padre ya le ha delegado, con gusto, su tarea cuando esté aquí —explica con una sonrisa mientras me coge la mano para sentarme encima de sus poderosas piernas

—. Estaba deseando verte —susurra mientras desliza una mano por mi clavícula hasta adentrarse en mi cabello, provocando con esa acaricia que cierre los ojos de gusto. Cómo me gusta que me toque así...—. Parece que, con tu vuelta, todo comienza a encajar como debería.

—¿Con mi vuelta? La verdad es que no he hecho nada, te lo aseguro, Logan. Caitlin estaba deseando tener a alguien que la animara a hacer eso que llevaba rondándole por la cabeza demasiado tiempo, yo sólo le he dado un ligero empujón...

—Has hecho mucho, Aitana. Más de lo que piensas —susurra acercando su nariz a mi cuello y deslizándola con suavidad por él—. Jamás pensé que me gustaría tanto el olor a coco, pero sobre tu piel es adictivo.

Gimo al oír esa afirmación y Logan me observa a escasos centímetros de mi rostro. Nuestras miradas se enzarzan peligrosamente, sus ojos oscurecidos reflejan su deseo, su respiración pesada y sus labios entreabiertos me llevan a buscar ese beso que tanto anhelamos, gimiendo al unísono al sentirnos, al notar esta inexplicable conexión que está alejada de cualquier raciocinio. Comienzo a acariciarle el cabello, la cara, para después bajar hasta su duro torso, hasta alcanzar el borde de la camiseta y deslizar mis dedos por su piel. Me vuelve loca tocarlo, notar cada montículo de sus músculos con las yemas, percatarme de cómo su piel se eriza tras mi contacto, y es entonces cuando lo oigo gruñir mientras me devora la boca sin compasión, llevándome al límite de la cordura, donde nuestras respiraciones entrecortadas y las manos del otro son lo único que importa.

—Aitana —gruñe quedándose a unos centímetros de mis labios, haciendo que lo mire con atención, con la respiración acelerada y necesitando más. ¡Lo quiero sentir todo!

—No pienses, Logan —murmuro mientras me quito el vestido delante de sus ojos y me doy cuenta de cómo me mira con tanto ardor que temo alcanzar el clímax simplemente con su mirada.

—Eres tan preciosa —gruñe mientras desliza la mano por mis hombros, por mi estómago, por mis piernas, haciéndome gemir al notar cómo un hombre en apariencia tan rudo puede acariciar con tanta delicadeza, como si temiese que en cualquier momento pudiese resquebrajarme—. Eres tan suave... —susurra hundiendo la nariz en mi cuello, lo que provoca que vuelva a jadear—. Me vas a volver todavía más loco de lo que ya estoy.

—Vuélvete loco, Logan —jadeo sintiendo cómo mi sexo se contrae expectante, anhelante, al sentir tanta estimulación no resuelta.

—No... —sisea mientras me besa el hombro, para después deslizar la lengua por ese mismo lugar de una manera tan tentadora, tan lasciva, que emito un jadeo todavía más audible—. Quiero saborearte, quiero olerte, quiero que tu cuerpo esté tan estimulado que sientas tanta excitación que creas que no puedes soportarlo más, para después hacértelo tan lento, de una manera tan enloquecedora, que descubrirás lo que es el placer sin límites y, joder, quiero que te corras como jamás lo has hecho, Aitana, incluso mejor que cuando te corriste ayer en mis dedos —gruñe mientras me coge en brazos con facilidad y salimos del salón para adentrarnos en el dormitorio,

con ese tentador plan que ha provocado que mis pezones se yergan y que mi sexo se humedezca preparado para hacer realidad cada una de sus palabras.

Si tan sólo con eso, si sólo con sentirlo pegado a mí me encuentro tan excitada, ¿qué conseguirá Logan cumpliendo su palabra? Ya sé lo que es notar sus dedos en mi interior y estoy completamente desesperada por sentirlo a él.

Me deja con cuidado en el suelo, al lado de una enorme cama, aunque podría ser pequeña, porque sólo tengo ojos para él. Para cada movimiento que él haga, para cada palabra que salga de su tentadora boca, para cada mirada que me eche. Se quita la camiseta bajo mi atenta mirada y recorro cada montículo de sus impresionantes músculos, maravillándome con su suavidad y con cómo la piel responde, de nuevo, a mi caricia, aprovechando para rozar estos tatuajes, trazando sus líneas con las yemas de mis dedos, haciéndole jadear al notar mi contacto.

—Como sigas acariciándome como si fuera la primera vez que ves a un hombre, dudo que pueda cumplir mi palabra —confiesa haciéndome sonreír.

—Jamás pensé que estaría así contigo, Logan —susurro mientras me quito el sujetador delante de él, y no siento vergüenza por hacerlo, sino que me siento sexy por cómo me mira él.

—Joder, ni yo, Aitana —gruñe mientras desliza la mirada por mis pechos desnudos y por mis pezones erguidos—. Y, aunque lo hubiera pensado, me temo que nunca se habría parecido a este momento o al que tuvimos ayer... Eres tan hermosa que duele.

—A mí sí que me duele que no me toques —confieso acercándome a él para quitarle el pantalón mientras le beso con mimo cada centímetro de su torso, lo que hace que Logan respire cada vez con mayor dificultad.

—Joder —gruñe mientras me coge del trasero con facilidad y me tumba en la cama haciéndome reír a carcajadas—. Y encima te ríes —protesta observando cómo no puedo parar de reír al ver cómo me ha tumbado casi sin dificultad—. Estoy hasta nervioso —confiesa, y esas palabras me hacen mirarlo extrañada.

—¿Por qué?

—No lo sé... —susurra mientras niega con la cabeza, como si todo esto lo sobrepasara.

—No pienses... —siseo para después notar cómo recorre con la mirada cada centímetro de mi rostro y termina acercando sus labios a mi boca entreabierta.

Primero me besa despacio, saboreándome, deslizando su lengua, tanteándome, provocándome, para después jadear al unísono y aumentar en ritmo, en besos, en provocación. Siento su mano recorrer mi pecho derecho, dibujando su contorno con mimo, creando círculos que van acercándose tortuosamente hasta el pezón, llenándome de expectación, de deseo, de nervios... Aún me parece extraño que sea él quien me toque, el hermano de mi mejor amiga, el hombre al que besé sin querer y al que he odiado cada día de mi vida; pero, a la vez, saber que se trata de él me hace sentir todavía más excitada. Sé que es incongruente, pero...

—Ah —gimo, abandonando por completo mis pensamientos al sentir un ligero pellizco en el pezón que alcanza mi sexo palpitante. «¿Qué ha sido eso?»

Me mira un instante, para después dirigir su hambrienta mirada a mi pecho y hundir su seductora boca en él, jugando con mi inflamado pezón, notando oleadas de placer que me recorren de arriba abajo, sintiendo una palpitación ensordecedora en mi sexo para, después, desplazar su atención al otro pecho, que recibe los mismos mimos, y le cojo el cabello a Logan notando que puedo alcanzar el clímax así, sin nada más.

—Aitana... —gruñe mirándome a los ojos—. Quiero oírte como ayer, quiero darme cuenta de que lo sientes todo.

Nunca una frase me ha hecho levitar tanto como ésa, tanto cómo observar cómo Logan desciende por mi estómago repartiendo mil besos húmedos por cada resquicio de mi piel, cómo me baja la braguita, cómo me mira, jamás nadie me ha mirado así: con gula, con lujuria, con ardor, para después, y con ese gruñido que me enloquece, hundirse en mi humedad, tentando a mi clítoris, volviéndome loca al arrancarme oleadas de placer. Si sentir sus dedos se convirtió en el *summum* del placer que he experimentado, sentir su boca es encontrarme en el cielo. Gimo, grito, me contorsiono mientras me doy cuenta de que he estado adormecida durante todo este tiempo y que, desde ayer, todo lo siento de manera más nítida, más fuerte, como un volcán en erupción, como un tornado arrasándolo todo a su paso, haciéndome vibrar, brillar, sentir, vivir...

—Joder, Aitana —gruñe levantando la cara para mirarme, tan terriblemente tentador, tan irresistible que no me creo que estemos así, él y yo—. Me quedaría toda la vida aquí, saboreándote, sintiendo cómo te cierras, cómo me recibes, pero no puedo más —susurra mientras se levanta para desprenderse del pantalón y de los calzoncillos con un solo movimiento, dejándome verlo en todo su esplendor y... ¡Uf!, no tengo palabras para describir lo impresionante que es Logan sin ropa.

Coge del bolsillo de la cartera un preservativo y rasga el envoltorio con los dientes para después colocárselo sin dejar de mirarme un segundo. Se tumba encima de mí con lentitud y memorizo cada uno de sus gestos, su concentración, su contención, y me abro ante él para que pueda hundirse en mi humedad, que lo recibe con gusto. Es grande, dura y me llena, me hace apretar los dientes y abrirme más para poder recibirlo por completo, pues no quiero perderme ni un detalle de este momento.

—Estás muy estrecha... —susurra Logan mirándome extrañado, casi con miedo.

—Llevo mucho tiempo sin acostarme con nadie —confieso mientras me muerdo el labio inferior, sintiendo cómo entra lentamente hasta acoplarse del todo en mi interior, lo que hace que gimamos a la vez.

—No dejes de mirarme, Aitana —me dice mientras comienza a moverse dentro de mí, primero con movimientos suaves que me ayudan a abrirme más a él, llenándome de sensaciones cada vez más intensas que me hacen gemir cada vez más alto—. Me encanta oírte —comenta, y cierro unos segundos los ojos porque lo que siento es tan fuerte que no me lo creo, para después volver a mirarlo.

—Logan...

—Dime —susurra, y luego me besa, todo ello sin dejar de moverse.

—Más rápido.

—Humm... —ronronea mientras me lame el labio inferior y recorro con los dedos su espalda. Esto es tan bueno, tan excitante, tan...—. Sólo si me respondes a una pregunta —comenta juguetón, haciendo que enarque una ceja extrañada.

—Logan... —protesto sintiendo cómo la excitación y el momento previo al clímax me están volviendo loca. ¡¡Quiero alcanzarlo!!

—¿Con cuántos te has acostado?

—¿Me preguntas precisamente esto ahora?

—Sí —gruñe sin dejar de tentarme, de llevarme al borde de la locura—. Contéstame.

—No llevo la cuenta —jadeo al sentir que se clava más profundamente, llenándome, arrancándome retales de placer. ¡Esto es demasiado bueno para ser real!

—Sí la llevas —indica mientras vuelve a besarme dejándome sin aliento.

—Con tres —respondo exasperada. ¿Es que no se da cuenta de que estoy a punto de alcanzar el orgasmo?

—Dime, Aitana, con esos tres, ¿llegaste a correrte? —pregunta mirándome fijamente y deteniendo de golpe sus movimientos, esperando a que le conteste.

—No... —susurro, y frunzo el ceño—. Creía que era frígida y..., ¡ah! —jadeo al sentir cómo Logan me penetra cada vez más rápido, cada vez más profundo, volviéndome total y desquiciantemente loca.

—No, Aitana, no eres frígida, lo único que pasa es que no sentías. Joder, ayer me volví loco cuando te corriste en mi mano y hoy... hoy voy a hacer que te corras todavía mejor —promete sin dejar de embestirme con fuerza para después notar cómo su dedo me tienta el clítoris, volviéndolo todo todavía más intenso, más placentero, más desbocado—. No pienses, Aitana, siente. Siente sin prejuicios, siente con libertad, siente... Joder, estás ahora mismo tan preciosa —gruñe sin dejar de penetrarme, de acariciarme, de volverme loca.

—Ah, ah... Logan. ¡¡Me muero, me muero, me mueroooooooooo!! —gimo al sentir, de golpe, una explosión en mi interior que sale disparada por cada recoveco de mi cuerpo, haciendo que mi clítoris palpite frenético y que mi sexo se contraiga de gusto. Todo es luz, calor, fuerza, y todo es tan brillante, tan autentico, tan salvaje, tan... Logan.

—Joder, sí —brama con aspereza—. Córrete, Aitana —añade sin detener un segundo sus envites—. Jooooooooodeeeeeeeeeerrrrrrr —gruñe, y me deja ver su rostro de placer, su gesto, que se va dulcificando, hasta detener sus movimientos para después mirarme a los ojos.

—Logan —susurro temblorosa, pero él no deja que diga nada más, se acerca a mí y me besa con ternura mientras me acaricia el rostro, lo que hace que me sienta cómoda y satisfecha por primera vez con un hombre.

Sonrío como jamás he sonreído antes, con cada centímetro de mi cuerpo, con cada resquicio de mi alma, con cada partícula de mi organismo. Lo miro a los ojos guardando en mi interior este

maravilloso recuerdo, esta experiencia que jamás, en todos mis años y con todas mis relaciones fallidas, he conseguido: intimidad, complicidad y conexión. Y lo he logrado con el último hombre con el que habría pensado tener algo, con aquel chico al que besé por primera vez, con el que estoy descubriendo lo que es sentir de verdad.

## Aitana

Abro los ojos y me encuentro con Logan pegado a mí, con su mano cogiéndome la cintura, totalmente desnudos. Me quedo mirando su tranquilo rostro, su respiración pausada, cómo su pecho sube y baja acompasadamente y sonrío sintiéndome bien. Salgo con cuidado de la cama para no despertarlo, cojo la camiseta de Logan y me la pongo para después buscar el cuarto de baño por este amplio apartamento, al salir me dirijo al salón y me quedo observando las vistas mientras me cruzo de brazos, estrechándome, notando que puedo salir flotando por ese cielo azul en cualquier momento. Daría lo que fuera porque mi vida fuese así para siempre...

—¿Qué haces aquí? —pregunta Logan mientras me enlaza por la cintura y me besa en la cabeza. Al sentirlo, cierro los ojos, esas pequeñas acciones me llenan de vida—. Y no me digas que pensar o intentar no hacerlo —añade haciéndome reír. ¿Cómo es posible que me conozca tan bien?

—Sólo admiraba las vistas. Son increíbles —digo mientras apoyo la cabeza en su pecho desnudo, con lo que puede rodearme con más facilidad.

—Sí, lo son... —susurra, y justo después me gira para ponerme de cara a él y me levanta la barbilla con ternura buscando algo en mi mirada—. ¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿Te arrepientes?

—No, en absoluto —tercio con seguridad—. Sólo pensaba que todo esto es demasiado bonito para ser real...

—Pues lo es —comenta mientras me da un beso en los labios para después quedarse unos segundos muy cerca de éstos—. Y ahora, señorita... Corbyn —añade haciéndome sonreír, pues ha omitido expresamente mi primer apellido—, debe usted vestirse para cumplir con su promesa. ¡Hay clientes a los que servir!

—¡Es verdad! ¿Puedo ducharme aquí?

—¡Dios, sí! —exclama, y de repente noto cómo me levanta del suelo como si fuera una pluma y me carga sobre su hombro para dirigirnos al cuarto de baño de esa guisa. No puedo parar de reír, jamás me han cogido de esta manera—. Me encanta cómo te queda mi camiseta —confiesa mientras me deja en el suelo en el cuarto de baño y me la quita para luego recorrer con su mirada

toda mi desnudez—, pero me gusta más verte así: tan natural, tan descarada... —gruñe mientras me hace entrar en la ducha y acciona el agua, todo ello sin dejar de devorarme los labios y de acariciar cada resquicio de mi piel.

Rio complacida mientras me aprieto contra el espectacular torso de Logan, notando cómo el agua lo hace todo todavía más excitante y algo tan rutinario como enjabonarse, con él a mi lado, alcanza otra dimensión, mucho más placentera, increíblemente morbosa y tan tórrida que no podemos detenernos, sin importarnos que hace poco hemos saciado nuestro deseo. Logan coge un preservativo que parece que ha dejado previamente en el cuarto de baño, me coge en brazos para apoyarme contra los fríos azulejos y me penetra con tanta fiereza que gemimos los dos a la vez al notarnos de nuevo conectados.

—Tengo la sensación de que no podré saciarme nunca de ti —jadea Logan sin detener sus frenéticas y profundas penetraciones, volviéndome loca de placer y de excitación—. Mírame, Aitana...

—Logan —gimo sintiendo cómo rozo el orgasmo con la punta de los dedos y, madre mía, me parece alucinante sentir algo tan impresionante con sólo un par de embestidas—, no pares.

—Nunca, Aitana —me promete mientras me besa con ardor—. Nunca —gruñe.

Echo la cabeza hacia atrás sintiendo cómo un orgasmo atronador me sacude por completo. Lo miro mientras el placer me embriaga, es tan guapo, tan perfecto, que todavía no entiendo qué hace conmigo, ¿qué ha sucedido para que pasáramos de la indiferencia al deseo más primitivo? Lo oigo gruñir y mi cuerpo vuelve a convulsionarse en espasmos placenteros, haciendo que abra los ojos asombrada al sentir otro orgasmo casi seguido y dándome cuenta de cómo Logan alcanza a su vez el clímax mientras me besa entre gruñidos de placer y caricias tentadoras. Sale de mi interior con cuidado, me deja en el suelo, anuda el preservativo y después, como si estuviera deseándolo, me enjabona con dulzura, haciendo que lo mire con nuevos ojos, unos que ya no lo ven como el bruto y arrogante hermano de mi mejor amiga, sino como un hombre que esconde con su manera de ser un maravilloso interior...

Después de vestirnos, salimos del apartamento y cogemos el ascensor para bajar hasta la cocina cogidos de la mano, sin soltarnos un segundo, mientras nos damos besos y sonreímos al percatarnos de que nos cuesta mantenernos alejados del otro. Al alcanzar la última planta, Logan me suelta y salimos de ahí como si no hubiese pasado nada entre nosotros, me doy cuenta de que se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y se detiene en la puerta que da acceso al restaurante.

—Luego vendré a por ti, si mi hermana me deja, claro... —susurra haciéndome sonreír—. La quiero mucho, pero a ver si se va pronto y nos podemos quedar a solas —añade guiñándome un ojo—. Nos vemos luego.

—Vale —digo sonriente mientras entro en la cocina y me siento cada vez más feliz.

\* \* \*



Estoy exhausta, pero a la vez tan satisfecha de haber conseguido, no sin esfuerzo, el siguiente servicio que creo que me queda poco para ponerme a bailar por la cocina. Estamos terminando de limpiarlo todo mientras charlo con la tímida Holly, que empieza a abrirse más a mí, cuando vemos a Nate aparecer por aquí con una amplia sonrisa.

—Gracias, Aitana —dice con alegría—. Ha ido espectacular. Los clientes han quedado encantados y yo lo estoy todavía más al darme cuenta de que mi instinto sigue sin fallar.

—Me alegro de que haya ido bien. La verdad es que he disfrutado mucho y las gracias te las tengo que dar yo a ti por ofrecerme esta oportunidad —comento con una sonrisa.

—Mañana ya viene el segundo a cargo, pero sabes que esta cocina tiene las puertas abiertas para ti. Además, los dulces y los postres ya son un reclamo para los huéspedes. ¡No puedes dejarnos sin ellos!

—¡No se me ocurriría! —exclamo sin ocultar mi buen humor, que sale a borbotones, sin medida.

—¡Genial! Toma —susurra tendiéndome un cheque—. Por tus servicios de esta noche.

—Eh... —murmuro mirando el trozo de papel—. No lo he hecho por dinero, Nate.

—¡Lo sé! Pero has trabajado y aquí solemos pagar a nuestros empleados. Es una costumbre muy fea, lo sé, ¡pero somos así de atrevidos! —comenta haciéndome sonreír.

—Gracias.

—A ti —dice mientras me guiña un ojo—. Sal ya, que tienes a Caitlin subiéndose por las paredes.

Me rio al imaginarme a mi amiga así, pero a la vez me frustra saber que Logan no ha podido venir a por mí. Sé que es absurdo pensar eso, pero me estoy acostumbrando a estar con él, a hablar con él, a sentirlo en mi piel...

Me despido de Holly y salgo de ahí para encontrarme con mi loca amiga, que, nada más verme, se abalanza hasta mí para darme un gran abrazo. Al separarme de ella me doy cuenta de que no sólo está Caitlin, sino también William y Logan, algo que me hace sonreír como una niña ante un enorme algodón de azúcar.

—Pero ¿qué hacéis todos aquí? —pregunto sonriente mientras me acerco a ellos, que se hallan sentados a una mesa.

—Ay, Aitanita, me he acostumbrado a tus platos —comenta William con resignación, haciendo que Logan sonría y que su hija alce la mirada al techo—, y después del estropicio de este mediodía, he decidido que esta noche íbamos a cenar como Dios manda. ¡Y aquí estamos! Por cierto, ¡triunfo de cinco estrellas! —exclama con orgullo mientras me estrecha entre sus brazos, haciéndome sentir querida en el acto—. Sabía que lo harías bien.

—Gracias —digo sintiendo cómo las lágrimas me sorprenden—. ¡Madre mía! —exclamo intentando no derramarlas, pero una se escapa recorriendo mi mejilla—. Lo siento, no suelo

llorar, pero... —me río intentando suavizar esta emoción que me ha sorprendido de golpe, lo que hace que ellos sonrían también.

—Las emociones son buenas. Nos hacen sentirnos vivos, nunca te arrepientas de dejarlas libres. Vámonos a casa, debes de estar cansada —afirma mientras me coge del brazo y salimos a la calle—. Aitanita —susurra muy bajo, por lo que lo miro con atención—, gracias. Creía que mi hija te ayudaría a que volvieras a sonreír y parece que ha sido al revés. Gracias por traérmela de vuelta, no tendré tiempo suficiente para agradeceréte.

—No he hecho nada, William, sólo decirle lo que deseaba oír. Tiene suerte de teneros a su lado.

—Y nosotros de tenerte al nuestro —susurra haciéndome sonreír—. Te has convertido en una gran mujer. Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti.

Sus palabras me embriagan tanto que de nuevo percibo todo el cúmulo de sensaciones que hacen que las lágrimas se agolpen en mis ojos, sintiéndome querida por esta familia, una más... Me doy cuenta de que Logan me observa desde lejos mientras nos dirigimos todos a su flamante todoterreno. No sé hacia dónde va lo que tengo con él, pero no quiero arriesgarme a ponerle nombre ni tampoco a hablar de algo que llevamos a escondidas. La verdad es que tengo miedo de que la gente lo sepa y que esta atracción se desvanezca a la misma velocidad con que ha surgido. Es la primera vez que me siento bien, que me siento a gusto con mi cuerpo, con lo que hago, con lo que digo. Es como si ahora estuviera en consonancia, como si todo hubiese encajado a la perfección, y preocuparme por cuánto durará lo que tengo con Logan no me ayudará en nada, ¡al contrario! Por eso sonrío cuando me siento al lado de Caitlin en la parte de atrás mientras oigo a William protestar por la forma que tiene Logan de conducir, noto la mano de mi amiga entrelazar la mía y decido sólo sentir. Voy a permitirme este lujo que siempre me he negado, pues prevalecían otras circunstancias, y esta vez seré fiel a mí misma, no pensaré en el futuro, ni siquiera en cómo les sentará a William o a Caitlin que nosotros dos tengamos una relación a escondidas, ni siquiera en las consecuencias que puedan tener mis decisiones en mi vida. Sólo voy a disfrutar. Sólo voy a sentir. Después de tantos años obligándome a no hacerlo, creo que me lo merezco, ¿no?

Llegamos a la granja y, nada más salir del coche, William se despide de nosotras para irse directamente a la cama y Logan hace lo mismo, dejándonos a Caitlin y a mí en el porche, sentadas en la hamaca, escuchando a los grillos y alguna que otra ave nocturna que pasa cerca.

—Mañana salgo para Melbourne —comenta Caitlin con una sonrisa—. Voy a renunciar a mi puesto y me vuelvo a la granja en cuanto pueda. Mi padre me ha dicho que estaba deseando que llevara las cuentas y todo lo relacionado con la gestión de éstas —explica con emoción, haciéndome sonreír.

—Me alegro mucho por ti. Creo que has tomado la mejor decisión.

—Sí, yo también lo creo. Además... —susurra echando la cabeza hacia atrás, lo que hace que la hamaca se meza más—, no sé. Ha cambiado algo.

—¿El qué?

—Aitana... —murmura cerrando los ojos—. En la fiesta de Nate me acosté con Cody.

—No, Caitlin —protesto con dulzura al oír eso—. Ya te dije que sigue casado...

—Se va a divorciar —comenta con una amplia sonrisa—. Me lo dijo y... ¡No sé! Me gusta. Me gusta un montón. Desde esa noche no paramos de vernos...

—Por favor, Caitlin, prométeme que tendrás cuidado. No me gusta ese hombre...

—¡Pareces mi hermano! —increpa incorporándose en la hamaca—. No te preocupes, que controlo, ¿vale? —añade guiñándome un ojo.

—Ya sabes que me tienes aquí para lo que sea.

—Lo sé, y no sabes lo que me tranquiliza saberlo —indica con una sonrisa—. Ay, estoy superentusiasmada. Creo que lo he encontrado. ¡Es él!

—Sigues igual de enamoradiza —comento jocosamente al darme cuenta de que continúa como antes.

—No puedo evitarlo —confiesa con una amplia sonrisa—. Estarás aquí cuando vuelva, ¿verdad?

—Sí —respondo con rotundidad—. No tengo intención de irme de Berry, aunque debería ir pensando en comprarme una casita... Me temo que tu padre se cansará de verme todos los días por aquí. ¡La eterna invitada! —exclamo haciendo una mueca de terror que hace reír a Caitlin.

—Mi padre está encantado contigo, y lo sabes... ¡Fíjate que nos ha hecho irnos a cenar al restaurante! —exclama con guasa—. Cuando has salido de la cocina estabas radiante, Aitana.

—Ha sido un buen día —declaro con una sonrisa, pues es la verdad, y no sólo por haberme dado cuenta de que la cocina puede convertirse en mi modo de vida, sino por todo lo que he vivido con Logan en su apartamento—. Un día que no olvidaré jamás.

—Creo que va siendo hora de que nos vayamos a dormir. Quiero salir pronto para Melbourne y, como sigamos aquí conversando, ¡mañana se me harán las mil para levantarme!

—Sí, yo también estoy cansada —susurro levantándome de la hamaca—. Buenas noches, Caitlin.

—¡Ay, mi amiga! —exclama mientras me abraza con cariño para después subir la escalera—. Buenas noches.

Entro en mi dormitorio, enciendo las luces y tengo que taparme la boca para no gritar. Sobre mi cama, tumbado y adormecido, se encuentra Logan.

—Has tardado mucho —susurra mirándome con los ojos entornados.

—¿Qué haces aquí? —siseo acercándome a la cama.

—No lo sé —contesta mientras me coge de la mano para tumbarme a su lado y después apoyarse en un codo y poder mirarnos frente a frente.

Me quedo hechizada al contemplar sus ojos del color de las avellanas, noto sus dedos rozarme las mejillas y el cuello, para luego sentir sobre mi boca sus cálidos labios, que me besan con devoción, con lentitud, como si quisiera aprenderse de memoria cada tesitura, cada milímetro de los míos, haciéndome vibrar, brillar, vivir...

—Logan... —digo con dificultad, pues cuando él me besa todo cambia en mi interior.

—Lo sé, Aitana —protesta para después darme otro profundo beso, mucho más urgente y pasional, y levantarse de mi cama, salir de mi habitación, dejándome sola, anhelando su cuerpo en esta cama, sus besos y su presencia.

Me froto la cara con ambas manos con frustración. Nos hemos acostado dos veces y nos hemos besado tantas otras que he perdido la cuenta, entonces ¿por qué no puedo parar de desearlo cada vez más? ¿Por qué cuándo lo veo todo a mi alrededor se difumina? ¿Por qué sólo anhelo estar con él cada segundo del día?

Todo lo que estoy viviendo con Logan es demasiado nuevo para mí y no sé qué pasará cuando acabe, porque lo que tengo claro es que esto que tenemos algún día llegará a su fin. Debo ser consciente de que Logan es así, un mujeriego, un hombre al que no le duran las mujeres más de lo que él desearía, un par de noches, como me contó Caitlin, o tal vez menos... Me levanto de la cama para prepararme para dormir, obligándome a no pensar en eso y fijándome un plan: sólo sentir y no pensar.

## Aitana

—Buenos días, Aitana —saluda William al verme entrar en la cocina—. Hoy te has levantado tarde.

—Sí —digo con una sonrisa mientras me acerco a la cafetera para servirme una buena taza que me ayude a espabilarme.

He dormido tan bien esta noche que incluso siento que el cuerpo todavía no me responde.

—Muchas emociones juntas anoche, ¿verdad?

—Sí... ¿Y Caitlin?

—Hace media hora que salió hacia Melbourne, y a Logan se le han pegado también las sábanas —indica mientras se lleva la taza a los labios y me observa acercarme a él y sentarme a su lado—. ¿Qué tienes pensado hacer hoy? Me comentó Nate que le dijiste que irías a cocinar dulces al restaurante.

—Sí —contesto con una amplia sonrisa.

—Buenos días —susurra Logan entrando en la cocina con el cabello humedecido y desprendiendo un maravilloso aroma a gel.

—¡Al final llega el oso dormilón! —exclama William, haciéndome sonreír—. Le estaba preguntando a Aitana si iba a ir hoy a tu restaurante —informa haciendo que Logan asienta con la cabeza mientras se prepara el café para después sentarse a la mesa—. ¿Sabes si Nate tiene novia? —pregunta sin venir a cuento.

—Tiene amigas, papá. ¿Para qué quieres saberlo? —pregunta mientras remueve el café con la cucharilla y, de paso, coge un trozo de bizcocho.

—Lo veo un buen chico —comenta William asintiendo a sus propias palabras.

—Lo es, por eso es el subdirector de mi hotel.

—Ya —asiente—. Voy a llamarlo para decirle que venga a por ti, Aitana. ¿A qué hora quieres acercarte al restaurante?

—No lo sé, primero quiero dejar preparada la comida y...

—La llevaré yo —interrumpe Logan con dureza—. No hace falta que molestes a Nate, ¡ya tiene suficientes cosas como para, encima, hacer de taxista!

—Como quieras —comenta William mientras mira a su hijo—. ¿Hoy no tienes mucho lío en el

campo?

—Lo normal...

—Mejor. Ayuda a Aitana en todo lo que ella precise, me voy al despacho —informa mientras se levanta y deja la taza vacía en el fregadero.

—Claro... —susurra Logan pendiente de los movimientos de su padre. Cuando éste sale de la cocina posa su mirada en mí y me sonríe—. Quiero enseñarte un sitio...

—¿Ahora?

—Sí —dice con una sonrisa mientras se inclina sobre la mesa para darme un pequeño beso en los labios que me hace suspirar. ¡Puedo acostumbrarme tan fácilmente a esto!—. Vamos a escaparnos un poco de todo esto, volveremos por la tarde y, si quieres, a esa hora nos acercamos al restaurante...

—Pero ¿no tienes que trabajar?

—Tengo empleados para eso —añade con una sonrisa canalla que me calienta en décimas de segundo.

—Tu padre se quedará solo y...

—Vendrá Tyler a almorzar con él —informa mientras me guiña el ojo con picardía haciéndome reír, pues parece que lo tiene todo controlado—. Te ayudaré a hacerles la comida, si quieres, pero no aceptaré una negativa.

—De acuerdo —comento con una sonrisa mientras me termino el café y empiezo a preparar la comida.

Observo a Logan levantarse de la mesa cuando ha terminado de desayunar y comienza a recoger la mesa mientras, a hurtadillas, me roba algún que otro beso que me hace sonreír como una boba y al final lo pongo a cortar cebollas. Es todo tan... ¿perfecto?, él y yo cocinando, sonriendo, acariciándonos...

—Ya está. Sólo debería calentarlos —afirmo mientras meto la comida en el horno.

—Ponte un bikini debajo y deportivas mientras voy a hablar con mi padre —apremia mientras me da un beso fugaz y sale de la cocina para dirigirse al despacho de William.

Sin perder tiempo, me voy a mi dormitorio, me preparo y meto en una pequeña mochila una toalla y ropa por si la necesito después. Dejo la mochila en la calle y me dirijo al salón, donde aparece William con Logan detrás.

—Ya me ha dicho mi hijo que vas, otra vez, al restaurante a ayudar. Ay, ¿qué haríamos sin ti, Aitanita?

—Te he dejado el almuerzo preparado. Lo tienes en el horno, sólo sería calentarlos unos minutos.

—Gracias, hija... Ahora no puedo comer otra cosa que no prepares tú —declara con una sonrisa—. No te canses mucho, bonita.

Sonrío mientras me despido de él y me dirijo al todoterreno de Logan, nos subimos y salimos de la granja con una sonrisa. ¡Tengo la sensación de que somos dos adolescentes escapándonos de

nuestros padres!

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —contesta Logan mientras desliza la mano izquierda hasta mi pierna y la deja ahí en un gesto tan íntimo como maravilloso, a la vez que controla el volante con la derecha.

La música, el sol, el paisaje y él hacen que estos cincuenta minutos en coche se me pasen en un suspiro. Bajamos del coche con las mochilas a la espalda y comenzamos a caminar en dirección al bosque, sintiendo cómo la naturaleza nos engulle y nos transporta a un lugar mágico en el que podemos entrelazar nuestras manos, abrazarnos, tocarnos y besarnos sin ningún pretexto y sin mirar atrás. Al rato de estar caminando, un ruido ensordecedor me hace mirarlo extrañada. Logan sonríe llenándose de fuerza mientras me apremia para que avance cada vez más rápido, hasta que alcanzamos una preciosa cascada que cae en un lago, en medio de toda esta vegetación. Parece un oasis, un trocito de paraíso perdido, y nosotros las dos únicas personas que se encuentran aquí.

—En verano hay mucha más gente, pero en esta época todavía se puede encontrar así —explica Logan mientras avanzamos hasta ella—. Aitana, éstas son las Carrington Falls.

—Es... precioso.

Me sonrío mientras deja la mochila cerca para después quitarse la camiseta y los pantalones, dejando a la vista un bañador negro que le llega por encima de los muslos, animándome a que haga lo mismo, delante de él, sin ni siquiera sentir pudor. ¿Cómo voy a sentirlo? Logan me ha visto desnuda en tantos sentidos de la palabra que desprenderme de la ropa delante de él no es nada, aunque sentir su mirada repasar con hambre mi cuerpo sólo cubierto con un bikini azul me hace sonreír.

—Vamos a seguir sumando sensaciones, Aitana —dice mientras me coge de la mano y empezamos a adentrarnos en las heladas aguas.

—Ah, Logan, ¡está congelada! —exclamo sintiendo como si miles de agujas se clavaran en mi piel.

—Ahora o nunca —dice juguetón mientras me coge en volandas para lanzarme en medio del lago.

—¡¡Aaaahh!! —grito al emerger—. Estás loco —añado mientras me encojo. ¡Estoy helada!

—Sí —susurra llegando a mí nadando con elegancia—. Tú me vuelves loco —declara mientras me abraza y me besa con ardor—. ¡Vamos! —suelta separándose de golpe y dejándome con ganas de más mientras echa a nadar en dirección a la cascada.

Sonrío mientras lo sigo a nado, observando todo a mi alrededor, los árboles que nos cobijan, las montañas que nos envuelven, los pájaros sobrevolando, los insectos... Todo es tan bonito, tan vibrante que creo estar soñando. Alzo la mirada y veo a Logan de pie, con el agua por las rodillas, mientras sobre su perfecto cuerpo esculpido rompe la cascada, e intento guardar para mí esa imagen de él. Tan gloriosamente atractivo, tan maravillosamente tentador y, en estos momentos, y de una manera increíble, sólo mío. Llego a su lado y me coloco debajo de la cascada, cerrando los ojos para sentir cómo cae con fuerza el agua sobre mi cabeza, sobre mis hombros, sobre mi pecho,

y al abrirlos me encuentro con la mirada ferviente de Logan, que me observa sin parpadear. Se acerca con lentitud, trazando con la mano el contorno de mi cuerpo: las caderas, la cintura, hasta alcanzar los pechos. Me mira, sus ojos destilan un atisbo indómito, feroz, excitante, y siento cómo mi sexo se contrae de gusto imaginándome el maravilloso desenlace que conllevará esa mirada. Me aparta la tela del bikini con lentitud, dejando libres mis izados pezones, sintiendo cómo el agua los estimula más, haciéndome que gima al sentir algo tan nuevo.

—Eres... preciosa —susurra con voz ronca alzando mis pechos para que el agua rompa en el pezón y, al notarlo, gimo todavía más fuerte, sorprendiéndome de ese sonido que ha salido de mi boca sin darle permiso siquiera.

Con la respiración entrecortada, me acerco de un movimiento a Logan, lo cojo del cuello y lo beso con ansia mientras siento sus manos acariciarme la espalda, el trasero, atrayéndome más hacia él si cabe. Lo cojo de sus increíbles hombros y de su cabello, profundizando más aún en ese beso que ha subido la temperatura de nuestros cuerpos.

—Aitana —gruñe dando un paso para adentrarse en la cascada, mirándome a los ojos mientras me acaricia el rostro, cobijándonos detrás de una preciosa cortina de agua—. No te he traído aquí para... ¡Joder! —brama mientras se inclina para devorarme el pezón, y sentir su boca ahí me hace jadear entrecortadamente mientras enrosco las piernas alrededor de él y echo la cabeza atrás, rendida al placer.

El agua, su boca, el lugar... Es todo demasiado bueno como para que me esté pasando a mí.

—Tenemos que parar, Aitana —protesta mientras se aparta de mi pecho y me mira a los ojos, los de él están oscuros y brillantes—. No he traído preservativo y...

—Logan —gimoteo mientras mezo mis caderas en la dureza que esconde su bañador, haciendo que él apriete la mandíbula con fuerza—, tomo la píldora desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer? —me pregunta visiblemente contrariado.

—Porque nunca lo digo —susurro mientras deslizo los dedos por cada montículo de su esculpido torso hasta alcanzar el borde del bañador.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Porque te deseo tanto que me está volviendo loca —confieso haciendo que me mire enfebrecido—. Porque quiero sentirte totalmente.

—Me vas a matar, Aitana —declara mientras me besa con ardor, y sigo meciéndome contra su dureza para después él, sin soltarme, bajarse un poco el bañador y liberar su erección—. ¿Es esto lo que quieres? —susurra paseándola por la braguita de mi bañador.

—Sí —gimoteo mientras ladeo hacia un lado la tela de la braguita para que él pueda acceder a mi húmedo sexo.

—Dímelo.

—¿Qué quieres que te diga, Logan?

—Lo que quieres que te haga, Aitana...

—Quiero... —susurro sintiendo la boca seca. ¡Estoy tan excitada que creo que puedo alcanzar



el orgasmo con un solo movimiento!

—¿Sí? Sé descarada, Aitana, sé esa chica que me planta cara y, joder, que no puedo apartar de mi mente.

—Quiero que me folles, Logan. Quiero que me lo hagas fuerte, duro y rápido.

—Joder, tus deseos son órdenes para mí —gruñe mientras desliza su pene por mi abertura, haciendo que gima sin control, notando cómo lo llena todo—. Esto es el paraíso —susurra con los dientes apretados mientras me besa sin compasión—. Agárrate fuerte.

Me cojo con fuerza de sus hombros y de repente todo se llena de placer, de descontrol, de pasión, de desenfreno. Los ojos de Logan, sus labios, su lengua, sus manos abriéndome más, su dedo rozando con perversión mi asterisco, llenándolo todo de morbo, de luz, de calor, de excitación. Me deshago entre sus brazos sintiendo cómo el placer me invade, me sacude, me embriaga, abriéndome los ojos a la realidad, una que pensaba que no existiría para mí. Con él he averiguado que puedo disfrutar del sexo, con él he descubierto lo que es el deseo más arraigado, con él estoy aprendiendo que dos personas pueden conectar de mil formas diferentes, con él estoy descubriendo lo maravilloso que es ser uno mismo, con Logan estoy empezando a sentirme viva...

—¡Bésame! —gruñe sin dejar de penetrarme con fiereza y, madre mía, lo beso con ganas, sintiendo cómo con cada beso él se vacía en mi interior, llenándome de sensaciones y de algo a lo que no quiero poner nombre.

Nos quedamos unos segundos así, mirándonos, besándonos con suavidad, sintiendo cómo el fervor comienza a menguar, pero sin querer apartarnos del otro. Logan me coloca bien la tela del bikini y, sin soltarme, nos sumergimos en las heladas aguas, que encuentro en este momento más templadas. Sale de mi interior, haciéndome sentir vacía, tanto que temo acostumbrarme a esto, a esta pasión, a sentirlo todo con tanta nitidez y fuerza, a él... Pero Logan no me permite entristecerme, pues me coge de la nuca y me besa con devoción.

## Aitana

Después de nadar un poco entre risas, salimos del agua para tumbarnos sobre nuestras toallas, sintiendo cómo el sol calienta con timidez mi piel, con las manos entrelazadas, disfrutando de este momento de paz, de relax, como si no existiera nada fuera de este pequeño lago.

—Cuéntame cómo fue tu primera vez —susurra Logan mientras se lleva mi mano a los labios y deja ahí un tentador beso, sin dejar de mirarme con esos preciosos ojos en los que puedo ver ese destello dorado que los hace únicos e irresistibles.

—¿En serio quieres saberlo? —pregunto arrugando la nariz y haciéndole sonreír de buena gana.

—Sí. Quiero saber qué pasó para que una chica tan descarada y fogosa como tú no sintiera nada de nada —susurra haciéndome reír.

—¿Tan descarada y fogosa? —inquiero, pues me sorprenden precisamente esos adjetivos tan alejados de mi persona.

—Claro, ¿no te has dado cuenta? Eres puro fuego, Aitana —declara mientras me guiña un ojo, haciéndome sonreír.

¿Cómo es posible que en cuestión de días haya pasado de ser un témpano de hielo a ser considerada fuego? Me muerdo el labio inferior repasando con deleite el armonioso y masculino rostro de Logan, percatándome de que es él el que ha conseguido que comience a derretirse todo este hielo que envolvía cada parte de mi cuerpo, haciéndome arder en llamas tan sólo con posar su indómita mirada en mí.

—Fue con diecisiete —susurro mirando al cielo al tiempo que recuerdo aquel momento—. Hacía pocas semanas que mi abuelo había muerto y me sentía... vacía, como si todo el dolor que experimenté al recibir la noticia me hubiese dejado hueca, inerte, como un trozo de tela vieja e inservible... En un arrebato de rabia y frustración, al darme cuenta de que ni sentía ni padecía, pensé que la mejor manera de reavivarme era..., ¡bueno, ya sabes!

—Continúa —pide en un susurro sin dejar por un segundo de mirarme y de entrelazar sus dedos con los míos. Aunque esté a punto de abrirme a él, me siento tan a gusto, como si no me resultase muy difícil hablar sobre esos años en los que mi vida comenzó a decaer...

—Fue durante una de esas fiestas a las que tenía que ir... —añado frunciendo el ceño—. Las

odiaba por encima de todo, tener que vestirme de gala, maquillarme, peinarme y moverme y hablar según querían los demás. ¡Era un martirio! Y para volver a sentir algo en mi interior decidí que, esa noche, perdería la virginidad. Lo cierto es que, por aquel entonces, no me gustaba nadie en especial. Todos me parecían iguales: unos relamidos, sin carácter, con los mismos gustos superficiales, unos pelotas que se acercaban a mí por mi apellido, por mi padre... Y elegí a uno un poco mayor que yo para que tuviera experiencia y no quedarme con mal sabor de boca después... Decidí que Borja sería perfecto —añado encogiéndome de hombros, porque la verdad, ahora, me arrepiento de haber hecho algo así—. Sabía que era un mujeriego y comencé a seducirlo, algo que pensé que no conseguiría. ¡Era la primera vez que lo intentaba! Pero parece ser que funcionó, porque al poco nos escondimos en la casita de la piscina y, bueno..., ¡ahí tuve mi primera experiencia! Creo que basta decir que él sí lo disfrutó muchísimo, pero que yo me quedé con la misma cara que un gnomo: sin expresión alguna y pensando que, si el sexo era así, había algo que me había perdido, pues ni siquiera me gustó, sólo noté molestias y estaba deseando que se quitara de encima... Fue un momento muy incómodo.

—Seguramente se centró en buscar su propio placer y pasó de ti...

—No lo sé...

—Pero repetiste.

—Sí... No con Borja, aunque él lo intentó varias veces, incluso con cita, flores, cena a la luz de las velas y todo el repertorio que, en principio, debía ofrecerme. Parecía que llevarse a la hija de los Pérez de Lara era demasiado jugoso como para perder la oportunidad —explico alzando la mirada al cielo—. Mi segunda vez fue incluso peor que la primera. Una fiesta, un armario y un tío sobándome sin ton ni son y que aguantó, exactamente, un minuto.

—¡¡¡Nooooo!!! —suelta entre risas—. Aunque lo comprendo: tocarte es adictivo —dice haciéndome sonreír.

—¡Pero imagínate mi cara! La tercera fue la más... bochornosa. Ahí comencé a pensar que el problema lo tenía yo. Fue con un chico con el que estaba saliendo; después de muchos meses dándole largas con mil excusas, al final fuimos a un hotel y, bueno, tengo que decir que se esmeró tocándome, acariciándome, pero nada..., ¡no llegaba! Y... —resoplo con frustración— él sí que lo alcanzó y yo me quedé de nuevo...

—¡Con cara de gnomo! —me interrumpe, y me contagio de su risa. ¡Se lo está pasando pipa!

—Exacto —indico para después quedarme mirándolo con seriedad, embebiéndome de sus rasgos. «Uf..., ¡qué guapo es!», pienso sin creer aún que esté aquí con él, en este trocito de paraíso, mientras le cuento estas cosas que nadie más sabe—. Luego llegaste tú y de repente mi cuerpo respondía a cada uno de los estímulos, a cada una de tus miradas, a cada uno de tus roces... Como si tú hubieses tenido la llave para abrir mis emociones, como si fueras el único que ha conseguido reavivarme —confieso mientras me inclino hacia él y le doy un beso que él me devuelve con ardor, haciéndonos gemir—. ¿Y tú? —susurro apartándome ligeramente para mirarlo. ¡No me canso de hacerlo!

—¿Yo?

—Sí, me imagino que tú, el líder de la manada y rey de los seductores, habrás tenido tu primera vez.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No quiero que me hagas una lista de todas las tías con las que te has acostado, seguramente no serán sólo tres como yo. Pero sí que me cuentes tu primer beso y tu primera vez.

—Está bien, pero mis primeras veces fueron con la misma persona. ¿A que no te lo esperabas? —suelta el muy canalla.

—¡¡Noooo!! —tercio entre risas, pues la verdad es que jamás lo habría imaginado.

—Mi primera vez fue con dieciséis, con la hermana mayor de Cody, en su habitación, y fue horrible, tanto, que me echó de su cama —explica entre risas, contagiándose—, algo que entendí, creo que el tío ese del armario aguantó más que yo —suelta, y no puedo imaginarme a Logan haciendo algo así. ¡No puedo!

—Entonces ¿también fue con ella tu primer beso?

—Sí, fue unos días antes de que muriera mi madre, tenía catorce años... La verdad es que no lo recuerdo de manera significativa, sólo que nos besamos y ¡listo! Recuerdo con más detalle cómo fue el tuyo —susurra, y oír su confesión me hace abrir los ojos con sorpresa, pues no entiendo por qué se acuerda más del mío que del suyo propio.

—Logan..., ¿por qué me dijiste que esperara debajo de la pasarela si sabías que Cody no iría? —pregunto intentando esclarecer lo que ocurrió aquella noche mientras siento sus dedos recorrer con suavidad la piel de mi estómago.

—No lo sé... —contesta encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero pensé que, si no daba el paso para besarte, tú te marcharías y te olvidarías de Cody. Jamás imaginé que te atrevieras a besarme —comenta mientras me mira con atención.

—Quería llevarme ese recuerdo de Berry... Por eso di el paso, estaba convencida de mi decisión, aunque...

—Te enfadaste mucho al saber que era yo —termina por mí.

—Sí, muchísimo... —susurro pensativa al hacer memoria de aquel momento compartido—. ¿Por qué no me respondiste al beso?

—Eras una cría.

—Tú tampoco es que fueras un adulto, Logan. Tienes sólo dos años más que yo —protesto con una sonrisa, observando cómo se echa el cabello para atrás y mira hacia la cascada como si quisiera encontrar las palabras indicadas para explicarme lo que sucedió aquella noche.

—Cuando... me besaste —dice lentamente—, no pensé que me gustaría tanto sentir tus labios, sentir tus manos rodeando mi cuello, y por eso me aparté de ti. Creo que es lo más difícil que he hecho en mi vida, pero no podía responderte. Si lo hubiera hecho... —susurra mientras me acaricia el labio inferior—, ahora sé que no podría haber parado.

—Te he odiado durante años por esa noche... —confieso mirándolo a los ojos.

—Lo sé. Yo también te he odiado por lo mismo —declara mientras desliza los dedos hasta mi nuca para acercarme a él y lamer con devoción mis labios—. Sabes tan bien, Aitana... —gruñe, y me aprieto contra su cuerpo—. Hueles tan deliciosamente bien —farfulla hundiendo la nariz en mi cuello, haciéndome gemir—. Y esos ruiditos que haces, joder... —maldice mientras desliza la lengua por mi cuello, degustándome, haciéndome estremecer con cada caricia, con cada palabra, con cada roce...

—Logan... —gimo bajito mientras introduzco una mano dentro de su bañador y le agarro el trasero.

—Humm... Mi chica descarada —susurra haciéndome sonreír ante ese apelativo mientras me da un beso en los labios—. Ahora no, que nos conocemos, señorita. Vamos a almorzar y a reponer fuerzas —comenta mientras se levanta de un salto dejándome desolada por no poder sentirlo de nuevo—. No me mires así. Hay tiempo para todo, y ahora quiero que almorcemos para después irnos a otro lugar. Vamos, ¡que el tiempo es oro!

Sonrío mientras me da la mano para ayudarme a levantarme. Luego nos vestimos y lo sigo hasta el todoterreno, mirando cómo este trocito de paraíso se va quedando atrás y guardando por siempre en mi corazón todo lo que he vivido aquí.

Tras media hora de camino, llegamos a la bonita población de Kiama, donde Logan estaciona el coche cerca de un restaurante y almorzamos sin ocultar esto que parece que no podemos detener, besándonos y cogiéndonos de la mano, acariciándonos, regalándonos roces y miradas repletas de promesas.

—Antes de irnos quiero enseñarte un lugar. Es uno de mis favoritos de este pueblo —dice saliendo del restaurante. Vamos cogidos de la mano y caminamos a través del paseo que bordea la playa rumbo al faro, donde, allá donde mire, el azul del agua y el verde del césped crean un paisaje idílico, incluso en este momento, en que estamos andando sobre estas piedras, a tan sólo unos pasos de las olas que rompen en ellas—. Ven, acércate —señala mientras me posiciona delante de él y me hace mirar una especie de agujero que hay entre las rocas.

—Ah..., muy bonito —susurro sin saber qué decir. ¡Sólo es un agujero! Logan se echa a reír mientras me da un beso en la cabeza.

—Ten paciencia.

Y espero estoicamente a no sé qué, hasta que de pronto, sobresaltándome, un chorro de agua sale propulsada por ese agujero, salpicándome y haciendo que lo mire asombrada.

—¿Ves como merecía la pena? —pregunta Logan sonriendo al ver mi rostro de sorpresa.

—Pero ¿qué ha sido eso?

—Es la fuerza del oleaje, pasa por debajo de las piedras y llega un momento en que intenta salir, algo que logra hacer por este agujero, como si fuera un géiser.

—¡Impresionante!

En este momento el sonido del teléfono de Logan hace que me suelte un segundo para cogerlo y, después, con la otra mano vuelve a entrelazar nuestros dedos. Sonrío al darme cuenta de que

parece que a él le pasa igual que a mí, no podemos estar separados mucho tiempo, es como si mi piel reclamara con necesidad su contacto.

—¿Sí? —dice al aceptar la llamada mientras me mira a los ojos—. Vale, ahora vamos —susurra para después colgar la llamada y acercarse a mí para darme un tierno beso en los labios—. Nate ya está nervioso —explica mientras alza la ceja con guasa—. Quiere saber si vas a ir a hacer unos postres para el servicio de esta noche.

—¿Ya se han acabado?

—Eso parece —susurra mientras me coge de la mano y volvemos al coche, poniendo punto final a esta maravillosa escapada.

Contemplo cómo conduce con seguridad, sintiendo que esta atracción comienza a llenarlo todo y que amenaza con desbordarse como el mar por ese agujero, con fuerza, con arrojo, para que todo el mundo lo vea. Reprimo un suspiro e intento no pensar qué pasará si llega ese momento. Lo que tengo con Logan es maravilloso, pero también peligroso. Él no es un hombre de una sola mujer, y yo... jamás he sentido esta conexión, esta complicidad, esta paz, con nadie más.

\* \* \*

Me estoy acostumbrando a esta maravillosa rutina, a buscarnos a escondidas, a besarnos sin que nadie nos vea, a cocinar, a ir detrás del otro con cualquier excusa, a la salida del restaurante —después de hacer los dulces—, donde subimos anhelantes al apartamento de Logan; en la piscina, mientras hablamos de cualquier tema, mientras nos robamos multitud de besos, temerosos y excitados por si William nos ve, a dormir del tirón sintiendo que he conseguido encontrar mi lugar, mi sitio, mi vida...

Caitlin volvió a los diez días y estos encuentros se trasladaron al apartamento de Logan, después de cocinar, donde nos veíamos sin que nadie se diese cuenta de que entre nosotros hay algo que sigue desbocado a un ritmo imparable y que estamos dejando que nos arrastre sin pensar en ponerle nombre.

—Vendrás esta noche, ¿verdad? —pregunta Nate entrando en la cocina mientras termino de preparar los dulces para la mañana siguiente y algún que otro postre.

—¿Adónde?

—¡A mi casa! Vamos a hacer una reunión de amigos y, por supuesto, tú también estás invitada.

—¿Irás Caitlin?

—Claro —contesta mientras me guiña un ojo—. Además, así podrás ayudarme con la comida, ¿te apuntas?

—Por supuesto —digo con una sonrisa observando cómo Logan entra en ese momento en la cocina.

—Siempre te encuentro aquí —le suelta Logan con guasa a su amigo.

—Tengo que supervisar a la nueva —indica sin perder ese buen humor tan característico en él

—. ¡Nos vemos esta noche!

Asiento mientras observo cómo sale de la cocina y Logan se acerca a mí guardando una distancia prudencial, pues no estamos solos...

—Al final se ha salido con la suya... —masculla Logan, y lo miro extrañada, pues no entiendo qué quiere decirme.

—¿Tú no vas?

—La verdad es que había planeado algo mejor que estar rodeado de todos nuestros amigos —añade haciéndome sonreír mientras mira detrás, por si Holly o Marcus, el cocinero, nos escuchan—. Ahora me tocará esperar el momento indicado para llevarte a casa —susurra mientras me guiña un ojo y, disimuladamente, me acaricia la mano con la yema de su dedo—. ¡Luego nos vemos! Me ha dicho mi hermana que se pasará a por ti.

—De acuerdo —comento observando cómo sale de la cocina.

Miro a mi alrededor, repasando todo lo que ha cambiado en estas semanas que llevo en Berry: he encontrado un oficio que disfruto de una manera que jamás pensé, un hombre que me acepta tal y como soy y que, además, me está ayudando a desprenderme de todo ese adormecimiento que he sufrido en silencio, un hombre que se acerca muy a menudo a verme, a hablar conmigo, simplemente para estar juntos, aunque no podamos tocarnos... Sonrío dichosa, porque daría lo que fuera para que mi vida fuese siempre así, por estar en este encantador pueblo, por estar rodeada de personas tan maravillosas como Caitlin, William, Tyler, Nate, Holly, pero, sobre todo, por estar con Logan... Meto en el horno unas galletas con pepitas de chocolate y de repente, en mi interior, salta una alarma turbadora que me hace titubear unos segundos, los suficientes para obligarme a ignorarla. Ahora me siento tan bien, soy tan feliz, que dudo que haya nada que lo estropee.

## Logan

Miro de vez en cuando la entrada de la casa de mi amigo Nate, expectante por verla llegar, por tenerla delante, para admirar su sonrisa, sus preciosos ojos azules y poder provocarla en la distancia, para que nadie se entere, aunque eso ya empieza a darme igual. Es la primera vez que llevo tanto tiempo viendo a la misma chica, deseándola más si cabe, como si no pudiera frenar esto que me arrastra a ella, para verla sonreír, gemir y oírla hablar, tratando de tirar de partes de ella que sé que le duelen, pero que, a la vez, forman parte de su persona, de su carácter. Le doy un trago a la cerveza mientras simulo escuchar a mi amigo Nate, que habla sobre la barbacoa. ¡Me da igual lo que me diga!, ahora mismo sólo tengo ojos para esa mujer que acaba de entrar al lado de mi hermana, esa que lleva un vestido blanco brillante que la hace brillar como una maldita estrella del cielo, fugaz, hechizante ¿y mía? Le doy otro sorbo intentando concentrarme en disimular lo que siento cada vez que mis ojos se posan en ella, cómo mis dedos cosquillean anhelantes por tocarla, cómo mis sentidos quieren fundirse en cada resquicio del ser de Aitana. Sus ojos me encuentran y, ¡joder!, me siento el tío más afortunado del mundo cuando me dirige una bonita sonrisa sincera. ¡Estoy deseando estar con ella a solas!

—Uf... —resopla Nate a mi lado mientras mira en la misma dirección que yo—. Esta noche está rompedora —añade haciendo que le dé otro trago a mi cerveza y me guarde mi opinión.

Porque para mí siempre está increíble, aún más cuando ella cree que está desastrosa: recién levantada o después de llevarla a un orgasmo atronador. Ahí sí que está rompedora, preciosa y deslumbrante, tanto que guardo como un tesoro cada imagen suya en mi mente, como si quisiera recordarla cuando ha sido más mía que de nadie.

—Creo que voy a intentar acercarme a ella —susurra Nate, y no puedo evitar echarle una dura mirada al oír esa afirmación, que me ha desajustado todos los esquemas—. No me mires así, Logan. Aitana ya no es una niña que debas proteger —comenta haciendo referencia al pasado, cuando me aseguraba de que tanto mi hermana como ella estuviesen a salvo cuando salían con sus amigos por el pueblo—. Y con la excusa de que me eche una mano con los aperitivos... Bueno, a ver si yo también se la puedo echar —suelta mientras me guiña el ojo y me deja solo para acercarse a un grupo de amigos que acaba de llegar.

Tengo que apretar la mandíbula e incluso el botellín de cerveza tratando de refrenar mi altivo



carácter, que desea, por todos los medios, detener eso, pero sé que no tengo ningún derecho sobre Aitana... ¿Qué tenemos en realidad? ¿Qué somos? Me termino la cerveza de un trago y me acerco a coger otra, sabiendo que esto es demasiado nuevo para mí. ¡¡Joder, yo nunca he tenido novia!! Nunca me he enamorado de ninguna mujer y no sé si esto, lo mío con Aitana, lo que siento por ella cada vez que la tengo delante, cada vez que mi mente evoca momentos compartidos, puede ser considerado amor. Sí, me encanta estar con ella, y desde que estamos viéndonos a escondidas, no he vuelto a mirar a otra mujer porque, simple y llanamente, ninguna puede hacerle sombra. Aitana es perfectamente imperfecta, pero aun conociendo sus defectos, nadie puede siquiera igualarla.

Es verdad que llevo unos días dándole vueltas a esta cuestión que no puedo ponerle nombre, ya que, según mis amigos, todas las mujeres con las que han salido los apremian para que pongan nombre a lo suyo. Eso es algo que nunca he vivido, pues mis relaciones siempre han sido esporádicas, tanto, que no daba tiempo a que ellas se cuestionaran nada. En cambio, durante todo este tiempo, Aitana nunca me ha sacado el tema, como si quisiera precisamente eso: tener una relación a escondidas conmigo. Pero ¿por qué razón? Esas preguntas sin respuesta empiezan a ponerme nervioso y no entiendo el motivo, siempre he sido yo el que ha controlado la relación, el que decide cuándo empieza y cuándo termina, el que impone las reglas, y ahora... Ahora lo único que puedo hacer es mirarla desde lejos al tiempo que maldigo a cualquiera que ose acercarse a ella, mientras mis entrañas se contraen al pensar que mi mejor amigo pueda intentar seducirla. ¿Y si lo consigue? ¿Y si Aitana prefiere seguir sintiendo con otro? Aprieto el puño tratando de controlar estos pensamientos funestos. ¡Joder, no soy un hombre inseguro y mucho menos celoso! Incluso sé que soy un tipo que llama la atención, y no sólo por mi trabajado físico ni tampoco por mi cara, sino por mi personalidad, como también sé que muchas mujeres estarán más que encantadas de estar a mi lado, aunque a mí la única que me importa, la única que no puedo apartar de mi mente es la mejor amiga de mi hermana... Me termino la otra cerveza casi de un trago para después ir a por otra y volver a buscarla con la mirada por la fiesta, dándome cuenta de que no puedo dejar de observarla, aunque sea en la distancia, y la veo bailar, tan delicada, tan etérea, tan bonita y singular que sé que nadie puede intuir que tras esa fachada perfecta de niña rica hay una mujer inteligente, interesante, tierna, divertida, pasional, que está ansiando vivir.

—¿Controlas tú las brasas? Voy a saludar a Aitana y a comenzar a desplegar mis encantos — comenta Nate nada más acercarse a mí.

—Nate —digo con voz áspera—. Aitana está conmigo —confieso notando que libero un peso que ni siquiera me había percatado que cargaba.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? —suelto enfurruñado. ¡Es la primera vez que digo algo así! Creo que no hace falta mucha más explicación, ¿no?—. Aitana y yo estamos juntos.

—¡Joder, lo que te ha costado! —exclama él echándose a reír, dejándome contrariado—. Ya me veía hablándole del tiempo para que me lo dijese.

—¿Lo sabías? —susurro sin entender nada.

—Lo intuía —puntualiza—. Sobre todo, cuando tu padre me preguntó si entre vosotros dos había algo.

—No —murmuro alzando la mirada al cielo con frustración—. ¿Tanto se nota?

—La verdad es que no. Pero ya sabes cómo es tu padre —añade mientras trajina con las brasas de la barbacoa—. Sabía que, si te lo preguntaba, me lo ibas a negar, por eso te he tanteado... Pero, joder, ¡te ha costado, tío! —suelta jocoso—. Entonces, estáis juntos... —repite mirándome de reajo mientras se aguanta la risa. ¡Menudo cabrón! Se lo está pasando cojonudo a mi costa—. Hemos pasado de que te cayera mal por ser una Pérez de Lara a que te guste, y la cosa parece que va en serio, ¿no?

—No lo sé, Nate —susurro dejando la cerveza en una mesa para echarme el cabello hacia atrás.

—¿Es que no habéis hablado sobre ello?

—No —contesto mirándola de reajo.

—Nunca te he visto así por una chica, Logan —comenta mirándome con seriedad, y asiento conforme a sus palabras.

—Es que nunca he experimentado nada parecido a lo que tengo con ella...

—¿La quieres?

—Creo que eso no es importante, cuando tengo la sensación de que Aitana, en cualquier momento, puede desaparecer... —confieso, y siento que es eso precisamente lo que temo: que ella se marche con la misma rapidez con que llegó.

—Entonces, amigo mío, haz algo para que se quede.

—¿Y cómo hago eso?

—Eres Logan Walsh, seguro que lo sabrás.

Niego con la cabeza temiéndome que ésa no es la solución a mi problema, pues Aitana no es como las demás mujeres que se quedan hechizadas por quién soy. Ella no es así, no se fija en lo que tengo o no, ella... Suspiro frustrado mientras la vuelvo a buscar con la mirada. Aitana es impredecible, es única, es como una maldita estrella fugaz que pasa surcando el cielo con prisas y anhelo detener, aunque sé que su naturaleza es aparecer brillante, surcar un precioso camino y desaparecer. ¿Cómo podría detener a una estrella fugaz como ella? ¿Qué puedo ofrecerle a una mujer que lo tiene todo en la vida? ¿Cómo puedo decirle, a esa mujer que comienza a vivir, que estoy dispuesto a dar mi vida por estar a su lado?

\* \* \*

Nunca me he considerado un hombre paciente, soy de los que cogen lo que desean en el momento, pero esta noche espero a ver a Aitana cansada de estar en esta fiesta, después de haberla visto reír, bailar y conversar con un montón de personas, para poder llevármela de aquí. Mi hermana parece que no se canse y sigue dándolo todo con cada canción que suena por los

altavoces. Por eso me acerco a ella y, a una distancia prudencial, le pregunto si quiere volver a la granja. Su sonrisa y su afirmación rotunda me hacen sentir que mi corazón se desboca, para después observarla hablar con Caitlin y acercarse a mí tras despedirse de varios amigos que tenemos en común. El camino se me hace eterno, algo absurdo cuando de la casa de Nate a la granja hay unos quince minutos escasos, pero no sé si debo sacar este tema con ella, no sé si se asustará, si reculará, si me confesará que para ella lo que tenemos no es tan importante, y que, tal vez, me diga que tiene la intención de volver de nuevo a su vida de lujo lejos de mí... Aprieto el volante con saña sintiéndome imbécil al sentir ese temor por verla desaparecer, por verla huir, por perderla. Jamás me he sentido así, sin embargo, tengo claro que debo hacer algo, pero ¿qué?

—¿Estás cansada? —le pregunto mientras apago el motor del coche después de haber estacionado en la granja.

—No mucho, pero tenía ganas de irme de la fiesta —contesta haciéndome sonreír.

—Vamos —apremio mientras salgo del todoterreno para acercarme a ella y cogerla de la mano, caminando hacia el lateral de la casa, donde se encuentra la piscina—. Estaba deseando estar así contigo —confieso mientras nos tumbamos juntos en una zona prácticamente a oscuras, un lugar donde hemos pasado muchas noches, simplemente sintiéndonos, a veces incluso sin hablar.

—Y yo —ronronea mientras desliza la nariz por mi cuello haciéndome sonreír.

—Esta noche estás preciosa —declaro mientras recorro con la mano su espalda hasta alcanzar el trasero.

—Tú sí que estás impresionante con esa camisa blanca. ¡Por poco me abalanzó a tu cuello!

—Te habría recibido con gusto —confieso mientras la aprieto contra mi cuerpo.

—Y tu hermana me habría arrancado la piel a tiras si llegamos a hacerlo —susurra, y sus palabras me dejan un regusto amargo.

—Aitana —digo sintiendo que el corazón se me puede salir del pecho de un momento a otro—, ¿por qué no quieres que mi hermana sepa que... estamos juntos?

Veo cómo se incorpora un poco para poder mirarme a través de la oscuridad parcial de esta noche mientras se apoya en el codo y noto su cálida respiración en el rostro.

—Supongo que me da miedo su reacción, ya sabes que Caitlin es imprevisible, además... —dice con un hilo de voz—, no sabemos cuánto durará esto, ¿no? ¿Para qué vamos a ponerlo todo patas arriba ahora, Logan? —comenta con un matiz en su voz que no sé diferenciar.

—¿Te... —comienzo a decir notando cómo me cuesta pronunciar estas palabras que tengo en mi mente. Pero ¿qué me pasa con esta mujer?, es como si toda mi fortaleza y seguridad se esfumaran cuando estoy con ella— te arrepientes de lo que tenemos?

—¡Claro que no me arrepiento! —responde categóricamente, haciéndome respirar—. La verdad es que me gusta demasiado... —susurra perdiendo fuerza—. Pero eres Logan Walsh —añade tan bajito y tan débilmente que no sé cómo interpretar eso.

¿Es posible que me esté diciendo de una manera suave que soy poco para ella? Al fin y al cabo, ambos sabemos que Aitana es aquí la que tiene clase, posición y tanto dinero que podría

comprar lo que le viniese en gana.

—Es mejor que sigamos así, Logan... —añade volviendo a recostarse sobre mi pecho, sintiendo su suave cabello rozar mi barbilla, notando sus manos dibujar figuras sobre mi pecho—. Sin pensar, sólo sintiendo... —farfulla muy bajito, haciendo que la estreche con más fuerza contra mi cuerpo, temiendo que salga corriendo y no poder verla jamás—. ¡Mira! —exclama con emoción señalando al cielo—. Una estrella fugaz.

—Pide un deseo, Aitana, algo que desees por encima de todo —apremio mientras hago lo propio observando cómo esa luz que ha iluminado momentáneamente el cielo, como un tímido fogonazo, desaparece a la misma velocidad.

—¡Ya está! —exclama con entusiasmo, como si formular un deseo significase que se cumplirá—. ¿Tú también lo has pedido?

—Sí... —digo mientras le doy un beso en la cabeza—. Y, si se cumple, me tatuaré mi quinta estrella, la más importante de todas las que tengo.

—¿Por qué será la más importante? —pregunta Aitana con curiosidad.

—Ya lo sabrás si llega el momento, y también te contaré qué significa cada una de ellas... —comento con suavidad, y temo que ese momento no va a ocurrir, por eso la aprieto más si cabe contra mi cuerpo, temeroso de que mi instinto me esté avisando de lo que ocurrirá en el futuro...

—Si se cumple mi deseo, yo también me la tatuaré —declara, y le acaricio la barbilla para que me mire a los ojos, notando cómo su aliento me hace cosquillas para después buscar su boca y besarla con lentitud, memorizando cada pliegue, cada pequeño surco de sus tentadores labios, para, cuando ella se esfume como esa estrella, recordarla para siempre.

De repente, mientras la beso con ternura, pienso en cómo me siento cada vez que la estrecho contra mi cuerpo, cada vez que la beso, cada vez que la miro, cada vez que rozo su piel o la veo observándome... Esto que tengo latente bajo mi pecho, esto que siento en la boca del estómago, esto que me hace sonreír sin motivos, que me hace levantarme de un salto de la cama para verla, que me hace idear mil planes para tenerla a mi lado, para hacerla sentir, para verla feliz, debe de ser amor, porque si no lo es... ya no hay nada que pueda serlo.

«¡Joder, la quiero!», pienso dándome cuenta de eso, pero la quiero tanto que no puedo retenerla, no puedo obligarla a que haga algo que ella no puede hacer. La amo tanto que sólo anhelo que su deseo, el de Aitana, se cumpla, para que, por lo menos, tenga en su piel algo que le recuerde a mí. Estoy tan jodidamente enamorado de ella que sólo pienso en exprimir al máximo el tiempo que esté aquí, porque sé que, después de ella, como esa estrella que acaba de cruzar el cielo llenándolo todo de luz, todo se volverá oscuridad a mi alrededor.

Aitana es mi estrella, la única que me ha hecho ver la vida como una aventura, como un cúmulo de risas, pasión, intimidad, amistad, cariño y amor, y será la única que tendrá cabida en mi obstinado corazón, que ha empezado a latir por una mujer que no puede ser nunca mía.

Siento sus manos desabrochándome los botones de la camisa, uno a uno, mientras introduce una de ellas y acaricia mi piel, le aprieto el trasero oyéndola gemir con gusto, para después observar

cómo se pone a horcajas sobre mí, nos desnudamos y nos unimos piel contra piel.

El sexo con ella siempre ha sido glorioso, excitante, morboso, placentero, pero esta noche, bajo la luz de las estrellas, ha sido especial. Con cada roce, con cada movimiento que hacen sus caderas, intento decirle sin palabras todo lo que siento por ella, todo lo que llevo guardado en mi interior, percatándome del verdadero significado de hacer el amor...

## Aitana

Abro los ojos, miro el reloj y maldigo por dentro mientras salgo de la cama a la velocidad de la luz. ¡Se me ha hecho tardísimo! Me visto en dos segundos para después dirigirme con paso acelerado a la cocina, donde me encuentro con William y Logan, que están desayunando. Los saludo mientras llego a la cafetera, ¡necesito un café!, y pienso que, desde que tengo esta relación a escondidas con el primogénito de los Walsh, las noches son tan excitantes y placenteras que duermo del tirón sin despertarme ni una sola vez siquiera. ¡Qué gusto!

—Buenos días, Aitanita —saluda William mientras me acerco a ellos con mi taza rebosante de café para sentarme—. Me estaba diciendo mi hijo que anoche vinisteis tarde de la fiesta.

—Sí... ¡Y se me han pegado las sábanas! —exclamo mostrándoles una sonrisa.

—No pasa nada; además, creo que mi hija tiene planes para hoy contigo —comenta, y en ese momento vemos cómo Caitlin entra en la cocina, vestida con un mono de algodón de rayas marineras y el cabello recogido en un moño. Tan descansada y perfecta que parece que haya dormido por lo menos diez horas, algo que sé que no ha hecho... ¡Si yo me acosté antes que ella!

—¡Exacto! —añade mi amiga pizpireta reafirmando lo que ha dicho su padre—. Tómame un café bien cargado porque nos vamos a la playa a pasar el día. Sol, surf, buena compañía... ¡Lo estoy deseando!

—¿Nos vamos solas? —pregunto mirando de reojo a Logan, que se encuentra pendiente de la conversación y de los movimientos de su hermana.

—No —contesta ella con una sonrisa—. Nos vamos todo el grupo, ¡como en los viejos tiempos! Por tanto, date prisa, que salimos dentro de una hora. Voy a recoger a Paige y vengo a por ti. ¡Estate preparada!

Y, con la misma fuerza que ha entrado, desaparece, haciéndome reír.

—Como siempre, una polvorilla —indica William mientras niega con la cabeza—. Me voy al despacho, y no te preocupes por el almuerzo, Aitanita, ¡ya nos apañamos Logan, Tyler y yo!

—Yo no vendré a almorzar, papá, tengo asuntos que atender —comenta Logan levantándose de la mesa para salir de la cocina sin darle opción a que le conteste.

—¿Ha ocurrido algo? —inquire William.

—Ni idea... —susurro, pues incluso me ha parecido extraño a mí que se marche sin esperar a

que su padre salga de la cocina y así poder estar unos minutos a solas.

—Este hijo mío... —farfulla mientras niega con la cabeza y se marcha también, dejándome sola.

Intento no darle muchas vueltas a ese hecho, pues tal vez se haya levantado con el pie izquierdo. Termino de desayunar, para después ponerme a recoger la cocina y así dirigirme a mi dormitorio, donde me quito la ropa para ponerme un bikini. Estoy atándome la parte de atrás de la parte superior cuando la puerta se abre y aparece Logan, cerrando a su paso.

—Creía que te habías ido —digo muy bajito mientras me acerco a él, que me dirige una mirada seductora que me enciende en décimas de segundo. ¡Y yo quejándome de que no sentía! Con él todo lo noto aumentado por mil.

—Y lo había hecho, pero... —sisea mientras da un paso adelante y recorre el borde de mi bikini con las yemas de los dedos—, no me había despedido de ti. Espero que lo pases muy bien en la playa.

—¿No vas a venir? —pregunto contrariada, y sé que es absurdo sentirme así, pero me había hecho ilusiones de que apareciera de improviso por allí.

—No puedo —contesta sentándose en el borde de la cama para así besar mi estómago, con lo que aprovecho para echarle el cabello para atrás—. Tengo trabajo y no puedo posponerlo... A la noche nos escapamos, ¿vale?

—Sí —digo con una sonrisa anhelando que llegue ese momento mientras me siento a horcajadas encima de él—. ¿Te ocurre algo?

—No —comenta mientras roza con delicadeza mi rostro sin dejar de observarme ni un segundo, para después dirigir la mirada a mis pechos—. Este bikini me trae muy buenos recuerdos —sugiere mientras aparta la tela para ver mi pecho, y saber que se acuerda de ese tonto detalle me hace sonreír, pues éste es el que me puse para ir a la cascada, a ese trocito de paraíso donde pudimos conectar más si cabe.

—Y a mí... Por eso me lo he puesto —declaro mientras siento cómo Logan se endurece debajo de mí, algo que me excita sin remedio, y comienzo a mover las caderas para tentarlo.

—Aitana...

—¿Sí? —susurro juguetona.

—No juegues con fuego.

—Si el fuego eres tú, no puedo evitarlo —confieso para después sentir sus manos cogirme de la nuca y acercarme a sus maravillosos besos, que me devoran con deseo.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —gruñe entre beso y beso—. Pero tengo que irme... —comenta mientras me vuelve a colocar bien el bikini para después darme un tierno beso y levantarse de la cama—. Pásatelo bien.

—Nos vemos a la noche —indico con una sonrisa, y veo cómo me guiña un ojo de esa manera provocadora, para después salir a la carrera de mi dormitorio.

\* \* \*

Tengo que reconocer que me lo estoy pasando bastante bien, las conversaciones que estamos manteniendo, las risas, los recuerdos, el sol calentándome la piel, el sonido de las olas al romper contra la orilla, la suave brisa marina, me reconfortan. Hemos almorzado unos sándwiches entre risas, recordando los años en los que hacíamos precisamente esto, pero mucho más jóvenes, cuando nuestros únicos problemas eran planear qué haríamos a la noche y saber la razón por la que el chico que nos gustaba no nos hacía caso. En estos momentos estamos tumbadas sobre las toallas, observando cómo algunos de los chicos —y alguna que otra chica— se animan a surfear las altas olas, y mi mente me lleva a recordar las dos veces que he practicado este deporte con Logan, con su mirada reconfortándome, con su presencia llenándolo todo, con esta atracción que no hemos sabido, ni querido, detener, hasta que toda esta relajación se desvanece al interponerse delante de mi visión, con esa sonrisa socarrona mientras repasa mi cuerpo de manera obscena, haciéndome sentir incómoda, el último hombre que me apetece tener delante.

—Hola, Aitana —me dice, y me yergo de manera mecánica, mientras con el rabillo del ojo me doy cuenta de cómo a Caitlin le cambia el gesto, algo que no comprendo...

—Cody... —contesto a modo de saludo.

—¿Podemos hablar a solas? —pregunta mirando de reojo cómo las chicas están pendientes de nosotros.

Sé que es absurdo negarme a hablar con él, aunque no me apetezca en absoluto porque, no sé, hay algo que no me gusta, y saber que tuvo un rifirrafe con Logan me hace estar más a la defensiva. No obstante, me levanto de mala gana de la toalla, me pongo el vestido —porque no puedo soportar la idea de estar delante de él con tan poca ropa— y empiezo a caminar en dirección a la orilla, dándome cuenta de que Cody se pone a mi lado y se quita la camiseta para dejar su torso musculado y bronceado a la vista. Lo miro de reojo para después centrar la mirada en las pisadas que dejo sobre la arena; es cierto que Cody es atractivo, pero nadie puede siquiera igualar a Logan.

—Anoche, cuando llegué a la fiesta de Nate, me dijeron que acababas de marcharte con Logan... —me dice.

—Sí... —contesto sin entender a qué viene ahora este tema—. Estaba cansada y se ofreció a llevarme a la granja.

—Qué lástima, tenía muchas ganas de verte y hablar contigo. Aún sigo esperando a que me hagas una visita —declara, y tengo que armarme de paciencia, porque ya no sé cómo decirle las cosas para que las entienda...

—Creo que sabes de sobra que esa visita no se producirá nunca —confieso con seguridad—. Sobre todo cuando sé que has tenido o sigues teniendo algo con mi mejor amiga.

—Caitlin y yo sólo somos buenos amigos —declara con soberbia, y le echo una mirada de desprecio. ¡Menudo papanatas!—. Ambos sabemos que no es nada serio..., ¿sabes? —suelta casi



de seguido, como si tuviera esas frases aprendidas—. Es extraño que, después de acercarte a la granja, Logan no volviera a la fiesta —añade como si nada, aunque empiezo a sospechar cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Supongo que estaría también cansado.

—Me ha dicho Charlotte que lleva tiempo sin quedar con él y, que ella sepa, no se lo ha visto con otra mujer desde hace semanas... Es muy raro, ¿verdad? Dado que Logan es, cómo lo diría, un hombre muy fogoso...

—¿Adónde quieres llegar con todo esto, Cody? —inquiero intentando no reflejar la rabia que estoy sintiendo con tanta preguntita. Odio los enigmas, y él no para de hablarme a medias, como si quisiera que confesara algo que ya sabe.

—¿Estás follándote a Logan? —pregunta con dureza y desprecio, provocando que lo mire un segundo.

—¿De verdad me has hecho levantarme de la toalla para preguntarme esto?

—Sólo quiero prevenirte, Aitana. Logan... Logan siempre ha tenido a la mujer que se le ha antojado, sin importarle nada más que su deseo repentino. Para él sólo eres una más que sumar a su marcador para después fanfarronear de haber conseguido abrir de piernas a la niña rica de Berry, nada más y nada menos que a una Pérez de Lara —comenta con gallardía. Parece que la fama de mi apellido no desaparece en España... ¡Incluso aquí mi familia es rica y poderosa!

—Vale, me doy por avisada —indico con aspereza, deseando acabar con toda esta pantomima—. ¿Qué pretendes con todo esto, Cody? ¿Que caiga rendida en tus brazos porque me has salvado del horrible Logan? —suelto con ironía mientras niego con la cabeza—. Tú eres incluso peor que él, por lo menos Logan me trata como un igual, tú... Sólo ves de mí mi apellido y los ceros que crees que tengo en mi cuenta corriente; además, me temo que crees que soy gilipollas: has estado con Caitlin, para mí ya estás vetado, Cody —confieso encarándome a él. No me ha gustado cómo ha hablado de Logan y el poco respeto que le tiene a mi mejor amiga. ¡Ella piensa que se está enamorando de él!—. ¿Algo más que añadir antes de que me vuelva con mis amigas?

—Creo que no sólo yo veo lo que aparentas —susurra con desprecio—. ¿Te ha dicho a nombre de quién está ahora la casa de tu abuelo?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Mucho, te lo aseguro —me suelta con una sonrisa repleta de malicia que me hace dudar un segundo—. Las apariencias engañan, Aitana, y él no es tan perfecto como trata de aparentar... No entiendo la razón, pero nunca nos ha dejado acercarnos a ti. Primero, con la excusa de que eras una cría, y ahora... simplemente porque no quiere tener rivales —añade con soberbia.

—Deja de hablar a medias y di lo que tengas que contarme —apremio con dureza, todavía más confundida.

—Sólo quería que te dieras cuenta de que ni yo soy tan malo ni él tan bueno... —declara encogiéndose de hombros, como si de verdad pensara semejante disparate—. Ten cuidado, Aitana

—comenta para después dar media vuelta y dejarme sola en medio de la playa, dándole vueltas a esta idea infundada, a esta incógnita.

¿Por qué es importante que sepa quién es ahora el propietario de la casa de mi abuelo? ¿Tal vez Logan...? No, no puede. ¡Me lo habría dicho el día que me llevó a...! «¡¡Mierda!», maldigo mientras empiezo a caminar en dirección a las toallas para después recoger mis cosas rápidamente.

—¿Adónde vas? —pregunta Caitlin levantándose para hablar conmigo al ver que ni siquiera he dicho nada al llegar, pero es que no puedo perder el tiempo. Necesito esclarecer todo esto ya.

—Me duele la cabeza, voy a coger un taxi y me vuelvo a la granja.

Mi amiga me coge del brazo y me aparta de donde están nuestras amistades para después mirarme con seriedad.

—¿Qué te ha dicho, Cody? —inquire con seriedad.

—Cody... —susurro mientras niego con la cabeza con desprecio. Ese hombre es lo peor—. No va en serio contigo, Caitlin...

—Lo sé... En la fiesta de anoche... —comenta visiblemente nerviosa y afectada—. Lo pillé besando a otra y se puso bravucón conmigo, Aitana, como si no tuviera derecho a enfadarme con él, como si lo que teníamos fuera producto de mi imaginación... —confiesa mirándome a los ojos, reflejando el dolor y la vergüenza sentida—. ¡Es un imbécil!

—¿Por qué no me lo has contado antes, Caitlin? —pregunto con cariño.

—No lo sé... Supongo que me daba vergüenza aceptar que tenías razón cuando trataste de avisarme... —declara mirándose los pies—. Tyler... al verme alterada se acercó y me defendió. ¡Dios mío, Aitana, deberías haberlo visto! Tan fuerte y decidido, plantándole cara, diciéndole todo lo que es, sin achantarse. ¡Me dejó alucinando pepinillos! Jamás pensé que haría una cosa así, para defenderme.

—Tyler te aprecia.

—Ya... —susurra haciendo un mohín divertido—. Esta noche he quedado con él para cenar, para agradecerle lo que hizo por mí..., pero, por favor, prométeme que no se lo dirás a nadie. No es nada importante. Somos amigos, nada más.

—Claro, no te preocupes y, Caitlin, cuando estés con Tyler, no pienses, sólo siente, déjate llevar —le digo mientras le guiño un ojo, y ella me responde dándome un fuerte abrazo.

—Espera, que te llevo a la granja.

—No —comento con una sonrisa—. Quédate con las chicas. Estaré bien —añado mostrándole una sonrisa que no siento en estos momentos.

—Pues toma las llaves de mi coche, será más rápido que esperar un taxi. Ya me llevará alguna a casa —dice mientras volvemos a acercarnos al grupo, para, así, sacar de su mochila las llaves de su Jeep.

—Sí, tienes razón —tercio cogiéndolas, y luego le doy otro abrazo a mi amiga—. Gracias. Luego nos vemos y hablamos.

—Ten cuidado.

Me despido de todos para después salir de aquí, un poco más tranquila al saber que mi amiga ha descubierto cómo es en realidad Cody y con la esperanza de que Tyler sepa conquistar el difícil corazón de Caitlin. Sin embargo, mi desazón no ha desaparecido por completo, necesito esclarecer todo esto. ¿Es posible que Logan me haya engañado? La idea me hace estremecer y sentir que mi alma se marchita, que mi corazón se encoge y que todo se desmorona a mi alrededor. Salgo con el Jeep de la playa tratando de aclararme al conducir por la izquierda, algo que no he hecho jamás, pero gracias al poco tráfico que hay he conseguido apañármelas mejor de lo que pensaba en un primer momento. Paso de largo la granja imaginándome que, a esta hora, Logan todavía no habrá llegado a casa. Vislumbro las extensas tierras de cultivos de los Walsh y detengo el coche cerca del establo, donde lo veo en plena acción: se encuentra cuidando a los caballos, con mimo, con fuerza, tensando sus músculos con cada movimiento, y verlo aquí, en el campo, mientras salgo del coche para dirigirme hasta donde está, me hace sentir algo en mi interior que no debería notar...

Por él no...

En ese momento se vuelve y nuestras miradas se encuentran. Aprieta la mandíbula mientras se acerca a mí con urgencia, me levanta el rostro y trata de buscar en el fondo de mis iris alguna respuesta; no lo sé bien, es la primera vez que siento que una persona puede ver más allá de mis palabras, más allá de mis acciones, como si pudiera mirar a través de mi alma.

—¿Qué te ocurre, Aitana?

—¿Quién es el propietario de la casa de mi abuelo? —pregunto sin rodeos. He venido a por respuestas, es absurdo que pierda el tiempo.

Oír eso hace que pase de la preocupación a la sorpresa.

—¿Qué te han dicho?

—Eso es lo de menos. ¡Quiero saber la verdad, Logan!

—Lo que cuentan por el pueblo no es verdad.

—Pues cuéntamelo tú.

—Aquí nos pueden ver —susurra mientras echa un vistazo a nuestro alrededor, algo que ni siquiera he hecho yo, pues sólo ansío la verdad, nada más—. Ven —me dice mientras entra en el establo, y lo sigo hasta el interior.

—¿Y bien? —inquiero altanera mientras contemplo sus ojos del color de las avellanas más oscuras.

—Te lo diré, pero necesito que me escuches después.

—Está a tu nombre, ¿verdad? —pregunto sintiendo con cada palabra pronunciada como si se me clavarán mil alfileres en el corazón, contrayéndome del dolor—. ¿Qué tuviste que hacer para que te regalaran la casa de mi abuelo?

—¿Cómo? —suelta perplejo—. ¿Crees que tu familia me chantajeó?

—¡Claro! ¡¡Ellos funcionan así!! Nunca dan nada sin recibir tres veces más a cambio.

—Había oído barbaridades por el pueblo. Como, por ejemplo, que me aproveché de tu abuelo para que me la dejara en herencia o que tu padre me la vendió a precio de ganga por haberte cuidado cuando pasabas los veranos aquí, pero jamás había oído semejante disparate.

—Eso es porque yo no me creo esas opciones, sé cómo era mi abuelo y sé cómo es mi padre. Dime, si no es por eso..., ¿por qué otra razón está a tu nombre?

—Aitana —dice con suavidad, como si temiera que no lo entendiera—. La compré con mi dinero, con los primeros beneficios que conseguí del campo —susurra con seriedad dando un paso hacia mí—. Viajé a España para hablar con tu padre, para intentar que me la vendiera a mí, y la compré por el doble de su valor.

—¿Cómo? —parpadeo extrañada—. ¿Estuviste en Madrid y no... no te acercaste a verme?

—Tu padre me dijo que no deseabas verme, algo que no me extrañó, pues nunca hemos sido amigos. Sin embargo, por alguna razón que sigo sin comprender, te busqué... Me costó un poco, pero lo bueno de que seas alguien tan importante es que cierta prensa habla de ti. Me enteré de que estabas en una discoteca del centro y, cuando te vi, tan maquillada, tan perfecta, rodeada de esas personas igual de esnobs que tú riendo como hienas hambrientas, mientras tú bebías cócteles sofisticados con la mirada perdida y dejabas que un tío cualquiera te besara en el cuello, yo... —relata con la voz pesada, como si le costara recordar aquello—. Me marché de allí, convencido de que mis suposiciones eran ciertas y eras una niña rica, mimada, y te odié un poquito más si cabe...

—Si te hubiese visto, yo...

—Ambos sabemos que no me habrías recibido con los brazos abiertos, y yo... supongo que necesitaba verte en tu mundo.

—Entonces ¿por qué compraste la casa de mi abuelo? —quiero saber para entender la verdadera razón por la que hizo algo así.

—No lo sé, fue un impulso... No podía soportar la idea de que alguien que no fueras tú ocupara esa casa... ¡Sé que es contradictorio! Joder, te odiaba con todas mis fuerzas, pero... —suelta con frustración mientras se echa hacia atrás el cabello para mirar a su alrededor, lo que refleja la incomodidad de hablar de este tema, que parece que no puede ni siquiera explicar—. Pero es la verdad.

—¿Por qué no la has reformado u ocupado? —pregunto muy bajito observando su rostro alterado, sus movimientos nerviosos. Todo él refleja la incomodidad que siente por hablar de este tema conmigo.

—Lo he intentado muchas veces, pero era entrar en la casa, ver los recuerdos que hay en cada rincón y... saber que no podía alterar nada.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando me llevaste allí?

—No sabía cómo explicártelo, Aitana... No quería que pensaras cosas extrañas o que sospecharas de mí si te daba por preguntar por el pueblo. ¡Han dicho tantas barbaridades durante todos estos años! —exclama negando con la cabeza desaprobando todo eso—. Pero jamás te haría

daño, ni en mil vidas —declara con rotundidad y, por alguna extraña razón, sé que habla completamente en serio.

Me quedo unos segundos mirándolo a los ojos, su gesto preocupado, su mirada sincera... Nadie jamás ha hecho algo tan bonito por mí —aunque fuera sin darse cuenta—. Logan compró la casa de mi abuelo, la ha mantenido intacta, aun odiándome, aun sin tener la certeza de que algún día pudiera volver y... Trago saliva tratando de que todas las emociones que siento no se desborden pues, gracias a él, todo lo siento con más intensidad, con nitidez. Él me vio en Madrid cuando intentaba sentir sin éxito alguno, me buscó y, al verme con aquellas personas que en ningún momento he sentido como amigas, me odió aún más si cabe, y, a pesar de todo eso, ha conservado intacto lo único que he querido con toda mi alma, el mayor de los recuerdos de esas semanas que pasaba aquí con mi abuelo, y todo por un impulso...

Cierro unos segundos los ojos notando esta emoción que palpita desde hace días en mi interior, parándome a pensar sobre ella, permitiéndome el lujo de escuchar a mi mente. Después de estas últimas semanas rigiéndome por los sentidos, vuelvo a abrirlos para mirarlo.

Logan.

El primer chico al que besé.

Logan...

La única persona que ha conseguido que vuelva sentir, que vuelva a emocionarme, a reencontrarme, a perdonarme, a valorarme y a aceptarme tal y como soy.

Logan.

El hombre que me está descubriendo, día a día, lo maravillosa que puede ser la vida, lo valioso y precioso que es vivir...

Me muerdo el labio inferior dando con la palabra que define lo que siento, algo que jamás he sentido antes por nadie, pero que me llena desde hace días de ilusión, de alegría, de emoción, de amor...

¡¡Lo quiero!! Estoy irremediablemente enamorada de Logan Walsh, de este hombre mujeriego, guapo hasta decir basta, que esconde en su interior una maravillosa personalidad y un corazón todavía más grande que él.

¡¡Lo amo!! Y ya no hay vuelta atrás, aunque me temo que todo esto finalizará mucho antes de que me atreva a confesarle lo que siento en mi interior, por él. Aunque..., ¡qué más da! Ya me ocuparé de mi maltrecho y recién estrenado corazón cuando suceda, de momento disfrutaré de lo que tenemos, dure lo que dure.

—¡Bésame, Logan! —le pido en un suspiro, sintiendo cómo mi cuerpo levita hasta él, ansiando sentirlo de mil maneras diferentes y guardándome en mi interior cada matiz para después, cuando todo acabe, recordarlo con fuerza.

Logan me mira unos segundos, recorriendo con sus ojos mi aspecto desaliñado de haber estado todo el día en la playa. Da un paso más hacia mí y me acaricia con delicadeza con las yemas de los dedos mis labios entreabiertos, para después juntar su boca con la mía. Gimo de gusto al sentir

su lengua jugar con la mía mientras lo arrastro más hasta mí, profundizando en este beso que ha empezado siendo tímido, pero que en estos momentos se ha desbocado, volviéndose frenético y desesperado. Porque cuando él me besa, noto que soy capaz de todo, que todos mis problemas se pueden solucionar, que tengo las riendas de mi vida, que puedo ser como quiera, que puedo ser feliz... Meto las manos por debajo de su camiseta, memorizando estos atrayentes músculos, sin dejar un segundo de besarlo, sin importar nada más que sentirlo, a él, al único hombre que ha derribado el inmenso muro de hielo que he erigido para poder subsistir, para poder continuar, aun sin emociones...

—Aitana —susurra con una sonrisa mientras se aparta de mí, un hecho que me frustra. Lo quiero tanto, lo deseo tanto...

—Logan... —jadeo deslizando una mano por su prieto trasero, apretándolo y acercándome a su fornido cuerpo.

—Joder —resopla mirando a nuestro alrededor para después llevarme a una zona más oscura del establo—. Aitana, eres tan jodidamente sexy, tan increíblemente preciosa —declara mientras me lame el cuello con gusto, haciendo que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo al notar su lengua—. Tu piel sabe increíble cuando te has sumergido en el mar... En nuestra playa.

—Logan —gimoteo desesperada mientras empiezo a desabrocharle el pantalón.

—¿Te das cuenta de que no puedo negarte nada? Estoy perdido en tus manos —confiesa mientras me coge en brazos y me apoya contra la pared, donde entrelazo las piernas alrededor de su cintura—. Joder, estás tan húmeda... —susurra mientras me acaricia el sexo por encima de la tela del bikini—. Podrías deshacerme y rehacerme a tu antojo —añade mientras aparta la tela y guía su erección hasta mi húmeda abertura—. Eres la única que puede hacer algo así y, por increíble que parezca, no tengo miedo.

—Logan —jadeo al sentirme, al fin, completa al tenerlo en mi interior. Me encanta sentir tanto, sentirlo a él, saber que no hay nada mejor que esta sensación.

—Podría estar cien años así, Aitana —gruñe mientras me penetra con fuerza, haciéndome gemir con gusto al notarlo en mi interior, cómo me estimula, cómo me abro más a él, arrancándome trazos de gozo—, mirando cómo te retuerces de placer —añade para después volver a penetrarme con la misma fuerza y profundidad, provocando que me coja con fuerza de sus hombros—, apreciando los cambios sutiles de tus ojos, de tus gemidos, de tu respiración —susurra moviéndose de nuevo con energía, volviéndolo todo caótico, placentero, demencial—, dejándome ver la increíble mujer que eres y dándome cuenta de que soy un cabrón con suerte al tenerte entre mis brazos, al oírte jadear mi nombre...

—Ah, Logan... —gimo cerrando los ojos al sentir cómo sus movimientos son frenéticos, atacándome sin piedad, convirtiéndolo todo en placer, en morbo, en luz, en vida.

—Sí, Aitana —gruñe mientras me besa con devoción—. Estábamos condenados a que sucediera esto y, ¡joder!!, es lo mejor que me ha pasado en mi puta vida.

—Logaaaaann... —jadeo notando ya el orgasmo muy cerca.

—Córrete, cariño —sisea sin dejar de besarme, de moverse, de tentarme—. Siénteme, Aitana.

—Logan, oh, Dios, ¡Logan! —exclamo mientras el placer me recorre con fuerza de la cabeza a los pies, haciéndome temblar, y mis ojos se centran en este hombre en apariencia hosco y obstinado, pero que, en el fondo, es todo lo que siempre he querido...

Un amigo.

Un amante.

Un hombre al que amar.

Un hombre que dé significado al amor.

El dueño de mi primer beso y el dueño de mi primer amor.

## Logan

Le aparto el cabello de la cara y la beso con delicadeza para, después, salir de su interior y dejarla en el suelo. Aitana me sonríe llenándome de calor, relajándome un poco al ver ese gesto sincero, pues cuando la he visto llegar con el coche de mi hermana, con el rostro desencajado y los ojos ensombrecidos, cuando ha comenzado a tocar ese tema, yo... Jamás me ha costado tanto hablar de algo, sobre todo porque ni yo mismo entiendo las razones que me llevaron a hacer lo que hice, sin embargo, ahora sé que lo hice por ella, por Aitana, por esta mujer que se me ha metido debajo de la piel sin permiso y mucho antes de lo que me temía.

¿Cómo puede haber estado tantos años creyendo que es una frígida cuando es la mujer más pasional y excitante que he conocido? Daría lo que fuese por verla feliz, por tenerla a mi lado, para siempre.

—Aitana —empiezo a decir mientras nos recolocamos la ropa—, me he cansado de esconder lo nuestro —confieso observando cómo ella recibe esa afirmación con extrañeza.

—¿Quieres... —balbucea— que no nos veamos más?

—No, no es eso —digo con una sonrisa mientras me acerco a ella, y le doy un beso en esos labios que son mi perdición—. Quiero poder pasear contigo cogidos de la mano, quiero poder darte un beso cuando me apetezca y quiero que lo sepa todo el mundo.

—¿En serio? —susurra mostrando una preciosa sonrisa que me llena de calor.

—Sí.

—Pero ¿y si...? —titubea, pero se detiene para después negar con la cabeza y sonreírme con mayor amplitud si cabe—. Déjame tiempo para que hable primero con tu hermana. Quiero que se entere por mí...

—¿Eso quiere decir que deseas hacerlo oficial?

—Sí —me contesta con una amplia sonrisa y, ¡joder!, no puedo evitar cogerla en brazos y darle un maravilloso beso.

—Nunca he tenido novia, espero estar a la altura —declaro dejándola en el suelo para después deslizar mi nariz por su rostro. Me encanta su olor mezclado con el del mar, es tan adictivo que me pasaría todo el día así...

—¿Novios? —balbucea, y su tono de voz y cómo me mira con sus enormes ojos azules me



hacen reír. ¡Es tan adorable!

—Sí —contesto con una amplia sonrisa mientras la beso con ternura en los labios.

—Ehm... —titubea, y ese sonido me hace sentir un cosquilleo latente al verla tan extrañada, al verla tan... ¿contenta?—. Creo que me voy a ir a la ducha —dice mientras nos dirigimos a la salida—. La piel me tira con la sal y debo de tener unas pintas de bruja que podrían asustar a cualquiera.

—Estás preciosa —susurro mientras la cojo de la mano y la estrecho contra mi cuerpo, algo que ella no rechaza, al contrario, pues apoya su cabeza en mi hombro y, ¡¡joder!!, ¡qué bien se siente uno así!

—Creo que podría llevar un saco de patatas en la cabeza y tú seguirías diciendo lo mismo.

—Con un saco de patatas a modo de sombrero estarías increíble —declaro con rotundidad, haciéndola reír y llenándome el alma con ese sonido—. ¿Por qué has venido sola?

—Tu hermana quería seguir en la playa y yo... —contesta con timidez mientras se mordisqueea el labio inferior.

—Necesitabas saber la verdad.

—Exacto —susurra mientras se acerca al Jeep y le abro la puerta para que pueda entrar, algo que a ella parece hacerle gracia, y me regala una de esas sonrisas que son mis preferidas.

—No tardes mucho en decirle a Caitlin que estamos juntos —alego mientras le acaricio el rostro con la yema de un dedo—. Creo que he perdido la capacidad de soportar verte sin poder tocarte.

—No tardaré, te lo prometo —comenta mientras desliza sus labios en una sonrisa para, después, rápidamente, darme un sonoro beso en los labios y sentarse al volante—. Te espero en casa —me dice mientras me guiña un ojo, y oír esa simple frase hace que sienta un cosquilleo que recorre cada centímetro de mi cuerpo. ¿Es posible que ella sienta lo mismo por mí?

—No tardaré —prometo con una sonrisa para después cerrar la puerta y observar cómo Aitana sale de aquí para dirigirse a la granja.

Sin apartar la mirada del coche que conduce Aitana, me echo el cabello hacia atrás sin poder dejar de sonreír. Puedo acostumbrarse a esto, ¡es más!, lo quiero todos y cada uno de mis días. Me vuelvo para seguir trabajando y me encuentro con la mirada socarrona de Tyler a escasos pasos de donde estoy.

—¿Esa que se ha ido era Aitana? —pregunta con mucha seriedad, y no puedo evitar echarme a reír a carcajadas.

¡¡Estoy deseando gritarlo por todo el pueblo: sí, yo, Logan Walsh, estoy loco e irremediablemente enamorado de Aitana!!

—Sí —contesto mientras me acerco a terminar con mis tareas y así poder ir a mi casa, donde ella, mi chica, mi novia, me está esperando... ¡¡Quién me ha visto y quién me ve!! ¡¡Yo, Logan Walsh, hablando de amor, de novia y de pasar toda la vida con la misma mujer!!

—¿No me vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que te diga? —pregunto sin poder ocultar mi felicidad. ¡Es eso! Lo que siento, lo que me llena, es felicidad, dicha...

—Pues no sé, Logan. Te he visto comiéndole la boca y habéis estado muchísimo rato dentro del establo. Dudo que estuvierais hablando de caballos, ¿no? —suelta Tyler con frustración haciendo que niegue divertido con la cabeza—. ¿Estáis juntos?

—Sí —contesto sintiendo alivio al confesarlo con tanta tranquilidad—. Y espero estarlo todavía más cuando Aitana se lo cuente a Caitlin.

—¿Tu hermana no sabe nada? —pregunta, y parece que le cuesta entenderlo, algo que comprendo.

—No, pero, sinceramente, Tyler, me da igual lo que piense Caitlin, quiero estar con Aitana, le guste a mi hermana o no —declaro con rotundidad mientras meto el caballo en el establo, y por la mirada que me echa mi capataz, sé que le ha extrañado mi rotunda afirmación. Pero es lo que siento, me da igual lo que piense la gente, la quiero y sólo deseo estar con ella—. ¿Terminas tú? —pregunto nada más salir del establo, después de haberlo dejado todo en su sitio.

—Sí... ¿Tu padre lo sabe?

—No, aun no. Pero espero que no tarde mucho en enterarse —comento mostrándole una amplia sonrisa que sirve de despedida para después dirigirme donde está mi todoterreno y volver a la granja.

Tras detener el motor, bajo del coche sintiendo que todo está mejor que antes, es como si al tener a Aitana cerca pudiera valorar lo que tengo: una familia, dos negocios, unos buenos amigos y tiempo libre para estar con ella. Entro en la casa y me dirijo directamente a la cocina, donde me encuentro con mi padre asomado a la ventana con una taza de té.

—Hola, hijo —me dice nada más verme ponerme a su lado, y me percató de que no veo ni a Aitana ni a Caitlin cerca.

—Hola. ¿Dónde están las chicas?

—Arriba, parece ser que Aitana tiene que ayudar a estar deslumbrante a Caitlin. Creo que tiene una cita, aunque me lo ha negado en mi cara —susurra mientras niega con la cabeza—. Te veo muy contento, ¿todo bien en el trabajo?

—Sí —contesto mientras lo sigo para sentarnos a la mesa—. He comprado un pequeño local muy cerca del hotel —confieso mostrando una amplia sonrisa. Ésa ha sido la razón por la cual no he ido a almorzar a casa y tampoco he podido dejarme caer por la playa, aunque me habría encantado.

—¿Para qué?

—Para que Aitana haga todos los dulces que quiera y los venda allí, sirviendo, claro está, al restaurante del hotel —explico mientras le guiño un ojo a mi padre, haciéndole sonreír—. Será una cafetería o una pastelería, ¡o las dos cosas! No lo sé... Aún no se lo he dicho, quiero que sea una sorpresa.

—Logan —me susurra con una amplia sonrisa sin poder ocultar su alegría—. ¿Está pasando lo

que creo que es?

—Sí, papá —declaro sin poder dejar de sonreír, porque ya me he cansado de ocultar algo que deseo por todos los medios gritar al mundo. Estoy loco, lo sé, pero por ella—. No obstante, no digas nada aún, Aitana quiere contárselo a Caitlin primero.

—Pues me temo que hoy no —comenta encogiéndose de hombros—. Tu hermana ahora mismo sólo piensa en sí misma...

—Pues mañana será.

—Ay, Logan, cuánto me alegro por ti, por los dos. Llevo días notándoos más sonrientes, más felices, y sospechaba que teníais algo... ¡Pero no pensaba que fuera tan formal! Cuando se entere de que has comprado un local para ella, se volverá loca de contenta.

—Eso espero —susurro con una amplia sonrisa, porque, la verdad, no sé cómo se lo tomará. Fue una idea que tuve hace unos días, algo para ayudarla a sentirse realizada, a que fuera más ella, a que se diera cuenta de que puede hacer todo lo que se proponga, y yo estoy dispuesto a ayudarla a que esa sonrisa jamás desaparezca de su bonita cara. Espero que le haga ilusión—. Nunca he sentido nada parecido por nadie —confieso, y creo que es la primera vez que hablo con mi padre de mis sentimientos; bueno, para ser fiel a la verdad, creo que es la primera vez que hablo con mi padre de algo que no sea el trabajo.

—Los Walsh somos así, hijo. Cuando nos enamoramos, lo hacemos tan de verdad que nos lanzamos de cabeza a lo desconocido, sin importar los riesgos que nos acechan y con todas las consecuencias. Aitanita es una buena chica que ha tenido que soportar demasiadas cosas... Se merece a su lado a alguien como tú, Logan, a alguien que la cuide, que la quiera y que le enseñe lo realmente importante de la vida.

\* \* \*

Han pasado dos días y seguimos en la misma línea: mi hermana parece que está muy nerviosa por no sé qué y no para de parlotear y Aitana no encuentra nunca el momento indicado para confesarle que está conmigo, pues, según ella, no quiere distraerla de algo muy importante que no puedo saber todavía, algo que acrecienta mi frustración a niveles históricos.

La reforma del local está en marcha, y quiero pedirle a Aitana que ultime los detalles finales. Para eso, he planeado salir esta noche con ella, llevarla a cenar a algún sitio bonito y después sorprenderla mostrándole el local que será para ella, para que siga sintiéndose realizada elaborando deliciosos dulces, aunque me temo que, como mucho, acabaremos en mi apartamento y lo del local se aplazará hasta que Caitlin deje de pensar en sí misma..., pues Aitana no quiere que nadie nos vea por el pueblo aún, hasta que ella sepa la verdad. Juro que quiero mucho a mi hermana, pero en estos momentos me entran ganas de cogerla y decirle cuatro cosas. ¡Me está jodiendo todos los planes!

Estaciono el todoterreno al lado de la granja y entro en la casa con la idea de pedirle consejo a mi padre para poder salirme con la mía esta noche y darle la gran sorpresa a Aitana. Paso de largo del salón para adentrarme en la cocina, supongo que todos estarán ahí, o por lo menos Aitana, enfrascada en la preparación de la cena, pero al llegar no hay nadie, algo que me extraña. Salgo al jardín por la puerta lateral, recorro el despacho y las habitaciones, obteniendo la misma respuesta: el silencio. Saco de mi bolsillo el teléfono móvil sintiéndome nervioso e incluso puedo decir que tengo la sensación de que pasa algo y, cuando me doy cuenta de que tengo una llamada perdida de Caitlin, noto de nuevo esta alarma en mi interior mientras le devuelvo la llamada.

—¡Logan, me cago en la puta, ¿por qué coño no me coges el puto teléfono?! —suelta mi hermana y, conociéndola como la conozco, ese exceso de palabrotas sólo puede significar una cosa: problemas.

—¿Qué pasa? —pregunto apretando el puño y el móvil, intentando frenar a mi cuerpo, que quiere ponerse en movimiento ya.

—Mueve tu culo al hospital Shoalhaven District —contesta con urgencia en la voz, y me temo lo peor.

## Logan

—¿Qué ha pasado? —pregunto sintiendo que todo se descontrola en mi interior, donde los pensamientos se solapan anhelando averiguar lo que ocurre.

—Es papá, le ha dado un ataque al corazón.

—¿Dónde está Aitana? —suelto de manera inconsciente, pero, no entiendo por qué, necesito saber si está con mi hermana.

—Joder, ¡pues aquí!, ¿dónde coño quieres que esté? Ha sido ella la que se lo ha encontrado y, ¡menos mal que estaba Aitana aquí!, no daba pie con bola, me he puesto nerviosa y no podía ni caminar. Ha sido ella quien ha conducido para traerlo hasta el hospital.

—¿Está en urgencias? —pregunto encaminándome al coche mientras cierro todo a mi paso.

—Sí.

—No tardo.

Finalizo la llamada y salgo de la granja haciendo que las ruedas patinen en la tierra, levantando una nube de arena y gravilla, pensando en mi padre, en la gravedad de lo que le ha pasado, en si estará bien...

Salto del coche al llegar al hospital después de veinte minutos de trayecto, corro hasta urgencias y veo a Caitlin y a Aitana con los ojos llorosos esperando en la sala habilitada para ello. Al verme entrar, se levantan a la vez para acercarse a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sin poder evitar sonar nervioso.

—No lo sé —susurra Aitana visiblemente temblorosa—. Estábamos hablando tan normal, alguien llamó por teléfono, William fue y... Oí un ruido, como un golpe, y al asomarme... Estaba en el suelo —solloza, y al verla tan afectada envuelvo su precioso rostro con las manos para mirarla con ternura y después abrazarla. Daría lo que fuese por protegerla, por verla bien...

—Yo... —susurra Caitlin, y veo cómo nos mira extrañada. Deshago el abrazo, pero no me aparto de Aitana ni un segundo, sino que le cojo la mano y se la acaricio para que sienta que estoy a su lado—. Estaba en mi habitación y he oído gritar a Aitana, cuando he bajado estaba intentando reanimarlo, pero al ver que seguía así... nos hemos venido corriendo.

—Habéis hecho bien —digo mirando a mi alrededor—. ¿No han salido aún a deciros cómo está?

—No... —susurra Aitana con un hilo de voz; parece nerviosa, algo normal dadas las circunstancias. Ella ha sido la que se ha encontrado a mi padre tirado en el suelo—. Voy... —añade dando un paso atrás deshaciendo mi agarre mientras señala la cafetería—. Vengo enseguida.

—¿Te acompaño?

—No... Es mejor que te quedes con tu hermana, por si sale el médico. Necesito una infusión —indica Aitana. Asiento para deslizar los dedos por su mejilla pálida y me acerco a sus labios para darle un pequeño beso.

Me sonrío de esa manera que lleva tiempo sin hacer, vacía, sin alma, para después agachar la mirada y dejarnos solos. No sé, es posible que me esté volviendo paranoico, pero hay algo en ella que me hace estar alerta y todavía más nervioso de lo que me encuentro.

—¿Qué coño ha sido eso? —suelta de repente Caitlin en voz baja mientras me propina un puñetazo, para nada suave, en el hombro, obligándome a salir de golpe de mis pensamientos.

—Au —me quejo mientras me toco la zona donde me ha pegado, y en esos momentos me arrepiento de haberle enseñado hace años a defenderse. ¡He creado un monstruo!—. ¿El qué?

—Acabas-de-besar-a-mi-amiga —susurra con los dientes apretados mientras de sus ojos salen chispas dirigidas a mí.

—Aitana lleva queriéndotelo contar desde hace dos días, pero no paras de hablar de ti y no ha podido hacerlo...

—¿El qué me quería contar? ¿Que te la estás follando? Mira, Logan, como se te ocurra hacerle daño, te cojo ese pelo tan bonito que tienes y te lo arranco de cuajo —añade con dureza, haciendo que sonría. Mi hermana no se anda con tonterías cuando se enfada, y sé que es capaz de cumplir su promesa. ¡Menuda es cuando quiere!—. Aitana lo ha pasado muy mal, y lo único que le falta a la pobre es que tú te fijas en ella, que se haga ilusiones contigo para, luego, darle el testarazo.

—Jamás le haría daño, Caitlin —confieso mirándola a los ojos para que se dé cuenta de lo sincero que estoy siendo con este tema—. La quiero...

—¿Qué?! —suelta abriendo los ojos desmesuradamente mientras me mira como si hubiese dicho algo del todo demencial—. Joder, creo que el susto me ha taponado los oídos, ¿tú te crees que he oído que tú, el antiamor en persona, quieres a una mujer, que quieres a mi amiga? —susurra negando con la cabeza.

—Has oído perfectamente, Caitlin. Aitana es todo lo que he querido sin saberlo, y estas semanas que hemos vivido juntos...

—¡Me cago en la puta! ¿Semanas? —vocifera llevándose una mirada de desaprobación de los familiares de los pacientes que también están esperando aquí—. ¿Cómo que lleváis semanas, Logan? —pregunta bajando el tono mientras aprieta los dientes y clava su fiera mirada en mí.

—Empezó sin darnos cuenta, Caitlin, y ahora... —digo con una sonrisa mirando hacia la cafetería por si la veo—. Ahora no quiero vivir sin ella.

—Pellízcame, te lo ruego —me pide en tono teatral, y tengo que negar con la cabeza—. No puede ser... Nunca os habéis llevado bien, siempre andabais a la gresca y Aitana hablaba pestes

de ti. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —sonríe diciéndole la verdad. No tengo ni idea de cómo ha sucedido, pero ha pasado y es lo mejor que he vivido hasta ahora.

—¿Ella sabe que tú..., ¡ya sabes!, que babeas como un caracol cuando está cerca? —pregunta haciéndome reír por su comparativa.

—No hemos comentado aún ese tema. Aitana tenía miedo de tu reacción cuando te enteraras, pero no hemos hablado todavía de lo que sentimos por el otro. Aunque creo que ella sí sabrá que la quiero, le dije que era la primera vez que tenía novia...

—A ver, que yo me aclare —dice Caitlin intentando poner orden a todo este tema que le ha sorprendido—. Me estás diciendo que lleváis unas semanas juntos, supongo que no os habéis dedicado a jugar al tres en raya —susurra haciendo que sonría mientras enarco una ceja—, pero que, en todo ese tiempo... ¿conociendo al dedillo vuestros cuerpos tal vez?, no ha habido ni siquiera un segundo para hablar de lo importante aquí, que es lo que sentís por el otro y que tú, además, así como de pasada, en plan enigma de *Quién es Quién*, le has dicho la palabra «novio» y piensas que así ella sabrá que la quieres. ¿Es eso lo que me estás intentando decir?

—Más o menos, sí. Aunque, aparte de lo que has dicho, hemos hecho más cosas: hemos hablado del pasado, de lo que a ella le ha ocurrido en España, de sus padres, de su abuelo...

—Ya me dejas más tranquila, temía que hubierais estado enganchados como unos perretes en celo.

—Caitlin, no seas bruta.

—¿Qué quieres que te diga? Soy así, por tanto, ¡te jorobas! —añade haciendo que sonría—. ¿Tan metida en mi mundo he estado que ni siquiera he visto indicios de lo vuestro? ¡Joder, que eres mi hermano y ella mi mejor amiga!

—Nos hemos ocultado bien.

—Ya veo... Como también he visto que hoy has pasado de eso.

—No he podido frenarlo, la he visto tan mal que necesitaba tocarla... —digo mientras vuelvo a buscarla con la mirada, pero sigo sin verla, aunque algo me llama la atención, una enfermera caminando hacia nosotros. A lo mejor nos quiere informar sobre mi padre.

—¿Eres Logan Walsh? —me pregunta deteniéndose delante de mí.

—Sí.

—Me han dado esta nota para ti —comenta tendiéndome un papel que cojo en el momento, quedándome extrañado al ver tanto la nota perfectamente doblada como a la enfermera, que vuelve a la recepción.

—¿Quién te ha escrito una nota en pleno siglo XXI? —pregunta Caitlin mientras niega con la cabeza, aunque supongo que mi hermana acaba de pensar en la misma persona que yo, porque nos miramos a los ojos asustados.

Desdoblo el papel y empiezo a leer:

Logan:

Espero que tu padre se recupere pronto. Por favor, dale las gracias por haberme acogido en la granja y por los problemas que haya podido causar. Jamás me he sentido tan en casa como en la vuestra.

Sin embargo, ha llegado el momento de irme, se ha acabado mi tiempo, tengo que volver a mi vida, a mi realidad...

Dale un beso de mi parte a Caitlin y dile que deje de pensar tanto y que descubra lo que tiene a escasos pasos de ella.

Y a ti... sólo te deseo lo mejor, Logan.

Gracias por haberme enseñado tantísimas cosas.

Adiós, para siempre.

AITANA

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha ido sin despedirse de nosotros? ¡Joder, estábamos aquí al lado! —exclama Caitlin visiblemente enfadada al leer, a la vez que yo, la nota.

Pero no puedo contestarle, sólo noto que mi corazón ha dejado de latir y que la sangre abandona mi rostro.

No puede ser.

No puede marcharse...

—¿Familiares de William Walsh? —oímos, sacándonos de este momento para acercarnos al médico.

—¿Está bien mi padre? —le pregunto a bocajarro.

—Dentro de la gravedad, sí... Está estable.

—¡Menos mal! —suspiro sintiendo un alivio que me reconforta al momento—. Caitlin, quédate con él y entérate de todo. ¡Vengo enseguida!

—¿Adónde vas, Logan? —pregunta mi hermana observando cómo me alejo de ella a grandes zancadas.

—A averiguar qué pasa —contesto haciendo que Caitlin asienta conforme.

El tiempo no corre a mi favor y temo llegar tarde, no poder verla una última vez, no poder preguntarle qué ocurre para que, de repente, quiera marcharse. ¡Esta noche debería haber sido especial! Y ahora... Niego con la cabeza mientras aprieto más el acelerador, sintiendo cómo mi ser me recrimina no haber hecho caso a mi instinto, que me decía, una y otra vez, que ella estaba de paso aquí y que nunca podría formar parte de esta vida, de mi vida.

Llego a la granja y la veo salir de la casa, con la maleta a rastras, con el mismo vestido con el que llegó aquí de improviso, ese que pude contemplar cuando me la encontré subida en un taburete, de espaldas, enmarcando su maravilloso trasero con esa cara tela. Justo delante de la granja hay un coche de alta gama de alquiler y un hombre de pie sujetando la puerta del conductor, como si estuviese analizando los movimientos de ella. Detengo el todoterreno y salto del mismo encaminándome hacia ella. Aitana abre los ojos con asombro al verme delante, para después morderse nerviosa el labio inferior y cerrar los ojos. ¿Qué está intentando ocultar?

—¿Adónde vas? —pregunto con urgencia.

—Vaya, vaya... —oigo entonces que dice una voz ronca que me hace erguirme, para después



observar cómo su dueño sale de la parte de atrás del coche con elegancia—. ¡El granjerito! —suelta con inquina.

—Padre, por favor —ruega Aitana mirándolo como un corderillo asustado, haciendo que éste, impecablemente vestido con un traje hecho a medida, con el cabello engominado de un tono negro con hebras plateadas y ese temple de la gente acostumbrada a que los demás hagan lo que él desea, le sonría para después hacer un movimiento de mando al hombre que aguarda delante del coche. El chófer, casi a la carrera, coge la maleta de Aitana para introducirla en el maletero.

—No te preocupes por nada, Aitana —le dice su padre observando como el chófer cierra el maletero—. Corre, entra en el coche.

—¿Por qué te vas? —pregunto dándome cuenta de cómo ella baja la mirada y se dirige donde su padre le ha dicho sin ni siquiera rechistar, sin ni siquiera detenerse a contestarme.

—Ay, muchacho, muchacho —susurra Fernando Pérez de Lara negando con la cabeza mientras se recoloca la corbata—. ¿De verdad creías que iba a permitir que un paleta como tú estuviera con mi hija? —pregunta despacito, haciéndome daño con cada una de sus palabras, algo que no debería extrañarme. Ese hombre siempre me ha hablado así, con despotismo, con asco, como si fuera un ser insignificante para él—. Ella vale más que esa casucha que compraste, vale más que estas tierras llenas de mierda de vaca, vale más que este pueblucho australiano y, por supuesto, vale muchísimo más que tú. Mírate, un Walsh, nadie te conoce, nadie sabe quién eres... Nosotros somos Pérez de Lara, que no se te olvide, muchacho, y espero que no hagas ninguna gilipollez. Mi hija no quiere verte nunca más —declara mirándome con seriedad y soberbia.

—Si es así, que me lo diga ella —digo con rotundidad, haciendo que ese hombre tan esnob se eche a reír como sólo lo hace la gente que tiene el control de todo: con dejadez, con ironía, con crueldad...

—Aitana —la llama, haciendo que ésta se acerque a nosotros con timidez, tanta que parece otra persona, no con la que llevo viviendo estas semanas—, tienes cinco minutos. ¡Cinco! —exclama con dureza—. No hagas que deba venir a por ti, señorita —comenta para después entrar en la parte trasera del coche.

—No tienes por qué irte si no quieres —le digo mientras le cojo las manos, las tiene frías y está temblando—. Eres una persona adulta, Aitana. Que no se te olvide.

—Logan... —susurra mordisqueándose el labio inferior—. No deberías haber venido, tu padre...

—Está fuera de peligro, y claro que tenía que venir. Necesito que me digas por qué te vas, por qué me dejas...

—No puedo —balbucea con sus preciosos ojos azules ensombreciéndose—. Sé feliz, Logan, te lo mereces tanto... —susurra rompiéndosele la voz y haciendo que note cómo mi interior se encoge al verla sufrir.

—No puedo serlo si te vas, ¿es que no te has dado cuenta, Aitana? —pregunto alterado—. Estoy loco por ti, y si te marchas...

—No lo hagas más difícil —solloza con el labio inferior temblándole mientras mira nuestras manos entrelazadas—. No quiero hacerte daño, Logan...

—No lo hagas. Dime que te quedas, ¡joder, Aitana!, te protegeré de todos, incluso de tu familia. Quédate conmigo —pido intentando conectar con su mirada, pero ella no deja de mirarse las manos, para después ver cómo levanta la cabeza y descubrir una mirada vacía, inerte, afilada, sin vida.

—Venimos de mundos diferentes, Logan... Jamás podría estar con alguien como tú —susurra para después deshacer el agarre y echar a andar hacia el coche.

—¿Fingías, Aitana? ¿Todo lo que hemos vivido durante estas semanas era mentira? —pregunto sintiendo cómo el corazón se me desgarraba y la rabia lo nubla todo.

—Adiós, Logan —susurra antes de meterse en el coche para después observar cómo éste sale a gran velocidad de mis tierras, de mi vida...

—¡¡JODERRRRR!! —grito mientras me tiro del cabello al ver que ya no hay vuelta atrás, que Aitana se ha marchado y que mi mayor temor se ha hecho realidad: jamás podré estar a su altura y mucho menos ella abandonaría el glamur y el lujo para vivir aquí.

## Aitana

Me acerco al gran ventanal y observo el ajetreo de la capital de España, los viandantes dirigiéndose a sus casas o, tal vez, a algún bar para celebrar que han terminado la jornada, los coches desfilando como una enorme y perfecta fila, los altos edificios ocultando el paisaje natural, el cielo cada vez más oscurecido.

Llevo una semana aquí y tengo la sensación de que ha transcurrido un siglo desde que tuve que abandonar Berry, desde que tuve que dejar... Cierro los ojos y me aparto de la ventana para dirigirme a la puerta de entrada, pues acaba de sonar el timbre. Al abrir entra un gran séquito que me maquillará y me peinará, para estar perfecta, como esperan de mí.

—Señorita Pérez de Lara, me ha dicho su madre que esta noche debe estar usted radiante —informa la maquilladora con entusiasmo pasando hasta el inmenso cuarto de baño y señalándome para que me siente en un cómodo sillón para comenzar a aplicarme cremas y colores—. Hoy tiene todavía más marcadas las ojeras, ¿no duerme bien?

Me encojo de hombros a modo de respuesta y dejo que la profesional empiece con su transformación, sé que cuando termine no habrá siquiera rastro de estas ojeras, ni de mi tez apagada, ni siquiera se reflejará el gran pesar que siento en mi interior, que se ha ido acrecentando con el transcurso de los días, cuando mi realidad ha vuelto a imponerse con crueldad, dándome cuenta de que no podré escapar jamás de todo esto, de la indiferencia, del lujo vacío, del despotismo y la avaricia de mis padres. Estoy condenada a vivir así, aparentando ser algo que no soy.

—¡Perfecta! —exclama la peluquera después de permanecer no sé cuánto tiempo estática en este sillón.

Me levanto de ahí mientras le agradezco sus servicios y les doy una buena propina para acompañarlas a la puerta y después dirigirme a mi dormitorio, donde está el vestido que tengo que llevar esta noche, uno que ni siquiera he elegido, aunque eso es lo de menos.

Antes de abandonar mi ático, me miro en el gran espejo de pared que tengo: el cabello lo llevo sujeto en un sofisticado y complicado recogido, mi rostro está impecable, resaltando con destreza mis labios y atenuando mi mirada; supongo que mi madre les habrá dicho a las maquilladoras que desvíen la atención de mis ojos, los únicos que no pueden mentir, ni tampoco se pueden ocultar. El

vestido es un modelo único hecho para mí del gran diseñador Hannibal Laguna, largo hasta los pies y de color rosa palo que se amolda a mi cuerpo con destreza. Las mangas son de gasa, del mismo tono, con cristales engarzados que le dan luz y elegancia. Cojo un pequeño bolso de mano del mismo color que los cristales que me envuelven los brazos, una estola de pelo para cubrirme del frío y salgo del ático. En el descansillo me encuentro al chófer que me llevará a la fiesta, ese hombre que no se ha separado de mí desde que aterricé en Madrid... Lo saludo con la cabeza y bajamos juntos al parking, donde se halla el flamante Bentley Bentayga negro, el coche que ahora tengo que llevar. El chófer abre la puerta trasera y subo con cuidado de que el vestido no se arrugue para después salir de aquí en dirección... ¡Qué más da! Es una fiesta, una como todas las demás a las que he asistido durante toda mi vida, donde debo sonreír aun sin ganas, donde debo hablar con personas que sólo se acercan a mí por quién soy, donde se sirve el mejor champán, los mejores manjares, sobre la más cara vajilla.

El coche se detiene y espero pacientemente a que el conductor me abra la puerta. Al sacar el pie derecho, cientos de *flashes* me ciegan momentáneamente, haciendo que sonría, demostrando lo feliz que debo estar, aunque en mi interior esté muriéndome poco a poco.

—Estás espectacular, hija —me dice mi madre nada más verme aparecer—. Ya sabía yo que ese color te favorecería.

Mi madre, Ruby Pérez de Lara, desde que se casó y adoptó el apellido de su marido, es una mujer elegante, de rasgos armoniosos, cuyos enormes ojos azules —que he heredado— y su cabello rubio la hacen ser el foco de todas las miradas, incluso ahora. A veces pienso que algún día ella parecerá más joven que yo... Está obsesionada con la juventud, con la imagen, y se gasta pequeñas fortunas en estar perfecta, desatendiendo lo verdaderamente importante, eso que he descubierto hace poco y que echo terriblemente de menos.

—Acompáñame, están deseando hablar contigo —apremia mientras empieza a adentrarse en la deslumbrante mansión, dejando a su paso un rastro de murmullos y miradas.

Ni siquiera sé de lo que han hablado conmigo o de lo que no, sólo he sonreído, he asentido y vuelta a empezar, pues mi madre me ha obligado a pasar por casi todos los invitados de esta fiesta, como si fuera un trofeo que hay que exhibir, que me miran con envidia, con ansias de poder ser como yo.

Cenamos entre música y champán, después la fiesta comienza a animarse gracias al alcohol y a las sustancias ilegales que están a la orden del día en lugares como éstos. En un descuido de mi madre, que parece que se ha pegado a mí con cola extrafuerte, aprovecho para salir al jardín trasero, donde la luz de la luna y el frío de diciembre me envuelve en mi triste realidad.

—Estás aquí —oigo que dice la voz de mi padre, y al girarme veo cómo se acerca a mí—. Tu madre estaba preocupada porque te había perdido de vista...

—Necesitaba respirar aire fresco. Además, ya has puesto tú remedio para que no pueda desaparecer si quiero —susurro haciendo que él niegue con la cabeza desaprobandando mis palabras.

—Tú me has obligado a hacerlo. No sabes la sarta de mentiras que hemos tenido que contar

para ocultar dónde estabas y sobre todo qué estabas haciendo.

—Tampoco es nada que no hagáis habitualmente, ¿no?, digo lo de mentir —matizo por si no ha quedado claro.

—Aitana —susurra en tono amenazador—. Vamos adentro.

—Ahora voy, sólo necesito cinco minutos más.

—¡No tenemos cinco minutos! —brama con dureza—. Vamos —repito ofreciéndome el brazo para que se lo coja.

Poso mi mano sobre el brazo de mi padre y entro de nuevo en la fiesta. Todos nos miran, algo que es normal en mi vida. Mi familia es una de las más importantes de España, tanto por nuestro legado familiar —que ha pasado de padres a hijos hasta nuestra época— como por la gran fortuna que amasan con la multitud de negocios que tienen repartidos por todo el mundo.

Nos acercamos a mi madre y, mi padre, de un modo automático, le da un beso en la mejilla para después quedarse con nosotras dos aquí, en una zona bastante a la vista de todos, tomando champán. Sé que desde fuera somos la familia perfecta y que ellos parecen el matrimonio ideal, aunque todo eso es un fiasco tan enorme como las sonrisas que esbozo. Si hago memoria, nunca he visto a mis padres comportarse como una pareja enamorada; es más, cada uno hace vida por separado para, después, en los actos sociales, aparecer como si nada cogidos del brazo y dándose besos que confirmen el gran amor que quieren que todos crean que sienten. He vivido todo esto de primera mano: la indiferencia, las palabras hirientes, el odio que se tienen, y no comprendo qué hacen todavía casados, aunque supongo que mi madre no querrá abandonar esta vida de lujos y fiestas y a mi padre no le interesará un divorcio millonario.

—Mira quién ha venido, Aitana —indica mi padre apretándome ligeramente el brazo para que busque a la persona a la que se refiere.

Al verlo, tengo que guardar las formas, deslizar una sonrisa e intentar que el asco y la rabia no salgan a la luz.

—¡Ya te estábamos echando de menos! —exclama con alegría mi madre mientras le da un par de besos al recién llegado.

—Bosco —susurra mi padre a modo de saludo mientras me empuja con suavidad hacia él.

—Estás preciosa, Aitana —dice Bosco, y verlo de nuevo, oírlo, hace que trague la bilis que se me ha subido a la garganta para después frenar a mi cuerpo, que desea empujarlo lejos de mí, cuando lo veo acercarse para darme un beso en la mejilla.

Bosco empieza a hablar con mi padre de negocios, haciendo que lo mire de reojo. Alto, moreno, cuerpo fibroso e incluso puedo decir que es atractivo. Para todo el mundo, llevamos saliendo unos cuantos meses, aunque la verdad sea distinta... Él es el único hijo de los Mendoza, una familia también muy importante en la capital, con grandes negocios y dinero. Nos conocemos desde hace años, algo normal cuando ambos somos hijos de grandes empresarios y provenimos de importantes familias, aun así, nunca hemos sido grandes amigos, ni tampoco hemos tenido ningún escaqueo, hasta que una noche, en una de las fiestas... Niego con la cabeza y observo a mi madre

sonreír a todo el mundo, orgullosa de que Bosco esté hablando con ellos, sabiendo que acaparamos todas las miradas.

—Saca a mi hija a bailar, Bosco —lo apremia mi padre.

—Un placer, Fernando —susurra éste haciendo que mi padre asienta conforme con la predisposición de este hombre para complacer cada una de sus órdenes—. ¿Me haces el honor, Aitana? —pregunta levantando la mano para que se la coja.

—Claro que sí, mi hija estaba deseando que la sacaran a bailar —contesta mi madre por mí mientras me empuja hasta él, todo ello sin dejar de sonreír.

Poso mi mano en la suya y un escalofrío desagradable recorre todo mi cuerpo. Me obligo a sonreír mientras nos colocamos en el centro de la pista y comenzamos a bailar una canción lenta, de manera correcta, como se supone que debemos hacerlo.

—He tenido que estar escondido estas semanas por tu culpa —me dice Bosco sin dejar de sonreír y de mirarme como si fuera lo más preciado para su vida. «¡Ja!»

—Yo no te he obligado a que lo hicieras —susurro sintiendo cómo los músculos de mi cara comienzan a fallarme a causa de tanta sonrisa falsa.

—Han tenido que decir que nos habíamos ido juntos de vacaciones, Aitana, para que tú... tú estuvieras correteando con los canguros —alega con dureza y despotismo.

—Seguro que no estarías muy solo allá donde te escondías —comento mirándolo con rabia y asco.

—¿Es por eso por lo que te marchaste?

—Os vi, Bosco —susurro muy despacito para que se dé cuenta de lo que estoy hablando—, y os oí —añado cerrando los ojos mientras intento desechar aquellos recuerdos de mi mente, esos que me hicieron salir corriendo de aquí.

—Pero aquí estás —anuncia con soberbia.

—Te puedo asegurar que no he tenido más remedio.

—Bah, Aitana —se jacta riéndose de mí, dándome a entender que no se lo cree—. Tú perteneces a este mundo, no me creo que prefirieras estar en mitad del campo, en un pueblo tan pequeño como insignificante, con gente paleta que sólo se preocupa de trabajar y pagar sus facturas —comenta, y siento rabia al oír cómo habla con tanto desprecio de algo que me ha hecho tanto bien—. ¡Esto es la vida! —exclama con emoción mirando a nuestro alrededor—. Tener poder para hacer lo que uno quiera, tener tanto dinero que necesitaríamos tres vidas para poder gastarlo y no preocuparnos de nada más que de disfrutar.

—Tenemos conceptos diferentes de lo que nos gusta de la vida, Bosco...

—Escúchame —susurra mirando detrás de mí, supongo que para ver las indicaciones de mi padre—, no me hagas un feo, ¿de acuerdo? Tu padre te está mirando y sabe lo que estoy a punto de hacer.

Frunzo ligeramente el ceño, pues no sé a qué viene de repente todo esto, pero cuando lo veo detenerse en mitad del salón y clavar con solemnidad una rodilla en el brillante suelo, todo mi

mundo se viene abajo.

—Aitana Pérez de Lara —me dice mientras saca del bolsillo de la chaqueta una cajita de Tiffany & Co. y la abre delante de mí—, ¿quieres casarte conmigo y hacerme todavía más feliz de lo que soy a tu lado? —pregunta alzando la voz, lo que hace que se me nuble la vista.

Me giro en busca de mis padres, que sonríen mientras asienten ligeramente con la cabeza, para después enfocar la mirada a mi alrededor, donde todos los invitados a esta fiesta se encuentran concentrados en este momento que debería haber sido maravilloso, precioso, romántico y especial, pero para mí es una pesadilla hecha realidad.

—Sí, quiero —susurro sintiendo cómo pronunciar esas sencillas palabras me arranca de cuajo mi alma, mi corazón.

Bosco desliza el impresionante pedrusco por mi dedo, se pone de pie y une sus labios a los míos mientras siento asco y miedo. Todos los presentes empiezan a aplaudir y a felicitarnos; después, sin ni siquiera percatarme, me veo engullida por mil conversaciones donde el tema principal es nuestra próxima boda. ¡¡Mi boda!! Contengo las ganas de llorar y de gritar mientras observo a Bosco sonreír a todo el mundo, dejándose querer y diciéndole a todo aquel que quiere escuchar que está deseando unirse a mí en matrimonio y que no tardaremos mucho en dar ese paso. Siento cómo las piernas empiezan a temblarme, a fallarme, cómo todo a mi alrededor se difumina, para después notar que mi cuerpo cae de forma repentina, y para sorpresa de todos, al suelo.

No noto dolor, no siento nada.

—¡Se ha desmayado! —oigo que dice alguien entre la neblina.

—Bosco, ¿es que has encargado al heredero antes de casarte? —oigo a otro, haciendo que todos se rían como hienas hambrientas.

Y me dejo llevar por las profundidades de un mar oscuro, anhelando que todo esto sea un mal sueño y que al despertar me encuentre en la granja de los Walsh para poder levantarme corriendo y buscar a Logan.

Logan...

Siento cómo mis ojos se humedecen cuando alguien me alza del suelo. Sé que le hice daño, pero era la única manera que vi para que Logan me dejara marchar, para que no viniera a buscarme...

Lo quiero tanto que he preferido arruinar mi propia vida para que él esté bien.

Y ahora... ¡¡me voy a casar!!

Siento que no puedo respirar, como si algo me apretara el pecho, sollozo abriendo los ojos de golpe. Me encuentro en una habitación de hospital, sola... Me tumbo en la cama y sé que no puedo rendirme, no puedo volver a vivir sin sentir, no puedo casarme con Bosco...

Debo hacer algo..., pero ¿qué?

## Aitana

Levanto la mirada de la pantalla del ordenador un segundo, lo suficiente como para darme cuenta de que fuera ha anochecido y eso significa que llevo más horas de las que debería en mi despacho, trabajando o haciendo como que lo hago, pues estas tareas que antes de marcharme a Australia había ejecutado con intachable profesional e incluso con efusividad ahora carecen de significado. Cierro la sesión y apago, para después levantarme y, en un acto reflejo, asentar bien la falda sobre mis muslos. Cojo el abrigo y el bolso y apago la luz del despacho para encaminarme a la salida. Han pasado cinco días desde que me prometí delante de la alta sociedad con Bosco Mendoza, cinco días desde aquel momento en el que me desperté en el hospital creyendo que mi vida acabaría definitivamente si accedía a algo así, cinco días en que me he propuesto cambiar mi patético y triste destino, aunque sea lo último que haga en esta vida. Sin embargo —y aunque he intentado trazar mil planes a la altura de «CSI», «Walt Street» y «Dinastía» juntas—, no he tenido ni el momento ni el lugar de desplegar mis conocimientos, ya que todo un séquito de personas —gente al servicio de mi padre, periodistas e incluso una organizadora de bodas— me siguen de sol a sombra.

—Señorita Pérez de Lara, hoy sale más tarde de lo habitual —me avisa el chófer, que hace también de guardaespaldas e incluso de persona encargada de tenerme vigilada a cada instante del día.

—Tenía mucho trabajo atrasado —miento.

—Me imagino... He estado a punto de interrumpirla, va a tener el tiempo justo para cambiarse de ropa y salir de nuevo.

Asiento dirigiéndome al ascensor seguida de ese hombre, alto y fornido, con un cuello tan grueso y fuerte que temo que puede, si quiere, romper con su fuerza una nuez con facilidad. Nos subimos al elevador y bajamos al aparcamiento para dirigirnos al Bentley, haciendo que eche de menos conducir mi maravilloso deportivo, que se encuentra estacionado en el parking de mi edificio.

Miro por la ventanilla y observo Madrid decorada con las luces de Navidad. Todo es tan luminoso y alegre, tan bonito y colorido que me parece una falacia sentirme tan rota y desesperada.



—Tiene media hora, señorita —me dice el chófer abriéndome la puerta de mi ático y quedándose fuera.

Entro y me dirijo directamente a la ducha, para después buscar un vestido que ponerme para esta noche en que mis padres han quedado, incluyéndome a mí, claro, para cenar en casa de los Mendoza. Salgo con un vestido estrechísimo de color azul que no deja lugar a dudas de que no estoy embarazada, algo que mi padre intenta a la desesperada que todo el mundo crea para darle mayor credibilidad al hecho de que nos vamos a casar dentro de un par de meses, aprovechando que la misma noche que Bosco me pidió matrimonio me desmayé. Según él, ahora está de moda casarse ya embarazados y así todos creerán que los Pérez de Lara y Mendoza tendrán un heredero al que agasajar en muy poco tiempo.

Absurdo, lo sé. Pero todo lo que conlleve mi apellido es así: rimbombante, artificial, demencial y falso.

Salgo de mi apartamento después de maquillarme con sutileza y dejarme el cabello suelto. El chófer —al que ni siquiera le he preguntado el nombre, pero en mi interior se llama La Sombra, pues allá donde mire está él— asiente conforme al verme y caminamos de nuevo hasta el ascensor para llevarme al matadero, digo..., a la cena, para celebrar la unión de dos de las familias más poderosas de Madrid... ¡Chorradas!

Los Mendoza viven en la misma urbanización lujosa y exclusiva que mis padres, donde para entrar hay que pasar por un control y comprobar que, en efecto, eres igual de asquerosamente rico que todos los que viven aquí. Observo las inmensas casas que hay en estas calles, hasta que el coche se detiene en una impresionante mansión de color blanco, bordeada de un increíble y cuidadísimo césped. El chófer me abre la puerta y bajo para dirigirme a la entrada, donde un mayordomo se inclina en una reverencia que me hace suspirar con resignación.

—Señorita Pérez de Lara, bienvenida —me dice el hombre en tono ceremonial mientras me quito el abrigo y él lo coge para después guiarme por el interior de los desorbitados metros que componen esta casa, hasta alcanzar un salón, el de las visitas—. La están esperando —añade haciendo un ademán con la mano para que entre.

—Oh, Aitana —susurra la madre de Bosco levantándose del tresillo nada más verme aparecer y así darme un par de besos de esos que no rozan ninguna parte de la cara, muy elitista, chic y frío —, esta noche estás preciosa —añade haciendo que sonría vagamente.

—Gracias, Cayetana —contesto sintiendo cómo me coge del brazo para llevarme hasta donde están mis padres, su marido y su hijo—. Perdonad mi impuntualidad —mascullo, y mi padre asiente conforme nada más oír esas palabras que todos esperan que diga—, estaba terminando de hacer unas últimas gestiones en el despacho.

—Esta muchacha, siempre pensando en trabajar... —añade jocoso Guzmán, el marido de Cayetana y mi futuro suegro.

—¡Lo lleva en la sangre! —exclama mi padre haciendo que todos se rían, e intento deslizar con delicadeza los labios hacia arriba.

—Pero, querida, estás muy delgada —señala Cayetana tocándome la cintura y el estómago—. ¿Cuándo va a comenzar a despuntar esa barriguita? —me pregunta, y no puedo evitar mirarla con extrañeza. ¿Es posible que incluso ellos se crean esa patraña que se ha inventado mi padre?

—No estoy embarazada —confieso sentándome al lado de mi novio, que se acerca a mí para darme un casto beso en la mejilla y después me coge la mano con la misma emoción que si cogiera un periódico, sin alegría, sólo porque se supone que tiene que hacerlo.

—¡Aún! —apostilla mi madre echándome una mirada amenazadora y haciendo que todos, otra vez, se rían por aquel chiste sin gracia—. Pero ya sabes, querida Cayetana, que los nervios previos a la boda siempre nos hacen perder algunos kilos.

—¡Benditos nervios! —exclama ésta haciendo que ambas rían.

Miro la mano de Bosco entrelazada con la mía y me doy cuenta de que no siento nada, es como si mis emociones se estuvieran adormeciendo de nuevo, algo que no voy a permitir. Me ha costado mucho volver a ser quien quiero y debo ser fiel a mi plan, aunque todo esté en mi contra lo ejecutaré. Reprimo un suspiro al darme cuenta de que, desde que he llegado a España, se me ha cerrado el estómago, hasta el punto de que sólo puedo probar algunos bocados y poco más, y los kilos que había ganado en mi estancia en Australia han desaparecido de una manera acelerada, dejándome sin curvas y más delgada que cuando me marché de aquí.

—Y decidnos, parejita —tercia Guzmán, que nos observa sentado delante de nosotros—, ¿dónde habéis pensado que será el gran día?

—En la Almudena, cómo no —contesta Bosco con una amplia sonrisa mientras me aprieta con sutileza la mano, obligando a que sonría.

«Cómo no...», pienso resignada.

—Ay, sí —dice Cayetana con emoción—. ¡Estoy deseando llevar una impresionante mantilla para llevar a mi hijo al altar!

—Va a ser una boda de ensueño —añade Ruby, haciendo que mi futura suegra asienta conforme a sus palabras.

—¡¡Mejor que la que celebraron los mismísimos reyes!! —exclama Cayetana con emoción, con lo que mi madre asiente a su vez.

—Podéis celebrar la cena en nuestra casa, seguro que ahí encontraremos la intimidad que queremos para ese gran día —propone mi padre haciendo que todos exclamen con emoción, ya que la casa de mis padres es tan grande, tan lujosa y exquisita que ningún palacete de la zona puede hacerle sombra. «Uf...»

—¡Qué gran idea! —exclama Ruby con entusiasmo—. La acondicionaremos para que sea el lugar indicado para celebrar la unión de nuestros hijos.

—Sí, va a ser un gran día —indica Cayetana.

—La cena está lista —avisa el mayordomo en tono solemne, haciendo que todos nos levantemos de los caros tresillos de diseño.

—Aitana, ¿vas a seguir trabajando cuando te cases con mi hijo? —me pregunta Guzmán

parándose junto a nosotros y observando cómo Bosco me levanta la mano que lleva cogida con posesión para después darme un beso en el dorso.

—Por supuesto que no —contesta él por mí, lo que provoca que Guzmán asienta conforme a esa respuesta, como si la estuviera esperando, como si fuera lo que se espera de mí—. Dentro de poco comenzaremos a llenar nuestra casa de pequeños y preciosos bebés, ¿verdad, mi amor?

Sonrío lacónicamente, sintiendo cómo una arcada me sorprende nada más pensar en esa posibilidad, para después observar a mi padre, que me mira con seriedad, analizando mis gestos, y, tras esperar a que pasen todos por delante de él, me coge del brazo con fuerza para detenerme en la puerta del salón.

—Deja de comportarte como una cría —susurra muy bajito clavando sus fieros ojos en mí—. Esta unión es muy importante para todos nosotros y tu encaprichamiento por ese granjero no lo va a fastidiar, ¿te queda claro? En la cena quiero verte sonriente, ¡te vas a casar con un joven atractivo y rico, Aitana!

—Que no me quiere a mí.

—¿Y qué más da eso? —bufa con desprecio—. Cuando os caséis, podéis hacer vidas por separado, a escondidas... La gente cree lo que ve, si vosotros demostráis que estáis juntos, os creerán —explica con rotundidad—. Y ahora, demuestra entusiasmo y dicha. Los Mendoza no saben nada de... nuestro pequeño acuerdo.

Lo veo alejarse de mí y, al llegar donde están todos, comienza a bromear con ellos como si no pasara nada y yo... tengo ganas de gritar, de decir la verdad, de desenmascarar toda esta patraña que me afecta a mí en primera persona sólo para alcanzar alianzas sólidas, sólo para ampliar aún más si cabe el patrimonio de los Pérez de Lara, sólo para ampliar un escaparate de oro y diamantes, igual de espectacular como frío...

La cena está siendo una larga tortura donde todo gira en torno a la boda, a los preparativos y a los niños que tendremos. Después nos separamos, las mujeres a un salón para ponernos al día, según los hombres, y ellos al despacho de Guzmán para hablar de negocios.

—Voy un segundo al tocador —susurro harta de la boda, de los niños, de los preparativos y del dinero.

Asienten con sus cabezas sin parar de hablar de todo lo que tienen que hacer para que el casamiento de sus hijos sea tan colosal que se hablará de él durante años, sin ni siquiera mirar cómo salgo de este pequeño salón. Camino por esos pasillos que conozco de memoria, paso junto al despacho donde están los hombres y me doy cuenta de que la puerta no está del todo cerrada. Miro a ambos lados, cerciorándome de que no hay nadie espiándome, me acerco y tengo que morderme con saña los labios al presenciar lo que está ocurriendo tras esa puerta. Sin vacilar, cojo mi teléfono móvil y grabo sin dejar de mirar a mi alrededor por si hay alguien que pueda verme. Me separo de ahí justo a tiempo para después entrar en el cuarto de baño e intentar relajarme.

No me lo creo. ¡Lo he hecho!

Miro lo que he grabado para asegurarme de que se oye bien y la imagen tiene buena calidad, luego lo envío a mi correo electrónico y lo subo a la nube, para después guardarlo en una carpeta oculta en mi móvil. Si alguien se entera de que tengo esa grabación, harán lo que sea por borrarla. Cuando llegue a mi ático la trasladaré a un dispositivo portátil, no puedo correr riesgos.

Tengo que ser inteligente y paciente, no puedo dejar que las prisas por acabar con esto me hagan tropezar definitivamente.

Es mi única baza.

La única que me salvará de todo esto.

La única que me puede acercar a lo que de verdad deseo: a mi libertad y a Logan.

## Aitana

Me coloco la máscara y cojo mi teléfono móvil para después sonreír: ha llegado el momento que he estado esperando. Lo tengo todo listo y preparado, me ha costado cuatro eternos y agónicos días, pero lo he logrado. Sólo falta ponerlo en marcha, y esta noche, gracias a la fiesta anual de máscaras que celebran mis padres en su gran mansión, lo haré. Aprovecharé el ligero anonimato que otorgan las máscaras y, sobre todo, intentaré beneficiarme de que la casa estará repleta de gente para ejecutar mi movimiento, el último, el definitivo.

El chófer me abre la puerta del coche y subo con mi vaporoso y lujoso vestido negro con mil brillantitos que centellean con cada movimiento. Luego La Sombra se pone al volante y me lleva hasta el que espero será mi último destino antes de abandonar todo esto para siempre.

Como todos los años, antes de las tan señaladas fiestas navideñas, mis padres no escatiman en lujos y comodidades y convierten su inmensa propiedad —tan lujosa y ostentosa como cabe de esperar de ellos— en una fiesta veneciana de máscaras, donde la música, el glamur y el misterio envuelven a todos los invitados. Sé que entre la alta sociedad es una de las fiestas más esperadas, ya sea por tener la excusa de volver a esta enorme propiedad, por el lujo que la envuelve, por sus mejores manjares o sus mejores licores, o simplemente por tener una excusa más para ponerse de gala y presumir del dinero que tienen en sus respectivas carteras... No obstante, a mí nunca me ha gustado nada de esto, es una fiesta más donde me obligan a estar, comportándome de cierta manera, aunque esta noche traspaso la puerta de la entrada con un propósito que me lleva a mirar todo lo que me rodea con otros ojos, como si quisiera despedirme, para después coger una copa de champán que ofrece el servicio y pasear la mirada por el enorme salón en busca de mi padre.

—Esos ojos azules te delatan —dice Bosco acercándose a mí, para después cogerme la mano y besarme el dorso—. Vamos, querida.

Hago una mueca parecida a una sonrisa mientras me dejo llevar, esperando el momento perfecto, observando la multitud de personas ricas y famosas que hay en esta fiesta, vestidos caros, las mejores joyas, los más brillantes gemelos, los relojes más exclusivos..., hasta que lo veo y tengo que tragar saliva, pues los nervios incluso me dificultan hacer algo tan sencillo como eso.

—Padre —susurro acercándome a él. Al vernos delante, nos sonríe—, me gustaría hablar

contigo.

—¿Ahora, Aitana? Somos los anfitriones, querida. Bosco, llévala a bailar un rato, que se entretenga y que la gente vea la gran pareja que hacéis.

—Escúchame, papá —pido ignorando a Bosco, que intenta llevarme al centro del salón principal—. Es algo importante.

—Luego, te he dicho —masculla él con dureza, haciendo que lo mire con inquina.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar? —me pregunta Bosco al poco mientras bailamos por el salón.

—Es algo personal.

—Dentro de nada seremos marido y mujer, Aitana... Puedes confiar en mí —comenta, y hago otro amago de sonrisa, sintiendo en mí una arcada sólo al pensar en acabar unida a este hombre para siempre... ¡Ni loca!

Bailamos y, de repente, Bosco se convierte en mi nueva sombra, pues la primera —la que ha contratado mi padre para que no se separe de mí— estará esperando en el coche a que acabe la fiesta. Tengo que hablar con varias personas que nos felicitan por nuestro futuro enlace, como algún que otro canapé instigada por mi amantísimo prometido, que no para de repetir lo delgada que estoy, y, cansada de perder el tiempo y ver que mi padre no hace el ademán de hablar conmigo, me enderezo y sonrío con decisión.

—Voy al tocador —informo a Bosco, que me da un pequeño beso en la mejilla para después dejarme marchar.

Me cojo el bajo del vestido y me dirijo al cuarto de baño observando a mi padre, que sigue enfrascado en conversaciones cuyo tema principal son los negocios y el dinero. Salgo del barullo de personas y me acerco a refrescarme un poco. Los nervios me están matando y debo aparentar estar serena, segura y tan tranquila que mi padre no tenga ninguna duda de todas las palabras que he memorizado para decirle. Me miro un segundo en el espejo, mi cabello está alzado en un complicado recogido, la máscara de seda y tul negra oculta parte de mi rostro perfectamente maquillado, mis ojos han vuelto a perder ese brillo que regresó gracias a todo lo que viví en Berry, y me animo a no flaquear, a no titubear, sólo tengo esta opción y no tendré ninguna más. Es ahora o nunca. Salgo del aseo mucho más confiada y me acerco con decisión a mi padre, que se encuentra hablando con unos amigos suyos, de negocios, cómo no...

—Disculpenme, señores —digo con una flamante y falsa sonrisa—. Necesito hablar contigo un segundo —comento mirando a mi padre, que sonrío a sus amigos para después observarme con dureza.

—Estamos teniendo una conversación de hombres, hija —repone haciendo que esos hombres se rían como hienas. Pero no me achanto, me enderezo y vuelvo a la carga.

—O vienes a hablar conmigo o te juro que lo que tengo en mi poder lo pondré ahora mismo por la pantalla gigante del jardín. Y te aseguro que no te va a gustar nada —susurro muy cerca de su

oído, para que nadie más aparte de él me oiga. Mis palabras surten efecto cuando mi padre endurece el semblante y me dirige una mirada afilada.

—Disculpadme un segundo, mi hija tiene una crisis existencial y necesita el consejo de su sabio padre —explica haciendo que sus amigos sonrían mientras me miran con despotismo.

Luego me coge del brazo con fuerza para llevarme fuera de la fiesta, exactamente a su despacho, que se encuentra al fondo de la propiedad, bastante alejado de donde está todo el barullo de personas divirtiéndose, para después cerrar la puerta y dar un paso hacia mí.

—A ver, Aitana, ¡dime eso que no puede esperar a que acabe esta fiesta! —brama con rabia.

—No me voy a casar con Bosco —susurro encarándome a él y diciéndole esas palabras que he ensayado estos días atrás.

—Creo que no recuerdas el trato que tenemos, ¿verdad?

—Lo recuerdo perfectamente, pero las reglas han cambiado —replico con una sonrisa—. Tengo pruebas y sé que no querrás que las saque a la luz.

—¿Qué pruebas, niña? —dice con arrogancia, para después negar con la cabeza con desaprobación—. Es un farol, Aitana, ambos lo sabemos. Es un grito a la desesperada para intentar volver a escapar del sitio al que perteneces. ¿Tú sabes lo que te juegas? ¿Lo que nos jugamos con todo esto?

—Yo no pierdo nada, al contrario... Todo esto —digo señalando a mi alrededor— no me interesa, ya te lo dije. Puedes desheredarme, dejarme sin dinero, ¡me da igual! Pero no puedes obligarme a que me case con Bosco.

—Sí puedo, porque si no te casas hundiré, de todas las maneras que te puedas imaginar, a los Walsh, empezando por Logan, ¿y sabes, querida Aitana, que puedo hacerlo sin tener que desplazarme a Australia? ¿Sabías que el granjerito ha osado venir a Madrid a por ti?

—¿Cómo? —titubeo sintiendo cómo las piernas empiezan a temblarme. ¿Logan está aquí? ¿Ha venido a por mí?—. ¿Dónde está?

—No te tienes que preocupar por él si haces lo que te digo... Digamos que es mi baza para asegurarme de que haces lo que te digo. Mientras tanto, lo tendré a buen recaudo.

—¡Suéltalo!

—Cuando te cases con Bosco lo haré.

—¡No me voy a casar con Bosco! —exclamo tan enfadada que incluso siento cómo cada centímetro de mi ser vibra—. Y quiero que sueltes a Logan ya mismo, porque ahora soy yo la que tiene la sartén por el mango, soy yo quien puede hundirte si quiere, sólo tengo que hacer viral un vídeo...

—No tienes nada, Aitana —susurra mordaz.

—¿Quieres verlo? Es superinteresante, es una versión un poco *light* y corta de aquel día en la oficina que me hizo coger una maleta y marcharme de Madrid. ¡Pero tampoco vamos a ser tan exquisitos, ¿no?! —suelto con garra, haciendo que mi padre endurezca el gesto con fuerza observando cómo saco mi teléfono móvil del pequeño bolsito que llevo y busco el vídeo—. Ah, te

aviso, por si te entran dudas o haces alguna tontería como coger el móvil y estamparlo en el suelo: tengo copias, muchas, fuera de la red incluso, guardadas en diferentes lugares —comento con decisión, para después seleccionar el vídeo y darle al *play*.

Me quedo observando el rostro crispado de mi padre al ver las primeras imágenes de ese vídeo que grabé gracias a que la puerta del despacho de los Mendoza estaba entreabierta. En él se ve a mi padre acercarse a Bosco y deslizar su mano por el trasero de mi supuesto novio, haciendo que éste gima bajito mientras apoya las manos en su fuerte pecho.

—*¿Esta noche vendrás a verme?* —le dice.

—*Sí* —jadea Bosco al sentir la mano de Fernando aprisionar su endurecido sexo.

—*Estoy deseando que se celebre la boda para poder tenerte para mí solo cuando quiera... He pensado en insonorizar una habitación para que mi hija no nos oiga* —informa haciendo que éste sonría complacido—. *Una cosa es que sea nuestra tapadera y otra hacerle la vida difícil.*

—*No pienso acostarme con ella, Fer* —confiesa Bosco, tras lo que mi padre se le acerca para besarlo con pasión.

—*No te preocupes por eso. Ella ya sabe que el embarazo se hará mediante fecundación in vitro. No os tendréis que acostar nunca, ni siquiera para hacer herederos, sólo conmigo...*

—*Sí...*

—*Y serás mi mano derecha en la empresa, sólo tú, Bosco...*

—*Oh, sí...*

La grabación se termina justo ahí y observo triunfal la reacción de mi padre, que se encuentra pálido, tembloroso por la rabia, observándome con desprecio.

—*¿Qué quieres?* —masculla con fuerza.

—Ya te lo he dicho antes. No me voy a casar con Bosco, porque él te quiere a ti; es más, os queréis tanto que lleváis viéndoos años —comento con tranquilidad—. No voy a convertirme en mamá, ella eligió casarse contigo aun sabiendo que eras homosexual y sigue a tu lado porque quiere esta vida y todo lo que conlleva. Pero yo no. No quiero vivir así, no quiero casarme para unirme a tu amante, para que tú puedas tener una excusa plausible para ir a verlo, para que, en cierto modo, él pueda estar unido a ti gracias a nuestro matrimonio y que no sea tan extraño que sea él quien dirija tu imperio, ya que lo lógico sería que lo hiciera yo, que en principio nací para ello... No quiero tener hijos de un hombre que está enamorado de mi padre. No quiero tener que fingir que somos la pareja ideal ni quiero esconderme si, algún día, encuentro a alguien que me dé lo que mi marido te da a ti. ¡Me niego a vivir esta falsedad! Pero, sobre todo, lo que quiero, lo que te exijo es que me dejes en paz de una vez y me digas dónde está Logan para poder irnos de este lugar para siempre.

—*¿Y qué propones, Aitana? ¿Dejarme en la estacada, dejar que la unión Pérez de Lara y Mendoza no se lleve a cabo porque no puedes soportar vivir bajo el mismo techo que mi amante, porque prefieres perder el tiempo con un granjero muerto de hambre?*



—Si quieres que se lleve a cabo esa unión, puedes divorciarte de mamá y casarte tú con él. Ahora está muy de moda, papá —comento devolviéndole un poco su táctica al haber incitado la idea de mi posible embarazo.

—¡Estás diciendo tonterías! Nadie puede saber que soy homosexual, los negocios que llevo, la gente con la que trato... —confiesa negando con la cabeza desechando esa posibilidad de raíz—. Jamás me aceptarían, ¿no te das cuenta? Todo esto lo he logrado haciéndoles creer lo que no soy.

—Dime, ¿de qué te ha servido? Sí, tienes dinero, propiedades y empresas esparcidas por todo el mundo, pero tienes que ver a escondidas al hombre al que quieres.

—A veces hay que hacer sacrificios para conseguir todas las metas que nos proponemos —confiesa con dureza—. He querido ser alguien importante y lo he conseguido. Tener que esconderme para follar o para besar a alguien es lo que menos me preocupa.

—Yo no estoy dispuesta a sacrificarme por tu sueño —declaro mientras me guardo el teléfono en el bolso—. Esto funcionará de la siguiente manera: me dejarás irme y me dirás dónde está Logan, le pedirás a ese hombre tuyo que se ha convertido en mi sombra que se esfume y nos dejarás marcharnos de aquí tanto a mí como a Logan; no me buscarás, no intentarás contactar conmigo de ninguna de las maneras, como si yo no existiera, como si jamás hubieses tenido una hija. Como te he dicho antes, no quiero tu dinero, no quiero esta vida... Además, dejarás en paz a los Walsh, ni se te ocurra hacer algo en contra de esa familia. Si tú cumples tu parte, este vídeo no saldrá a la luz nunca. Te doy mi palabra. Sin embargo, como intentes jugármela, aunque sólo sea un poquito, te juro por mi vida que, aunque seas mi padre, haré que el vídeo y todo lo que sé, porque lo he vivido durante todos estos años, salgan en la prensa de todo el mundo. Tú eliges —indico mirándolo con seriedad. Jamás he hablado tan en serio como ahora.

—Tienes agallas, Aitana —susurra mientras asiente—. Jamás pensé que harías algo así... —añade para aflojarse la corbata mientras pasea la mirada por su despacho, pensando en sus escasas posibilidades—. Podría intentar arrebatarle esas imágenes, podría amenazarte con matar a Logan.

—No soy tonta y he guardado muy bien muchas copias, en diferentes puntos y localizaciones... Además, no te atreverás a tocar a Logan, porque sabes que, antes de que le pongas un dedo encima, este vídeo estará por todo internet y todo el mundo sabrá por qué tienes tantas ganas de que tu única hija se case con Bosco Mendoza —explico con una seguridad aplastante.

—Podría retenerte...

—También lo he pensado, tengo a gente fuera que, si no saben nada de mí en las próximas horas, lo sacarán todo a la luz —alego con rotundidad—. Llevo mucho tiempo viviendo en este mundo, papá, sé lo que hay que hacer, básicamente porque te lo he visto hacer a ti miles de veces. No me vas a pillar, no vas a salirte con la tuya. ¿Qué me dices?, ¿hacemos que la fiesta acabe como siempre o creo un final apoteósico que jamás olvidarán?

—¿Y qué les digo cuando pregunten por ti?

—Que me he ido a ser feliz.

—Tu madre se llevará un disgusto cuando se entere.

—Lo dudo, está muy ocupada en encontrar novios cada vez más jóvenes.

—Los Mendoza se quedarán de piedra cuando sepan que la boda se anula —farfulla negando con la cabeza, pensando en todo lo que tendrá que solucionar para salvar su reputación.

—Más se sorprenderían si se enterasen de que su único hijo tiene un romance contigo, con el que será su socio en breve, con un hombre que, por su edad, podría ser incluso su padre, ¿no?

Mi padre suspira para después coger el teléfono móvil y marcar veloz.

—Ramón —dice cuándo aceptan la llamada, y al oír ese nombre caigo de golpe en cómo se llama mi sombra—, puedes marcharte. Sí, de momento no necesito tus servicios —añade para después cortar la llamada—. Ya está.

—No está. Falta Logan.

—Ese chico no te conviene, Aitana.

—Eso tengo que decidirlo yo, no tú. ¿Dónde está?

—Aitana...

—¡No! —exclamo dando un paso hacia él—. No te lo voy a repetir otra vez: quiero que sueltes a Logan, quiero verlo, si no, te juro por el abuelo, que en paz descansa, que no pararé ni un segundo de mi vida hasta destruirte —confieso con garra, lo que hace que mi padre se afloje todavía más el nudo de la corbata nervioso.

—Está en el sótano de la oficina —dice para después coger el teléfono y llamar bajo mi atenta mirada—. Juan, sí... Libéralo. ¿Cómo que por qué? Te he dicho que lo liberes y que lo dejes salir. Sí —suelta cortando la llamada—. ¿Contenta?

—Hasta que lo vea con mis propios ojos, no —contesto dando un paso para encaminarme a la puerta.

—¿Aitana? —me llama, y me giro para mirarlo—. No habrá vuelta atrás, piénsalo bien. Si sales por esa puerta, todo lo que tienes desaparecerá de golpe, tus privilegios, tus contactos, tu trabajo, el dinero, las propiedades, la herencia, nosotros...

—Jamás me has dicho algo que me haga más ilusión —declaro con una sonrisa—. Sólo espero que cumplas tu palabra, para no tener que llegar al extremo de sacar toda la mierda que tienes escondida —indico para después salir del despacho y encaminarme lejos de esta casa.

—Aitana —oigo cómo me llama Bosco, pero no me detengo, sólo niego con la cabeza y sigo caminando para alejarme de esa fiesta, de esa gente, de mi familia.

Salgo por la puerta principal sintiendo el frío helado reanimarme; ni siquiera he cogido la estola que llevaba, pero me da igual. ¡Lo he hecho! Sonrío con dicha mientras salgo de la propiedad con una única idea en mente: asegurarme de que Logan esté bien. El portero me abre la verja para que salga a la calle y observo a un par de periodistas que me hacen unas tímidas fotos, tengo que llegar al centro de Madrid cuanto antes, debo encontrar a Logan.

Sé que todavía no puedo relajarme. Sólo terminará cuando él y yo estemos dentro de un avión rumbo a Australia. De momento, la desazón y los nervios me obligan a sobornar a un periodista

para que me lleve donde se encuentran las oficinas de la empresa de mi padre, donde han soltado a Logan; sólo espero encontrarlo ahí y que mi padre no intente un último movimiento para separarnos y retenerme aquí.

Jamás un trayecto se me ha hecho tan agónico como éste. El periodista, instigado por mí, acelera lo máximo que puede hasta que alcanzamos la amplia y conocida calle donde se ubica la sede central del imperio de los Pérez de Lara.

—¡¡PARA!! —grito con emoción al verlo caminar por la gran avenida, ligeramente confundido, como si no supiese en qué día estamos o dónde—. Escúchame, ¿tienes tu cámara de fotos?

—Sí, claro —contesta el periodista con una amplia sonrisa.

—Pues prepárate, que además del dinero que te he dado por el viaje te vas a llevar una exclusiva. Eso sí, adórnala mucho: porque estás a punto de presenciar cómo una chica de la alta sociedad pasa del dinero para estar con el hombre al que ama —explico con una amplia sonrisa mientras abro la puerta del coche—. Gracias por traerme.

Salgo del coche, cierro la puerta y, cogiéndome el borde del largo y elegante vestido, echo a correr por la acera, anhelando llegar donde está él, deseando abrazarlo. Observo a Logan cada vez más cerca, lleva una cálida chaqueta negra, su aspecto desesperanzado, su mirada clavada en el suelo, parece perdido, algo que me sorprende. Logan es pura fuerza y control.... No puedo frenar o a lo mejor no quiero, y me lanzo a sus brazos con tanta fuerza y necesidad que lo hago trastabillar, pues no espera que una mujer se tire a sus brazos.

—¡Dios mío, Logan! ¡Estás bien! —exclamo con alivio cogiéndole el rostro y comprobando que no tiene ningún signo de haber sido golpeado, algo que he temido nada más saber que mi padre lo tenía retenido en contra de su voluntad.

—¿Aitana? —susurra él tocándome la máscara que aún llevo puesta. ¡Ni me acordaba!

—Sí —digo mientras me la quito para mirarlo a los ojos.

—Pero...

—No hay tiempo para eso —repongo para después observar al periodista, que se encuentra echando fotos en el interior de su coche. Quiero ofrecerle una instantánea que no dé lugar a dudas de la verdadera razón por la que yo, Aitana Pérez de Lara Corbyn, he abandonado a mi familia, mis posesiones, mi apellido—. Ahora o nunca... ¡Bésame! —exclamo con fuerza, haciendo que él frunza el ceño ante ese ultimátum que no se espera.

Logan, ¡mi Logan!, me acaricia el rostro con parsimonia, embriagándome de sensaciones con cada roce, para después inclinarse y unir sus labios a los míos. Su gruñido, ¡oh, sí!, este sonido que forma parte de él, me llena de vitalidad, de energía, de dicha, de vida, notando cómo vuelvo de nuevo a sentir, a ser yo, la que quiero ser y no la que quieren los otros. Me amoldo a su increíble cuerpo y Logan me devora como si fuera la última vez que nos pudiéramos besar, saboreándome, mordisqueándome, fundiéndonos en un beso tan pasional como increíble. Amo a este hombre con cada partícula de mi cuerpo, y ha venido hasta aquí ¡a por mí! Jamás pensé que mi suerte cambiaría, que volver a Berry me haría experimentar lo que he vivido con este hombre

tan obstinado, fuerte, arrogante, descarado, serio, atractivo, hosco y con un interior tan bonito que ahora entiendo por qué lo guarda a tan buen recaudo.

—Tengo un mensaje de tu padre: él nunca pierde.

Esa voz me hace separarme ligeramente de Logan y reprimir un grito cuando veo a Ramón —el que ha sido mi sombra todos estos días— detrás de él, muy pegado a su cuerpo, con una socarrona sonrisa dirigida a mí que me hace abrir los ojos con desmesura.

—Lleva un arma... —susurra Logan mirándome con seriedad, haciendo que esa simple frase me hiele por completo, tanto que temo convertirme, de nuevo, en un témpano—. Vete, Aitana. Ahora o nunca... ¡vive!

Todo pasa demasiado deprisa como para que lo entienda, ni siquiera puedo razonar esa última frase de Logan, pues éste simplemente me empuja hacia un lado, provocando que trastabillo con el vestido y acabe desparramada en el suelo sin poder ver nada, sólo oyendo un fuerte sonido, un disparo que resuena sin compasión en mis oídos. El olor a quemado, a pólvora, el revuelo de la gente que pasa a nuestro alrededor, el miedo, la angustia, la desesperación y el odio se amontonan en mi cuerpo, impidiéndome respirar, notando que mis ojos se llenan de lágrimas, que mi garganta se prepara para gritar...

No puede acabar así.

No puedo consentir que mi padre gane otra vez...

\* \* \*

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAHHHHHHH!!! —grito con desesperación en un alarido incorporándome de la cama, mirando a mi alrededor, tratando de encontrar a Logan, al periodista e incluso a Ramón.

Pero no hay nadie, ¡¡no hay nadie!!, sólo ha sido un sueño demasiado real como para ignorarlo. ¿Y si mi subconsciente me estuviera avisando de algo? Me dejo caer de nuevo sobre la cama notando cómo mi cuerpo sigue alterado por todo lo que he vivido con esa pesadilla, pensando en mis escasas posibilidades de salir victoriosa. Desde que grabé ese vídeo, no he parado de darle vueltas a la mejor manera de hacerlo para ganar mi libertad. Es cierto que he tenido el mejor maestro de la conspiración y las amenazas, pero jamás he hecho algo así y no quiero correr riesgos. Tengo dinero suficiente como para asegurarme de que todo salga como quiero y que ningún Walsh caiga por mi culpa. ¿Y si Logan se presenta en Madrid? ¿Y si mi padre lo retiene? Intento tranquilizarme y pensar con frialdad, esa que me ha acompañado tantísimos años para llevar a cabo los proyectos y los acuerdos más beneficiosos para la empresa. No voy a permitir que mi padre se salga con la suya. Además, voy a estar pendiente por si a Logan se le ocurre venir a por mí; si lo hace, todo se desmoronará antes de que pueda solucionarlo.

Si a él se le ocurre venir, incluso puede complicarse todo todavía más...

Ésta es mi guerra.

¡Y la voy a ganar!

## Logan

Dejo el tenedor sobre el plato y me termino toda el agua, para dar por concluida la cena.

—Hijo —dice mi padre al ver que me estoy levantando ya de la mesa, sin esperar a que ellos acaben de cenar—, ¿vas a salir también esta noche?

—Sí —contesto mirando a mi hermana, que se encuentra pendiente de la conversación.

—No puedes seguir así, Logan —pide mi padre con ternura, pero niego con la cabeza—. No permites que nadie te hable de...

—¡Basta, papá! —lo interrumpo con dureza—. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—No, estoy bien... Sólo quiero hablar contigo, pero tú no me dejas.

—Lo que me quieres decir no me interesa. Ya no... —susurro encogiéndome de hombros con indiferencia—. Me voy a duchar —informo para después subir a mi dormitorio.

Me quito la ropa con movimientos enérgicos y me meto bajo el chorro de agua fría mientras apoyo los brazos en la pared, sintiendo cómo cae con fuerza por mi espalda. Allí donde mire, todo me recuerda a Aitana, y parece que mi padre y mi hermana no entienden que lo que necesito en estos momentos es no pensar en ella, o por lo menos no oír lo que la prensa dice de ella.

Cierro los ojos y levanto la cara para que el agua caiga ahí, recordando esa noticia que he leído por internet que decía que Aitana se va a casar con un importante y adinerado hombre, con un hombre con el que lleva saliendo seis meses... ¡¡Seis jodidos meses!! Niego con la cabeza salpicando las paredes con el agua, apretando los puños contra los azulejos, maldiciendo mil veces haber permitido que ella se adentre en mi corazón. Ha sido la única mujer que ha llegado tan lejos, la única que ha conseguido meterse a través de las capas de mi cuerpo, y ahora... ¡Ahora ella se va a casar con otro!

«Venimos de mundos diferentes, Logan... Jamás podría estar con alguien como tú», las últimas palabras de Aitana antes de subir a ese coche me sacuden con violencia, esas que me dijo mirándome a los ojos antes de hacer su elección y abandonarme, y sentir cómo la rabia me cegaba. Han pasado exactamente dieciocho días desde que se marchó y sigo en el mismo punto que ella me dejó, notando cómo la ira lo llena todo, anhelando desprenderme de este dolor que envuelve mi vida y maldiciendo lo imbécil que he sido al creer, al pensar por un segundo, que ella podría sentir lo mismo que yo. Aitana ha jugado conmigo a su antojo, me ha utilizado para distraerse,

para tratar de llenar un poco su insulsa existencia, como si fuera una distracción en una lujosa vida. Todo ha sido una patraña, una burda mentira, y yo, aun queriendo odiarla por encima de todas las cosas, no puedo... No puedo odiarla, y eso me jode más si cabe.

Salgo de la ducha, me visto con dos movimientos seguros y al bajar al salón me encuentro con mi hermana, que se acerca a mí con el móvil en la mano.

—Tienes que ver esto, Logan.

—Tengo prisa.

—Es sobre Aitana.

—Con más razón tengo prisa —añado obstinado.

—¡Dicen que podría estar embarazada! —suelta, y oír esas palabras hace que la mire extrañado mientras aprieto la mandíbula con fuerza, frenando mi reacción. Como siga así, me voy a quedar sin dientes—. Ambos sabemos que, si es verdad esa noticia, el padre no es el tipo ese relamido de las fotos, sino tú —indica haciendo que ese pesar todavía me pese más. ¿Hasta cuándo podré aguantar todo esto?

—O podría haber llegado a Berry ya embarazada —mascullo con dureza, sintiendo cómo esas palabras que salen de mis labios se me clavan como agujijones en cada centímetro de mi cuerpo.

—¿No vas a hacer nada?

—¿Qué quieres que haga, Caitlin? ¡¡Ella ya ha elegido!! —bramo con fiereza señalando la puerta de la calle—. Intenté que se quedara, ¡joder!, pero ni siquiera dudó. Se montó en ese maldito coche y se alejó de aquí, de esta casa, de ti, de mí... —declaro señalándome con rabia—. Deja de hablar de ella. Aitana no volverá jamás.

—Entonces ¿por qué sigues manteniendo la casa de su abuelo intacta y el local que iba a ser para ella? —pregunta plantándome cara, y esas cuestiones me hacen encogerme de hombros para después mirarla con dureza. ¡Quiero que me dejen en paz! ¿No se dan cuenta de que me están haciendo daño?

—Los voy a poner a la venta. No quiero nada que me recuerde a ella —susurro con rotundidad mientras me vuelvo para dirigirme a la puerta.

—¿Y ya está, Logan? —suelta Caitlin interponiéndose en mi camino—. ¿Te rindes?

—¿Qué más da lo que haga? —inquiero apartándola con suavidad para salir de la casa.

Me meto en el coche, aprieto el volante con fuerza y salgo disparado de aquí, aunque da igual adónde vaya: allá donde esté, su recuerdo siempre lo envuelve todo, haciéndome sentir débil y gilipollas.

\* \* \*

Juro que me estoy esforzando por escuchar a mis amigos, que intentan involucrarme en la conversación, aunque lo único que deseo es beber y olvidar. Nada más.

—Hola, Logan —oigo esa voz femenina que tan bien conozco. Levanto la mirada y observo

cómo Charlotte se sienta a mi lado y se yergue lo suficiente como para que tenga una exclusiva vista de su pronunciado escote y de que no lleva sujetador.

—Hola —farfallo dando otro trago mientras observo cómo Nate habla con Tyler entre risas, maldiciendo la hora en que dejé que todo esto que he vivido con Aitana me haya cambiado hasta el punto de no reconocerme.

—Te veo bien —me dice, y sé que miente.

Soy consciente de mi imagen en estos momentos, soy un fantasma de lo que era, aunque, si soy realista conmigo mismo, sólo me he sentido completo cuando ella estaba aquí, cuando ella sonreía, era como si, con Aitana a mi lado, todo pudiera encajar perfectamente, haciendo que disfrutase de verdad de todo cuanto tengo y de todo cuanto he conseguido con mi duro trabajo. Ni siquiera antes de que ella llegara para ponerlo todo patas arriba me había sentido así de bien, de satisfecho, de feliz... Es como si todo mi esfuerzo se hubiese centrado en conseguir metas: lograr que los beneficios de la granja aumentaran, comprar un hotel, conseguir que funcionara..., sin pararme a disfrutar de todo ello. Creía que esa desazón, ese vacío que sentía se debía a que soy un hombre ambicioso, pues, cuanto más lograba, más necesitaba conseguir, sin que nada llegara a saciarme por completo, hasta que Aitana apareció con sus aires de princesita, su lengua afilada y su mirada triste, y de repente empecé a relajarme para disfrutar de mis logros, de mis pequeñas victorias, de la compañía de toda esta gente que forma parte de mi vida, y ahora... ahora todo se ha quedado vacío.

—Ya —susurro dándole un nuevo trago a la cerveza.

—He oído por ahí que tal vez has dejado preñada a la española... —suelta con inquina, y tengo que apretar el botellín con fuerza al oír hablar de ella, de esa posibilidad—. ¿Es verdad?

—Eso se lo deberías preguntar a ella.

—¡Ya me gustaría! —exclama entre risas—. Aunque sospecho que, si tú fueras el padre, ella abortaría... —declara con rotundidad, y esa frase, esa realidad, me hace cerrar los ojos, porque no puedo siquiera pensar en ello. ¿Sería capaz Aitana de hacer algo así? ¿Tanto desprecio siente por mis raíces que no podría soportar tener un hijo que llevase mi sangre?

—¿Qué quieres, Charlotte? —pregunto con dificultad, sospechando que tanto autocontrol acabará pasándome factura en el futuro.

—Te echo de menos, Logan... —susurra mimosa apretando su cuerpo al mío en un absurdo intento de seducirme. Pero no puedo siquiera pensar en esa posibilidad, por eso la aparto con delicadeza.

—Sabes que lo nuestro acabó hace tiempo.

—Cuando ella llegó —apunta con rencor—. Pero ahora no está y...

—Aunque no esté, tú y yo habríamos acabado de igual forma.

—Esa mujer te ha cambiado, Logan —anuncia con dolor—. Sabes que puedo hacerte feliz, que puedo hacer que te olvides de ella... Sólo tienes que dejarme.

Cierro los ojos y suspiro tratando de controlarme, de comprender que ninguna persona a mi



alrededor tiene la culpa de que me sienta como un imbécil enamorado, para después observar la mirada decidida de esta mujer con la que he pasado momentos divertidos pero nada serios. Ambos sabíamos que no íbamos a llegar a más, en cambio, aquí está, intentando seducirme y sabiendo que nada de lo que haga conseguirá que me olvide de Aitana, porque ella jamás desaparecerá de mi mente, y saber eso con tanta certeza me hace sentirme débil e inútil... He descubierto que el amor puede ser maravilloso cuando tienes a la otra persona cerca, pero, cuando todo se acaba, es la peor tortura que puede soportar un ser humano. El desamor es una grandísima mierda, lo peor que he experimentado en mi piel, y sólo espero que, con el transcurso del tiempo, este dolor se atenúe y poder volver a ser como antes, aunque me temo que eso será imposible. ¿Cómo vivir ajeno a algo que ha hecho que mi ser se expanda hasta rozar con los dedos las más maravillosas estrellas del firmamento? ¿Cómo voy a volver a experimentar un amor tan grande que creció de manera involuntaria?

No, nada será igual, aunque lo superaré... No me queda otra.

—Eso jamás pasará, Charlotte —repongo con dureza, haciendo que ella se yerga altanera.

—¡Pues tú te lo pierdes! No te creas que eres el único hombre en el pueblo. Soy una mujer atractiva y con encanto, ¡puedo tener a quien quiera!

—Harás bien en fijarte en otro —declaro con tranquilidad para después darle un trago a la cerveza y hacer como que escucho la conversación que está manteniendo Nate con Tyler.

Charlotte se levanta y se marcha, y suspiro aliviado al haber conseguido que ella se olvide de mí, que me deje en paz...

Es lo único que necesito para olvidar yo también a Aitana: tiempo.

\* \* \*

Me levanto de la cama casi a rastras. La cabeza me va a estallar, y no es para menos, no sé cuántas cervezas bebí anoche... Bajo a la cocina a por un gran vaso de agua fría, el alcohol me ha dejado deshidratado.

—Qué cara traes —comenta mi padre al verme aparecer, aunque ni siquiera lo miro, sólo me lanzo de cabeza a la nevera.

—Buenos días para ti también, papá —farfullo mientras vierto el agua fría en el vaso.

—Me ha dicho Nate que anoche tuvo que traerte a casa de lo borracho que estabas —dice mientras niega con la cabeza, desaprobando mi conducta. Yo tampoco estoy orgulloso, pero es la única solución para dejar de pensar—. ¡Tú no eres así, hijo mío!

—A lo mejor os he estado engañando durante todos estos años, ¿quién sabe?

—Deja de decir tonterías y escúchame, Logan. ¡Basta ya! —brama con garra mientras se pone delante de mí—. Basta de esa conducta derrotista y de ir arrastrándote por los lugares. ¡Eres un Walsh! Un luchador nato, un emprendedor, un hombre de bandera, y todo eso no se puede ir al garete por algo...

—Papá —interrumpo avisándolo de que no siga por ese camino. No tengo fuerza, ni ganas, ni paciencia ya... ¡Estoy harto y cansado!

—Me vas a escuchar ahora, Logan. Llevo queriendo hablar de esto demasiados días y hoy no te vas a salir con la tuya.

—Déjalo, por favor —aviso mientras hago ademán de abandonar la cocina, pero mi padre me impide avanzar al cogerme del brazo, deteniéndome.

—Ni siquiera se lo he contado a tu hermana —susurra negando con la cabeza y llamando mi atención, pues mi padre no es de callarse las cosas... ¡Al contrario!

—No me interesa saberlo —refunfuño obstinado, deseando salir de la cocina y marcharme al campo a trabajar.

—¡Por supuesto que sí! —exclama tenaz—. Quería que fueras tú el primero que lo supiera... ¿Sabes quién me llamó antes de que me diera ese inoportuno ataque al corazón? —pregunta mi padre con dureza—. ¡Fernando Pérez de Lara! —añade sin darme tiempo a que conteste.

—¿Y qué? —bufó, y noto cómo mi cuerpo se pone rígido al oír ese nombre, por lo que intento escapar de esta conversación. No puedo, no soporto oír hablar otra vez de Aitana—. Tengo que irme a trabajar, papá.

—¡A la mierda el trabajo!! —suelta enfadado plantándose delante de mí sin dejar ni un segundo de agarrarme del brazo—. Fernando Pérez de Lara quería hablar con Aitana porque ella tenía su teléfono apagado desde que llegó aquí. Había huido, Logan, sin decirles nada, sólo le había mandado un mensaje diciendo que estaba bien, nada más.

—Pues vale —murmuro apretando la mandíbula con fuerza. Me duele demasiado oír hablar de ella, es revivir una y otra vez cómo se marchó, cómo me dejó sin ni siquiera mirar atrás—. ¿Puedo irme ya?

—¡Por supuesto que no! Debes escuchar toda la historia, Logan —susurra cansado. Sé que no se lo estoy poniendo fácil, pero ignoro cómo gestionar todo lo que siento en mi interior, es demasiado doloroso y nuevo—. Quería hablar con ella —sigue mientras niega con la cabeza, como si le afectase recordarlo—. La llamé y se acercó... Jamás la había visto así, Logan: tan temerosa, tan frágil, aunque cuando cogió el teléfono sé que intentó armarse de valor y habló con su padre sin titubeos. Creo que ha sido la primera vez en mi vida que me he sentido un inútil total al no entender esas palabras que salían de sus labios, aunque hubo una frase en la que apareció tu nombre y que dijo con tanto coraje y certeza que la guardé en mi memoria... La busqué después, hijo mío. Aitana dijo: «Quiero a Logan» —declara, y no puedo evitar enarcar una ceja, pues no me esperaba en absoluto eso—. No sé qué le dijo su padre después, pero de repente empezó a titubear, ¡a llorar!, y... simplemente asentía entre susurros, cada vez más débil y temblorosa. Después le arrebaté el teléfono al verla así de afectada, sintiendo cómo me dolía el brazo izquierdo, pero no podía prestar atención a eso. ¡Logan, Aitana estaba temblando de miedo!, con los ojos anegados en lágrimas, y no podía siquiera hablar. Sólo me miraba y negaba con la cabeza, incapaz de articular palabra. Le dije de todo a ese malnacido, le exigí que fuera un hombre y que

repitiera eso que había hecho a su hija palidecer. Pero él... simplemente se rio y éstas fueron sus palabras: «Por vuestro bien, espero que mi hija esté preparada dentro de una hora para marcharse de este asqueroso pueblo». Después sentí un dolor inmenso en el pecho y me caí... —explica con pesar—. ¿Entiendes ahora por qué he intentado contarte esto desde que desperté en el hospital? —dice apretándome con cariño el brazo para después soltarme—. Aitana le dijo a su padre que te amaba, Logan...

—O a lo mejor es lo que creíste oír, papá. Piénsalo bien, es incongruente. No puede decir eso y después...

—Me temo que su padre la amenazó con algo, Logan. ¡No tengo ni idea de con qué! Pero ella no se marchó de aquí por voluntad propia, sino porque él la obligó.

—Y ahora se va a casar... —añado echándome el cabello para atrás mientras empiezo a caminar por la cocina intentando pensar, aunque con la resaca y el dolor punzante que siento en la cabeza me está costando horrores hacerlo.

—Sin contar con la posibilidad de que lleve en su interior un hijo tuyo —anuncia, y oír otra vez eso hace que cierre los ojos con impotencia, pues pensar en que pueda llevar un hijo nuestro, saber que está tan lejos y que se va a casar con otro es demasiado para mí—. Aitana es una buena chica, ¡te lo demostró con creces cuando estuvo aquí! No echas a perder todo lo que ella te ha dado con dos frases vacías y aprendidas, Logan...

—¿Me quiere? —titubeo mirando a mi padre a los ojos, pues no puedo creérmelo. ¿Es posible que se fuera sin quererlo? ¿Es posible que Aitana me quiera?

—Eso le gritó a su padre por teléfono con tanta fuerza y ahínco que se me grabaron esas palabras a fuego en la mente. Yo no tengo ni pajolera idea de español, pero, aunque lo hubiese dicho en chino, no tengo dudas de que Aitana le dijo a su padre lo que siente por ti, hijo mío...

—¿Y qué hago aquí perdiendo el tiempo? —susurro mirando a mi alrededor, dándome cuenta de que... de que he sido todavía más imbécil de lo que pensaba. Si ella me quiere, si yo la quiero..., ¿qué hacemos separados?

—Pues eso digo yo, pero, Logan, eres tozudo como tú solo —declara negando con la cabeza.

—Tengo que ir a por ella, papá —añado sintiendo cómo las fuerzas vuelven a mí con más brío, y necesito sentirme en movimiento. ¿Y si Aitana lo está pasando mal? ¿Y si me necesita? ¿Y si se ha ido instigada por su padre? ¿Y si vuelve a dejar de sentir?

—¡Al fin algo sensato en esta casa! —exclama con alegría—. Ve y no vuelvas sin mi Aitanita —indica mientras me da un gran abrazo, algo que no solemos hacer porque... los Walsh debemos mantener nuestra imagen intacta—. Eso sí, ten cuidado: esa gente no se anda con tonterías.

—Sí, lo haré —asiento convencido.

—¿El qué harás? —pregunta Caitlin entrando en la cocina desde el jardín.

—Voy a buscar a Aitana —contesto con aplomo. ¡No sé por qué no se me ha ocurrido antes!

—¡Ay, que me muerooooo!! —exclama con emoción mi hermana—. Corre, prepara la maleta, voy buscándote un vuelo para España —apremia mientras me empuja fuera de la cocina.

Subo los escalones de dos en dos, sintiendo en mi interior una fuerza que ha aumentado con cada palabra pronunciada por mi padre. ¿Es posible que Aitana no se marchara de aquí por voluntad propia? De repente, pinceladas de conversaciones que he mantenido con ella empiezan a venirme a la mente. Ella misma me lo confesó, su familia era capaz de todo, y yo... Aprieto la mandíbula tratando de no venirme abajo, es cierto que he escogido el camino sencillo: rendirme, creer en la veracidad de sus palabras antes de subirse al coche que ocupaba su padre y no he prestado atención a lo importante: a todo lo que hemos vivido juntos, a todas esas miradas, roces, conversaciones...

Estoy dispuesto a viajar a España, a buscar por todo Madrid hasta encontrarla, para así hacer todo lo posible por recuperarla, por salvarla de esa familia que le ha tocado y traerla aquí, conmigo, con todas las personas que adoramos a esta mujer con los ojos más expresivos del mundo.

Aunque muera en el intento, no voy a volver sin ella.

## Logan

—¿Lo tienes todo? —pregunta Caitlin nerviosa mientras revolotea a mi lado, asegurándose de que coja el pasaporte, la cartera, una chaqueta (pues en España es invierno) y las llaves del todoterreno.

—Sí, todo —contesto mientras me acerco a mi padre para darle un abrazo, porque, sin él, sin sus palabras, no estaría ahora en movimiento.

—Confía en todo lo que habéis vivido juntos, hijo —susurra él haciendo que asienta conforme. De pronto, el sonido de mi teléfono móvil irrumpe con fuerza y lo saco del bolsillo para contestar.

—Nate, tengo prisa —digo nada más aceptar la llamada.

—Me acaba de llamar Tyler y me ha dicho que te vas —comenta, y me extraña que mi capataz sepa ya mi decisión, aunque supongo que se lo habrá dicho mi padre.

—Sí, tengo que coger un vuelo para España.

—¿Cómo? No, no... ¡No puedes dejarme así de repente, Logan! —exclama visiblemente alterado, algo que no entiendo.

—¿Qué coño estás diciendo? —pregunto mientras agarro la mochila con la ropa que he cogido para cambiarme durante mi estancia y empezar a caminar hacia la puerta de la entrada—. Van a ser unos días, Nate, y ambos sabemos que prácticamente llevas solo el hotel, por tanto, deja de decir gilipolleces. Salgo ahora mismo a buscar a Aitana.

—Pero... —susurra para después quedarse unos segundos en silencio, no tengo ni idea de lo que está haciendo—, ah, vale, ¡pues buen viaje, Logan! —comenta a continuación con entusiasmo mientras finaliza la llamada y me deja todavía más confundido con ese arranque que ha tenido de miedo porque me marche.

En fin, mi amigo, cada día que pasa, desvaría más...

—Intentaré volver cuanto antes —aviso mirando a mi hermana y a mi padre, que están detrás de mí.

Al abrir la puerta tengo que dar un paso atrás, pues no me espero, de ninguna de las maneras, tener delante a...

—¿Aitana?

—Logan —susurra ella dejando escapar el aliento. Parece que haya venido corriendo, su

respiración está alterada y su rostro... Tiene el gesto cansado, agotado, y sus profundas ojeras y su palidez extrema me asustan, sin contar con la delgadez, se nota que ha perdido peso en estos días... Por su aspecto, parece que hayan pasado meses desde que la vi salir de la granja, cuando en realidad han pasado sólo unas tres semanas...

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin entender nada—. ¿No deberías estar en España preparando tu boda? —suelto sin pensar, haciendo que ella se muerda el labio inferior frenando algo a lo que no puedo poner nombre. Pero todo esto es demasiado extraño, ¡iba ahora a buscarla!

—Te has enterado... —susurra afligida para después levantar la mirada y enfrentarse a mí con esa fuerza que recuerdo y adoro—. Mira, Logan, me imagino que ahora mismo no soy la persona que te apetece tener delante, pero... ¡Uf! —resopla incómoda como si le costara un mundo hablar de todo eso—. Me he dado cuenta de que las circunstancias pueden cambiar de un día para otro y que no hay que perder el tiempo con las dudas, que uno debe tragarse el orgullo y el miedo, para así lanzarse al toro con todas sus consecuencias. Por eso estoy aquí, por eso he vuelto, y sólo tú decides si vuelvo a coger el taxi y nuestros caminos se separan para siempre —señala a su espalda, donde se encuentra el coche con el motor en marcha—, o, en cambio, me quedo aquí contigo y lo intentamos de verdad, sin ocultarnos, sin temores, sin dudas... —dice para después coger aire y sin dejar de mirarme un segundo a los ojos—. Así pues, Logan, ahora o nunca... ¡Bésame!

—¿Me estás pidiendo que te bese después de haberte subido al coche de tu padre diciéndome a la cara que no era suficiente para ti? —pregunto sin entender nada de lo que me está diciendo, aunque creo que mi contestación le hace gracia, porque desliza tímidamente sus labios hacia arriba.

¡Esta situación es de locos!

Sin embargo, saber que Aitana quiere intentarlo de nuevo con todas las consecuencias me hace sentir de nuevo esa corriente de energía y fuerza que se acelera sólo al imaginarme esa opción.

Tenerla a ella, a mi Aitana, siempre a mi lado.

—Eran palabras vacías que ni siquiera sentía... —dice mirándose los zapatos de tacón negro, y entonces me percató de que lleva puesto sobre su delicado cuerpo un vestido morado de alta costura—. No quería molestarte —añade encogiéndose de hombros—, pensé... ¡Da igual! La realidad es imperfecta y quería asegurarme de no estar soñando otra vez... Además, también he venido para que supieras que me fui para protegeros y no porque realmente quisiera irme, yo... Logan, yo...

—¿Sí?

—Estoy enamorada de ti, Logan, total, absoluta y completamente loca por ti —suspira encogiéndose de hombros, como si eso ya no tuviera remedio—. Aunque eso ahora ya no importa, parece que he perdido mi oportunidad... Siento mucho todo por lo que te he hecho pasar, no ha sido mi intención herirte ni perjudicarte. Me voy ya, no quiero molestarte. Por favor, dales

recuerdos de mi parte a tu hermana y a tu padre. Los echo mucho de menos... —susurra bajando los escalones del porche.

—Pero ¿qué coño estás haciendo?! —sisea Caitlin desde el interior de la casa, haciendo que sonría para dejar la mochila en el suelo y salir en busca de Aitana.

—¿Qué haces? —pregunto mientras le cojo la mano para detenerla, y noto cómo mi piel se revoluciona al sentirla.

—Marcharme, ¿no es lo que quieres? —dice mirando mi agarre como si fuera algo extraordinario y, joder, ¡claro que lo es!

—Aitana... —repongo muy bajito acercándome a ella, obligándola a que alce la cara para mirarme a los ojos. Sus dos enormes ojos azules, con esa luz que echaba en falta, con ese brillo esperanzador, con ese color del mar, de nuestro mar—, ¿cómo era ese ultimátum que me has plantado nada más verme después de casi tres semanas sin saber de ti? ¡Ah, sí! —añado sin dejarla contestar—: «Ahora o nunca... ¡Bésame!». Te habría besado sin que dijeras nada, Aitana, sin que profirieses ni un solo sonido, porque no se me ocurre mejor forma de demostrarte lo que siento por ti.

Y, sin esperar a que ella diga nada más, busco con desesperación sus labios y la beso con ansia, volcando en esa dulce acción todos estos días de incertidumbre, de soledad, de tristeza al pensar que ella jamás volvería a mi lado, y ahora... ¡la tengo de nuevo aquí! Entre mis brazos, en mi granja, a mi lado.

—Logan —dice con una amplia sonrisa colocando mis manos alrededor de su cuello—, creía que jamás volvería a verte, que harías alguna tontería como ir a por mí y... ¡Creí desfallecer de la preocupación! Jamás lo he pasado tan mal como en estas tres semanas...

—Iba ahora mismo al aeropuerto a por ti, Aitana.

—Menos mal que he llegado antes, que he llamado a Nate para que me asegurara que seguías aquí, en la granja. Menos mal que tuve ese sueño que me hizo abrir los ojos y guardarme aún más las espaldas. ¡He pasado tanto miedo, Logan! —susurra abrazándome y haciendo que la envuelva con fuerza. Parece tan frágil en estos momentos, como si hubiera pasado un calvario para volver a Australia, como si se hubiese quedado sin fuerzas...

—¿Nate sabía que venías?

—Lo llamé justo al día siguiente de tener un sueño demasiado real, quería asegurarme de que te quedarías aquí, de que no irías a España a por mí.

—¿Por qué no me llamaste a mí directamente, Aitana? —pregunto intentando hallar la respuesta en sus ojos.

—No sabía si querías hablar conmigo. Supuse que te había hecho daño cuando te dije esas palabras para que me dejaras marchar de aquí. Sé cómo eres: orgulloso, arrogante, tozudo y que cuando tienes algún problema te cierras en banda... Sólo quería asegurarme de que estabas bien, de que estabas a salvo, mientras yo... arreglaba todo el desaguizado que era mi vida. La verdad, no sabía cómo me ibas a recibir, pero tenía que venir a hablar contigo.

—¿Y si te hubiera dicho que te marcharas?

—Me habría ido —susurra encogiéndose de hombros—. No sé adónde, la verdad, pero habría empezado de nuevo, aunque sin ti...

—Aitana... —digo, e incluso me cuesta decir estas palabras—, ¿estás embarazada? Si lo estás, yo...

—¿Qué? —me interrumpe mirándome fijamente—. No, no... Sólo es otra mentira más de mi padre, Logan. Nunca he estado embarazada —dice, y asiento notando sentimientos encontrados, algo que me extraña. Parece que me había hecho ilusión pensar que en su interior podría vivir un hijo nuestro.

—Aitana... —susurro acariciándole el rostro, cerciorándome de que en efecto ha vuelto—. Estos días sin ti han sido una gran, inmensa y apestosa mierda. No levantaba cabeza, todo lo llenabas tú, y creía... Pensaba que no podría estar jamás a tu altura, que nunca podrías escogerme a mí porque yo... no soy como todos ellos. No tengo un apellido importante y no soy apestosamente rico.

—¡Y menos mal que no lo eres! —exclama sin poder ocultar su sonrisa—. Logan, eres todo lo que necesito. Eres fuerte, valiente, obstinado, divertido, leal... Eres el único que me hace sentir, que me hace ser más como quiero ser, y no como han intentado que sea. Gracias a todo lo que he vivido contigo, a todo lo que he experimentado, he podido coger fuerzas y encararme a mi padre, eso sí, antes de eso debía tener una baza para salirme con la mía... Para cubrirme las espaldas y que no hiciera realidad su amenaza.

—¿Por qué te fuiste entonces, Aitana?

—Amenazó con destruirte, Logan, a ti y a tu familia, con arrebatarnos todo lo que teníamos: la granja, las tierras, el hotel... No podía consentir que vosotros pagarais por mi culpa. Sois los únicos que me habéis valorado, que me habéis hecho sentirme en casa, que me habéis hecho sentirme a gusto... No podía soportar siquiera la idea, por eso tuve que irme con él, por eso te dije esas palabras, para que no vinieras a por mí, porque era la única manera que tenía de protegerte, de asegurarme de que estuvieras a salvo, de que estuvieras bien.

—¿No te das cuenta de que sin ti todo carece de importancia? No me habría importado que tu padre nos hubiera quitado todo lo que tenemos si con ello te hubiese tenido a mi lado.

—Pero habéis luchado tanto por todo eso, Logan. ¿Cómo podía consentirlo siquiera?

—Aitana, sólo me importas tú. ¿Aún no te has dado cuenta de que eres la única mujer para mí, la única que quiero por encima de todo, la única por la que daría mi vida para asegurarme de que estás bien, de que estás a salvo?

—Logan... —susurra mientras desliza sus labios en una preciosa sonrisa que me llena de calor, de esa sensación que he echado de menos durante estos días sin ella—. Te quiero tanto, tanto, que creo que estoy soñando.

—No estás soñando, Aitana, estás aquí conmigo —digo mientras la miro sin poder dejar de sonreír—. Cuéntame, ¿qué ha pasado durante este tiempo que has estado alejada de mí? Hemos



leído tantas cosas en la prensa...

—Ha sido un infierno retomar de nuevo mi vida, saber que no podría volver a verte nunca más y que estaría condenada a vivir así, entre lujos, sí, pero sin amor, sin poder ver tus ojos del color de las avellanas, sin poder observar el matiz dorado que a veces reluce como una joya en el interior de tus iris, sin tu sonrisa canalla, sin tu voz... —susurra mientras niega con la cabeza—. Pero tuve un golpe de suerte y conseguí unas imágenes que, utilizándolas de manera correcta, me podrían ayudar a salir de mi mundo. Al principio ideé un plan, muy rimbombante, pero un sueño (o más bien una pesadilla) me hizo cambiar de idea, y menos mal que lo hizo. Porque si tú salías hoy hacia España... —susurra negando con la cabeza, y noto cómo su cuerpo tiembla, para después abrir los ojos y armarse de valor para seguir explicando cómo ha vuelto hasta mí—. Cambié de táctica y pagué a los mejores abogados que contraté vía telemática, pues mi padre me puso a un gorila que me acompañaba a donde fuera. Al final conseguí que ellos redactaran un contrato blindado, sin flecos, sin ninguna oportunidad de que mi padre hiciera de las suyas y que me ayudaría a salir de ahí. Me guardé muy bien las espaldas, tanto que llegué a obsesionarme con todo este tema. No comía, no dormía... En un principio iba a aprovechar una fiesta que celebraban en su casa para hablar con mi padre, pero, como te he dicho, esa desazón que me dejó aquel sueño hizo que cambiara a una idea más sensata. Me cité con él en el despacho de la empresa, con una grabadora en marcha para poder tener todavía más pruebas, pues no me fiaba, temía en cualquier momento que me dijera que te tenía retenido, que podía hacerte daño, y yo... —susurra mientras niega con la cabeza y agacha el rostro ocultando sus preciosos ojos azules, que se han ensombrecido a medida que va contando todo lo que ha tenido que vivir para volver de nuevo a mis brazos.

—Aitana, sé que tu padre es poderoso, pero ¿tanto como para que sientas temor?

—Lo conozco, Logan, y sé que es capaz de hacer eso y mucho más. El dinero da cierta libertad para saltarte la ley si es lo que quieres, y él lo ha hecho en más de una ocasión, te lo aseguro. Lo he vivido de primera mano. Tiene tanto dinero, conoce a tanta gente de diferentes condiciones sociales que te aseguro que puede hacer lo que le dé la gana. Además, soy consciente de que yo no le importo en absoluto, estaba dispuesto a arruinar mi vida casándome con un hombre al que ni yo quería ni él me quería, sólo para salirse con la suya.

—¿Por qué quería hacer eso? ¿Por dinero?

—En parte, sí: al unirme a Bosco, él se asociaría con los Mendoza, por tanto, su capital ascendería a unos cuantos millones más de euros, pero lo que más deseaba con esa unión era tener una tapadera inquebrantable para que nadie sospechara de la verdadera razón por la cual el que iba a ser mi marido acabara dirigiendo todo el imperio Pérez de Lara, en vez de su propia hija... —confiesa haciendo una mueca de resignación—. Y todo lo iba a hacer por amor, pero no hacia mí, sino hacia Bosco, pues mi padre y él son amantes.

—¿Qué me dices? —susurro perplejo, pues ni en mil vidas me habría imaginado algo así.

—Sí... —reitera encogiéndose de hombros, parece que lo tiene más que asumido—. Me planté

delante de él, Logan, dispuesta a pelear con uñas y dientes por mi libertad, por abandonar toda aquella farsa, por volver hasta aquí, contigo, con todos vosotros, y él... no me lo puso fácil, es la verdad, pero no fue tan mal como había imaginado mil veces en mi mente, gracias, todo hay que decirlo, a que hice bien las cosas y no me dejé llevar por el ansia de salir de allí cuanto antes ni tampoco por la sed de venganza, por haberme hecho volver en contra de mi deseo y por intentar que acatara sus órdenes sin rechistar... Hablamos, le expuse lo que quería, él leyó el contrato con tanta seriedad que pensé que lo rompería en mis narices, pero al final acabó firmándolo, yo firmé mi parte y acordamos que, si él me dejaba ir y no volvía a contactar conmigo, esas imágenes que tengo en mi poder no saldrían jamás a la luz... Al fin y al cabo, mi padre es un hombre de negocios, sabe cuándo tiene que negociar y cuándo no tiene más remedio que claudicar y, aunque le fastidiaba mucho perder la oportunidad de unirse con los Mendoza para embolsarse aún más dinero, sabía que, con mi renuncia a todos los niveles, podría poner a Bosco en mi puesto sin problemas, sin llamar la atención, sin destapar las verdaderas razones por las cuales yo me marchaba para siempre de Madrid. Salí de allí sin creérmelo —susurra con una sonrisa—, ya lo tenía todo preparado para venirme, el equipaje, los billetes, ¡todo! Cuando despegó el avión de Madrid me di cuenta de que había ganado, ¡de que lo había conseguido, Logan! De que, al fin, era dueña de mi propia vida y... ¡sólo estaba pensando en volver a verte!

—Has sido muy valiente, Aitana —declaro mientras le acaricio el rostro con ternura, anhelando borrar cada signo de preocupación de su precioso rostro.

—No... Lo he pasado mal, he estado a punto de rendirme, de dejar de sentir, pero no podía dejar que todo volviese como antes. No podía. Lo quería todo. Te quería a ti.

—En vista de que pasáis del pobre taxista —oímos la voz de mi hermana cerca, y al girarme la veo caminar en dirección al coche, con esa fuerza tan característica de ella—. Iré yo a por la maleta. ¡Ya te pillaré a ti luego, amiga! —exclama mirando a Aitana, que la hace sonreír, para después volver la mirada hacia mí, que sigo sin poder apartar los ojos de ella.

—Yo que pensaba que iba a ir a rescatarte... —comento mientras la estrecho contra mi cuerpo, anhelando haber hecho algo antes, arrepintiéndome de haberme creído esa patraña y no haber confiado en lo que habíamos vivido.

—Y lo has hecho, Logan, me has rescatado de todo lo malo que había en mi interior y has conseguido que crea en mí como antes no lo hacía, tanto que no he parado de luchar hasta llegar otra vez a tus brazos —declara con una amplia sonrisa que me calienta el alma de nuevo—. De camino me he dado cuenta de algo que me ha dejado atónita... Si hubiese querido, podría haber escapado de mi vida mil veces, porque mi padre siempre ha tenido trapos sucios que esconder y podría haber utilizado cualquiera de todos ellos..., pero yo misma me impedía hacerlo. Me he dado cuenta de que mi peor rival estaba en mi mente, boicoteándome, anulándome, creyendo que eran los demás, pero al final he sido yo, que me he dejado vapulear. Hasta que tú llegaste y le diste sentido a todo, me diste confianza, hiciste que creyera en mí, y me percaté de que, si quería salir algún día de ahí, debía ser yo la que lograra marcharme, debía ser yo misma quien me

rescatara, y no huyendo como la primera vez, sino haciendo bien las cosas, plantando cara, atacando los problemas de frente y no inventándome excusas para continuar quejándome de mi vida.

—Mi pequeña y valiente descarada —susurro mientras le doy un pequeño beso en los labios—. Ahora que estás tú aquí todo tiene sentido, todo vuelve a funcionar como debería.

Aitana me sonrío tan de verdad que me hace sonreír también, para después ponerse de puntillas y besarme, prometiéndome en cada beso que éste será el primer día del resto de nuestras vidas, ya que un amor como el que sentimos los dos es imposible de frenar.

—¿Es que no vas a dejar a Aitana que nos salude? —oímos a mi padre asomándose por la puerta, y no podemos aguantar las ganas de reír, para después ver a Aitana correr hasta él y abrazarlo con fuerza.

Me quedo como un tonto sonriendo sin poder dejar de mirarla, dándome cuenta de que ha vuelto, ha batallado contra todo y contra todos para estar aquí conmigo, y lo ha hecho sola. Aitana me ha demostrado que es una gran mujer, luchadora, fiel a sus principios, tierna, cariñosa, y además me quiere. Me quiere tanto que ha dejado su glamurosa vida para volver al campo, para estar conmigo, para empezar esta relación que nació de una manera tan natural como asombrosa, sin darme cuenta de que ella iba metiéndose debajo de mi piel con cada matiz suyo que descubría, con cada sonrisa sincera que le arrancaba, con cada mirada de sus preciosos y expresivos ojos.

No tengo miedo de lo que siento por ella, en absoluto, esta mujer que habla entre sonrisas y lágrimas, mientras abraza tanto a mi padre como a mi hermana, es lo que siempre he deseado en la vida, sin ni siquiera percatarme de tal deseo. Es el puente que une todo esto que me rodea, la única que ha conseguido que deje de pensar exclusivamente en el trabajo para abrirme a todo lo que me rodea: a ella, a mi familia, a mis amigos, a la vida. En este momento Aitana se vuelve para mirarme, le sonrío mientras avanzo hasta el porche, prometiéndome que jamás volveré a dejarla marchar y que nunca volveré a callarme las palabras que brotan solas, pues, como bien ha dicho ella, todo puede cambiar en un parpadeo y no voy a perder ni un segundo en demostrarle lo locamente enamorado que estoy de ella. Le pongo la mano en la cintura y Aitana me mira con una amplia sonrisa, y sé que ahora todo será mejor que antes; además, comprender que tenemos por delante toda una vida para amarnos, para besarnos, para estar juntos..., es la mejor sensación del mundo.

Con ella a mi lado soy invencible.

Con Aitana en mi vida, no necesito más para ser feliz.

La quiero.

Me quiere.

Estamos juntos, para siempre.

## Epílogo

### Aitana

Tiro la espátula en el fregadero y contemplo mi obra de arte. ¡Ha quedado tan bonita que me va a dar pena que la corten! La meto en la cámara frigorífica que hay en la cocina que tiene mi pastelería, la que compró Logan antes de que mi padre se presentara aquí arruinando todos mis sueños, y oigo el suave tintineo de la campanilla de la puerta.

—Voy —digo asomándome, y al ver quién acaba de entrar no puedo evitar inflarme como un pavo; como siga así, no cabré en el local—. ¿Dónde están mis amores? —pregunto, y tanto mi hija como mi hijo se deshacen del agarre de su padre y salen corriendo hacia mí para darme unos de esos abrazos que me reavivan y que me llenan de la más brillante dicha.

—Mami, mami —me dice con entusiasmo Grace, nuestra hija mayor, de cinco años, que es casi una calcomanía de su padre, pero en chica—. ¿Ya has hecho la tarta para la tía?

—Claro. La acabo de terminar, y he hecho unos bombones para vosotros —informo haciendo que tanto Grace como Lachlan me miren con entusiasmo.

—¿El mío es de chocolate con leche? —pregunta el pequeño Lachlan con sus enormes ojos azules mirándome fijamente. Según Logan, es clavado a mí y, bueno, ¡tampoco se lo voy a discutir!

—¿Acaso lo dudas? Están dentro. Id a por ellos, pero no toquéis la tarta, si no, vuestra tía me matará —comento para después ver cómo esas dos personitas por las que daría mi vida entera desaparecen por la puerta—. Hola —susurró acercándome a Logan.

Aún sigo sin acostumbrarme a esto, ¡y eso que han pasado seis años desde que me fui definitivamente de España para saltar a los brazos de Logan!, pero es que me mira de esa manera tan suya, ¡uf!, que me entran los mil calores del trópico. ¿Cómo es posible que este pedazo de hombre guapo hasta decir basta y con ese poderío que tiene de serie sea mi marido y que llevemos casados ya cinco maravillosos y preciosos años?

Ay..., nuestra boda. Si es que la recuerdo y creo que la estoy viviendo de nuevo. Fue una ceremonia sencilla, con nuestros amigos y los Walsh, en nuestra playa, esa que fue testigo de cómo le daba mi primer beso al hombre equivocado y esa misma que nos volvió a unir. Llevaba un vestido sencillo azul, como el mar, porque no se me ocurría mejor color para rendirle el honor que se merecía a ese trocito de Berry que siempre ha estado en nuestros corazones. Logan iba con unos

pantalones largos y una camisa blanca, también informal, pero irremediablemente guapo. El sonido de las olas, todas las personas mirándonos, su mano sobre la mía, su mirada confesándome todo el amor que guarda en su interior y ese beso que nos unió en matrimonio... Fue tan único, tan especial, que tengo una instantánea de ese día colgada en esta cocina para quedarme embobada mirándolo mientras amaso dulces, porque él lo llena todo con su manera de ser y su presencia, como ahora, que da un paso hacia mí sonriendo de esa manera tan suya, entre gamberra y sexy, marca Logan.

—Hola, preciosa —me dice, y siento que me derrito al sentir su mano acariciarme la mejilla para después darme un beso en los labios que me sabe a poco, porque, con él, siempre quiero más. ¡Me he hecho adicta a él, ¿qué le voy a hacer?!—. ¿Te queda mucho aquí?

—No, ya he terminado. Sólo tenemos que coger la tarta y nos vamos a la granja.

—Mami —me llama Lachlan con la boca llena de bombones, lo que nos hace reír tanto a su padre como a mí—, ¿crees que a la prima le gustarán los bombones de chocolate con leche o los de chocolate blanco como a Grace? —pregunta con la preocupación de un niño de tres años de saber la solución a ese quebradero de cabeza.

—Me temo que a la prima le queda un poco para saber qué sabor le gusta más. ¿Tenéis ganas de verla? —le pregunto haciendo que Grace también salga de la cocina con unos cuantos bombones de chocolate blanco dentro de la boca.

—Sí —me dice nuestra hija mayor con entusiasmo—. Soy la prima mayor y la voy a cuidar mucho —suelta, y esa confesión me hace mirar a Logan, que asiente conforme a las palabras de nuestra primogénita. Lo que yo digo: cada día que pasa, se parece más a su padre.

—Yo no, mami... Es que la prima no sabe hacer nada... Sólo llora, duerme y a veces se arrastra llenándolo todo de babas —me dice Lachlan encogiéndose de hombros, como si estuviera mal decir la verdad.

—No pasa nada, cariño. Cuando la prima crezca, ya veréis como lo pasáis mejor con ella, pero, mientras tanto, podéis jugar juntos o con los tíos.

—¿Estará Nate? —pregunta Lachlan abriendo los ojos desmesuradamente ante esa opción.

—¡Pues claro! —contesta Logan mientras se agacha para limpiarle la cara y después cogerlo en brazos con facilidad, haciendo que nuestro hijo ría dichoso al verse tan alto.

Me temo que, dentro de unos años, seré la pequeña de la familia, ya que mis hijos apuntan maneras y van a ser igual de altos que Logan. Observo cómo mi marido —ay, aún me pongo tonta cuando lo llamo así— comienza a hacerle cosquillas a Lachlan y éste ríe encantado, mientras Grace me abraza por la cintura, haciéndome, con esa pequeña escena familiar, la mujer más afortunada del mundo. Ay, si es que esos pequeños detalles que Logan siempre hace sin darse cuenta son los que me hacen estar todavía más enamorada de él, ¡y eso que pensaba que no podría estarlo más! Pero es un padre tan maravilloso, tan cariñoso, que mi amor va en aumento como un enorme suflé.

Cogemos la tarta y nos subimos en el coche para irnos a la granja, donde vamos a celebrar

todos juntos el primer añito de la pequeña de la familia. Al llegar, nuestros hijos corren para abrazar a su abuelo, que los recibe entre mimos y cumplidos, para después dirigirnos hacia el jardín, donde han colocado una mesa alargada para poder almorzar todos. Nos acercamos a ver a nuestra sobrinita; Layla es tan bonita que no puedo dejar de sonreír y de decirle tonterías con voz de liliputiense para hacerla reír. Caitlin se acerca a mí y me da un ligero empujón con sus caderas, haciendo que sonría para después ofrecerme una cerveza y observar a la gente que hay concentrada en ese lugar que forma parte de mi vida. William está con mis hijos, jugando con ellos con una pelota, lo que provoca que, al verlo corretear detrás de ellos, Nate, se una a él con entusiasmo, creando todavía más alboroto con sus gritos y sus risas, mientras su novia —y todos pensamos que es la definitiva, pues ya llevan casi un año juntos— sonríe al verlo comportarse peor que los críos. Logan está hablando con Tyler, entre risas y miradas furtivas a nosotras —que también correspondemos, porque no somos de piedra, y ¡¡menudos hombretones tenemos en casa!! —, para después sentir la mano de Caitlin sobre la mía y desviar la mirada de esos dos hombres a la de mi única y verdadera amiga, mi hermana, mi cuñada.

—Gracias —me dice, y me quedo extrañada mirándola—. Si no hubieses venido aquel día a la granja, nada de esto estaría pasando. Fíjate, Aitana, nos has unido a todos —me dice señalando a nuestro alrededor—. Mi padre tiene lo que siempre ha deseado: a sus hijos felices y nietos a los que malcriar; mi hermano ha conseguido encontrar a una mujer que le hace disfrutar de cada uno de sus logros, que le hace sonreír, divertirse y permitirse ser feliz. ¡Qué curiosa es la vida! De jóvenes no os podíais ni ver, en cambio de adultos... no habéis podido frenar esa atracción que os llevó a ocultarlo a todos, incluso a mí —suelta haciendo que sonría divertida—. Y yo... —susurra mientras me guiña el ojo para después mirar a su pequeña hija de un añito gateando por el césped e intentando alcanzar la pelota con la que juegan sus primos y observando cómo Grace está pendiente de ella para que no se lastime—. Si tú no me hubieses animado a que volviera a Berry, a que mirara con otros ojos a Tyler y a que me olvidara de que no era mi tipo, jamás habría salido con él y me habría perdido tantas cosas, Aitana... ¡que ahora me siento tonta de no haberme dado cuenta antes! Tyler lo es todo para mí, pensaba que no tenía carácter, que no era lo suficiente hombre, ¡qué equivocada que estaba, madre mía! Cuando me defendió aquella noche ante Cody, lo vi de verdad. Me di cuenta de que Tyler era un buen hombre, de que no jugaba con las mujeres, de que era leal a los suyos y de que me quería tanto que estaba esperando el momento oportuno para acercarse a mí...

—Se notaba que ibais a hacer una buena pareja, Caitlin. Sólo tenías que desprenderte de los estereotipos y de esa manía que tenemos a veces de fijarnos en los chicos que no nos convienen —añado, y Caitlin asiente conforme a mis palabras—. Aunque el pobre tuvo que armarse de paciencia contigo —la regaño con cariño haciéndola sonreír, porque la verdad es que Tyler estuvo detrás de ella, intentando enamorarla más de un año. ¡Y luego dicen que los Walsh son obstinados!

—Uf, ya ves... Me conquistó totalmente, poco a poco, hasta que ya estaba tan loca por él que lo sorprendí plantándole un muerdo en toda la boca —suelta acordándose de ese momento entre

risas.

—Y mira qué preciosura de niña tenéis ahora —le digo señalando a la pequeña Layla, y Caitlin sonríe de acuerdo con mis palabras.

—¿Y Nate? Míralo —replica señalándolo con la mano mientras vemos como éste coge a Layla del suelo y comienza a correr con ella en brazos, haciéndonos reír a todos los presentes y todavía más a la hija de Caitlin y Tyler—. Tú contrataste a Mia para tu pastelería.

—Pero yo no provoqué que se enamoraran —añado, aunque sí que se la presenté a Nate.

—Me temo que eres una pequeña celestina, amiga. Te guste o no —indica haciéndome reír—: donde vas, repartes amooooor.

Pero sus palabras me hacen dudar, ¿es cierto lo que intenta decirme Caitlin? Si yo no hubiese decidido volver a Berry, ¿la vida de todas estas personas que quiero por encima de todo habría sido diferente? Busco con la mirada a Logan y, al hacerlo, él me sonríe, consiguiendo que yo haga lo mismo. No sé si ellos habrían sido felices con otro final; lo que tengo claro es que, si no hubiese dado ese paso, si no hubiese venido de nuevo a Berry, si no hubiese experimentado todo lo que viví con Logan, sin su amor, sin su presencia, sin sus palabras, sin su confianza en mí, habría estado condenada a vivir para siempre helada, en un mundo que no era el mío y rodeada de gente que ni me quería ni a la que yo quería, dejando que mi mente me convenciera de que no tenía escapatoria. Aunque siempre la hay, ahora lo sé... Desde que estoy aquí, después de todo lo que me tocó hacer para poder salir del yugo de mi rimbombante apellido, no me he arrepentido ni una sola vez de mi decisión, y mucho menos he echado de menos mi anterior vida, repleta de lujos, sí, pero carente de lo importante: el amor, la amistad, las emociones, los sentimientos... No obstante, por lo menos puedo decir que mi padre cumplió con su palabra —algo que también hice yo, por supuesto—, y no nos ha vuelto a molestar. De vez en cuando Caitlin me informa de publicaciones que ha leído sobre ellos, pero la verdad es que no me interesa, me da igual que Bosco sea ahora el director del imperio de mi padre, no me importa que sigan ocultando a todos la verdad, lo único que deseo es que sigamos así: mis padres en su mundo y yo en el mío.

William nos llama para comenzar a almorzar y me veo obligada a dejar mis pensamientos para otro momento, para centrarme en el ahora, en disfrutar con esas personas que son mi familia, la verdadera, la que uno elige, y que me hacen sentir tan bien y querida que no podría haber un lugar mejor para mí. Comemos entre risas, para después cantarle el *Cumpleaños feliz* a la pequeña Layla, mientras la bombardeamos con miles de fotografías a ella y a mis hijos, que posan graciosos junto a su primita. Con el café y los niños viendo la televisión en el salón, el ambiente se relaja y simplemente conversamos disfrutando de esos maravillosos momentos juntos.

—¿Nos escapamos? —me susurra Logan al oído, y su proximidad y su aliento me hacen reprimir un jadeo. ¡Este hombre me sigue encendiendo como una cerilla!

Asiento mientras le guiño el ojo, para después ver cómo él habla con Tyler, que le hace una señal de conformidad.

—Ahora venimos —dice Logan mientras me coge de la mano para ayudarme a levantarme de la

silla—. Aitana no recuerda si ha apagado el horno de la pastelería.

—Ay... Corred y no os preocupéis por los niños —nos anima William para después salir de ahí mientras reprimo una risa.

¡No sé la de veces que Logan ha utilizado la misma excusa para estar simplemente solos! Me temo que nuestra familia ya sabe lo que pretendemos, pero ellos son así, nos siguen el juego y nos ayudan a tener momentos de intimidad, porque todas las parejas las necesitan como el respirar. Nos subimos al coche y nos dirigimos a nuestra casa —la casa de madera de mi abuelo—, que reformamos mientras vivíamos en el apartamento de Logan —nos mudamos ahí al poco de mi vuelta, pues necesitábamos nuestro espacio para seguir conociéndonos y amándonos—, cuando nos dimos cuenta de que no habría mejor lugar para nosotros que esta casa. Y estoy tan contenta con el trabajo que hicimos, creando un lugar moderno y práctico, pero conservando elementos que siempre me recordarán que aquí, bajo este techo, pude ser feliz de pequeña, y es una manera preciosa para que el recuerdo de mi abuelo siempre siga conmigo, con nosotros.

Salimos del coche y Logan me coge de la mano para entrar en la casa. Nada más cerrar la puerta, me atrapa contra su cuerpo y la madera para devorar mis labios. Besarlos siempre ha sido maravilloso, porque él besa no sólo con los labios, sino con cada centímetro de su ser, calentándome, llevándome a un estado de ebullición que sólo él sabe apagar, haciéndome sentir miles de mariposas en el estómago e incluso levitar. Con él todo es así, a lo grande, fantástico y especial.

—Estás preciosa —me dice mientras me quita el vestido amarillo de tirantes que llevo, para después apartarse un poco y mirar mi cuerpo sólo cubierto por un conjunto de ropa interior blanco—. ¿Te he dicho que me vuelve loca tu estrella? —me pregunta mientras desliza la yema de su dedo por mi tatuaje, ese que me hice a los pocos meses de estar aquí viviendo, que se encuentra bajo del abdomen, justo en la línea de la braguita. La estrella es idéntica a las que tiene Logan por su increíble cuerpo: hueca, con el contorno negro, y cada vez que me la roza, me hace sentir la mujer más sexy del planeta.

—Sí —le contesto con una sonrisa.

Pues esta estrella que llevo tatuada en la piel significa que mi deseo, ese que pedí a su lado aquella noche que vimos una estrella fugaz aparecer por el cielo llenándolo todo de luz, de esperanza, se hizo realidad en el mismo momento en que él me besó cuando volví dispuesta a quedarme por siempre aquí, cuando le dije esa frase que recordé de mi sueño y a la que él contestó de una manera totalmente distinta de mi fantasía, cerciorándome así de que la realidad, aunque es más dura, también es infinitamente mejor.

Gruñe para cogerme en volandas y llevarme a nuestro dormitorio mientras me río, porque adoro ese sonido tan gutural, me muero de amor por saber que, antes de que nos diésemos cuenta, muchísimo antes de que ocurriera todo, ya estábamos unidos por algo que no podemos explicar ninguno de los dos, pero que es tan real como que él y yo estamos aquí ahora mismo, desnudándonos, recorriendo con nuestras manos el cuerpo del otro, ansiando sentirnos y sabiendo



que nuestro amor no tiene fin, porque, como bien dijo Logan hace años, estábamos condenados a que sucediera. ¡Bendita condena!

Se quita la camiseta y me tengo que morder el labio inferior al ver el musculoso y perfecto torso de mi marido, con sus cinco estrellas tatuadas, las cuales recorro con los dedos, sus cinco deseos hechos realidad... Aún recuerdo aquella noche en la que me relató el porqué de cada una de ellas, y todavía me erizo al acordarme de su voz y sobre todo de su mirada cuando me lo iba contando... La primera estrella se la tatuó porque consiguió sus primeras ganancias en el campo, la segunda fue conseguir comprar la casa de mi abuelo, la tercera cuando hizo realidad el sueño de tener un hotel, la cuarta obtener el galardón a la mejor ganadería y agricultura ecológica del estado, y la quinta, según él la más importante de todas ellas, era yo... No puedo dejar de sonreír al besar esa estrella, mi favorita, esa que se encuentra muy cerca de su corazón, esa que me hace creer en el destino y que nuestro amor estaba escrito en las estrellas desde hacía mucho tiempo, pues tanto Logan como yo, sin que ninguno de los dos hablase del tema, habíamos pedido a la misma estrella el mismo deseo: estar con el otro.

—Aitana —susurra mientras me coge la barbilla para mirarme a los ojos.

Y ya no hacen falta más palabras, pues sin decir nada más nos besamos mientras terminamos de desnudarnos, para poder saciar nuestros cuerpos, que no se cansan del otro, sintiendo que me harán falta mil vidas para demostrarle lo importante que es para mí. Porque Logan ha sido el único que ha conseguido que me arranque el hielo de mi ser, el único que ha provocado que luche por lo que creía, por lo que quería, el que ha conseguido que ame sin medida y el que está convirtiendo mi vida en un sueño, pero uno que se crea con los ojos bien abiertos, para vivirlo todo al máximo, todo con él, para siempre.

Porque el amor verdadero existe, sólo basta con abrir los ojos y dejar el miedo y el orgullo a un lado.

## Agradecimientos

La historia de Logan y Aitana empecé a escribirla justo cuando comenzó el estado de alarma, cuando tuvimos que estar confinados en casa, para poder combatir el Covid-19. Al principio, entre cambiar la rutina tan drásticamente, lidiar con los deberes de mis hijos y los nervios por no saber qué ocurriría con este virus, me resultó bastante complicado escribir, aunque tuviera la historia en mente. Sin embargo, poco a poco, Logan y Aitana empezaron a crecer, a tener su propia voz, a ser ellos los que me llevaban hasta el ordenador para poder escribir su historia, una a la que sé que voy a tener un cariño especial por muchas razones. Esta novela es la primera que está escrita íntegramente en primera persona, un objetivo que tenía marcado desde hacía tiempo, aunque nunca había encontrado la historia perfecta para llevarlo a cabo, hasta que ellos llegaron... Sé que no podría haberla escrito de otra forma, pues ellos necesitaban contar cada uno sus sentimientos, cómo evolucionan y cómo dos personas tan parecidas y, a la vez, tan distintas se enamoran casi sin darse cuenta.

Además, tenía muchas ganas de hablar sobre este tema, de cómo nosotros mismos nos ponemos obstáculos para no ser felices, de cómo nosotros mismos somos nuestro peor rival, para no permitirnos cosas que nos apetecen porque pensamos que no podemos o no debemos, o mil excusas que nos inventamos y que nos creemos al cien por cien. Pero la vida es una, y si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo haremos?

Asimismo, el nombre del pueblo es muy significativo para mí. En un principio iba a ser otro el que acogiese esta historia, sin embargo, mientras estaba buscando información, vi Berry en el mapa de Australia y supe que debía ser ahí. Muchas/os de vosotras/os sabéis que hace años acogimos a una perrita y que incluso adoptamos el nombre que le había puesto la chica que lo cuidaba: éste es *Berry* (pronunciado con una sola erre). No podía desperdiciar esa coincidencia, ¿verdad?

En definitiva, tengo que confesar que he disfrutado muchísimo en Australia gracias a ellos dos, gracias a su historia, que se me ha metido debajo de la piel, y sólo espero que vosotras/os también lo hayáis hecho.

Quiero empezar dando las gracias al hombre de mi vida, mi compañero, mi marido, mi amor... Sin él, sin sus palabras de aliento, sin su apoyo, creo que no habría existido esta historia. Gracias por comprenderme, por animarme y por no dejar que me rinda nunca. ¡TE QUIERO!

A mis hijos, la luz de mi vida, mi sonrisa, mi amor eterno. Gracias por comprender, por entender que mamá tiene que estar encerrada escribiendo, por ilusionaros con mis logros, por

hacerme reír, por hacerme bailar y por hacerme la mujer más feliz del mundo. VALÉIS MILLONES, AMORES. ¡¡Os quiero hasta el infinito más un millón!!

A mi familia, que me apoya y que me cuida. Gracias por estar siempre ahí, a mi lado, SIEMPRE.

A mis amigas, a mis Cococalas, a las mamás del cole, las profes, las vecinas... ¡¡Gracias por vuestro increíble y maravilloso apoyo!!

A mis increíbles y maravillosas/os lectoras/es, gracias por vuestro cariño, por vuestro apoyo, por compartir mis publicaciones, por vuestros comentarios, reseñas, montajes, opiniones, saludos, frases... ¡¡SOIS LA LECHE!!

A mi editora, Esther Escoriza, gracias por confiar siempre en mis historias, por nuestras conversaciones, por tu cariño, por ser como eres. ¡Eres muy grande!

Al maravilloso equipo de Planeta, bajo el sello de Zafiro, gracias por cuidar con tanto mimo mis historias y dejarlas perfectas. ¡Sois la caña!

Y a ti, que estás leyendo estas líneas, que te has emocionado con la historia de Logan y Aitana, que te ha arrancado alguna que otra sonrisa o suspiro y que te ha dejado ese regusto dulce en la boca, ese que te hace sonreír, que te hace pensar que la vida puede ser una sucesión maravillosa de momentos y que sólo nosotros tenemos la capacidad de modificar cómo nos afectan las cosas que nos ocurren.

A veces sólo es cuestión de decidir: ahora o nunca.

LOLES LÓPEZ

## Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*, *Una irresistible excepción*, *El amor se ríe de mí*, *No me avisaste, corazón*, *Ni un flechazo más*, *Sería más fácil odiarnos*, *Cupido se ríe de mí* y *Ni una boda más*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

[www.loleslopez.wordpress.com](http://www.loleslopez.wordpress.com).

## Referencias a las canciones

*It's Raining Men*, (P) 1983, 1985, 1988, 2000 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por The Weather Girls.

*Ahora o nunca... ¡Bésame!*  
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2020

ISBN: 978-84-08-23259-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

